

Maeve Binchy

Desde el corazón

INÉDITO



DEBOLS!LLO

RESEÑA

La carrera y el matrimonio de la cardióloga Clara Casey hacen aguas.

Tratando de olvidar las humillantes infidelidades de su ex marido y con dos hijas adolescentes a cuestas acepta, reticente, un puesto poco atrayente en el pequeño hospital Saint Brigid. Allí se encontrará con compañeros y pacientes que, al igual que ella, intentan sobrevivir a sus pequeños dramas cotidianos. Como Declan, un joven doctor que intenta abrirse paso en el difícil mundo de la medicina; o Ania, cuyo romance con un hombre casado la obligó a abandonar su Polonia natal.

Con el tiempo, el magullado corazón de Clara irá sanando y aprenderá a sentir como propio un lugar en el que se salvan vidas, se recompensa el coraje y el optimismo triunfa sobre la codicia y la autocompasión.

«Un libro reconfortante y dulce.» **The Times**

Maeve Binchy

DESDE EL CORAZÓN

Título Original: *Heart and Soul*

Traductor: Trías Bello, Helena

Autor: Binchy, Maeve

©2008, Random House Mondadori

ISBN: 9788499897738

Generado con: QualityEbook v0.40

En memoria de mi querida hermana Renie.

*Y con mucho amor y agradecimiento
a Gordon, que consigue que los malos
tiempos sean llevaderos,
y los buenos, mágicos*

PRÓLOGO

Algunos proyectos tardan una eternidad en hacerse realidad.

Este fue el caso de un almacén abandonado propiedad del Saint Brigid's Hospital. Era un poco atractivo grupo de edificios construidos alrededor de un patio. Tiempo atrás albergaba material para el hospital, pero estaba en un lugar no muy práctico. Debido a nuevas regulaciones del tráfico, trasladarse de un extremo al otro obligaba a dar un largo y engorroso rodeo por las calles de Dublín.

Esa zona de Dublín todavía conservaba sus viejas casas de trabajadores, y las fábricas se habían convertido en bloques de pisos. Las inmobiliarias decían que esa parte de la ciudad estaba en auge, de modo que los especuladores no tardarían en fijarse en el almacén y en hacer al Saint Brigid's una oferta tentadora.

Era lo que Frank Ennis quería. Pretendía ser el cerebro financiero del Saint Brigid's, y eso era exactamente lo que necesitaba el hospital: que se ocupara de conseguir una buena cantidad de dinero, una importante inversión financiera.

Frank Ennis creía que podría hacerlo realidad.

Pero cada año, cuando la junta se reunía en la asamblea anual de accionistas, surgía algún problema u obstáculo. Algo impedía que Frank vendiera ese gran elefante blanco e invirtiera el dinero en el hospital. Un año fue el departamento de reumatología, que quería una clínica reumatológica. El departamento de neumología quería también montar un centro de día para pacientes con problemas respiratorios. Y estaba el cada vez más combativo departamento de cardiología, que afirmaba que disponía de evidencias suficientes para demostrar que si contara con personal de apoyo, los pacientes podrían salir del hospital, lo cual dejaría camas libres. Los cardiólogos eran como un perro con su hueso: no estaban dispuestos a soltarlo.

Frank suspiró mientras se disponía a enfrentarse a otra sesión en la pequeña y poco ventilada sala de reuniones. Los miembros de la junta ya estaban sentados alrededor de la mesa. Frank los observó con cierto disgusto. Eran las típicas personas que podrían estar sentadas en cualquier consejo de administración de un hospital. Estaba la que él llamaba la monja de paisano. Tiempo atrás el Saint Brigid's estaba atendido exclusivamente por monjas, aunque ahora solo quedaban cuatro. Apenas había ya vocación. Estaban los funcionarios de las autoridades sanitarias y también importantes hombres de negocios que habían tenido éxito en otras facetas profesionales. Y estaba un apacible filántropo estadounidense, Chester Kovac, que había construido un centro de salud privado en el país, a kilómetros de distancia.

La monja de paisano siempre abría las ventanas, y entonces los papeles volaban por la mesa y alguien tenía que levantarse a cerrarlas. Frank lo había visto ya muchas veces. Pero en esa ocasión sentía que la victoria estaba de su parte. Tenía una oferta por escrito de una enorme cantidad de dinero de un agente inmobiliario dispuesto a quedarse inmediatamente con el polémico y abandonado terreno en el que estaba el almacén. Se trataba de una suma que conseguiría que todos alzaran la cabeza y le prestaran atención.

Después llegaría la discusión sobre cómo gastar el dinero. ¿Lo destinarían a escáneres de último modelo o a reformar totalmente la fachada del hospital? Como muchos edificios de esa época, de principios del siglo XX, el hospital contaba con escalones de piedra totalmente inadecuados para acceder a la entrada principal. Lo óptimo sería

disponer de una rampa o de un acceso más apropiado para que los discapacitados o los pacientes más débiles pudieran entrar.

Siempre se necesitaban más camas para mujeres en el departamento de cirugía, y las unidades aisladas para infecciosos eran siempre escasas. El departamento de alta dependencia hizo mucha presión, porque quería pasar a ser una unidad de cuidados intensivos, y eso exigía gastar gran cantidad de dinero.

Bueno, al menos podrían responder al agente inmobiliario ese mismo día, aceptar su oferta y dejar de perder el tiempo en los diferentes intereses de cada departamento para ampliar sus imperios.

Se sirvió café y galletas, se repartió el orden del día y empezó la reunión. Pero Frank no tardó en darse cuenta de que algo iba mal.

Los miembros del consejo de dirección estaban demasiado pendientes de una estadística publicada hacía poco que parecía demostrar que los irlandeses tenían más probabilidades de sufrir infartos, lo que seguramente tenía que ver con el estilo de vida y la dieta, y sin duda la bebida y el tabaco también influían. Todos comentaban métodos para tranquilizar a los pacientes que habían sufrido un infarto. Sería fantástico liderar una batalla contra las enfermedades cardíacas, disponer de un centro de día que ayudara a los pacientes a sobrellevarlas. Frank Ennis maldecía a la organización que había publicado esos datos justo unos días antes de la reunión. Por lo que sabía, podría haber sido deliberado, ya que los cardiólogos del Saint Brigid's eran de lo más arrogantes. Se creían todopoderosos.

Buscó apoyo en Chester Kovac, que solía ser sensato en situaciones parecidas, pero se equivocó. Chester dijo que era una idea imaginativa y que se alegraría de que el Saint Brigid's se convirtiera en un referente en ese tema. Después de todo, la alternativa solo era dinero.

Frank echaba chispas. Para Chester era fácil decir que algo era solo dinero, porque él tenía mucho. Sin duda era generoso, pero ¿qué sabía él? Era un estadounidense de origen polaco con un abuelo irlandés, y se dejaba influenciar por la última persona con la que hablaba.

Frank estaba furioso.

—No es solo dinero, Chester. Es muchísimo dinero para mejorar el Saint Brigid's.

—El año pasado querías vender el terreno para que hicieran un aparcamiento —contestó Chester.

—Pero esta oferta es mucho mejor.

La cara de Frank se había puesto roja por el esfuerzo que estaba haciendo.

—Bueno, viendo cómo han ido las cosas, habríamos sido tontos si hubiéramos aceptado tu propuesta el año pasado, Frank —respondió Chester en tono amable pero firme.

—Pero he dedicado semanas a que este tipo subiera su oferta...

—Y el año pasado todos estábamos de acuerdo en que no queríamos un aparcamiento.

—Esto no es un aparcamiento. Son viviendas de lujo, de primera calidad —dijo Frank.

—No es lo que necesita un hospital —respondió Chester Kovac.

—Ya que tenemos ese terreno, deberíamos utilizarlo —dijo uno de los empresarios.

—Estamos utilizándolo. Vamos a conseguir una pequeña fortuna, que invertiremos en el hospital.

Frank tenía la sensación de estar hablando con alumnos muy poco aventajados.

—Nos gustaría algo que mantuviera el espíritu de la orden religiosa que en un principio gestionó el hospital —dijo con cierto remilgo la monja de paisano.

—Las viviendas no tienen nada que ver con el espíritu de esa orden religiosa, ¿verdad? —preguntó Frank.

—No creo que lo que las buenas hermanas hubiesen preferido sean viviendas caras, de lujo y de primera calidad —contestó Chester en tono amable.

—¡Las buenas hermanas están muertas y enterradas! —explotó Frank.

Chester miró a la monja de paisano, a quien al parecer le había dolido el comentario. Debía intervenir para calmar los ánimos.

—Lo que el señor Ennis quiere decir es que aquí se continúa con la labor de las monjas, que se mantiene el trabajo que ellas hacían. Pero las monjas dejaron su legado. Esta comunidad necesita más cuidados sanitarios y menos viviendas caras para familias que tienen más de un coche, lo que congestionará las calles todavía más. Lo que se necesita es algo positivo, algo que ayude a las personas a vivir mejor superadas las primeras complicaciones de un infarto. Y para ser totalmente sincero, cuando llegue el momento de votar, eso es lo que me gustaría que se decidiese y lo que yo elegiré.

Su tono fue solemne.

Frank Ennis estaba cabizbajo. Se quedarían con el terreno pese a las esperanzas que había albergado aquella mañana. Volvió a levantar la cabeza. Los cardiólogos habían ganado. Ahora le esperaban meses y meses para pactar costes, obras, mobiliario y equipamiento. Tendrían que nombrar a un director y buscar personal. Frank suspiró profundamente. ¿Por qué toda aquella gente no tenía ni una pizca de sentido común? Podrían haber conseguido muchos de los puntos de su lista si hubieran entendido cómo funcionaba el mundo, pero lo que hacían era complicarlo todo.

Aguantó la reunión con la mirada errante. Luego llegó el turno de votar la propuesta de dar otro uso a los locales del Saint Brigid's que hasta entonces llamaban el antiguo almacén. Como suponía, se acordó por unanimidad que en ellos se instalaría una clínica cardiológica.

Frank sugirió que llevaran a cabo un estudio de viabilidad.

Inmediatamente se votó que no era necesario. No estaban a favor de esa medida porque suponía pasarse otros seis años discutiendo sobre el tema. Si habían acordado hacerlo, acordado estaba. Era viable.

Aun así, sería preciso celebrar una junta general extraordinaria en cuanto se aprobaran los costes, los constructores hubieran mandado sus ofertas y se conviniera el personal

necesario con el departamento de cardiología.

Consultaron sus agendas y fijaron la fecha.

Frank pidió un plazo de seis meses. Chester Kovac dijo que seguramente bastarían unas semanas para recibir los presupuestos. Los constructores debían de estar impacientes por conseguir trabajo. El representante de los cardiólogos dijo que el departamento de cardiología del Saint Brigid's estaría tan agradecido que no tardaría en informar de los requisitos.

—¡Requisitos! —bramó Frank Ennis.

—Y hay que poner un anuncio para cubrir el puesto de director, por supuesto —dijo la monja de paisano.

—Claro, cómo no. Supongo que el tipo en cuestión anda por ahí esperando a que alguien le ofrezca un buen sueldo —murmuró Frank, todavía enfadado por su derrota.

—El hombre o la mujer —replicó la monja en tono firme.

—Vaya, había olvidado a las mujeres —masculló Frank.

Solía olvidar a las mujeres. En el club de golf se ponía hecho una furia cada vez que tenía que retrasar su partida porque se celebraba el día de la Mujer. Incluso había olvidado casarse, aunque seguramente había sido lo mejor.

—El hombre o la mujer —dijo Frank alzando la voz—. Estoy chapado a la antigua, hermana.

—Mal asunto, señor Ennis —contestó la monja de paisano mientras volvía a abrir las ventanas para que entrara un poco de aire fresco en la sala.

A Clara Casey le dijeron que disponían de muy poco presupuesto para acondicionar su nuevo despacho. Un fastidioso administrador con voz chillona, el pelo alborotado y que parecía nervioso se dedicó a gesticular por la sala, poco iluminada e incómoda, con paredes grises y archivadores metálicos que no se cerraban. No era el despacho que un especialista valoraría demasiado tras treinta años estudiando y haciendo prácticas de medicina. Aun así, no era inteligente empezar siendo negativa.

Intentaba recordar cómo se llamaba el administrador.

—Sí, claro... eeehhh... Frank —dijo—. Sin duda es un despacho con un gran potencial, por así decirlo.

No fue la respuesta que esperaba el administrador. La atractiva mujer de pelo oscuro, que habría superado ya los cincuenta años, vestida con un elegante traje de punto de color lila, iba de un lado a otro del pequeño despacho como una leona enjaulada.

Frank Ennis contestó rápidamente.

—Un potencial limitado, doctora Casey, al menos desde el punto de vista económico, me temo. Pero una mano de pintura aquí, un bonito mueble allí y un toque femenino harán maravillas —dijo sonriendo con indulgencia.

Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para calmarse.

—Sí, por supuesto, es lo que me diría a mí misma si tuviera que decorar mi casa, pero esto no tiene nada que ver. Para empezar, mi despacho no puede estar escondido y a kilómetros de distancia, al final de un pasillo. Si voy a dirigir esto, tengo que estar en el centro.

—Pero todo el mundo sabrá dónde está su despacho. En la puerta habrá una placa con su nombre —balbuceó el administrador.

—No pienso estar encerrada aquí —contestó la mujer.

—Doctora Casey, usted vio los presupuestos y era consciente de la situación cuando aceptó el puesto.

—Nadie me dijo dónde estaría mi despacho. Ni una sola palabra. Quedamos en que lo discutiríamos más adelante, así que ha llegado el momento.

Al administrador no le gustó su tono. Era sin duda el tono de una profesora.

—Y este será su despacho, doctora Casey —contestó.

Estuvo tentada de pedirle que la llamara Clara, pero recordó que si quería conseguir algo, el administrador debía respetar su cargo. Ya vería después cómo evolucionaban las cosas.

—Creo que no, Frank —dijo.

—¿Puede decirme en qué otro sitio podríamos colocarlo? La sala de dietética es todavía más pequeña, y la secretaria tiene el sitio justo para ella y los archivos. El fisioterapeuta necesita espacio para el equipo, las enfermeras precisan un lugar para ellas y la sala de espera debe estar cerca de la puerta. ¿Sería tan amable de

inspirarme para que le encuentre otro sitio ya que este despacho, perfectamente práctico, no le gusta?

—Me colocaré en la entrada —respondió Clara.

—¿En la entrada? ¿En qué entrada?

—Detrás de las puertas de cristal.

—Pero, doctora Casey, no puede ser.

—¿Por qué no, Frank?

—Estará demasiado accesible para cualquiera... —empezó a decir.

—¿Y?

—No tendrá privacidad, parecerá que... No estaría bien. Solo cabe una mesa.

—Es todo lo que necesito.

—No, doctora. Con todo respeto, necesita mucho más que una mesa. Mucho más. Por ejemplo, un archivador —dijo sin demasiada convicción.

—Puedo utilizar uno del despacho de la secretaria.

—¿Y dónde guardará los historiales de sus pacientes?

—En la sala de las enfermeras.

—Alguna vez precisará cierta privacidad para hablar con sus pacientes...

—Podemos convertir este despacho que tanto le gusta en una sala de consultas, y lo utilizaremos todos cuando lo necesitemos. Podrían pintarlo en un tono pálido y poner cortinas nuevas. Yo las elegiré, si quiere. Unas cuantas sillas y una mesa redonda. ¿De acuerdo?

El administrador sabía que ya estaba decidido, pero lanzó una última queja.

—Nunca se ha hecho así, doctora Casey. No son maneras.

—Nunca ha habido aquí una clínica cardiológica, Frank, así que no tiene sentido compararlo con algo que no existía. Estamos empezando de cero, y si voy a dirigir esta clínica, lo haré como tengo que hacerlo.

Clara sabía que el administrador seguía mirándola con desaprobación desde la puerta mientras se dirigía a su coche. Mantuvo la cabeza alta y una falsa sonrisa en el rostro.

Abrió rápidamente el coche y se acomodó en el asiento del conductor.

Tras la jornada laboral, sin duda alguien preguntaría a Frank cómo era la doctora. Sabía lo que contestaría: «Una auténtica tocapelotas».

Si lo presionaban, diría que estaba hambrienta de poder y que no podía esperar a ocupar su puesto y mandonear. Si él supiera... Nadie debía saberlo. Nadie se enteraría de hasta qué punto a Clara Casey no le interesaba su nuevo trabajo. Pero había aceptado el cargo por un año, y cumpliría.

Se abrió camino entre el tráfico de la tarde y pensó que ya podía borrar de su cara la falsa sonrisa. Se dirigía al supermercado para comprar tres tipos de salsa para pasta. Comprara la que comprara, una de sus hijas siempre se quejaba. La de queso era demasiado fuerte, la de tomate demasiado sosa y la de pesto demasiado sofisticada. Pero si llevaba tres, siempre podrían encontrar alguna que les gustara. Ojalá estuvieran de buen humor aquella noche.

No soportaría que Adi y su novio, Gerry, tuvieran otra discusión ideológica sobre el medio ambiente, las ballenas o las granjas de cría intensiva. O que Linda hubiera vuelto a liarse con uno de esos tipos que ni siquiera se tomaba la molestia de llamarla.

Clara suspiró.

Le habían dicho que las chicas eran terribles en la adolescencia pero que a partir de los veinte todo iba bien. Como siempre, para Clara no era así. Sus hijas tenían ya veintitrés y veintiún años respectivamente, y eran terroríficas. De adolescentes no habían estado tan mal. Pero, por supuesto, por aquel entonces el cabrón de Alan aún no se había largado, así que de alguna manera todo había sido más sencillo.

Adi Casey abrió la puerta y entró en la casa en la que vivía con su hermana y su madre. Su hermana, Linda, solía llamarla Villa Menopausia. Le parecía muy gracioso.

Su madre todavía no había llegado. Adi pensó que era perfecto. Tomaría un largo baño con las nuevas esencias que había comprado en el mercado, de camino a casa. También había comprado verduras biológicas. A saber qué porquería de comida llevaría su madre esa vez, llena de aditivos y de sustancias químicas.

Le molestó oír música procedente del cuarto de baño. Linda se le había adelantado. Su madre había hablado de hacer un segundo cuarto de baño, con ducha, pero hacía tiempo que no comentaban el tema. Y como su madre no había conseguido el gran trabajo que esperaba, no era el mejor momento para comentarlo. Adi entregaba algún dinero en casa, pero no ganaba demasiado como profesora. Linda no aportaba nada. Todavía estaba estudiando, pero jamás se le había pasado por la cabeza buscarse un trabajo de unas horas. Su madre se ocupaba de todo y tomaba las decisiones.

Sonó el teléfono antes de que Adi hubiese llegado a su habitación. Era su padre.

—¿Cómo está mi preciosa hija? —preguntó.

—Creo que está bañándose, papá. ¿Quieres que la llame?

—Me refería a ti.

—Te refieres a cualquiera con la que hables, papá. Siempre haces lo mismo.

—Adi, por favor... Solo intento ser amable. No te enfades por una tontería.

—De acuerdo, papá. Perdona. ¿Quieres algo?

—¿No puedo llamar solo para saludar a mi...?

—Nunca lo haces. Llamas cuando quieres algo —respondió en tono cortante.

—¿Estará tu madre en casa esta noche?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Somos una familia, papá, no un hotel en el que la gente se registra y firma en el libro.

—Quiero hablar con ella.

—Llámalas.

—No contesta a mis llamadas.

—Pues pásate por aquí.

—Sabes que no le gusta. Su espacio y todo eso...

—Ya no soy una niña. Este jueguito que os traéis dura ya demasiado. Arréglatelas, papá, por favor.

—¿Podrías salir esta noche Linda y tú? Quiero hablar con ella de un asunto.

—No, no podríamos.

—Os invito a cenar en algún sitio.

—¿Nos pagas para que nos marchemos de nuestra casa?

—Ayúdame, vamos...

—¿Por qué iba a hacerlo? Hasta ahora nunca te has preocupado de ayudar a nadie.

—¿Por qué no puedes aceptar algo tan sencillo?

—Porque mamá va a preparar una cena para celebrar su nuevo trabajo. Porque lo planeamos hace tiempo y no voy a cancelarlo ahora. Lo siento, papá.

—Me pasaré igualmente.

Colgó.

Linda salió del cuarto de baño chorreando y envuelta en una toalla húmeda. Adi no se alegró de verla. Linda, que se alimentaba con comida basura, que fumaba y bebía, estaba muy guapa, con su largo pelo mojado perfecto, mejor que si acabase de salir de la peluquería. La vida no era justa.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Linda.

—Papá. Estaba hecho polvo.

—¿Qué quería?

—Hablar con mamá. Ha dicho que nos paga una cena si salimos de casa esta noche.

—¿En serio? —preguntó Linda muy contenta—. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Le he dicho que no. Imposible.

—No me has tenido en cuenta.

—Llámalos y négocialo con él, si quieres. Yo no pienso salir.

—Supongo que se trata de la gran D —dijo Linda.

—¿Por qué iban a molestarse en divorciarse ahora? Mamá no lo puso de patitas en la calle cuando debía. ¿No están bien como están, él con su Barbie, y mamá aquí, con nosotras?

Adi no veía motivos para que las cosas cambiaran.

Linda se encogió de hombros.

—¿Qué te apuestas a que la Barbie está embarazada y a que papá viene a decírselo a mamá?

—¡No! —exclamó Adi—. Si es eso, ojalá hubiera aceptado su soborno. Creo que voy a llamarlo.

Al final le mandó un mensaje al móvil: «Tus hijas no estarán en casa a partir de las 7.30. Vamos al Quentins. Te enviaré la cuenta. Un beso, Adi».

—¿Alan? Alan, te oigo fatal. ¿Me oyes tú? Soy Cinta.

—Ya lo sé, cariño.

—¿Se lo has dicho?

—Voy para allí, cariño.

—¿No volverás a rajarte, como la semana pasada?

—No pasó eso exactamente.

—No permitas que suceda otra vez, por favor, Alan.

—No, cariño, confía en mí.

—Necesito confiar, Alan. Esta vez lo necesito.

Clara abrió la puerta. Todo estaba sospechosamente en calma. Había supuesto que las chicas estarían en casa. Encontró toallas húmedas tiradas en el suelo del cuarto de baño, y dedujo que Linda había pasado para darse un baño. Y en la mesa de la cocina vio folletos sobre cómo reciclar el plástico, así que Adi también había estado allí. Pero no había ni rastro de ellas. Entonces vio la nota en la puerta del refrigerador.

Papá vendrá hacia las 8 para hablar contigo. Nos ha dejado caer que quería que estuviésemos a solas, sin nosotras. La verdad es que lo ha insinuado con bastante claridad. Tanta, que se ha ofrecido a pagarnos una cena, así que nos vamos al Quentins.

Un beso de las dos,

ADI

¿Qué querría precisamente esa noche, tras un largo, agotador y descorazonador día en el que había visto el despacho desangelado que se iba a convertir en su lugar de trabajo durante un año?

Se había pasado horas haciendo su papel y posicionándose en su terreno ante un fastidioso y burócrata directivo del hospital. Había recorrido tres secciones de delicatessen para comprar salsa para pasta para sus delicadas hijas. Y ahora las dos se habían ido a cenar a un restaurante de lujo, y Clara tenía que enfrentarse a Alan y a saber a qué estúpido plan maquinado por él para rebajar su acuerdo económico.

Clara guardó la comida. No pensaba compartir nada con Alan. Ya no. Aquellos tiempos habían quedado atrás. Sacó del refrigerador dos botellas de agua con gas y metió las dos botellas de sauvignon blanco australiano al fondo, detrás los yogures y la comida baja en calorías. Ahí nunca las encontraría. Y seguramente iba a necesitarlas después de que él se hubiera marchado.

Adi y Linda se acomodaron alegremente en el restaurante Quentins.

—Con lo que se paga aquí por una cena podría financiarse un país pequeño durante una semana —censuró Adi.

—Sí, pero sin grandes diversiones —contestó Linda.

—Me pregunto si de verdad somos hermanas de sangre —dijo Adi.

—Siempre te lo has preguntado.

Linda dio un trago a su cóctel de tequila.

—¿A qué hora crees que se marchará? —preguntó Adi.

—¿Quién? ¿El tipo de aquella mesa?

—No, idiota. Me refiero a papá.

—En cuanto haya conseguido lo que quiere. ¿Crees que no es como todos los hombres?

Linda se dio cuenta de que el camarero las estaba observando. Otro cóctel de esos y estaría lista para pedir la cena.

Clara había intentado ponerse cómoda, pero el teléfono no había dejado de sonar, de modo que no había tenido tiempo. Su madre quería saber cómo era su nuevo despacho.

—¿El suelo es de moqueta?

Su madre iba directa a lo importante.

—Todo el suelo es de una especie de baldosas modernas.

—Entonces no tienes moqueta.

Podía ver a su madre mordiéndose la lengua, como había hecho cuando se prometió con Alan, cuando se casó con él y cuando se separaron. Se había mordido la lengua muchas veces.

Su amiga Dervla llamó para saber qué impresión le había dado su nuevo trabajo.

—Setas y magnolias —le dijo Clara.

—Vaya, ¿y qué demonios significa eso?

—Que cada cosa es de un color.

—Pero puedes cambiarlos.

—Sí, por supuesto.

—Ya veo que lo que te ha desanimado no han sido solo los colores.

—¿Quién está desanimada?

—Me temo que tú. ¿Has conocido a algún compañero de trabajo?

—No. Aquello era una ciudad fantasma.

—Nada te ha gustado, ¿verdad?

—Como siempre, tienes razón, Dervla —respondió Clara suspirando.

—Mira, Philip tiene una reunión y no vendrá a cenar. ¿Serviría de algo si apareciera con una botella de vino y medio kilo de salchichas? En los viejos tiempos funcionaba.

—Esta noche no, Dervla. El cabrón de Alan ha invitado a las chicas a cenar en el Quentins porque quiere decirme algo o pedirme algo. Me pregunto qué le queda por pedirme a estas alturas.

—Ayer estuve en una reunión, y uno de los puntos del orden del día decía ECA. La verdad es que pensé que significaba El Cabrón de Alan, porque nunca lo llamas de otra manera.

Clara se rió.

—¿Y qué significaba en realidad?

—No lo sé. Encargos Confirmados Actualmente, Encargos Cancelados Anticipadamente, o algo así.

Dervla no estaba segura.

—Si siempre andas tan despistada, nadie podrá darse cuenta de que tienes cerebro, Dervla.

—Así seré siempre.

—Ojalá tuviera tu saber hacer. No sé lo que quiere, pero sea lo que sea no me da la gana dárselo.

—Si no te importa, dáselo. Como si le hicieras un gran favor, por supuesto, pero si es algo que no te importa, dáselo y que se largue.

—Pero ¿qué será? No puede quedarse con la casa y no quiere a las chicas, aunque ya son mayores para ir a donde les plazca, y difícilmente se irán con él.

—Quizá tiene una angina de pecho y quiere que le hagas una revisión.

—No, yo nunca lo traté. Desde el principio me ocupé de que lo llevara Sean Murray.

—Quizá quiere casarse con la jovencita y necesita el divorcio.

—No, siempre le da largas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dicen las niñas, e incluso él intenta decírmelo cuando cree que lo estoy escuchando.

—¿Y vas a escucharlo?

—No mucho. Sé que todos pensáis que debería haber acabado con esta historia hace siglos. ¿Quién sabe? Quizá sí o quizá no.

—Suerte, Clara.

—Ojalá estuviéramos tomándonos las salchichas y el vino.

—Otra noche será, Clara.

Luego llegó un correo electrónico de la tienda de pinturas diciendo que podía pasar a recoger un catálogo por la mañana. Una carta de su prima de Irlanda del Norte diciendo que el club femenino había organizado una excursión a Dublín y pedía a Clara que le recomendara un buen sitio para aparcar el autocar y comer, comprar recuerdos y tomar un poco de aire fresco a precios razonables. Llegó un vecino pidiendo apoyo para prohibir un concierto pop que amenazaba con dejarlos sordos dentro de tres meses. Y después dieron las ocho y Alan estaba en la puerta.

Le fastidió haber de admitir que tenía buen aspecto. No aparentaba los cuarenta y ocho años que tenía. Llevaba una camisa sin cuello de color amarillo y una cazadora oscura. Clara observó que no era ropa que exigiera grandes cuidados. La Barbie no tenía que preocuparse de planchar cuellos y puños. Llevaba una botella de vino en la mano.

—He pensado que sería más civilizado —dijo.

—¿Más civilizado que qué exactamente? —preguntó Clara.

—Que sentarnos y fulminarnos con la mirada. Vaya, tienes buen aspecto, qué color tan bonito. ¿Es color brezo o color malva?

—No estoy segura.

—Claro que lo estás. Siempre has sido muy buena con los colores. Quizá violeta, o lila, o...

—Quizá, Alan. ¿Vas a entrar?

—¿Las niñas han salido?

—Sí, les has pagado para que fueran a cenar al Quentins, ¿recuerdas?

—Les he dicho que las invitaba a picar algo. No sabía que subirían tanto de categoría. Así es la juventud hoy en día.

—Sí, Alan, veo que estás muy bien informado sobre la juventud. Ya que estás aquí, entra y siéntate.

—Gracias. ¿Puedo ir a buscar el abridor?

—Esta es mi casa, así que traeré mi abridor y mis vasos cuando a mí me parezca.

—Hey, hey, Clara, te he comprado una pipa de la paz. Bueno, una botella de vino de la paz. ¿A qué viene ese enfado?

—No tengo ni idea, la verdad. ¿Podría tener algo que ver con el hecho de que me engañaras durante años, me mintieras, me prometieras que todo había terminado cuando no era cierto, me dejaras y pelearas contra mí con la ayuda de todos los abogados de la región?

—Te quedaste con la casa.

Para Alan las cosas eran muy simples.

—Sí, me quedé con la casa que yo había pagado. Nada más.

—Ya lo hemos hablado, Clara. Las personas cambian.

—Yo no cambié.

—Claro que cambiaste. Todos cambiamos. Simplemente no te enfrentaste a ello.

De pronto se sintió agotada.

—¿Qué quieres, Alan? ¿Qué quieres de verdad?

—El divorcio —contestó.

—¿Qué?

—El divorcio.

—De hecho ya lo estamos. Llevamos separados cuatro años, por Dios.

—Pero no estamos divorciados.

—Dijiste que no querías volver a casarte, que Cinta y tú no necesitabais cadenas.

—No las necesitamos, pero, ya ves, se ha quedado embarazada, en fin, ya ves...

—No, no veo nada.

—Desde luego que lo ves, Clara. Simplemente no quieres admitirlo. Se acabó. Hace mucho tiempo que se acabó. ¿Por qué no hacemos cruz y raya?

—Vete, Alan.

—¿Qué?

—Que te vayas, Alan, y llévate tu vino de la paz. Ábrelo en tu casa. Has elegido el peor momento.

—Pero de todas maneras sucederá. Me pregunto por qué no puedes limitarte a ser amable.

—Sí, Alan, yo también me lo pregunto —contestó Clara levantándose y empujando la botella de vino por la mesa para acercársela.

Deseó que todo aquello acabara de una vez. Postergarlo no era lo más acertado, pero Clara no estaba dispuesta a seguirle la corriente, a hacer las cosas cuando a él le viniera bien. ¿Era posible que hubiera pensado que no todo había acabado?

Aunque no hubiera acabado, en aquellos momentos era lo que deseaba. Se quedó de pie el tiempo suficiente para que Alan entendiera que de verdad debía marcharse. Y se marchó.

—¿Cinta? ¿Cariño?

—¿Eres tú, Alan?

—¿Cuántos hombres te llaman Cinta y cariño? —preguntó con una risa que sonó metálica.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—Algo tiene que haber dicho.

—No, no ha dicho nada.

—No has ido.

—Claro que he ido.

Le hirió que fuera injusta con él.

—No puede no haber dicho nada.

—Me ha dicho: «Vete».

—¿Y te has ido?

—Cielo, eso es lo de menos.

—No lo es para mí —dijo Cinta.

Clara siempre habría creído que era importante quitarse las preocupaciones de la cabeza. Años atrás había tenido a un estupendo profesor de medicina general que se había convertido en un modelo para todos sus alumnos: el doctor Morrissey, el padre de su amiga Dervla.

«Nunca subestiméis el poder curativo de estar ocupado», les aconsejaba. Decía que la mayoría de sus pacientes se sentían mejor cuando tenían muchas cosas que hacer que cuando tenían pocas. Había adquirido una fama casi legendaria por curar el insomnio simplemente aconsejando a las personas que se levantaran y ordenaran su colección de casetes o que plancharan las servilletas. ¿Qué diría ahora? El amable doctor Morrissey había sido más padre para Clara que el suyo propio, siempre lejano y retraído.

El doctor Morrissey le habría dicho: «Haz algo que te absorba. Algo que te saque al cabrón de Alan, su divorcio y a su infantil novia de la cabeza». Clara se terminó el vaso de vino y se dirigió a la planta superior. Dedicaría hasta el último rincón de su mente al maldito centro que, según su contrato, iba a dirigir.

En el Quentins, Adi miraba a su hermana con desaprobación. Linda se enroscaba el largo pelo rubio entre los dedos y sonreía a un hombre sentado al otro lado del

comedor.

—Déjalo ya, Linda —le dijo Adi entre dientes.

—¿Que deje el qué?

Los ojos de Linda eran grandes, azules e inocentes.

—Deja de llamar su atención.

—Me ha sonreído y le he devuelto la sonrisa. ¿Ahora es un delito?

—La cosa podría acabar mal. ¡Deja de sonreír, Linda!

—De acuerdo, amargada. ¿Qué problema hay con ser amable? —preguntó Linda, enfadada.

En ese momento un camarero se acercó a su mesa con mala cara.

—El señor Young saluda a las dos señoritas y quiere invitarlas a un chupito.

—¿Puede decirle al señor Young que no, muchas gracias? —dijo Adi.

—Por favor, dígale al señor Young que me encantaría tomar un café irlandés —dijo Linda.

El camarero no pudo evitar mirar a una y después a la otra joven.

El señor Young había visto lo sucedido desde el otro lado del comedor y se acercó a la mesa. Era un hombre alto de unos cuarenta y tantos años, vestido con un traje elegante y con el aspecto de ser capaz de manejar todo tipo de situaciones.

—Estaba pensando que la vida es muy corta y que es muy triste tener que pasarla hablando de negocios con hombres trajeados —dijo dibujando una experta sonrisa en su rostro bronceado.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó Linda con una sonrisa tonta.

—Yo también —añadió Adi—. Pero no somos las personas adecuadas para que pierda el resto de su vida. Señor Young, mi hermana es una estudiante de veintiún años. Yo soy una profesora de veintitrés. Seguramente no somos mucho mayores que sus hijas. Nuestro padre nos ha invitado a una agradable cena mientras le dice a nuestra madre que quiere el divorcio. Ya ve que el momento es delicado. Creo que se lo pasaría mejor con los trajeados.

—Tanta pasión y fuerza en una mujer tan joven y tan guapa...

El señor Young miró a la chica con verdadera admiración.

A Linda no le gustó nada.

—Adi tiene razón. Debemos volver a casa —dijo.

El camarero se relajó. Los problemas no siempre se resolvían tan fácilmente.

—¿Y de verdad te has ido porque te ha dicho que te fueras?

Cinta no se lo podía creer.

—Por Dios, Cinta, ¿qué esperabas que hiciera? ¿Agarrarla del cuello?

—Has dicho que le has pedido el divorcio.

—Y se lo he pedido. Al final lo conseguiremos. Es la ley.

—Pero no antes de que nazca el niño.

—¿Tanto importa cuándo lo consigamos? ¿No estaremos los dos aquí cuando nazca?
¿No es eso lo importante?

—Entonces ¿no habrá boda?

—Todavía no. Más adelante tendrás la mejor y más sonada boda del mundo.

—De acuerdo, más adelante entonces.

—¿Qué?

—He dicho que de acuerdo. Es duro para ti. No voy a darte la lata. ¿Por qué no abrimos esa botella de vino que ibas a llevarle?

—La he dejado allí.

—¿Le dejas el vino y te marchas sin el divorcio? ¿Cómo puedes ser tan bobo?

—La verdad es que no lo sé —contestó Alan sinceramente.

Clara había conocido a Alan cuando ella estudiaba primero de medicina y él llevaba un año trabajando en un banco.

La madre de Clara decía que había muy poca gente en el mundo que trabajara en un banco y no ganara dinero. Alan Casey era uno de ellos. Confiaba demasiado en los aspectos más especulativos y aventurados de las inversiones. Nunca disfrutaron de grandes comodidades. Alan siempre estaba a punto de perder una casa o alguna propiedad importante. Y Clara siempre las salvaba con su sueldo. Se tapaba los oídos ante los consejos de su madre y sus amigos, que no les había pedido. Era su vida y había tomado su decisión.

Alan siempre había sido el ambicioso. Nunca tenía bastante y siempre quería más. Y eso acabó incluyendo también a las mujeres. Durante un tiempo Clara fingió que no pasaba nada, pero llegó un momento en que fue demasiado duro y se enfrentó a ello.

Cuando Clara y Alan rompieron oficialmente, ella se ocupó de que en los tres dormitorios de la casa hubiera estanterías y mesas para que las tres dispusieran de un espacio para trabajar sin molestar a las demás. La primera planta iba a ser una zona compartida. La habitación de Clara era fría y elegante. A un lado estaba la cama, el tocador y un gran armario empotrado. La otra mitad era un estudio con archivadores, pero los muebles eran de calidad, no muebles de oficina baratos. Tenía una cómoda silla de cuero y una buena lámpara. Abrió un cajón y sacó un gran archivo con una etiqueta que decía «Centro». Durante tres semanas había evitado echarle un vistazo. Se dio cuenta de lo que había perdido y pensó en el pequeño premio de consolación que le habían ofrecido a cambio. Pero aquella noche se enfrentaría al tema. Quizá después de ver las noticias de las nueve.

En cierta ocasión, en el enorme centro comercial había habido una oferta especial de

televisores. Clara compró tres. Las niñas dijeron que actuaba como una millonaria excéntrica y pretenciosa, pero Clara pensó que la inversión merecía la pena. Permitiría que Adi viera programas sobre el deterioro del planeta, Linda programas musicales y ella, Clara, pudiera relajarse con películas clásicas.

Cogió el mando a distancia, pero recordó que el doctor Morrissey siempre decía que solemos buscar excusas para dejar para otro momento cosas que lograrían alejarnos de nuestras preocupaciones. Era como si no quisiéramos perder el lujo de preocuparnos. Abrió el gran archivador y miró con cierto placer su perfecto sistema de clasificación. Ahí estaba la documentación sobre toda la clínica cardiológica, lo que estaba previsto hacer, cómo se financiaría y su papel como directora. Estaban también sus informes de visitas de formación a cuatro clínicas cardiológicas de Irlanda, tres de Inglaterra y una de Alemania. Habían sido visitas agotadoras, horas y horas viendo instalaciones que no serían adecuadas o importantes para su propio centro. Había tomado notas, asentido con la cabeza, había dado el visto bueno y formulado preguntas.

Había visto escatimar dinero en un sitio y despilfarrarlo en otro. Había observado centros sin la más mínima planificación, otros con excesiva planificación y otros que funcionaban por inercia. Nada que pudiera servirle de modelo. Había reparado en decisiones estúpidas, como instalar una clínica cardiológica en la tercera planta de un edificio sin ascensor adecuado o como una plantilla que no seguía siempre las mismas pautas en cuanto a la asistencia prestada. Se había encontrado con expedientes e historiales clínicos duplicados. Había visto la confianza y la esperanza en pacientes que pensaban que estaban aprendiendo a sobrellevar su enfermedad. Pero seguramente habría podido conseguir toda esa información en cualquier buen despacho de un médico de familia o en un ambulatorio.

Clara había tomado notas de lo que le había gustado y de lo que no le había gustado nada, con bolígrafos de diferente color. Sería fácil resumir sus conclusiones. Luego vio un archivo que llevaba la etiqueta de «Personal», el pozo del que podría sacar a sus ayudantes. Iba a necesitar los servicios de un dietista y de un fisioterapeuta, como mínimo de dos enfermeras especializadas en cardiología y de un practicante para los análisis de sangre. Deberían contar con un médico residente trabajando por períodos de seis meses y con un sistema para que los médicos pudieran transferir a los pacientes al hospital general, y viceversa. Y deberían organizar una campaña de concienciación pública y conceder entrevistas en la prensa y las emisoras de radio del país.

Había hecho antes todas aquellas cosas, cuando estaba en la cresta de la ola. Por aquel entonces sabía hacia dónde iba, o al menos eso pensaba. Pero había que hacerlo y lo haría bien. ¿Para qué se había metido en aquello si no?

Empezó a hojear los archivos.

Lavender. Vaya un nombre para una dietista. Pero tenía un buen currículum y decía que quería especializarse en dietas sanas para el corazón. Era joven y parecía activa y sensible. Clara marcó una cruz junto a su nombre y cogió el teléfono. Empezaría ya mismo. De acuerdo, eran las nueve de la noche, pero ese número de teléfono era de un móvil. Seguro que la chica lo llevaba siempre encima.

—Lavender, soy Clara Casey. Espero que no sea muy tarde...

—No, claro que no, doctora Casey. Encantada de tener noticias tuyas.

—Quizá podríamos hablar mañana, si puedes venir al centro. Hay una especie de sala de conferencias. ¿A qué hora te viene mejor?

—Mañana trabajo en casa, doctora, así que a cualquier hora me vendrá bien.

Concertaron la cita para las diez de la mañana.

Ahora necesitaba a un fisioterapeuta, pero no sabía cuántas horas por semana. Buscó entre las solicitudes a alguien disponible a tiempo parcial. De entre las fotografías apareció una cara campechana, cuadrada, que inspiraba confianza. No era un hombre atractivo, parecía un ex boxeador, pero algo en su currículum le gustó. Había trabajado mucho en clubes de barrios marginales y había sido un estudiante tardío. No se le podía aplicar el calificativo de «maduro». Tenía la sonrisa torcida. Perfecto, pensó. A partir de ese momento elegiría al personal por las fotos.

Contestó al móvil inmediatamente.

—Johnny —dijo.

Clara Casey se lo explicó todo, y sí, no había problema, dijo él. Estaría en el centro a las once en punto. De acuerdo.

Programó después entrevistas con dos enfermeras y consiguió también el nombre de un guardia de seguridad: Tim. Lo llamó al móvil. Una voz con ligero acento estadounidense le informó de que la llamaría más tarde. Si al día siguiente iba a empezar a poner el centro patas arriba, necesitaría a alguien que mantuviera el edificio a salvo.

Le sorprendió oír la llave de la puerta de la calle y a sus dos enfadadas hijas, que volvían a casa. Entraron en la habitación de Clara sin haber llamado a la puerta, algo que últimamente también le molestaba.

—¿Qué quería? —preguntó Linda.

—¿Quién?

—Papá.

—El divorcio. Quiere volver a casarse.

Las chicas intercambiaron miradas.

—¿Y?

—Le he dicho que se marchara —contestó Clara con tono indiferente.

—¿Y se ha marchado?

—Por supuesto. ¿Lo habéis pasado bien? ¿No? Bueno, os ha dejado abajo una botella de vino. Os la podéis beber, supongo.

Linda y Adi se miraron, confundidas. Sonó el teléfono de Clara.

—Ah, Tim, gracias por llamar. No, claro que no es muy tarde. ¿Puedes venir mañana para que hablemos de trabajo? Voy a tirar abajo muchas paredes y a dejar un espacio abierto durante unos días, así que tendrá que ser jornada completa. Después solo será la ronda rutinaria de vigilancia. Muy bien. Muy bien. Nos vemos entonces.

Sonrió ligeramente a sus hijas.

Linda y Adi estaban preocupadas. La cena en el Quentins no había sido nada especial, su padre iba a casarse con una chica de su edad y ahora parecía que su madre se había vuelto loca de remate.

El día siguiente pasó volando. Las entrevistas fueron bastante bien. Lavender resultó ser elegante. Parecía una mujer de negocios. Era realista respecto de la cantidad de horas necesarias para dar consejos dietéticos. Propuso una clase de cocina semanal y dijo que había funcionado muy bien cuando trabajaba en una clínica de Londres. Muchos pacientes no sabían cocinar adecuadamente las verduras ni hacer una sopa saludable y se quedaban asombrados ante las infinitas posibilidades. Lavender era una persona sensata, una cuarentona soltera. Quería tomarse dos meses libres al año, enero y febrero, para ir a Australia, pero ella misma se ocuparía de encontrar a un sustituto. Ayudaría a Clara a instalar la cocina y podía incorporarse al trabajo en dos semanas.

A Clara le pareció muy tranquilizador.

Johnny, el fisioterapeuta, era efectivamente grandote y campechano, pero parecía tener enormes reservas de paciencia. Dijo que los enfermos con dolencias cardíacas habían visto demasiadas películas en las que las personas se llevan las manos al pecho, caen al suelo y mueren. Y por eso les aterrorizaba hacer ejercicio, por temor al sobreesfuerzo, y creían que lo que iba a matarlos era un ataque al corazón, pero lo que acababan consiguiendo era que los músculos se les atrofiaran. Preguntó a Clara si podría hacer a los pacientes un electrocardiograma para controlar su evolución.

—No sé si me darán el equipamiento necesario —dijo ella.

—Podemos argumentarlo —dijo Johnny.

Y se unió al equipo.

Tim, el guardia de seguridad, había vivido dos o tres años en Nueva York y había trabajado en bastantes hospitales, de modo que sabía lo que se precisaba. Durante dos semanas trabajaría a jornada completa, mientras esperaba a que se concretaran otros negocios propios, porque necesitaba un par de clientes importantes, pero no quería pisar a nadie.

—¿Por qué no recurre al equipo de seguridad del hospital? —preguntó.

—Porque quiero organizar mi propio circo —contestó Clara con la misma claridad que Tim.

—¿Y están dispuestos a pagarlo?

—Sí, si nos presentas un presupuesto que los burócratas consideren justo. Les encanta pensar que están ahorrando dinero. Es lo único que les importa.

—Como en todas partes —dijo Tim en tono pragmático.

—¿Has vuelto de Estados Unidos?

—Sí. No conocí a nadie que no trabajara catorce horas diarias. Y aquí no conocía a

nadie que no llevara trajes de diseño y no se comprara una casa en España. Pensé en volver y hacer lo mismo. La verdad es que no soy mejor que los tipos trajeados.

—¿Te alegras de haber vuelto?

—No estoy del todo seguro —contestó.

—Todavía es pronto.

Clara era práctica. Se sentía cómoda con aquel hombre tranquilo.

La primera enfermera a la que entrevistó, Barbara, era justo el tipo de persona que quería seleccionar: extrovertida, directa y muy al día sobre el tema. Contestó correctamente a las preguntas rutinarias sobre medicación cardiológica, presión sanguínea e infartos.

La segunda mujer era mayor, pero no tan inteligente. Se llamaba Jacqui y deletreó su nombre dos veces para que no hubiera confusiones. Dijo que presentaba la solicitud para el puesto a fin de no tener que trabajar por las noches ni cambiar de turno. Dijo que era imprescindible cumplir los acuerdos sobre los días de fiesta y que necesitaría una hora y media para comer porque tenía que pasear a su perro, que dormiría plácidamente en el coche en cuanto descubriera que durante el día podría dar un largo paseo. Dijo que el trabajo que tenía en aquellos momentos era como trabajar en el Tercer Mundo. Debía dedicar la mayor parte del tiempo a conseguir que los extranjeros la entendieran. Clara supo enseguida que no formaría parte del equipo.

—¿Cuándo me dirá algo? —preguntó Jacqui, confiada.

—Tengo que entrevistar todavía a muchísima gente. Le diré algo en una semana —se limitó a responder Clara.

Jacqui miró a su alrededor con cierto disgusto.

—No van a dejarla en paz si trabaja aquí —resopló.

—Ya, pero ¿no se trata de eso acaso?

Clara vio que la sonrisa desaparecía del rostro de Jacqui.

A la mañana siguiente Clara descubrió que lo que de verdad necesitaba era un par de piernas extra, alguien que pudiera correr y a la vez quedarse donde estaba para reunirse con el equipo del hospital y los electricistas. Pero esas dos piernas adicionales no aparecieron por ningún sitio; tendría que salir a buscarlas. Y tuvo la suerte de encontrarlas en el aparcamiento. Una chica delgada con el pelo largo y alborotado y con una bayeta en la mano se ofreció a limpiarle el parabrisas.

—No, gracias —le contestó Clara amablemente pero con firmeza—. La verdad es que este no es un buen lugar para que te saques un dinero, porque casi todo el mundo trabaja en el hospital y no le importa cómo esté su coche, o bien son pacientes, demasiado preocupados por su salud para prestarle atención.

Parecía que la chica no terminaba de entenderla. Hacía un esfuerzo por captar lo que significaban sus palabras.

—¿De dónde eres?

—Polonia —contestó la chica.

—Ah, polaca. ¿Te gusta Irlanda?

—Creo que sí.

—¿Tienes trabajo?

—No, no trabajo. Hago cosas.

La chica hizo un gesto como de lavar ropa.

—¿Y qué más? ¿Haces algo más?

—Friego platos y el suelo en casas. Meto hojas de los árboles en sacos. Veo a niños limpiar ventanas de coches y pienso que a lo mejor...

Estaba muy pálida.

—¿Ganas lo suficiente para comer? —preguntó Clara.

—Sí. Vivo arriba de un restaurante y me dan una comida al día.

—¿Tienes amigos allí?

—Algunos amigos, sí.

—Pero ¿necesitas trabajo?

—Sí, señora, necesito trabajo.

—¿Cómo te llamas?

—Ania.

—Ven conmigo, Ania —dijo Clara.

Clara mantuvo largas y agotadoras conversaciones con los albañiles. El capataz le dijo que la administración jamás aprobaría sus planes. Odiaban los cambios, temían los espacios abiertos, les gustaban las pequeñas salas individuales en las que se pudiera hablar en privado. Clara eligió tela para las cortinas que separarían los cubículos y las persianas para las ventanas. Hojeó catálogos de muebles de oficina y señaló con una cruz mesas y armarios. El tiempo pasó volando.

Puso a la chica polaca a corretear de un lado a otro mientras ella se dedicaba a la burocracia. Clara escribió una carta en la que explicaba que Ania era la ayudante provisional de la doctora Clara Casey y dejó bien claras sus funciones. No iba a permitir que se interpusieran en su camino.

Eran las cuatro de la tarde y ni siquiera había pensado en comer. Seguramente Ania tampoco había comido. Clara la llamó y la chica llegó corriendo.

—A comer, Ania —dijo en tono enérgico.

—No, señora, gracias, pero trabajo —contestó la joven.

—Una buena comida y un café bien cargado, y trabajaremos todavía mejor.

La angustia desapareció de la cara de Ania. Clara pagaría la comida. No perdería un día de sueldo por comer. De pronto pareció una niña feliz.

Clara sabía que cuando Adi y Linda habían viajado por el mundo, cuando tenían dieciocho años, a menudo personas amables les habían ofrecido alojamiento por una noche o un plato caliente cuando los necesitaban. Era una especie de compensación: ella era amable con los hijos de otras personas, y ellas lo eran con los suyos.

—Vamos, Ania. Comer nos sentará de miedo.

—¿Sentará miedo? —Ania se sobresaltó.

—No, nada que ver con el miedo. Es una frase hecha. ¿No la entiendes?

—La verdad es que no, señora.

—Bueno, intentaré explicártelo mientras comemos —dijo Clara cogiendo la chaqueta.

Frank no podía creer que aquella mujer hubiese trabajado tanto y tan rápido. Su mesa estaba cubierta de papeles en los que solicitaba todo tipo de cosas. Necesitaría un día entero para solucionar todo lo que había en su bandeja. Y ahora tenía otro problema. Había oído que habían visto a una jovencita polaca de enormes ojos tristes corriendo por todas partes como mínimo media docena de veces llevándole más papeles. Aquella Clara Casey parecía estar derribando su nuevo edificio ladrillo a ladrillo. Toda solicitud o explicación iba acompañada de una nota suya personal, en papel con su nombre impreso en la parte superior, que debía de haber mandado imprimir de la noche a la mañana. Siempre aludía a «nuestra conversación» o «nuestro acuerdo». Sin duda lo incluía en su plan de expansión. Tendría que detenerla antes de que lo arrastrara con ella. O quizá lo mejor era permitir que siguiera adelante. No era el tipo de mujer que le gustaba, una auténtica tocapelotas, pero como compañera de trabajo decidida a que se hiciera lo que debía hacerse era inmejorable.

Frank decidió darle un día o dos de plazo antes de intervenir. Seguro que en menos de cuarenta y ocho horas tanta instrucción la sobrepasaría y sería demasiado también para ella. Entretanto, le escribiría una carta prudente, para cubrirse las espaldas, en la que lo único que le diría sería que tuviera en cuenta que todos los planes debían ser aprobados por la junta directiva.

Barbara hincó los dientes en la enorme hamburguesa. Se había pasado seis semanas a dieta, pero solo había perdido dos kilos y medio. Se había prometido a sí misma darse un gusto si conseguía el trabajo en la clínica cardiológica. Había pensado en unos zapatos nuevos o en un bolso elegante, pero el día había sido muy largo y no le quedaban fuerzas para ir de compras, así que llamó a su amiga Fiona para celebrarlo.

Fiona se moría de envidia. También a ella le habría gustado conseguir ese trabajo.

—Pero no presentaste la solicitud —le dijo Barbara, molesta—. Habrías conseguido el puesto y habríamos trabajado juntas, pero no, tú no estás dispuesta a rellenar una solicitud.

—No sabía que iba a ser amable contigo, que los planes estaban abiertos y que tendrías tanto poder. Pensé que sería un trabajo del tipo: «Ven aquí y haz esto».

—Pues ahora es tarde. Seguramente habrá contratado a una espantosa marimandona

con la que tendré que trabajar solo porque no quisiste rellenar un formulario.

—¿Cómo es? —preguntó Fiona.

—Morena, muy arreglada y guapa, aunque un poco anticuada. Mira, parecida a la mujer de aquella mesa. Vaya, espera, espera, es ella...

La hamburguesa de Barbara se quedó suspendida en el aire.

—¿Come aquí? —preguntó Fiona, boquiabierta.

—Sí. Y la que está con ella es una chica del centro, una extranjera que se llama Ania. ¡Es increíble! —exclamó Barbara sacudiendo la cabeza—. Pero en algún sitio tendrá que comer, digo yo...

Pero Fiona se dirigía ya hacia Clara.

—Vuelve —dijo Barbara entre dientes.

Demasiado tarde. Fiona ya estaba hablando con la responsable de la clínica.

—Doctora Casey, perdone que le interrumpa la comida, pero soy Fiona Ryan. Trabajo con Barbara, que está allí sentada y que empezará a trabajar con usted la semana que viene. Quería solicitar un puesto, pero pensé que sería un poco rutinario. Barbara me ha comentado en qué consiste y me parece magnífico. Me preguntaba si sería demasiado tarde para enviarle mi currículum. Podría dejárselo esta noche, si no ha seleccionado a otra persona todavía.

Clara observó a la guapa y sonriente chica de veintitantos años. Destilaba confianza y energía. Era exactamente el tipo de persona que quería trabajando con ella. Al fondo vio a Barbara; intentaba desesperadamente convencer a su amiga de que volviera, pero Fiona no le hacía caso.

—A Barbara le da vergüenza, pero he pensado que si no se lo preguntaba, nunca lo sabría.

Parecía inteligente y espabilada. No tenía nada que perder por leer su currículum.

—Por supuesto —contestó Clara—. Tráemelo lo antes posible, y anota un número de teléfono en el que pueda localizarte. Por cierto, esta es Ania.

—Hola, Ania. Las dejo que coman. Muchas gracias.

Y volvió a la mesa con Barbara, que no había dejado de farfullar.

—Parece maja, ¿verdad? —dijo Clara a Ania, a la que trataba como a una igual.

—Tiene una sonrisa grande —contestó Ania muy halagada—. ¿Le va a dar el trabajo, señora?

—Por supuesto —dijo Clara—. Ahora, Ania, vamos a tomarnos un helado, ¿te parece? ¿O tenemos que volver y seguir trabajando en nuestra clínica?

—Volvemos, señora —dijo Ania.

La comida había estado bien, pero debían saber dónde trazar el límite.

A las siete en punto de la tarde Clara pagó a Ania el sueldo por su jornada de trabajo.

—Nos vemos mañana a las ocho y media —le dijo.

Ania sonrió de oreja a oreja.

—¿Trabajo mañana también? —preguntó apretándose las manos.

—Por supuesto. Si quieres. Ahora ya sabes en qué consiste. Pero tendrás que limpiar y trasladar algunos muebles. Te ayudaré, desde luego.

—Gracias, señora, de todo corazón —dijo Ania—. Y por la comida también. Es usted muy amable, doctora.

—No es eso lo que dicen en mi casa... —Clara suspiró—. Lo que dicen es que soy una loca rabiosa.

Adi había llevado a su novio, Gerry, a cenar a casa. Estaban tomando una sopa y una ensalada en la cocina cuando entró Clara. Adi se levantó para servir a su madre, pero Clara hizo un gesto negativo con la mano.

—Solo un café, cariño. He comido muchísimo y a media tarde. Hamburguesa con patatas fritas.

Gerry hizo un gesto de desaprobación.

—¡Carne! Muy mal. De verdad, muy mal.

Adi estaba sorprendida.

—No suele ser ese tu ritmo, mamá.

—No, pero estos días las cosas están lejos de ir a mi ritmo —contestó Clara mientras se iba con el café a la planta superior.

Llamó a la puerta de Linda.

—Entra.

Linda estaba tumbada en la cama con una mascarilla en la cara. Parecía un mimo o un niño vestido de fantasma para ir a una fiesta de disfraces.

—Perdona, no pensaba que estuvieras en la cama tan temprano —dijo Clara.

—No, ya está casi lista. Voy a salir de copas hacia las once. Esta noche abren un local y quiero estar estupenda.

Linda miró a Clara como si esperara una reprimenda o un comentario sobre sus horarios de salida. Estaba convencida de que su madre tendría algo que decir sobre los libros y los estudios, pero nunca se podía adivinar lo que Clara diría.

—¿Cuándo piensas comenzar a ganar algún dinero, Linda? —preguntó en tono tranquilo.

—Sabía que empezarías con tus quejas.

La cara de Linda se movía con fastidio debajo de la mascarilla.

—¿Quién se queja? Es solo una pregunta.

—Bueno, dentro de un par de años, supongo —contestó Linda de mala gana.

—¿No terminas los estudios el año que viene?

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Quieres alquilar mi habitación o algo así?

—No, estoy muy contenta de que vivamos aquí las tres. Es solo que hoy me he reunido con albañiles, electricistas y fontaneros...

—Y te vas a vivir a una comuna con ellos —la interrumpió Linda.

Clara no le hizo caso.

—Y estaba pensando en hacer otro cuarto de baño. Pero es poco probable que tu amable y generoso padre quiera financiar el proyecto, así que me preguntaba cómo hacerlo. Adi podría aportar algo, y esperaba que el año que viene estuvieras en situación de colaborar también tú.

—Estaba pensando en hacer un paréntesis de un año antes de empezar a trabajar.

—¿Un paréntesis entre qué y qué exactamente? —preguntó Clara.

—Si has tenido un mal día, no lo pagues conmigo —se rebeló Linda.

—No he tenido un mal día. La verdad es que he tenido un día buenísimo, mira por dónde. He contratado a una chica más o menos de tu edad que ha trabajado de nueve de la mañana a siete de la tarde como una esclava. Le he pedido que volviera mañana y ha estado a punto de llorar de alegría.

—Apuesto a que no era irlandesa —dijo Linda.

—Lo será algún día, pero de momento es polaca.

—¡Claro! —exclamó Linda en tono triunfante.

—Vamos, Linda, cállate. No tienes ni idea de lo que es trabajar y te dedicas a decir tonterías sobre paréntesis de un año. No sabes la suerte que tienes.

—No creo que tenga suerte, ni siquiera un poquito. Mis padres se odian. Mi padre va a casarse con una chica de mi edad. Imagínate cómo me siento. Mi madre es adicta al trabajo y no deja de quejarse de que no me mato para ganarme la vida, aunque decidimos que estudiaría. Yo estaba aquí a lo mío, descansando tranquilamente, y tú llegas y me sueltas todo ese rollo. ¿Por qué no me hablas de los huérfanos hambrientos de China, India o África, además de las chicas polacas que son tus esclavas?

—Eres de verdad lo peor, Linda —dijo Clara.

Y salió del dormitorio de su hija dando un portazo.

—¿Qué son esos gritos ahí arriba? —preguntó Gerry a Adi.

—Es el mundo real, Gerry —contestó Adi—. El mundo de la gente que no se lleva bien, que no es comprensiva con los demás y que solo ve las cosas desde su punto de vista.

—Todo es culpa de la carne —dijo Gerry—. Nada bueno puede esperarse de comerse una vaca muerta por la tarde.

A la mañana siguiente Clara se había marchado a la hora en que Adi bajó a desayunar. No había rastro de que hubiera comido algo y no había dejado ninguna nota sobre los planes para la noche. Los gritos de la noche anterior debían de haber sido más serios de lo que parecían. Adi fue a despertar a Linda, que se puso de mal humor.

—En esta casa no tienes más que cerrar los ojos para que alguien entre disparado y gritando —se quejó haciendo un esfuerzo por levantarse.

—¿Qué ha pasado con mamá?

—¡Y qué sé yo! Ayer estaba como una jaula de grillos y se quejaba de que no fuera polaca, de que no pagara un nuevo cuarto de baño y de que siguiera estudiando. Casi arrancó la puerta. Diría que está peor que nunca.

—Pero ¿a qué venía todo eso, Linda?

—No tengo ni la más remota idea. Quizá está enfadada porque papá va a casarse con Cinta.

—Ya no quiere a papá.

—¿Cómo sabemos a quién quiere? Está totalmente desquiciada. ¿Puedes marcharte de una vez y dejarme dormir?

—¿Qué pasa con tus clases?

—Por Dios, Adi, lárgate a comerle el coco a otro, ¿vale?

Linda volvió a acurrucarse en la cama. Adi se encogió de hombros y se marchó. No iba a enterarse de nada más.

La pequeña Ania estaba sentada a la puerta del centro.

—¿Está segura, señora?

—Claro que lo estoy, Ania. Hoy te haré una copia de la llave para que mañana puedas entrar antes de que yo llegue.

—¿Va a darme la llave?

Ania estaba asombrada.

—Por supuesto. Así podrás tener listo el café para cuando llegue.

—¿Tendremos cafetera? —preguntó Ania, entusiasmada.

—Sí, llegará hoy, siempre y cuando quede dinero. Ve a buscar un par de cafés dobles abajo, al centro comercial, y lo que se te ocurra para desayunar, algo con mucho azúcar para que nos dé energía: un cruasán o un donut. Lo que sea. Uno para cada una.

—Qué trabajo tan bueno —dijo Ania.

Y salió corriendo, obediente.

El día volvió a pasar volando. Los albañiles eran un grupo alegre y trabajan a buen ritmo, de modo que aquello empezaba a parecerse a lo que Clara había planeado. Su mesa estaba en un lugar céntrico, y desde allí podía observar todo lo que sucedía. La unidad de enfermería estaba lista para ser equipada. Las camillas habían llegado y estaban cubriendo pequeños cubículos con cortinas de la tela que Clara había elegido. Pintaron la sala de espera y colocaron paneles para colgar la información sobre cuidados cardiológicos. Habría un dispensador de agua para los pacientes y un recipiente con café.

Prepararon el despacho de dietética de Lavender. Sus tablas de pesos llegarían a última hora junto con otra para la zona de las enfermeras.

La sala del fisioterapeuta estaba muy vacía. El equipo dependía de lo que Johnny y Clara pudieran requisar del edificio. Clara estaba contenta con los avances hasta ese momento. Demostraría a ese tal Frank quién era ella. Se sorprendió cuando a la hora de comer Ania le sirvió un sándwich y otro café.

—Déjame que te invite yo —le dijo Clara.

—No, señora. Me pagó mucho dinero ayer. Hoy invito yo a comer.

Parecía tan contenta y orgullosa de sí misma que a Clara se le partió el corazón y se enfadó todavía más con la vaga de su hija, quien seguro que a esas horas estaría durmiendo la resaca por la juerga de la noche anterior.

—¿Tiene ya a todos los que necesita, señora?

—No, Ania. Todavía me falta un administrativo, alguien que lleve al día los pagos y que me cubra las espaldas.

—¿Cubra las espaldas?

Ania no conocía esa expresión.

—Sí. Que me mantenga alejada del peligro y de los problemas.

—¿Una secretaria?

—Una especie de secretaria, pero quieren que sea una chica joven. Y no me servirá. Necesito a alguien que pueda plantar cara a monstruos como Frank Ennis y su pandilla. Me temo que una cría no podrá hacerlo.

—¿Cree que va a ganar, señora?

La expresión de los ojos de Ania era de entusiasmo.

—Si encuentro a la persona adecuada, la meteremos en plantilla antes de que se den cuenta. El problema es encontrarla.

—La encontrará, señora. Lo sé.

—Tienes más fe que yo, Ania.

—¿Dónde estaríamos en la vida sin fe? —exclamó Ania.

Fue a buscar una escoba para barrer con cuidado la porquería que habían dejado los carpinteros y preparó una taza de té.

Cuando la primera semana casi había concluido, Clara se enteró de que tenía que ir a ver al farmacéutico. Sabía que se llamaba Peter Barry, que tenía unos cincuenta años y que era muy quisquilloso. Su farmacia estaba en el centro comercial, muy cerca de la clínica. Despacharía las recetas de sus pacientes en cuanto empezaran, de modo que debía asegurarse de que pudiera proporcionar los diversos medicamentos para el corazón y el control de la presión sanguínea que recetaría. No quería tener que preocuparse de ese tema.

Peter Barry era sin duda bueno en su trabajo. Por quisquilloso que fuera, había leído todas las investigaciones recientes sobre nuevos medicamentos y sus contraindicaciones. Por un momento Clara sintió que había vuelto a la facultad de medicina y que volvían a darle clase.

—Le deseo toda la suerte del mundo con la clínica —dijo el señor Barry en tono muy formal—. Es imprescindible que la gente se conciencie de que puede controlar sus problemas de corazón.

—Por supuesto, hace mucho que es necesario —murmuró Clara.

Era la típica respuesta amable que solía dar cuando le decían lo mucho que merecía la pena el trabajo. Nadie debía sospechar cuánto lamentaba haber caído en aquel pozo. Haría su trabajo lo mejor posible y se marcharía. Pero su sonrisa era radiante.

—Tiene razón. Si viera a cuántos pacientes veo aterrorizados con sus botes de pastillas entre las manos porque no han entendido qué poción mágica los mantendrá vivos... Intento tranquilizarlos, pero muchas veces necesitan hablar, preguntar y aprender, y la verdad es que no hay tiempo.

Clara se quedó impresionada. Aquel hombre era más humano de lo que pensaba.

—Es mucho trabajo, estoy de acuerdo. ¿Tiene usted ayudante? —le preguntó.

Peter Barry recuperó el tono formal.

—En la farmacia siempre hay un farmacéutico cualificado, doctora Casey. Se lo aseguro. Pero mi ayudante trabaja media jornada. Ya ve. Esperaba que mi hija Amy me ayudara con el negocio, pero ya sabe qué pasa con las hijas...

El farmacéutico se encogió de hombros.

Clara lo entendió perfectamente.

—¿Qué hace su hija Amy?

—Al parecer, buscarse a sí misma. Es una larga búsqueda.

Su tono dejaba entrever una decepción de años.

—La mía habla, tan tranquila, de tomarse un año de paréntesis. Otro año más mantenida y sin tener que tomar decisiones.

Clara sabía que sus palabras sonaban amargas. Esperaba que su lengua no fuera tan afilada como la de su madre, aunque quizá ella tenía toda la razón para sentirse desilusionada con Clara. ¿Qué había logrado en la vida? Dos hijas enfurruñadas y un matrimonio roto, y no había conseguido el trabajo como cardióloga que todo el mundo afirmaba que era suyo. Seguramente su madre estaba tan decepcionada como lo

estaba ella con Linda, y como aquel hombre con las gafas apoyadas sobre la frente lo estaba con su hija.

Peter Barry no dejó correr el tema.

—¿Qué haría si pudiera volver a empezar de nuevo? —preguntó.

Clara sabía exactamente lo que haría. No se casaría con Alan. Pero entonces sus hijas jamás habrían nacido, y eso no lo concebía. Era verdad que tenían sus momentos difíciles, pero eran sus hijas. Recordaba a la perfección el día en que nació cada una. También podían ser muy buenas y cariñosas, y eran divertidas y dulces. No deseaba que no hubieran nacido. Claro que si no se hubiera casado con Alan, habría conseguido el puesto de cardióloga que le correspondía... Pero había pasado muchos años ocultándose sus verdaderos sentimientos y disfrazando sus reacciones. No iba ahora a bajar la guardia y a charlar del tema con aquel hombre.

—Bueno, es muy difícil saberlo. ¿Qué haría usted? —preguntó, devolviéndole la pelota.

Peter Barry no lo dudó.

—Me volvería a casar y formaría un verdadero hogar para Amy —dijo muy convencido—. Su madre murió cuando ella tenía cuatro años, así que nunca ha sabido lo que es una familia.

—Es difícil encontrar a alguien al que amar y con el que casarse de buenas a primeras —comentó Clara sacudiendo la cabeza—. Es cuestión de suerte, ¿verdad?

—No lo sé. Le aseguro que no lo sé. Creo que hay muchas mujeres en el mundo que podrían ser compañeras, parejas o esposas perfectas. Basta con estar alerta.

Clara murmuró que estaba de acuerdo y se marchó. Vio que tenía un mensaje de Alan en el teléfono, pero no lo leyó. Bastante tenía en la cabeza con las cosas que debía hacer, resolver o evitar. No le hacía ninguna falta pensar además en Alan. Pero a última hora de la tarde ya estaba preparada para leer el mensaje. Había hecho más de lo que pensaba que resultaría posible. El temible Frank Ennis se había presentado de repente con la esperanza de encontrar desorden y confusión por todas partes, pero lo que encontró fue todo el trabajo casi terminado. Las láminas para el techo habían llegado, los albañiles estaban alegres y entusiasmados, los muebles estaban en orden, y Tim, el guardia de seguridad, le mostraba orgulloso el sistema que había elegido. Las dos enfermeras, Barbara y Fiona, estaban organizando su unidad.

Lavender había llevado sus carteles sobre comida sana, Johnny había instalado sus máquinas de ejercicios, y lo mejor de todo era que Clara había encontrado a su ayudante.

Se llamaba Hilary Hickey y había entrado a preguntar si había algún puesto de trabajo a media jornada. Era una enfermera cualificada, además de practicante, y con experiencia en administración hospitalaria. Tenía cuarenta y nueve años, era viuda y tenía un hijo. Por circunstancias familiares, en los últimos tiempos tenía que pasar bastantes horas en casa, por lo que no podía aceptar un puesto a jornada completa. Antes de que hubieran terminado de hablar Clara ya sabía que era perfecta para el puesto, pero tuvo que controlar el impulso de dar saltos de alegría, y se obligó a preguntar acerca de cuestiones prácticas.

—¿Sus circunstancias familiares tienen algo que ver con su hijo? —preguntó.

—No, con mi madre. Es mayor y vive con nosotros. Necesita que la cuiden, que le echen un vistazo para asegurarse de que está bien.

—Claro, claro. ¿Cómo está de salud?

—Fuerte como un roble. Nos enterrará a todos. Algunas veces parece confundida, pero no es nada de lo que preocuparse.

Hilary era una persona llena de energía y dispuesta a colaborar en lo que fuera. Ayudó a Ania, a Clara y a Johnny a cargar un enorme aparato que parecía una máquina de cortar embutido, aunque Johnny les aseguró que era para ejercitar los brazos. Hilary se entendió fácilmente con todos, y estaba allí cuando Frank Ennis llegó a inspeccionar. Clara no podría haber deseado mejor aliada. Se la presentó.

—La señora Hickey.

Frank asintió y le estrechó la mano.

—Hola, Frank, ¿qué tal estás? —dijo Hilary alegremente.

Clara tuvo que taparse la boca con la mano al ver la cara de Frank. Estaba acostumbrado a ser el señor Ennis y a que se dirigieran a él con gran respeto.

Frank miró perplejo a Ania mientras la chica volvía a llenarle la taza de café.

—¿Y usted es... exactamente...?

—Soy exactamente Ania Prasky —contestó.

Se la quedó mirando con atención, pero estaba claro que no había pretendido reírse de él. Era obvio que no hablaba bien la lengua.

—¿Y está usted empleada aquí?

—Pago a Ania con el presupuesto para gastos menores —intervino Clara—, pero preferiría tenerla de manera más estable.

—¿Y la paga como qué?

—Como personal de mantenimiento —contestó Clara sin apartar los ojos de su interlocutor.

—En el hospital hay personal de mantenimiento para ayudar a las enfermeras, pero no aquí.

—Pensamos que es imprescindible disponer de alguien para el mantenimiento. Algunos pacientes necesitarán sillas de ruedas, y otros necesitarán ayuda para ir a la parada del autobús. Alguien tiene que hacer el café, la limpieza general y mantener el centro en condiciones para los que trabajemos aquí y para los que vengan. Necesitaremos a alguien que vaya a la farmacia del señor Barry a buscar los medicamentos de los pacientes que no puedan ir en persona. Necesitaremos constantemente a alguien que vaya al hospital a recoger radiografías y a hacer recados. Tendrá trabajo todos y cada uno de los minutos de la jornada, se lo aseguro.

—Me temo que será casi imposible que el hospital lo acepte —empezó a decir Frank.

Clara vio a Hilary frunciendo el entrecejo. La pelea estaba servida.

—Mire, doctora Casey, ya tiene usted a la señora... eh... Hickey para que la ayude. No podemos ofrecerle un regimiento de empleados...

—Pero, Frank —interrumpió Hilary—, un hombre persuasivo como tú podría tener a todo el hospital comiendo en la palma de su mano en un periquete, y no creas que mis rodillas son tan jóvenes como las de Ania y que voy a agacharme a fregar el suelo ni voy a perder el tiempo cuando podría estar ayudando a que el centro funcione, así que estoy segura de que te das cuenta de que Ania va a quedarse con nosotros.

Parecieron diez segundos, pero Clara sabía que solo habían podido transcurrir tres como máximo. Frank contestó.

—¿Cuánto le paga? —preguntó en un tono que parecía un ladrido.

—El sueldo mínimo, pero ahora que ya ha pasado una semana de prueba tendría que pensar...

—¡El sueldo mínimo! —exclamó Frank bruscamente.

Y se marchó.

Ania abrazó a las dos mujeres y les llevó galletas de chocolate. Tras toda aquella buena voluntad, Clara pudo enfrentarse al mensaje de Alan. Quería verla. Le proponía tomar algo después del trabajo, incluso cenar. Le respondió. Podía pasarse por su casa, pero sin vino. Tenían una hora para hablar, sin pelearse y sin meter a las niñas en el asunto. Si estaba de acuerdo, podía ir a su casa a las siete.

En ese momento llamó la madre de Clara para preguntarle si se acercaría a verla para ayudarla a elegir telas para unas cortinas. Clara sabía que sería un esfuerzo poco gratificante. Su madre era una persona indecisa. No se pondrían de acuerdo y no elegirían nada.

—No puedo, mamá. He quedado con Alan —respondió.

—Para quitártelo de encima de una vez, espero —dijo su madre en tono muy seco.

—Quizá sí o quizá no. Ya veremos —contestó Clara sin inmutarse.

—Ya lo hemos visto —dijo bruscamente su madre—, y lo que hemos visto no nos ha gustado.

—De acuerdo, mamá.

Clara colgó suspirando.

Hilary miró a Clara, que trabajaba tan duro, con la esperanza de que hubiera planeado una buena cita, pero cuando se lo preguntó se sorprendió de su respuesta.

—El pelmazo de mi ex marido se pasará por mi casa para volver a pedirme el divorcio —le comentó Clara.

—Estoy segura de que le dirás que sí y te lo quitarás de encima —dijo Hilary como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Por qué tengo que ponérselo fácil? —preguntó Clara.

—Porque cargar con él solo sirve para empeorar las cosas. Tengo prisa. Sabe Dios lo que mi pobre madre habrá hecho.

Y se marchó.

Dervla, la amiga de Clara, la llamó mientras volvía a casa en coche.

—Volverá a pasarse por mi casa esta noche —le explicó.

A Dervla nunca le había gustado Alan, aunque era una persona reservada. En esta ocasión no ocultó sus sentimientos cuando se enteró de la noticia.

—Llevo veinticinco años oyendo si se pasa por aquí o si no se ha pasado por aquí. Clara, dale el maldito divorcio. Acaba de una vez, por Dios.

—Gracias, Dervla —respondió Clara riéndose.

—¿Has pensado que podría haberse cansado de la carne fresca y que quiere volver contigo?

—No. Soy demasiado vieja y avinagrada.

—¿Lo aceptarías si fuera lo que quisiera?

—Eso es como hablar de mirlos blancos —contestó Clara.

No iba a seguir por ese camino.

Cuando llegó a casa, Clara se sintió aliviada al ver que estaba vacía. Así sería más sencillo. Se duchó y se lavó el pelo. Acababa de secárselo y de ponerse una camisa limpia de color rosa cuando oyó que llamaban a la puerta. Ofreció a Alan un café y se lo sirvió. Café solo, como siempre lo tomaba.

—Charlemos un poco, Clara, como en los viejos tiempos —suplicó.

—Como en los viejos tiempos no. Si lo recuerdas, en los viejos tiempos casi siempre hablábamos a gritos.

—Bueno, entonces como en los viejísimos tiempos.

Tenía una bonita sonrisa, lo admitía. Inclina la cabeza hacia un lado como si pretendiera convencerte de que vieras las cosas a su manera, lo que por supuesto ella había hecho durante años.

—¿De qué hablábamos en los viejísimos tiempos?

—Del trabajo, de las niñas, de nosotros...

Tardaba poco en encontrar respuesta para todo.

—Bueno, el trabajo es lo más seguro. ¿Qué tal te va a ti?

—Muy bien. Cansado, por supuesto. Los bancos han cambiado. Hay mucha más presión ahora. ¿Y a ti?

Parecía que de verdad le interesaba saberlo.

Le habló de la chica polaca, Ania, y de su nueva ayudante, Hilary Hickey. También de las dos simpáticas enfermeras, del fisioterapeuta, de la dietista, Lavender, y del guardia de seguridad, Tim. Incluso le habló del temible administrador, Frank, y de Peter Barry,

el farmacéutico. Y sí, parecía interesado.

Imaginó que no hubiera conocido a aquella terrible chica, Cinta. ¿Habrían podido tener algo parecido a una vida normal juntos? Intentó quitarse la idea de la cabeza. No iba a suceder. Y en cualquier caso, había habido otras antes de Cinta y habría otras después.

Alan le hizo preguntas sobre las personas de las que hablaba, preguntas que demostraban que estaba atento. Recordó que siempre era así. Había sido fácil charlar de su trabajo con él. Alan sabía escuchar. Lo echó de menos cuando tuvo que pasar sola por la humillación de que la rechazaran para el puesto de trabajo. Volvió a llenarle la taza de café.

—Quizá conozcas a alguien en tu nuevo empleo —dijo en tono amable.

—Debo de haber conocido a cien personas esta semana... —Suspiró.

—No, quiero decir a alguien especial. Ya me entiendes. Alguien con quien salir.

Sonreía con entusiasmo. Deseaba su bien en el espantoso mundo de las relaciones. Clara lo miró perpleja. A veces podía ser insensible e inoportuno hasta decir basta.

—No creo que debamos perder el tiempo considerando esa remota posibilidad. Es muy amable por tu parte que me desees lo mejor, pero la verdad es que me pareces insoportablemente condescendiente.

—¿Condescendiente? ¿Contigo? ¡Estás de broma! Clara, tú siempre has sido el cerebro. Lo sabes.

—Déjalo, Alan. A este paso acabarás diciendo que te casaste conmigo por mi gran inteligencia.

—De alguna manera así es, pero también porque eras y sigues siendo una de las mujeres más encantadoras del mundo.

Se inclinó y le acarició la mejilla. Como Clara no lo esperaba, retrocedió.

—Alan, por favor.

—No me digas ahora que no sientes algo por mí. Eres encantadora, Clara. Tienes el pelo suave y brillante, y hueles como una flor. Acércate, déjame que te abrace.

Clara se quedó tan sorprendida que no lo rechazó todo lo deprisa que habría debido, de modo que Alan le sujetó la cara entre las manos y la besó antes de que hubiera podido apartarlo.

—¿Estás loco? —jadeó—. Han pasado cinco años.

—Desde que me echaste, aunque yo nunca quise irme. Mi corazón nunca se fue.

—¿Intentas decirme que también Cinta te ha echado?

Lo miraba incrédula.

—En absoluto, pero no tiene nada que ver con esto... con nosotros.

—No hay ningún nosotros, Alan. Apártate de mí.

Forcejeó, pero él la sujetó con más fuerza.

—Me recuerda mucho a los viejos tiempos, Clara —le dijo al oído.

Al final ella se apartó de su lado, dio unos cuantos pasos rápidos por la cocina y colocó una silla entre ambos.

—¿Qué es eso de que Cinta no tiene nada que ver con esto? Vives con ella. Está esperando un hijo tuyo, por Dios. Estás aquí para volver a pedirme el divorcio y así poder casarte con ella. —Le centelleaban los ojos de rabia—. ¿Qué te propones?

—Intento que te relajes. Estás demasiado tensa y rígida. ¿Por qué no te relajas y me dejas que te haga feliz, como solía? Por los viejos tiempos.

El guapo de Alan, acostumbrado a hacer siempre las cosas a su manera, sonrió. No había cambiado. Alan, que era ya tan infiel a Cinta como se lo había sido a ella. De pronto todo le pareció claro, como si estuviera viéndolo con prismáticos. No merecía la pena perder un minuto más pensando en aquel hombre, adivinando sus intenciones o intentando entenderlo.

—Muy bien —dijo Clara, decidida—. Ha funcionado. Puedes irte a tu casa y decirle a la pequeña Cinta que tiene el divorcio. Le regalo a un marido como tú. Y puedes decirle también que lo has hecho como sueles hacerlo, dando a entender que querías echar un polvo conmigo.

—Yo no lo contaría así, la verdad. —Alan había empezado a gritar.

—Es y será la única manera de contarlo.

—No digas nada a las niñas.

Alan estaba aterrorizado.

—Adi y Linda estarán solo un poquito más molestas por la noticia de lo que lo están ya porque vayas a tener un hijo con una chica de su misma edad.

—Clara, por favor...

—Vete, Alan. Vete ahora mismo.

—Estás cerrándote. Todavía eres una mujer muy guapa.

—Vete antes de que haga que no puedas andar...

Clara hizo un gesto con la silla, como si fuera a utilizarla como un arma. Alan salió corriendo hacia la puerta y se marchó. Clara no estaba enfadada ni se sentía humillada. Ni siquiera le dolía ya su condescendencia. Se sentía vacía, idiota y avergonzada por cada segundo que había pasado esperando a que aquel desgraciado dejara a su amante y volviera con ella.

Al día siguiente empezaría los trámites del divorcio.

Lo que su madre, sus hijas, su buena amiga Dervla y su nueva ayudante Hilary no habían podido conseguir lo había conseguido el propio Alan. Con su torpe intento de irse a la cama con ella, con su seguridad de que ella lo aceptaría, al final había conseguido lo que quería, el divorcio. O quizá no lo quería, pero eso jamás lo sabría, ni le importaba. Tenía cosas mejores en las que pensar. Y por primera vez desde que se

había sumergido en el nuevo trabajo, Clara sintió que en realidad era lo más importante de su vida.

Se quitaría a Alan de la cabeza y pensaría en lo que tenía por delante en el futuro. Iba a reunirse con el nuevo médico y le daría la bienvenida a la clínica. Era un joven pelirrojo muy amable, con un buen currículum; parecía tranquilo... lo que los pacientes cardíacos necesitaban. Se llamaba Declan Carroll, y Clara tenía la sensación de que iba a resultar un hallazgo.

2

No servía de nada intentar explicar a su madre que se trataba de un puesto normal y corriente en una clínica cardiológica. Molly Carroll iba diciendo a todo el mundo que su hijo tenía un nuevo trabajo estupendo como cardiólogo jefe. Declan dejó de intentar que cambiara de idea. En cualquier caso, los amigos de su madre y la familia querían creer que era un genio. Sería triste, pretencioso y tedioso explicarles que su formación como especialista exigía pasar una temporada en cardiología.

Había pasado ya seis meses en una unidad de accidentes y emergencias, y otros seis en un hospital infantil, y cuando terminara en la clínica cardiológica, pasaría otro medio año en geriatría. Solo entonces se consideraría que tendría experiencia suficiente para ejercer la medicina general.

Nunca supo si su padre entendía el sistema. Paddy Carroll era un hombre que trabajaba en la carnicería de un supermercado y que se tomaba su cerveza cada noche y sus tres cervezas los sábados. Siempre decía que era un milagro que al joven Declan le hubiera ido tan bien.

—Tu madre tuvo que acostarse con un superdotado para que salieras tú —decía admirado.

Declan odiaba que dijera eso. Habría querido que su padre no se menospreciara tanto a sí mismo. Lo habría hecho más feliz si se hubiera dado cuenta de que Declan había llegado tan lejos sencillamente porque había trabajado muy duro.

Molly estaba preparando un desayuno que podría matar a un elefante.

—Nunca sabes cuándo podrás volver a comer, Declan —dijo preocupada—. Se pasarán el día consultándote y pidiéndote tu opinión.

—O mostrándome una sogá y diciéndome lo que tengo que hacer —contestó Declan observando consternado el enorme plato de comida que su madre había dejado frente a él.

Paddy Carroll miró con segunda intención a Dimples, un perro enorme que estaba dormido.

—No olvides sacar a pasear al perro antes de ir al trabajo, Declan —dijo.

Declan captó el mensaje. No quería decepcionar a su madre rechazando el pantagruélico desayuno, pero Dimples daría buena cuenta de las salchichas y la morcilla. Su madre se acercó a abrazarlo antes de salir a toda prisa para abrir la lavandería.

—Estoy tan orgullosa de ti que podría explotar —dijo.

—Mamá, sin duda os lo debo a ti y a papá, que habéis hecho horas extras y habéis ahorrado para mí.

—Me gustaría decir a todo el que viniera hoy que mi hijo empieza a trabajar como especialista del corazón —dijo con la cara radiante de felicidad.

Declan Carroll sabía que, efectivamente, se lo diría a todo el que llegara. A buen seguro les enseñaría incluso una foto de su graduación: Declan vestido para la ocasión, con sus pecas y su pelo rojizo, que le hacía parecer un impostor. Siempre lo

había pensado. Había ampliaciones de esa foto en tres habitaciones de la pequeña casa en la que vivían en Saint Jarlath's Crescent.

Dimple, que era mezcla de labrador y alguna otra raza sin pedigrí, se puso muy contento con el inesperado desayuno. Era una locura, pero Declan pensó que hasta el perro estaba orgulloso de él aquella mañana. Nadie era consciente, sin embargo, de lo nervioso que se sentía por ser su primer día en el nuevo trabajo. Debía llegar puntual. Llegar tarde sería un pésimo inicio. Dio una palmadita en la cabeza al perro glotón y se dirigió en bicicleta a la clínica cardiológica. Mientras avanzaba entre el denso tráfico de la mañana, deseaba que alguien hubiera dejado su puesto justo antes de que él llegara, alguien que hubiera abierto el camino. Pero era otro equipo. Él sería el primer médico interno, el último mono. O como su madre estaba ya diciendo a todo el mundo, el cardiólogo adjunto.

Declan ató la bicicleta frente a la clínica. Le habían pedido que estuviera allí a las nueve y media, pero había llegado media hora antes. Aquella mujer un tanto fría y tan arreglada, Clara Casey, le había mostrado el centro cuando fue a hablar con ella sobre el puesto de trabajo. Era un espacio abierto. Había insistido en que no quería que se ocultaran en despachos. Tendría una mesa, por supuesto, y un archivador, pero lo importante debía ser que estuvieran accesibles para los pacientes y que todo el equipo se implicara.

La doctora Casey era buena. A principios de año había oído decir que posiblemente ocuparía el gran puesto de cardiólogo del hospital, pero no había sido así. Quizá no lo quiso. Lo que seguro que podía decirse de ella era que no tenía miedo a las autoridades del hospital. Declan pensó que sería un punto a su favor. Se preguntaba si alguna vez él llegaría a ser tan valiente. Decididamente no. Era prudente por naturaleza, y sus padres eran tan humildes que todavía le daba más miedo dar un paso en falso. Recordó la ocasión en que estaba en el servicio de emergencias y un joven motociclista murió en sus brazos, literalmente. Al volver a casa, todavía temblando, se lo contó a su padre y a su madre.

—No pueden echarte la culpa, Declan —dijo Molly con firmeza.

—Nadie puede señalarte con el dedo, hijo —exclamó el leal Paddy.

Ninguno de los dos pareció entender que ni remotamente pensaba que era responsable de la muerte de un motorista borracho. Solo buscaba un poco de comprensión por haber tenido en sus brazos a un joven de diecinueve años cuando respiró por última vez. Habría querido que lo agarraran del brazo y le dijeran: «Eres un buen tipo, Declan, y algún día serás un estupendo médico», pero lo que hicieron fue preocuparse por si había hecho algo mal. Era difícil ser valiente y tener agallas cuando todo lo que había aprendido en casa era el miedo a que el supermercado cerrase la carnicería y su padre se quedara en paro, o que la lavandería prefiriese a una mujer más joven y guapa que su madre.

Pero Declan sabía escuchar. No tardaría en tomarle el pulso a su nuevo lugar de trabajo.

Esperaba que no fuera muy temprano. Podría parecer demasiado entusiasta, demasiado nervioso. Pero la chica que le abrió la puerta pareció encantada de verlo.

—Soy Ania. Estoy haciendo la etiqueta con tu nombre. Dime cómo lo quieres.

Sonreía de oreja a oreja y tenía acento extranjero.

—Supongo que basta con mi nombre —contestó sorprendido.

—Ahora lo escribo. ¿Quieres letras celtas o solo gordas?

—¿Eres la calígrafa de la clínica?

—¿Cómo?

—Perdona. Que si eres experta en tipos de letra.

—No, pero a Clara le gustó la placa que hice y me dijo que hago una para cada uno. Me dijo que eran más bonitas que las placas aburridas del hospital, que son muy pequeñas para que los viejos las puedan leer. Me dio estos rotuladores gruesos para que haga letras grandes.

—Estoy seguro de que al hospital le han encantado —dijo Declan.

—No, no le han gustado, pero a Clara no le importa.

Ania parecía muy orgullosa.

—Perfecto. Preferiría letras celtas, por favor, Ania.

—Muy bien. Lo hago ahora, y así cuando los demás llegan podrás llevarla en el pecho y sabrán quién eres.

Parecía contenta y que disfrutaba del trabajo. Declan no tenía ni idea de si era secretaria, enfermera o mujer de la limpieza. Buena señal que no hubiera creído necesario aclararlo. Significaba que formaba parte del equipo. Se relajó y observó sus trazos seguros mientras escribía su nombre: DR. DECLAN CARROLL. A su madre le habría encantado. Quizá haría una fotocopia para ella.

Y el resto del equipo fue llegando.

Lavender, la dietista, felicitó a Declan por haber decidido ser médico de cabecera. Ahora, dijo, muchos jóvenes preferían una brillante carrera como especialistas. Era de gran ayuda para las personas que, como Kitty Reilly, necesitaban a un buen médico.

Barbara, una amable y alegre enfermera le dijo que aquella clínica era un centro estupendo. Solo llevaba funcionando dos semanas, y al acabar el día ya sentías que habías hecho cosas buenas, que era más de lo que debía de sentir mucha gente, a juzgar por su cara. Barbara dijo que empezaba cada semana con tres propósitos. Esa semana iba a perder un kilo y medio de peso, iba a asustar a su paciente Kitty Reilly para que se aprendiera los nombres de las pastillas e iba a asistir a un acto benéfico en un club de golf muy elegante, porque ella y su amiga Fiona habían oído que irían hombres despiadadamente guapos.

Hilary Hickey, que se presentó como la ayudante de Clara, le dio la bienvenida y le dijo que sería muy feliz en la clínica. Ver que personas que pensaban que estaban acabadas y a punto de irse al otro barrio tras haber sufrido un infarto se dan cuenta de que pueden sobrellevarlo tenía algo de mágico.

También conoció al guardia de seguridad, Tim, que se dijo que solo estaba allí unas horas al día, sobre todo para asegurarse de que las cosas iban bien. Quería saber si Declan tendría medicamentos en su armario, porque en ese caso deberían tomarse

precauciones extras, hacer una lista y colocar cerraduras. Declan le contestó que era muy poco probable. Recetaría medicinas, pero los pacientes tendrían que ir a la farmacia a buscarlas.

Y conoció a Johnny, el fisioterapeuta, que le dijo que había puesto grandes esperanzas en la clínica. Clara tenía más pelotas que la mayoría de los hombres de la profesión. A pesar de que no disponían de dinero para aparatología, la había encargado. A Johnny casi le había dado miedo desempaquetarla, porque pensó que el gilipollas de la administración, Frank, o como se llamase, exigiría que la devolvieran. Pero no. La astuta Clara había ofrecido una rueda de prensa para anunciar que todos los aparatos eran de vanguardia y que agradecía públicamente al hospital su gran sentido del compromiso. El gilipollas de Frank no pudo hacer nada.

Declan observó que todos llamaban a la directora de la clínica por su nombre de pila. No tenía nada que ver con su anterior puesto, en el que todos eran «señor» y «doctor», y la norma era el estricto orden jerárquico.

—¿Qué hacemos con los pacientes? —le preguntó a Hilary—. ¿Los llamamos también por su nombre de pila?

—Les preguntaremos cómo quieren que nos dirijamos a ellos. Clara dice que todos suelen querer que los tuteemos, pero a menudo los hijos son un poco altivos y creen que nos tomamos demasiadas familiaridades.

Para Declan estaba bien pensado.

En aquellos momentos llegó Clara, alta, morena y muy arreglada. Lo primero que se observaba en ella era que se cuidaba. Lo segundo, su sonrisa. Te hacía sentir que eras la única persona en el mundo a la que quería ver.

—Declan Carroll, bienvenido. Lamento mucho no haber estado aquí para recibirte. Tenía una reunión en el hospital con varios cavernícolas. Tienes que ir a esas reuniones si no quieres que decidan algo absurdo a tus espaldas. Pero, bueno, ya estoy aquí. ¿Has conocido a todo el mundo?

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Y estás listo para empezar?

—Sí, totalmente.

Se preguntaba si alguna vez tendría la confianza en sí mismo y el estilo de aquella brillante mujer.

—Muy bien. En marcha.

Giró a la izquierda, donde había tres cubículos muy iluminados y con bonitas cortinas que los separaban entre sí para ofrecer cierta privacidad. Había sillas reclinables que se convertían en camillas si el médico necesitaba que el paciente se tumbara. Se detuvieron ante la primera, donde una mujer mayor los observaba con recelo.

—Este es el doctor Declan Carroll, Kitty. Declan, esta es la señora Kitty Reilly. Aquí tienes su informe. Está en buena forma y tiene que venir a vernos cada tres semanas. Declan te auscultará, Kitty. Te dejo en sus manos.

—¿Qué ha pasado con el otro médico, el que estaba aquí la última vez?

—Te refieres a Sulog. Estaba solo de suplente hasta que llegara Declan —explicó Clara.

—¿Era buen médico? ¿Aprendió lo que es debido en su país?

—Sí, por supuesto, se preparó muy bien en Malasia. Pero solo estaba echando una mano hasta que Declan pudiera unirse a nosotros.

—¿Cómo está, señora Reilly? ¿O prefiere que la llame Kitty?

Se sintió mejor al ver la mirada de aprobación de Clara.

—Bueno, teniendo en cuenta que vas a mirarme el pecho y todo lo demás, creo que debes llamarme Kitty —dijo la mujer, casi a regañadientes.

—Bien, Kitty, ¿y qué medicación estás tomando?

—Dios, eres tan malo como esa marimandona de enfermera, Barbara, que siempre me pregunta si sé qué pastilla es esta y cuál es la otra. Menuda la que me ha caído encima.

—Es útil para ti saber lo que estás tomando, Kitty —dijo Declan con una sonrisa persuasiva.

—No veo por qué. —La cara de Kitty Reilly mostró que estaba buscando un argumento convincente—. Eso es asunto de la clínica, ¿no? El mío es tomármelas.

—Sí, pero supón que te falta la respiración y nos llamas por teléfono. Podríamos decirte que tomes un diurético, una pastilla para ir al baño, ya sabes, pero no serviría de nada si no sabes qué pastilla es cada una.

Kitty dejó de fruncir el ceño.

—Entonces ¿lo de aprenderme las pastillas es de verdad por mí?

—Pues claro, Kitty. A ver, enséñamelas. Te ayudaré, si quieres.

—¿No vas a hacer que me las estudie como un niño en el colegio?

Kitty estaba a la defensiva y por un momento pareció un poco frágil y vulnerable.

—Por supuesto que no. Ponlas encima de la mesa.

—¿Esto no va a quitar tiempo para que me auscultes?

Quería asegurarse de que tenía importancia.

—Para nada. Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo Declan para tranquilizarla.

—Una cosa —añadió Kitty con los ojos brillantes—. ¿Qué piensas del padre Pío?

—¿De quién? —preguntó Declan, desconcertado.

—Tienes que haber oído hablar de él. Tiene los estigmas.

Declan recordaba que algo le había contado su madre sobre un cura de algún lugar de Italia que tenía llagas como Cristo en las manos, los pies y el costado.

—Era realmente todo un caballero —dijo.

—No estoy segura de que fuera un caballero.

Kitty estaba dispuesta a pelear hasta con su sombra.

—Pero era amable. ¿No es verdad que era amable? Pero echemos un vistazo a esas pastillas. Tenemos aquí todos los colores del arco iris.

Clara salió del cubículo sonriendo. Declan Carroll había sido una buena elección. Era un excelente médico en ciernes y disfrutaría enseñándole muchas cosas sobre cardiología mientras estuviera en la clínica.

En el siguiente cubículo Barbara estaba tomando la presión al señor Walsh. Había que llamarlo «señor» porque su mujer había dicho que le parecía ofensivo y condescendiente escuchar a chicas jóvenes dirigiéndose a su marido como Bobby. El señor Walsh era un hombre paciente. Dijo a Barbara que siempre había querido llevar una vida tranquila, y que ahora que se había jubilado estaba contento. Tenía un hijo, Carl, que era maestro de escuela y estaba muy feliz con su trabajo. Bobby pintaba de vez en cuando, sobre todo con acuarelas, iba a pescar y pasaba largas horas en la biblioteca. Su mujer quería algo más de diversión, pero afortunadamente el cardiólogo que lo había transferido a la clínica le había dicho que debía estar tranquilo. Barbara suspiró. Los hombres buenos y decentes como aquel estaban siempre casados con viejas espantosas como la señora Walsh. Parecía que las cosas funcionaban así, aunque a veces también sucedía lo contrario. Pensaba en todo el tiempo y las lágrimas que su amiga Fiona había desperdiciado con aquel perdedor de Shane, que estaba ahora en la cárcel por traficar con drogas. Por suerte, Fiona nunca miraba hacia atrás, pero en aquellos momentos había sido horrible.

Barbara nunca se había enamorado de verdad, al menos no en el sentido de sentar la cabeza con alguien, pero las cosas cambiarían en cuanto fuera a aquella glamorosa reunión a finales de semana. Iba a asistir gente realmente famosa, y podrías pedir a un cantante muy conocido que fuera a cantar a tu fiesta, o a un cocinero que te preparara una cena, o a un artista que dibujara tu casa o tu jardín.

Barbara había oído que el estilo iba a ser algo fuera de lo normal. Un paciente suyo, un chico que trabajaba en un banco, le había regalado dos entradas. Se lo comentó al señor Walsh, que le dijo que aquellos jóvenes deberían estar ciegos y ser tontos para no ver lo guapas que eran Barbara y Fiona. Dijo que ambas los dejarían patidifusos.

Fiona no pasó el día en el hospital porque Clara había pensado que sería buena idea mandarla a una conferencia farmacéutica. Una empresa ofrecía una comida en un gran hotel para profesionales vinculados a temas de cardiología. Llamó por teléfono justo cuando Barbara acababa de volver a su mesa y estaba pensando en ella.

—¿Estás ocupada? —preguntó Fiona.

—No mucho. Estoy repantigada, con los pies encima de la mesa y tomándome un cóctel de tequila —contestó Barbara.

—Vale, estás entre pacientes. ¿A quiénes has tenido?

—Veamos: el encantador señor Walsh, la loca de Kitty y algunos nuevos. Ha llamado aquella mujer de los perros que no dejan de ladrar. Vendrá mañana.

—Ah, sí, Judy, pero ¿no es mejor tener perros que no tener nada?

—No estoy tan segura —contestó Barbara, pensativa.

—¿Y cómo van tus propósitos para esta semana? —preguntó Fiona.

—Solo he comido una manzana. Pero no vas a creértelo: ¿recuerdas que hoy iba a enseñar a Kitty Reilly a distinguir sus pastillas o a cogerla por el pescuezo?

—Sí. ¿Y lo has hecho?

—No. El nuevo médico se me ha adelantado. Kitty sabía cuáles eran bloqueadores beta y cuáles eran pastillas para el corazón. Me ha señalado los diuréticos como si yo fuera tonta.

—Este nuevo médico debe de estar bien.

—Bastante buen compañero. Se llama Declan.

—Bueno, lo veré mañana. Ahora tengo que irme. Están sirviendo langosta y no quiero perdérmela.

—¿Langosta? —exclamó Barbara—. ¿Con mucha mayonesa cremosa o con mantequilla caliente? Ay, me encantaría comerme una langosta.

Declan, que pasaba por allí, la oyó.

—No, no te encantaría, Barbara. La odiarías. Textura como la goma, bañada en grasa... Piensa en tus propósitos.

—¿Quién era ese? —susurró Fiona.

—El nuevo compañero. Ya lo conocerás mañana.

—Estoy impaciente —dijo Fiona.

Y colgó.

Declan pedaleó de vuelta a su casa. Su ruta lo llevaba por algunas de las zonas de la ciudad que más estaban cambiando, y nunca dejaba de sorprenderse con algún nuevo detalle en el que no se había fijado antes. Pasaba por un mercado callejero en el que solían vender coles y patatas, pero ahora personas de países lejanos vendían seda india y especias exóticas. Después había un enorme bloque de pisos de lujo que había surgido de repente de... ¿de dónde? Ya no lo recordaba. Como siempre, se sentía un triunfador por avanzar más deprisa que los demás vehículos, que estaban prácticamente parados. Y llegó a su casa, en Saint Jarlath's Crescent.

Sus padres se alegraron mucho de verlo, se sentaron a la mesa y le preguntaron por su primer día de trabajo. Para complacerlos, fingió que su papel había sido más importante de lo que realmente había sido. Preguntó por el padre Pío a su madre, y esta le dio muchos más datos de los que necesitaba saber. Le preguntó a su padre cómo había ido el día en la carnicería. Paddy Carroll alzó los hombros y le contestó que había sido un día como cualquier otro, en un momento prisas con una multitud esperando a que los atendieran y después ratos tranquilos en los que no había nadie. Declan se comió sus dos chuletas de cordero con guisantes de lata. Pensó en la sonriente enfermera y en su amiga hablando de langosta. Ojalá tuviera una vida social más animada. Veía ante sí el futuro en el que sus padres y él vivirían para siempre, con un solo cambio: al final él prepararía la comida para los tres, porque ellos ya no podrían hacerlo.

A la mañana siguiente Declan volvió a la clínica en bicicleta. Esta vez no estaba nervioso, porque todos ya lo conocían. Los pacientes esperaban su turno charlando en la luminosa y alegre sala de espera.

Su primera paciente fue una mujer llamada Judy Murphy, que le dijo que no estaba preocupada por sí misma. Debía ingresar tres días en el hospital para hacerse unas pruebas, pero todo iría bien. El problema eran sus perros. ¿Quién cuidaría de sus dos pequeños jack russell? Las residencias caninas eran demasiado caras para ella, y además los perros lo pasarían muy mal. Su vecino podía llevarles latas de comida dos veces al día, pero no podía sacarlos a pasear, y los perros necesitaban dar un paseo. No podía ingresar en el hospital. Quizá podían aumentarle la medicación. Se encontraba muy bien. Miraba con expresión preocupada al médico, que hojeaba su informe: angina de pecho persistente y graves fluctuaciones en la presión sanguínea. Declan Carroll se fijó en la dirección de Judy Murphy. Vivía a muy pocas calles de su casa.

—Yo los llevaré a pasear —dijo.

—¿Cómo?

—Que yo los llevaré de paseo cada noche. Saco a pasear a nuestro perro, Dimples, así que iremos todos juntos.

Declan vio que la mujer recuperaba cierta esperanza.

—¿Dimples? —preguntó Judy.

—Un labrador enorme y cariñoso. Está castrado. Sus perros lo adorarán. Es como un peluche gigante.

—Doctor, ¿haría eso por mí?

—Llámame Declan —la corrigió—. Empezaré esta noche.

—Pero no voy a ingresar en el hospital esta noche...

—No, Judy, pero tendrás que ingresar mañana, y así nos conocerán a Dimples y a mí. Pasaré por tu casa a las ocho en punto. Ahora ve a solucionar el tema con Clara, luego Ania se pondrá en contacto con el departamento de ingresos y todo irá bien.

—Eres el mejor, doctor Declan —dijo Judy.

También Clara estaba encantada con él.

—He estado pidiéndole a esa mujer que viniera tres veces por semana solo para vigilarla, y ahora has conseguido que haga lo que ninguno de nosotros había conseguido. ¿Por casualidad hay algún san Declan? Si no, podrías ser el primero.

—Parece que hay un san Declan, pero nunca encontré demasiada información sobre él. El diccionario de santos pasa directamente de David a Demetrio, así que acabé rindiéndome. Pero, bueno, mi madre me bautizó como Declan Francis para asegurarse de que tendría santo.

Clara se rió.

—Tiene razón en cubrir todas las opciones —contestó.

Pero Declan no estaba escuchándola. Estaba mirando a una chica con pantalones oscuros y bata blanca, que era el uniforme de la clínica. Una chica de poco más de veinte años arrodillada frente a un anciano para ayudarlo a rellenar un formulario. Tenía largas pestañas y una sonrisa perfecta. Era la chica más guapa que había visto jamás. Por primera vez en su vida Declan Carroll sintió lo que tantas veces había leído, cantado y soñado. Deseaba conocer a aquella preciosa Fiona. Por primera vez desde que tenía catorce años habría querido ser alto, moreno y con aspecto melancólico, en lugar de soso, pelirrojo y pecoso. ¿Qué mujer en su sano juicio se encapricharía de él?

Fiona levantó la mirada del formulario de Lar Kelly y vio los ojos castaños de Declan mirándola fijamente. Habría tenido que ser ciega para no haberse dado cuenta de la admiración que desprendía su mirada. Debía de ser el nuevo compañero, el que había conseguido que Kitty se aprendiera cuáles eran sus pastillas y el que había logrado que Judy aceptara ir al hospital. ¿Qué tipo de gurú era?

—Declan —le dijo Fiona—, bienvenido al manicomio.

—¿Esto es un manicomio? —preguntó Lar, angustiado.

Lar era un hombre bajito y rechoncho, calvo, con la cabeza de huevo y la corbata torcida.

—Perdona, Lar. Por supuesto que no. Es solo una manera poco respetuosa de hablar de nuestro trabajo. Declan, te presento a Lar Kelly. Es una mina de información. En cada visita me cuenta algo nuevo. Ojalá viniera cada día.

—¿Qué le has contado hoy a Fiona, Lar? —preguntó Declan.

—¿Sabes quién soy? —preguntó a su vez Fiona.

Había olvidado totalmente que llevaba una placa con su nombre.

—Pues claro que lo sé. Y sé lo que comiste ayer: langosta —dijo.

—Eres genial.

Fiona parecía complacida.

—No me habías dicho que comiste langosta —dijo Lar, ofendido.

—No, porque no habíamos hablado de ese tema, aunque la verdad es que fue muy poquita. Creo que eran un tanto roñosos.

Declan quería seguir hablando con ella para siempre.

—Entonces ¿qué es lo nuevo que te ha contado hoy?

—Lar me ha enseñado las normas del fuera de juego en el fútbol —respondió Fiona.

—¿Sabes las normas del fuera de juego en el fútbol? —preguntó Declan abriendo la boca admirado.

No era tan fácil explicar algo así.

—Lar me ha dicho que es para impedir que los jugadores intenten meter un gol con un pase largo. Estás en fuera de juego si cuando te pasan el balón estás más cerca de la

portería que el balón y el penúltimo defensa.

—Deberías ser comentarista deportiva —dijo Declan con cara de asombro.

—No tiene suficiente memoria —intervino Lar—. Mejor no le preguntes qué quiere decir URL o html. No me explico cómo puede utilizar un ordenador. Si nuestra vida estuviera en sus manos, sería como para llevarse un susto de muerte.

A Fiona no le molestó el comentario.

—Pero me acuerdo de lo que es un campañol. Cuando los veía en los libros, nunca sabía si eran buenos o malos. Creo que en Irlanda no hay. Pero, bueno, Lar me dijo que el campañol es un roedor de nariz redondeada y orejas pequeñas parecido al ratón o la rata.

—¿Es bueno o malo?

—Yo diría que muy malo. Vamos, Lar, que no acabaremos nunca de rellenar el formulario.

—Me gusta leer los documentos con cuidado —dijo Lar.

—Sí, pero es un formulario para una radiografía, Lar, y lo que dice esa pregunta es si estás embarazada...

Fiona miró alternativamente a los dos hombres.

—Nunca se pasa uno de cuidadoso —dijo Lar.

Declan tuvo que hacer un enorme esfuerzo para marcharse.

Declan se daba cuenta de que Fiona era absolutamente encantadora y de que no tenía la menor posibilidad con ella. Se miró en el espejo del cuarto de baño de la clínica. Le devolvió la mirada una cara redonda coronada por un espantoso pelo rojo. ¿Podría tener alguna esperanza si su pelo no fuera tan horrible?

El día anterior, pedaleando de vuelta a casa, había pasado por una calle llena de comercios elegantes, entre ellos una peluquería carísima. Más tarde se pasaría por allí para tratar el tema de su pelo. Daño no podría hacerle.

En la peluquería había mármol negro por todas partes, cromados y cristal.

—¿Puedo hacer una consulta? —preguntó Declan.

—Por supuesto, dígame. Soy Kiki, estilista —contestó una chica de largo pelo negro, muy maquillada y con las uñas de color púrpura.

—Gracias, Kiki. ¿Quiere que me siente? ¿Qué puedo hacer con mi pelo? —preguntó.

—¿Qué quiere hacer con su pelo?

—Eso es lo que vengo a consultar. No lo soporto así.

—¿Por qué no?

Kiki lanzó un enorme bostezo que dejó ver hasta la campanilla.

—Bueno, es desesperante —dijo Declan.

—¿Se le cae o algo así? —preguntó Kiki.

—No, no se me cae, pero parece un estropajo. Es desesperante.

—No le veo nada malo —dijo Kiki.

—Es ridículo.

—No, pega con su cara. Está muy bien.

Kiki dijo que creía que la consulta había terminado.

—Pensaba que se trataba de atraer a clientes, no de espantarlos —dijo.

—Caballero, está usted perfecto. ¿Qué sentido tiene que le recomiende que se tiña el pelo, o se haga mechas, un baño de color o cualquier otra cosa que va a costarle cientos de euros cuando está perfecto como está? ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

El encargado, que no le gustaba que se alzara la voz, se acercó.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó.

—Sí, Kiki me ha ayudado mucho. Volveré la semana que viene —contestó Declan dirigiéndose hacia la puerta.

Kiki se adelantó y se la mantuvo abierta.

—Gracias —le dijo—. Es solo que no soporto que les saquen el dinero a personas como usted, personas que no tienen donde caerse muertos.

Declan abrió el candado de su bicicleta. ¿Había pensado que era pobre porque iba en bicicleta? Su madre pensaba que era un gran cardiólogo. Ninguna de las dos opiniones importaba demasiado. Lo que importaba era lo que pensaba Fiona. Y otra cosa que le importaba era que la chica no conociera a nadie en la reunión benéfica del viernes, a nadie de quien pudiera encapricharse.

Los jack russell terriers de Judy Murphy no causaban problemas. Se resignaron a la actitud altiva de Dimples, que no les hacía demasiado caso, como si no estuvieran. Declan habló con los perros mientras los paseaba por el parque. Les habló de Fiona, de lo guapa, inteligente y divertida que era. La chica había viajado, incluso había vivido en Grecia. Compartía piso con Barbara, aunque iba muy a menudo a casa de sus padres. Declan dijo a los terriers que parecía que a ella le gustaba, pero que con las mujeres nunca se sabía. El problema era que si se precipitaba, podría quedar como un idiota, pero si le decía algo demasiado tarde, para entonces ella podría haber conocido a alguien en aquel terrible acto benéfico. Les dijo que ya podían imaginarse que era mucho más fácil ser un perro. Los jack russell ladraron para mostrar que estaban de acuerdo con él. Dimples parecía desdeñoso. Entonces Declan oyó un grito.

—¡Por Dios! Estás aquí hablando con esta manada de sabuesos y en casa no abres la boca.

Era su padre. Paddy Carroll iba de camino al bar para tomarse su cerveza vespertina.

—Vamos, ven conmigo, y tráete a esta tropa de perros. Podemos sentarnos fuera, en la calle.

—No quiero ir contigo y con tus amigos, papá.

—Claro, con lo orgulloso que estoy de mi hijo, el paseador de perros —dijo su padre riéndose—. Y quizá podrías contarme quién esa chica de la que te has encaprichado.

—¿Qué chica?

—Decco, sé que a ti te parece que tener cincuenta y siete años es ser muy muy viejo, pero no he olvidado cómo son estas cosas. Yo estaba exactamente igual que tú ahora cuando vi por primera vez a tu madre.

Declan esperaba que su padre no fuera a contarle algo embarazoso o íntimo. No era un buen momento. Pero Paddy Carroll parecía pasearse felizmente por la senda de los recuerdos.

—Fue en 1980. La canción de moda era «Your Eyes are the Eyes of a Woman in Love» cuando vi por primera vez a tu madre. Llevaba una falda de terciopelo rojo y una blusa blanca. Y después de haber bailado toda la noche y de saber que esa vez sí, que esa vez era real, le pregunté: «¿Lo son?». Y ella me dijo: «¿De qué hablas?». Y le contesté: «De tus ojos, Molly. ¿Son los ojos de una mujer enamorada, como dice la canción?».

—¿Y qué te contestó mamá? —preguntó Declan, quien, a su pesar, escuchaba a su padre muy atento.

—Me dijo que podría ser, que el tiempo lo diría y que teníamos mucho tiempo por delante. ¿Sabes, Declan? No pude dormir en una semana y todavía no me explico cómo no me corté todos los dedos en el trabajo.

—¿Cuánto tardó en saber si estaba enamorada o no?

Declan no podía creerse que estuviera manteniendo esa conversación con su padre.

—Ocho semanas —contestó Paddy.

—¿Y tuviste que hacerte el interesante para conseguirla?

—No. Esas cosas no se me darían bien. Soy demasiado transparente. Y si me permites que te dé un consejo, no merece la pena que lo hagas tú tampoco, Decco. Creo que la sinceridad es nuestro mejor traje. Buena educación, ya sabes, y formalidad en un mundo de tiburones.

—Seguro que tienes razón, papá —dijo Declan en un tono menos convencido que nunca.

—Declan, ¿quieres venir esta noche a tomar una copa con Hilary y conmigo para celebrar que ya llevas una semana aquí y todavía sigues vivo?

A Declan le habría gustado, pero todavía tenía esperanzas en que se las arreglaría para conseguir una entrada para la velada benéfica. Incluso había encontrado una tienda de alquiler de trajes que estaba abierta hasta tarde para hacerse con un esmoquin si la conseguía. Sabía que era una locura, pero tenía el terrible

presentimiento de que Fiona iba a conocer al amor de su vida en aquel club de golf. Y él estaba enamorado de ella desde el martes. Sí, era amor como el que su padre había sentido por su madre, un amor que había crecido en muy poco tiempo porque era verdadero.

—Muy amable, Clara. ¿Me permites que llame a mi padre para preguntarle si puede ocuparse él de pasear a los perros esta noche?

—¿Todavía te encargas de los asuntos de Judy Murphy cada noche?

Clara estaba impresionada.

—No son tan malos cuando llegas a conocerlos. Son muy ruidosos, claro, pero es inevitable.

—Eres un chico muy tolerante —dijo Clara con un gesto de aprobación.

Y ambos volvieron al trabajo.

Barbara y Fiona fueron a la peluquería a la hora de comer. Cuando aquella tarde Declan las vio en la reunión de personal, deseó desesperadamente deslizar los dedos por los pequeños tirabuzones junto a las orejas de Fiona. Se dirigió a ella bruscamente, como un loco. Carraspeó tres veces, hasta sentirse lo bastante seguro para desearle buena caza en la gala de aquella noche.

—Ya nos contarás el lunes —dijo con la esperanza de que su voz no dejara traslucir su anhelo.

Fiona no debía saber que deseaba desesperadamente que no fuera.

—Yo podré informar de primera mano —dijo Tim, el guardia de seguridad—. Trabajo allí esta noche, así que me enteraré con todo detalle de lo que pasa.

Por un momento de locura Declan se preguntó si debía suplicar a Tim que se asegurara de que Fiona volvía a su casa temprano, sin percances y sola.

—También yo podré informar —dijo Ania riéndose—. Estaré en el guardarropía.

Barbara y Fiona se quedaron encantadas con la noticia y saltaban de alegría de un lado a otro.

—Quizá conozcas a alguien también tú —dijo Barbara.

—En el guardarropía no creo —contestó Ania, que era realista.

Declan se las arregló para aguantar el resto del día, salió del centro apesadumbrado y se dirigió al coche de Clara.

—Hilary ha tenido que cancelarlo en el último momento. Tiene algo importante que hacer con su madre, pero podemos ir nosotros igualmente —dijo Clara.

Plegaron la bicicleta de Declan, y Clara se puso en camino hacia una elegante vinatería.

—Eres muy amable —dijo Declan intentando obligarse a centrar su atención en la mujer que estaba sentada frente a él.

—No, al contrario. Me alegra tener a alguien agradable con quien hablar un viernes por la noche en lugar de volver a una casa vacía —dijo Clara.

Clara pidió primero un agua con gas, después una copa de vino blanco y por último otra agua con gas. Declan se tomó tres copas de vino rosado. Clara le habló de sus hijas, Adi y Linda, del complicado novio de Adi y del complicado estilo de vida de Linda. Explicó a Declan que ahora, por su propio bien y por el de sus hijas, en su casa había normas. Debían darse cuenta de que no podían pasarse la vida avasallando a los demás.

—No creo que tú avasalles a tus padres, Declan —dijo inesperadamente.

—Quizá no he valorado demasiado los sacrificios que han hecho por mí —admitió—. Creo que nos pasa a todos, ¿verdad?

Y Clara siguió hablando de su distante padre, que nunca pareció interesarse por ella, de su difícil madre, siempre decepcionada, que en lugar de mantener una conversación se dedicaba a hacer una crítica tras otra.

—¿Cómo la describirías en una sola palabra? —preguntó Declan.

—Quejica. Esa es la palabra. Siempre se queja de algo. Por ejemplo, de que ya nadie tiene educación, o de lo cara que se ha puesto la vida, o de que me casara con Alan, o de que dejara a Alan, o de que Adi tenga novio y Linda no lo tenga. Pase lo que pase, todo está mal. No me había dado cuenta antes.

Clara parecía sorprendida.

—Quizá debería hacerme psiquiatra —bromeó Declan.

—Ni se te ocurra. Eres exactamente el modelo de médico de familia sobre el que leemos en todas partes, pero al que nunca llegamos a conocer. Quédate ahí, Declan.

—Eso haré, aunque me gustaría no ser tan gris y torpe.

—No creo que lo seas. Has ayudado a muchísimos pacientes en menos de una semana. Te gusta de verdad la gente y se nota. ¿Qué tiene eso de gris y de torpe? —preguntó Clara con expresión sincera.

—Las mujeres preferís a los canallas, sinvergüenzas y despiadados —comentó Declan como si no le importara demasiado.

—Sí, durante cinco minutos, pero no para más tiempo.

—Espero que tengas razón, porque no se me da demasiado bien el papel de despiadado.

—Tengo razón, créeme.

—Déjame que te invite a la última —le dijo.

—No, doctor Carroll. Y recuerda que no debes incitar a tomar una copa a un conductor.

—Lo había olvidado —dijo avergonzado.

—Bueno, y además creo que con todo el rosado que te has tomado no debo permitir que cojas la bici, así que te llevaré a casa.

En el camino de vuelta Declan vio a su madre cerrando la lavandería. Molly hacía dos turnos de noche, y el dinero extra que ganaba iba a una cuenta para comprar un local en el que su hijo pudiera montar un consultorio.

—Ahí está mi madre —dijo—. ¿Podemos llevarla a casa?

Y Declan se sentó en el coche mientras su madre contaba a Clara Casey, su jefa, que era un estupendo cardiólogo y que estaba destinado a hacer grandes cosas.

El lunes, mientras Declan estaba visitando a Bobby Walsh, le preguntó por sus cuadros. ¿Prefería la acuarela o el óleo? Por lo visto, a Bobby Walsh le gustaban las acuarelas.

—¿Por qué? —preguntó Declan.

Lar lo escuchaba desde el cubículo de al lado.

—Deberías entrenar la mente para aprender algo nuevo todo el tiempo —dijo en tono recriminatorio—. Hasta la joven Fiona, que no es más que una enfermerita descerebrada, consigue meterse en la cabeza nuevos datos constantemente.

A Declan le sentó muy mal que calificara a Fiona de enfermerita descerebrada, pero no lo demostró. Era temprano, demasiado temprano para enfadarse. Faltaba ya muy poco para que se enterara de qué tal les había ido en la gala benéfica.

—Me pregunto cómo lo pasaron las chicas en la velada —dijo a Bobby Walsh mientras le tomaba la presión.

—Mi mujer fue. Me dijo que estaban todos hasta las cejas de alcohol —explicó Bobby Walsh contento de poder ser de ayuda.

Declan se acercó a Jimmy, un hombrecillo astuto del oeste de Irlanda. Había ido a Dublín a ver un partido de fútbol, le había dado un infarto y lo habían llevado al Saint Brigid's, donde le dijeron que tenía que continuar con un tratamiento de seguimiento en cuanto le dieran el alta. Jimmy era tan tímido y reservado que daba todo un rodeo por el campo hasta llegar a la clínica para que ningún vecino se enterara de que tenía problemas de corazón. Declan oía a Fiona dos cubículos más allá, hablando con Kitty Reilly.

—Bueno, Kitty, eres muy inteligente. Debo tener cuidado con mi trabajo, porque sabes más de tu medicación que yo. Supongo que ahora el doctor querrá hablar contigo sobre esa dificultad al respirar, pero desapareció cuando te tomaste la pastilla adecuada, ¿verdad?

—También hablé con el padre Pío. No fueron solo las pastillas.

—No, Kitty, nunca son solo las pastillas. Hay muchos otros factores.

Fiona era la diplomacia en persona.

Declan intentó adivinar algo por su tono. ¿Había pasado el fin de semana en el ático de algún playboy? ¿Había sido todo un fracaso? Imposible adivinarlo. Kitty estaba lanzada.

—Pero escucharé a ese amable doctor de cabellera roja. ¿Crees que es un hombre familiar?

—Seguro que sí —contestó Fiona—. Los médicos amables siempre lo son. Están casados con crueles arpías con gafas y proyectos de investigación.

Declan sonrió de oreja a oreja. Fiona creía que él era uno de esos médicos amables y que estaba casado. Quizá todavía había esperanzas para él. A la hora de comer la invitó a salir. Declan Carroll, que nunca había pedido una cita a una chica porque nunca había tenido suficiente dinero, o tiempo, o confianza en sí mismo.

—¿Te gustaría salir a cenar conmigo una noche de esta semana?

No dijo nada del otro mundo, pero sus palabras resonaron en sus oídos como si las hubiera pronunciado en una enorme caverna. Quizá se reiría y le diría que estaba loco. Quizá diría que no, que acababa de empezar una relación, pero que gracias de todos modos.

—Estupendo —dijo.

Parecía sincera.

—¿Adónde te gustaría ir?

—Llévame a algún sitio que te guste a ti —respondió Fiona.

Declan se quedó en blanco. ¿Qué le gustaba a él? No conocía ningún sitio. Por las noches volvía a casa a cenar, a la cocina de su madre. Qué triste. En una revista había visto hacía poco un artículo sobre un restaurante llamado Quentins. Decía que era *über elegant*. ¿*Über* quería decir súper? Quizá quería decir pretencioso, pero fue el único sitio que se le ocurrió.

—¿Quentins? —sugirió sorprendido de que su voz sonara normal. Para sus oídos había sonado como un chirrido.

—¡Ostras! —exclamó Fiona, impresionada.

—¿Eso es que sí? —preguntó intentando parecer despreocupado.

—¿Y no vendrá la señora Declan? —preguntó.

—No, no, solo nosotros dos —balbuceó.

—No pensaba que fueras a invitarla a cenar con nosotros —dijo Fiona.

—No, claro que no. Quiero decir que no hay ninguna señora Declan, por Dios.

—Bien —dijo Fiona.

Y se marchó a clasificar resultados de análisis de sangre que deberían haberse mandado al hospital, pero que por alguna extraña razón habían ido a parar allí.

Aquel día Declan pedaleó de vuelta a su casa por un camino que pasaba por el Quentins. Impresionaba bastante. Se preguntaba si estaba loco por haber propuesto aquel restaurante. Con suerte estaría completo y podría decirle a Fiona la verdad, que lo había intentado. Pero no. Cuando llamó por teléfono desde la esquina, resultó que no tuvieron ningún problema en encontrar una mesa para dos, así que la reservó con todo el dolor de su corazón. Quizá lo mejor era que entrara y echara un vistazo para que resultara más creíble que solía ir a aquel restaurante. Empujó la puerta. Estaba

bastante lleno. Ofrecían un buen menú a primera hora para los que querían ir después al teatro.

Una mujer atractiva de mediana edad, que parecía la encargada, se acercó a él. Estaba a punto de buscarle una mesa, pero faltaba muy poco para que la empanada de Molly Carroll estuviera lista en casa.

—No, disculpe. He venido solo a echar un vistazo. Es que nunca había estado aquí, pero he invitado a una persona a cenar.

Se dio cuenta de que parecía un chiflado dando vueltas por la calle. Seguramente aquella mujer le pediría que se marchara y no le permitiría volver a entrar. Qué tonto había sido por ir. Pero a la mujer le pareció normal su conducta.

—Por supuesto. Quiere echar un vistazo. Permítame que le muestre el local rápidamente. Soy Brenda Brennan, por cierto, la mujer del chef, Patrick. Estaremos encantados de mostrarle el restaurante.

—Soy Declan Carroll —contestó sin terminar de creerse que se había salvado.

—Claro, señor Carroll, ha llamado usted hace un momento. Permítame que le muestre la mesa que tengo en mente para ustedes.

Declan la siguió aturdido desde el mostrador de las ostras, con su hielo picado, hasta el expositor de los postres, con cascadas de frutas derramándose por pequeños pilares. Brenda le señaló las demás salas y lo llevó a la cocina para presentarle a Patrick y a su hermano, que tenía el extraño nombre de Blouse. Le dio las gracias asombrado y le dijo que esperaba con impaciencia que llegara el jueves.

—Es usted muy amable por haberme mostrado el restaurante, señora Brennan. Me temo que no soy lo que se dice un experto en este tipo de cenas de lujo.

—Pocos lo somos, señor Carroll, pero todavía son menos los que tienen la sensatez de admitirlo. ¿El jueves es una gran ocasión?

—Para mí sí. He invitado por primera vez a la chica más atractiva del mundo. Espero que sea un éxito.

—Haremos lo posible para que lo sea.

Brenda Brennan lo acompañó hasta la puerta, como si fuera un cliente habitual y respetado, y lo vio subirse a su bicicleta y meterse feliz entre el tráfico.

—Qué chico tan majo —dijo a Patrick en la cocina.

—¿Por casualidad es médico?

—No creo. Lo habría dicho. Siempre lo dicen. En cualquier caso, no tiene esa excesiva confianza en sí mismo que suelen tener los médicos. ¿Por qué lo preguntas?

—He recordado que Judy Murphy dijo que le tiraba los tejos un médico pelirrojo que iba en bici. Podría ser este.

—Diría que Dublín está llena de hombres con esas características —dijo Brenda.

Y ambos siguieron trabajando, pero Brenda pensó que se lo preguntaría a Judy la próxima vez que la viera.

Declan se sentó a cenar. Molly lo observaba inquieta mientras atacaba el enorme montón de comida.

—Cuéntame cosas que te hayan pasado hoy —le pidió.

No era mucho pedir. No tras toda una vida privándose de todo para que su hijo pudiera llegar a donde estaba. Pero aquella noche Declan no se sentía capaz de llenar la cocina de parloteos sin sentido sobre cómo lo había pasado en su papel de médico con bata blanca. Contestó a un par de preguntas con aire inquieto.

—Chorradas —dijo de repente su padre.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Me preguntaba si tú y tu equipo de sabuesos querríais dar una vuelta y veniros conmigo al bar a tomar una cerveza. Es lo que se dice cuando se conduce un trineo arrastrado por perros.

—Ay, Paddy, no lleves al chico a bares cutres como ese. Lo que le corresponde a nuestro Declan son cafeterías de hoteles y vinaterías, al menos de ahora en adelante.

Declan los miró sin decir nada. Nunca podría contarles que iba a gastarse casi lo que su padre ganaba en una semana en una cena en el Quentins el jueves por la noche y que había estado allí echando un vistazo a las ostras y los surtidos del Pacífico para poder elegir con conocimiento de causa llegado el momento.

Si al menos supiera lo que había pasado el viernes anterior... No le gustaba la idea de preguntar ni a Barbara ni a Fiona para no parecer un cotilla. Quizá Ania, la chica polaca, se lo dijera. O Tim, que se ocupó de la seguridad en la velada.

Ania dijo que no se lo había pasado bien.

—Estaba la mujer de Bobby, con muy mal carácter, y le dije hola por su nombre. Una estupidez. Se enfadó mucho y me dijo: «Por Dios, últimamente hay polacos por todas partes, están invadiendo el país».

—Qué mujer tan mala, Ania. Espero que no te encuentres a muchas como ella.

—Declan se mostraba comprensivo, pero seguía deseando enterarse de más cosas—. ¿Lo pasaron bien Fiona y Barbara?

—No, no lo creo. Bueno, seguro que no. Pasó algo que no se entendió bien. ¿Cómo lo llamáis?

—¿Un malentendido? —propuso Declan.

—Sí, creo que fue eso. Un malentendido importante.

Pero Ania no siguió hablando.

Cuando encontró a Tim, se enteró de que todo el mundo se dedicaba a esnifar, que había montones de droga. Había ido al servicio de caballeros de una planta y había visto una pila en venta, como si fuera un mercadillo.

—¿Qué hiciste? Se supone que estabas allí para vigilar.

Declan pensó que los demás llevaban una vida muy complicada.

—Fui a hablar con el jefe de seguridad, y me dijo que cerrara el pico y que mirara para otro lado. Y eso hice, Declan. No soy el héroe solitario que va a limpiar el país.

—¿Y Fiona y Barbara? ¿También ellas...? Quiero decir, ¿estaban...?

—No, no tenían nada que ver. Se marcharon temprano. En realidad me pidieron que les llamara a un taxi.

—¿Por las drogas?

—No, porque los organizadores pensaron que eran chicas de compañía. Era lo que esperaban y lo que habían pedido cuando regalaron sus entradas. Madre mía, qué noche.

Declan se volvió loco de alegría. Todo había ido bien. Respiró profundamente, y aquella noche los perros parecieron sentir que estaba más en paz consigo mismo que nunca.

La mañana del jueves de la cita Declan se despertó eufórico. Aquel día todo saldría bien. Sería positivo y fuerte, decidió desde el momento en que se levantó de la cama.

Empezó en el desayuno.

—No vendré a casa a cenar, mamá —dijo.

—¿Y quién sacará a pasear a los perros? —preguntó Molly para disimular su desilusión.

—Judy Murphy no estará hoy en el hospital, y papá puede llevarse a Dimples al bar.

—¿Y qué vas a hacer para no poder venir a casa a cenar?

Molly no estaba dispuesta a dejarlo correr.

Declan había pensado más o menos qué diría. Si mentía y decía que tenía una reunión, lo único que conseguiría sería aplazar el momento en que tuviera que confesarles que había conocido a una chica. No tenía nada de raro. En realidad lo raro era que un hombre de veintiséis años no hubiera salido con chicas de vez en cuando.

—He quedado con una chica del trabajo. Vamos a ir a cenar.

—Una chica del trabajo —dijo su madre muy seria.

—Sí, Fiona Ryan. Es una enfermera de la clínica.

—Una enfermera —repitió Molly.

—¿Y es una chica maja? —preguntó Paddy.

—Muy maja.

Sabía que no estaba dando demasiadas explicaciones, pero así debía ser.

—¿Y adónde vais?

Molly no pensaba dejarlo correr.

—Por ahí. No somos muy exigentes —mintió, con la esperanza de que no sonara tan increíble como le sonó a él.

—Bueno, espero que lo pases bien. Tengo que marcharme. Algunos tenemos trabajo.

Molly se marchó. Su rígido cuerpo mostraba su gran desilusión y lo que le dolía verse relegada a un segundo plano.

Fiona dijo que se encontraría con él en el restaurante. Declan se preguntaba si debería haberle propuesto llamar a un taxi para que fuera a recogerla. ¿Estaba siendo un tacaño? Pero Fiona le dijo que el autobús iba directo desde su casa hasta la puerta del Quentins.

—No es tan habitual que reciban a clientes que llegan en autobús —dijo Fiona.

—Bueno, me recibieron a mí el lunes, y llegué en bici —comentó. Enseguida quiso tirarse de los pelos.

—¡Vas al Quentins dos veces por semana! —exclamó Fiona con los ojos como platos.

—No, no, solo pasé a reservar —dijo avergonzado.

—Me muero de ganas de ir —confesó Fiona, con el mismo entusiasmo que pondría en hacer una pausa para tomar un café, o para comer, o para ver algo en la tele, o que había mostrado la semana anterior por la gran velada, que desde entonces no había vuelto a mencionar.

Declan pensó que era fantástico vivir la vida con tanta ilusión. Esperaba no ser demasiado aburrido para ella, demasiado monótono, pero en ese caso no tendría ninguna obligación de salir con él.

Declan pasó el día como pudo. Nunca antes se había dedicado a deambular de un lado a otro, pero aquel día lo hizo. Se preguntaba si Fiona estaba aunque solo fuera un poco nerviosa por la noche que tenían por delante. Estaba esperándola frente a la puerta del Quentins cuando Fiona bajó del autobús. Era la primera vez que la veía con ropa de calle. Hasta ese momento solo la había visto con el uniforme blanco y negro del hospital. Llevaba un vestido de seda rosa y una chaqueta de lentejuelas brillantes. Estaba despampanante.

Brenda Brennan les dio la bienvenida tan calurosamente como si hubieran sido grandes empresarios, embajadores o políticos de renombre internacional. Los invitó a una copa de champán y les deseó que pasaran una velada agradable.

—¿Cómo consigue ser así? —preguntó Fiona en un susurro.

—Las mujeres sois las mejores para estas cosas —contestó Declan, admirado.

—No todas. Yo no lo conseguiría ni en un millón de años.

—Ella no podría hacer lo que haces tú cada día. Eres fantástica con los pacientes —dijo con auténtica admiración.

El camarero preguntó si querrían ostras. Fiona había visto lo caras que eran y dijo que creía que preferiría empezar con una ensalada.

—Pide ostras si te gustan, Fiona.

Estaba empeñado en que Fiona disfrutara de la cena.

—La verdad es que solo las he comido una vez y pensé que era como beberse un trago de agua de mar —contestó.

Declan sonrió aliviado. El precio de las ostras era astronómico. Recuperó la respiración.

Brenda Brennan supervisó su cena desde la distancia. En ningún momento interrumpió la conversación, pero estaba siempre atenta para rellenarles los vasos de agua, las tazas de café y la panera.

Acabaron de cenar sin haberse dado cuenta.

Cuando Declan pagó la cuenta, Brenda Brennan le dijo: «Gracias, doctor Carroll».

—Sabe que eres médico —dijo Fiona, impresionada.

—Te aseguro que yo no se lo he dicho —contestó él.

—Sé que no —dijo Fiona—. Eres demasiado majo para eso.

Declan dijo que pararía un taxi para que la llevara a casa, pero Fiona contestó que sería una auténtica locura, ya que el autobús la dejaba en la puerta. Dijo que le había encantado la cena y le preguntó si quería ir a cenar a casa de sus padres la semana siguiente.

—¿No tienes que preguntárselo a ellos antes?

Declan pensó en las escasas posibilidades de invitar alguna vez a alguien a su casa de Saint Jarlath's Crescent.

—No, ¿por qué? Ven, por favor. Así me verás cómo soy, y si te gusta, podemos seguir saliendo.

—Me gustas mucho —dijo Declan.

—Y tú también me gustas a mí —dijo Fiona.

Declan vio que Brenda Brennan los observaba con una sonrisa complacida.

Sus padres estaban en casa cuando Declan llegó. Muttie Scarlet, un amigo de su padre, estaba con ellos.

—Ha llegado Declan.

Paddy Carroll se puso muy contento. Dimples alzó la cabeza de entre las patas para darle la bienvenida.

—Declan ha invitado a salir a una chica, una enfermera —murmuró Molly todavía resentida.

—¡Vaya, ahora ya no es tan buen chico! —exclamó Muttie.

—¿Y qué habéis comido? —preguntó su padre.

—Ensalada y filetes de lenguado.

—Tienes que estar muerto de hambre —dijo Molly mirándolo como si estuviera a punto de sacar una bandeja de patatas fritas.

—No. Hemos comido mucho pan.

—Eso podéis comerlo en casa.

No era difícil ver que Molly estaba dolida.

—Quizá un día de estos. Invitaré a Fiona a una de tus estupendas cenas, mamá. Estoy seguro de que le encantará.

—Seguro —añadió su padre.

—Me gustaría que avisaras con tiempo antes de plantearte traerla a casa —dijo Molly roja de nervios—. Para empezar, hay que pintar la cocina. Tenemos que cambiar la encimera y quizá deberíamos pensar en abrir la sala de enfrente y convertirla en comedor.

—No, mamá. Comeremos aquí, como siempre. Es perfecto.

—Perdona, pero ¿quién servirá la comida? Yo, ¿verdad? Pues yo digo que hay que arreglar esto antes de que vengan extraños.

Los tres hombres suspiraron. No quedaba otra opción.

A la mañana siguiente Jimmy llegó puntual tras un viaje en tren de tres horas desde Galway. No tenía buen aspecto cuando Declan lo llevó al cubículo.

—¿Te duele algo? —preguntó Declan.

—Bueno, lo normal, ya sabes.

Declan echó un vistazo al informe de Jimmy: en ninguna parte se mencionaba que tuviera dolores.

—¿Qué tipo de dolor?

—Como si llevara un cinturón muy apretado y alguien tirara de mí —contestó Jimmy con una mueca de dolor.

—Vuelvo en un minuto —dijo Declan haciendo una seña a Fiona, que estaba cerca—. ¿Está Clara?

—No. Está en una de sus peleas sobre la financiación. No volverá hasta después de la comida.

Declan habló deprisa y en voz baja:

—Voy a pedir una ambulancia a urgencias. Por favor, cierra la puerta de la sala de espera cuando llegue para que nadie vea lo que está pasando. Y ve a hablar con Jimmy. Tranquiliza a todo el mundo, pero intenta descubrir con quién tendríamos que ponernos en contacto.

Fiona se puso en marcha. Al margen de que estuviera loco por ella, Clara no podría

haber elegido mejor.

Jimmy murió veinte minutos después de que lo ingresaran en el hospital. Clara apareció milagrosamente y se deshizo en elogios a Declan y a Fiona. Lo habían hecho todo a la perfección. Fiona incluso había conseguido detalles de un sobrino y de su arisca mujer, que pretendían quedarse con la granja de Jimmy, y se enteró de que había hecho testamento y de que iban a llevarse una desagradable sorpresa. Le cogió de la mano y lo tranquilizó, fue con él en la ambulancia y se quedó a su lado todo el tiempo.

Clara les pidió a los dos que fueran con ella a su despacho. Tendría que redactar un informe explicando por qué una persona a la que atendían en su clínica cardiológica había sufrido de repente un ataque en el propio centro. Sabía que habían hecho todo lo que debía hacerse, pero los del hospital pedirían infinitos detalles. Ania fue a buscar sopa y bocadillos. Estaba a punto de dejarlos solos charlando cuando Clara le dijo:

—Por favor, Ania, quédate. Eres tan parte de este equipo como cualquiera de nosotros.

Y Declan vio como la cara de la chica polaca enrojecía de satisfacción.

El funeral de Jimmy tuvo lugar el martes en un pueblecito de la escarpada costa del condado de Galway. Clara propuso que Declan y Fiona asistieran en representación de la clínica. Después de todo, eran sus únicos amigos en Dublín. Tomaron el tren a la ciudad de Galway y un autobús hasta la casa de Jimmy. El viaje fue cómodo. Se sentían como dos viejos amigos. Fiona había llevado bocadillos por si no había vagón restaurante. Les alegraba tener el día libre y observar cómo cambiaba el paisaje al cruzar el río Shannon y acercarse al oeste, donde los campos eran más pequeños, los muros estaban hechos a mano con piedra y las ovejas alzaban la cabeza curiosas cuando pasaba el tren. Hablaron de Jimmy y se preguntaron por qué había sido tan reservado. Sí, por supuesto que viajaba gratis en tren, pero era realmente extraño que recorriera una distancia tan larga solo para evitar miradas entrometidas.

En la pequeña iglesia había un grupo de gente bastante numeroso. Fiona y Declan llamaron la atención porque eran los únicos extraños. Conocieron al sobrino y a su arisca mujer, que era exactamente como Jimmy la había descrito.

—¿Y cómo conocieron al tío Jimmy? —preguntó a Fiona la malcarada mujer.

—Ya sabe cómo son estas cosas —contestó Fiona, evasiva—. El mundo es muy grande, ¿verdad?, y conoces a gente por todas partes.

No iba a sacarle nada más.

No había tren de vuelta hasta las seis de la tarde.

—Volvamos a la casa —propuso Fiona.

Declan había esperado que fueran a pasear juntos por el bosque y los acantilados de los alrededores, pero Fiona estaba decidida.

—Nos hemos tomado el día libre para venir aquí. Tenemos que ser dignos de él.

—Pero no estamos siendo dignos de él, Fiona. No hemos dicho a nadie que venía a nuestra clínica.

—No, no podemos decirlo porque él quería que fuera un secreto, pero me gustaría que esa gente pensara que tenía amigos fuera de este pueblo.

Declan estuvo de acuerdo con ella.

En la casita que había sido el hogar de Jimmy encontraron jamón cocido y tomates. Nunca se había casado y vivía solo en aquella pequeña casa sin fotos, sin recuerdos, sin personalidad. La casa tenía una pequeña sala de estar que era obvio que apenas había utilizado. Fiona y Declan hablaron con todo el mundo sin decir una palabra sobre su relación con el fallecido. Se enteraron de que una vez había estado interesado por una mujer llamada Bernadette, pero la historia no cuajó porque Jimmy apenas tenía patrimonio y nunca iba a llegar a nada.

Entonces comentaron que iban a leer su testamento. Declan y Fiona intentaron no participar, dado que no eran familia. Dijeron que se marcharían a Galway a coger el autobús, pero a esas alturas todo el mundo había hablado con ellos y ya formaban parte del grupo.

Los ojos de Fiona iban de un lado a otro pensando en el momento en que leyeran el testamento y en el golpe que iban a recibir el frío sobrino y su arisca mujer. Resultó que Jimmy había solicitado permiso para hacer obras en su pequeña vivienda. Se lo habían concedido, de modo que el terreno tenía ahora mucho más valor de lo que todo el mundo pensaba. El sobrino y su mujer apenas podían contener su entusiasmo. Entonces se leyó que su voluntad era que sus bienes se dividieran en dos partes, una para la clínica cardiológica de Dublín, y la otra para Bernadette, a la que tanto había admirado en su juventud. Quería que ella y su familia supieran que al final sí que había conseguido llegar a algo.

Declan decidió que tenían que marcharse de allí de inmediato, sin duda antes de que se descubriera que tenían algo que ver con la clínica cardiológica. Se pusieron de camino antes de que el sobrino de Jimmy y su mujer fueran realmente conscientes de lo que acababa de suceder y antes de que el tono de la conversación se hubiese elevado. Hicieron autoestop hasta Galway, donde pasaron unas horas mágicas viendo una exposición de arte, echando un vistazo en una librería y tomando un café al aire libre.

En el camino de vuelta a Dublín, Fiona se quedó dormida con la cabeza apoyada en el hombro de Declan mientras este observaba la puesta de sol y se decía que no recordaba haberse sentido tan feliz jamás.

Estaba muy nervioso por conocer a los padres de Fiona, pero para ella parecía algo totalmente normal. Mientras iban juntos en el autobús, él esperaba que a la madre de Fiona le pareciera bien que le hubiera comprado una orquídea. Fiona dijo que le encantaría, pero después pensó que a todo el mundo le gustaría cualquier cosa. No estaba acostumbrada al ambiente de Saint Jarlath's Crescent, donde todo se analizaba y se pensaba durante días y días.

Declan temía el día en que Fiona fuera a conocer a sus padres. Si llegaba ese día, claro.

El padre de Fiona, Sean, era un hombre muy tranquilo.

—Vaya, has subido el nivel trayendo una orquídea a esta casa —dijo a Declan—.

Desde ahora nadie podrá venir con un ramo de flores de la gasolinera para Maureen.

—Espero no haber hecho mal —dijo Declan tímidamente.

—Para nada, chico. Es perfecto.

Fiona estaba relajada y cómoda. Nadie se quejaba ni insistía en que todo el mundo se lavara las manos o se quedara con la mejor silla, como sucedería en su casa. Fiona estaba llevando a la mesa la ensalada y servilletas de colores vivos. Su madre, Maureen, llamó a los hijos pequeños y sirvió una gran fuente de chile y arroz. Apenas parecían darse cuenta de que Declan estaba allí. De nuevo pensó en el interrogatorio que sufriría Fiona en cuanto llegara a su casa y suspiró. ¿Por qué Paddy y Molly Carroll no podían ser como aquella familia normal y relajada en lugar de caer en lo inoportuno, como su padre, o desmenuzar la conversación en busca de un desaire o un insulto, como su madre?

—¿Crees que les he gustado? —preguntó Declan, nervioso, mientras se dirigían a la parada del autobús.

—Claro, les has encantado. Pero les habrías encantado en cualquier caso, ya sabes.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, comparado con el último tipo al que llevé a casa, eres como un ángel con alas —dijo como si eso lo explicara todo.

Declan aplazó el tema de invitar a Fiona a Saint Jarlath's Crescent.

Iba todo tan bien, que ¿para qué arruinarlo ahora? Y también dejó en suspenso el tema del sexo. Se habían dado cariñosos besos de despedida, y la noche en que había cenado con Fiona en su apartamento, Barbara había salido. Quizá había sido una oportunidad, o una invitación, pero estaba indeciso. Le importaba mucho Fiona y quería que todo fuera perfecto. ¿Era tonto para esas cosas? Fiona era una chica normal.

Declan había mantenido relaciones sexuales. No tantas, por supuesto, pero las había disfrutado. Y quizá Fiona también. Sin embargo debía estar seguro. Quizá podrían irse unos días de vacaciones juntos. En aquellos momentos se veían ya casi cada noche después del trabajo.

Los días pasaban volando en la clínica. Declan aprendió muchísimo de Clara, que le enseñaba sin que pareciera que lo hacía. En las reuniones preguntaba tanto como respondía. Llegó a conocer a sus compañeros de trabajo. Ahora era una leyenda entre los pacientes por haberse ocupado de los perros de Judy Murphy cuando esta tenía que ir al hospital. Judy había comprado un bonito bol con un dibujo de Dimples para el enorme y sensible labrador. La madre de Declan dijo que Judy era demasiado mayor para él y que no debía hacer caso de lo que dijera una mujer que podría ser su madre. Paddy alzó los ojos al cielo rogando que Declan no se metiera en el tema.

—Seguiré tus consejos, mamá, como siempre —dijo Declan.

En la clínica se había hecho muy amigo de Hilary, que le pidió que la cubriera un mediodía. Tenía que volver a casa. Los vecinos la habían llamado por teléfono para decirle que su madre estaba en el jardín en camisón. Como los demás, Declan le sugirió que quizá su madre estaría mejor en una residencia, pero Hilary rechazó su consejo, como había rechazado el de los demás. Nadie podía imaginarse lo que

aquella mujer había hecho por ella. No iba a apartarla de su lado en el crepúsculo de su vida para quitarse problemas de encima.

—Tendrás que dejar el trabajo pronto —dijo Declan en su tono tranquilo.

—No, no, mi hijo Nick me ayuda mucho. Está a menudo en casa. Es compositor, ¿sabes? Y echa un ojo a su abuela.

Declan pensó que no debía de ser mucho más que un ojo si la anciana estaba en el jardín en camisón. Pero, como siempre, aceptó y le dijo que se ocuparía del mostrador durante la hora de la comida y contestaría al teléfono.

Aquella noche Fiona iba a una fiesta de mujeres, de modo que Declan cenó en su casa con sus padres. Su madre montó un numerito fingiendo sorprenderse de verlo en casa. La escuchó con paciencia mientras decía que se alegraba de que su casa fuese lo bastante buena para él aquella noche. Luego preparó una empanada de carne y riñones de ternera con los bordes cuidadosamente ondulados.

—¿Tu amiguita hace una empanada como esta? —preguntó Molly.

—Ya sabes que no, mamá.

—¿Y cuándo crees que vamos a conocerla?

Había llegado su oportunidad.

—Me encantaría invitarla a cenar, mamá. Quizá podrías hacer una empanada como esta.

—No haré empanada. Si van a venir invitados a esta casa, comerán un asado como Dios manda —dijo Molly.

—¿Podemos pues decidir qué noche? —suplicó Declan.

—Cuando tu padre haya pintado la sala —contestó Molly.

—Qué casualidad. Había pensado hacerlo este fin de semana —dijo Paddy Carroll.

Declan miró a su padre y vio la misma mirada de amor que la primera vez que había visto a Molly en el baile, con su blusa blanca y su falda de terciopelo rojo.

Necesitaron dos días para vaciar la sala, y tres horas para elegir el color de la pintura. Paddy pensaba en un blanco magnolia, Molly se preguntaba si verde lima, y Declan dijo que le encantaría un tono melocotón llamado «verano indio».

Decidieron el día de la cena y Declan se lo preguntó a Fiona.

—Claro —dijo, como si fuera lo más normal—. Me encantará, Declan. Muchas gracias a ti y a tu madre también.

—Se quedará entusiasmada contigo —dijo en tono no del todo convincente.

—¿Quiere eso decir que soy mejor que tu ex?

—No tengo ninguna ex. Bueno, nunca he llevado a casa a una ex —dijo nervioso.

—Estoy segura de que las hay a montones —dijo Fiona alegremente—. ¿Qué le llevo?

A mi madre le encantó la orquídea.

—Quizá una caja de galletas —dijo Declan tras haberlo pensado un momento.

¿Había algo que Fiona pudiera comprar y que su madre no criticara? Era muy poco probable.

Mientras Declan estaba haciendo sus rondas, Judy Murphy lo sorprendió diciéndole que trabajaba a tiempo parcial como contable en el Quentins. Les llevaba el IVA una vez por semana. Los dueños le habían dicho que un amable doctor, que parecía el que sacaba a pasear a sus perros, había ido allí a cenar con una guapa chica rubia.

—¿Era nuestra amiga? —Judy indicó con un gesto a Fiona, que estaba al fondo de la sala.

—Sí, era ella. ¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe —contestó.

—¡Vaya! —exclamó Declan, alarmado.

—Es una chica con suerte —dijo Judy muy en serio.

Barbara iba a una boda en Kilkenny, de modo que no estaría en casa en toda la noche. Se lo dijo a Declan dos veces, por si no lo había entendido a la primera. Declan se acercó a Fiona, que estaba con Lar.

—¿Tienes un momento? —le preguntó.

—Claro que sí.

Fiona parecía apurada.

—Gracias —le dijo Fiona cuando salieron del cubículo—. Se supone que debería saber las cuatro principales ciudades de Tennessee, pero no recuerdo ninguna. ¿Por alguna maravillosa casualidad existe la ciudad de Tennessee?

—Creo que no, pero está Memphis, Chattanooga y Nashville —contestó Declan.

—Una más, por favor.

—¿No está allí también Knoxville?

—Te quiero —dijo, y le dio un beso en la nariz.

—¡Espera! —exclamó sujetándola del brazo—. Espera un momento. Fiona, como Barbara no estará esta noche en tu casa, me preguntaba si quizá podría... ya sabes... quedarme contigo.

—Pensaba que no me lo preguntarías nunca —contestó.

Y Declan la oyó recitándole las ciudades de Tennessee a Lar mientras le tomaba la presión y le aseguraba que viviría lo suficiente para verlas si gastaba menos en los caballos y más en viajes.

Declan fue a llamar a sus padres y les dijo que tenía turno de noche. Así eran las

cosas...

Al principio estaban los dos nerviosos y hacían bromas para aplazar el momento. Al final Fiona tomó la iniciativa.

—Podríamos llevarnos los vasos de vino a la habitación —propuso.

Y a partir de ahí todo fue bien. Después, mientras Fiona dormía con la cabeza apoyada en su pecho, Declan supo que la felicidad que había sentido en el tren solo era un pálido anticipo de la felicidad que sentía en aquellos momentos.

Se despertaron tarde y tuvieron que correr para coger el autobús. Pensaron que todo el mundo en la clínica sabía lo que habían hecho, aunque era imposible. A Declan no le importaba que lo supieran. Al contrario, se sentiría orgulloso. Y en dos días Fiona iría a cenar a su casa de Saint Jarlath's Crescent para conocer a sus padres. ¿Qué podía ir mal en la vida?

Molly se había vuelto a hacer la permanente para la ocasión y había advertido a Paddy cien veces que tenía que ponerse chaqueta y corbata para la cena. Había planchado las servilletas que le habían regalado para su boda y que desde entonces apenas habían utilizado.

Tim, el guardia de seguridad, dijo a Declan que le prestaría su coche durante un par de días.

—¿Me cubre el seguro? —preguntó Declan deseando no ser siempre tan prudente.

—Claro que te cubre mi seguro y que tienes mi permiso para conducir el coche. Al fin y al cabo, no creo que seas un loco al volante —contestó Tim riéndose.

Declan se pasó días ensayando para que nada le pillara por sorpresa. El día de la gran cena vio que Fiona se había recogido el pelo y había ido al trabajo muy elegante, con un vestido de seda de color crema y una chaqueta. Su mejor conjunto, seguramente demasiado elegante. Su madre encontraría pegos también a eso. De vuelta a casa, lavaron y cepillaron a Dimples y le prohibieron ocupar su silla favorita. Pidieron a Muttie Scarlet, el amigo de su padre, que no llamara para proponer a Paddy que fuera con él a tomar una cerveza. La madre de Declan se había pintado los labios para el desayuno. Les dijo que estaba echando la casa por la ventana, porque no solía darse esos gustos. Declan quería alabar su permanente, decirle que estaba muy guapa, que la quería y que nunca los abandonaría, pero por supuesto lo único que hizo fue sonreír como un tonto y decir que sería una noche fantástica.

El día se hizo interminable. Bobby Walsh sintió dolores en el pecho, y su mujer dijo que no iba a ir a aquella clínica en la que se juntaba gente de todas partes del país y de Dios sabía cuántos otros países. Entrara como entrase, seguro que saldría mucho peor.

Declan deseó que el hijo de ambos, Carl, estuviera con ellos para tranquilizar a su madre.

Por segunda vez desde que trabajaba en aquella clínica, Declan se descubrió a sí mismo mirando el reloj. Al fin llegó la hora de salir y abrió orgulloso a Fiona, su novia, la puerta del coche de Tim. Se metieron en el tráfico, y Fiona charló alegremente sobre la jornada que acababa de concluir. Él era un hombre maravilloso, con la cabeza llena

de datos. La señora Walsh, la espantosa mujer de Bobby, suspiró y se quejó a Lavender cuando estaba dándole una dieta para Bobby. «Al menos eres irlandesa. Supongo que no hay la menor duda», le dijo.

—Justo delante de Ania. Esa mujer es de verdad un monstruo.

Al rato se dio cuenta de que Declan no le respondía.

—¿Estoy hablando demasiado? Me callaré un poco en cuanto lleguemos —prometió.

—No, no te calles, por favor. Sé tú misma. Pero ya verás que ellos son también ellos mismos.

Declan parecía abatido.

—Pero son tu madre y tu padre. Me encantarán. Ellos te dieron la vida. ¿Qué podría no gustarme de ellos?

—Son torpes y tímidos. No son normales e informales como tus padres.

—¡Por Dios, Declan! No empieces otra vez... No hay padres normales. Todo irá bien.

En Saint Jarlath's Crescent, Molly y Paddy lo tenían todo preparado. La cocina resplandecía con sus paredes de color melocotón y todo pintado en blanco brillante. El melón estaba cortado, con una cereza confitada en cada trozo. La carne estaba asándose en el horno, una carne que aquel día Paddy Carroll, experto carnicero, había elegido con todo cuidado. ¿Quedaba algo por hacer?

—Este perro querrá ir a hacer pipí justo cuando llegue la chica —dijo Molly.

—Tienes razón. Lo sacaré ahora —contestó Paddy Carroll, que pensaba que aquella noche sería interminable.

—¡Pero vuelve antes de que lleguen! —gritó Molly.

Paddy le puso la correa al perro y salió, pero en la puerta Dimples vio un gato avanzando sigilosamente por la calle. Se enfadó y gruñó. Paddy no se enteró, no se dio cuenta de que el gruñido iba en serio. Entonces el gato pasó como un rayo, y Dimples corrió tras él arrastrando la correa. Paddy vio la escena como en cámara lenta. Un coche salió de una curva, intentó virar bruscamente para no atropellarlo y fue directo hacia la farola. Oyó el sonido de cristales rotos y de metal retorciéndose, y vio cómo la sangre de su único hijo salpicaba el parabrisas.

Jamás en la vida se había sentido tan impotente y conmocionado. Y mientras estaba paralizado, Dimples volvió arrepentido y le lamió la mano.

Del asiento del copiloto salió una guapa rubia con la cara y el vestido llenos de sangre.

—¡Llame a una ambulancia! —gritó—. ¡Rápido! Dígales que hay una persona con heridas en la cabeza.

Paddy entendió que era ella, la enfermera, la chica de la que Declan decía que era realmente especial. Y aquella noche había ido a cenar con ellos, pero ahora Declan estaba muerto. Vio la cabeza ladeada de su hijo. Debía de haberse roto el cuello.

Entró en su casa como un robot, empujando al pasar a Molly, que había salido a ver

qué estaba ocurriendo.

—Entra, Molly, te lo suplico —dijo.

Levantó el teléfono.

Pero Molly no entró en casa. Mientras daba la dirección al servicio de urgencias, vio a su mujer con las manos en la cara, contemplando incrédula el coche. Fiona estaba arrodillada entre los cristales rotos y hablaba por la ventanilla del conductor. Le aseguraba a Declan que enseguida llegaría ayuda y le decía que lo quería.

Dimples supo que algo iba mal, pero no sabía el qué. Se apartó, se sentó apesadumbrado y olfateó con gran interés la carne que estaba en el horno.

Paddy había sacado una manta. En la calle se había concentrado gente. Fiona controlaba totalmente la situación.

—No puede oírnos —le decía a Molly—. Por favor, créame. Está inconsciente. Llegarán enseguida.

Y sorprendentemente llegaron enseguida.

Los de la ambulancia sintieron un gran alivio al ver que una enfermera se había hecho cargo de la situación. Fiona pidió a la gente que se apartara, los tranquilizó y asumió totalmente el control. Les aseguró que ella solo tenía heridas superficiales en la frente y que ya les echaría un vistazo en cuanto se llevaran a Declan a urgencias. Cuando lo sacaron del coche y lo metieron en la ambulancia, quería ir con él, pero sabía que sus padres la necesitaban más.

—¿Cómo está? —preguntó a uno de los hombres de la ambulancia.

—El pulso es muy débil —contestó.

—Menos es nada —dijo con una sonrisa triste.

Fiona se dirigió hacia los policías que habían llegado en un coche patrulla y empezaban a informarse de lo sucedido.

—¿Podemos hablar dentro? —les preguntó—. Estos son los padres de Declan, y seguramente les gustaría sentarse en su casa tras el shock.

Ayudó a Molly a entrar, le colocó una manta sobre las rodillas y le frotó las manos para que entraran en calor. Ofreció a Paddy Carroll un trago de whisky del vaso de un hombre llamado Muttie para que sus mejillas recuperaran el color. Y apagó el horno, en el que se asaba un enorme trozo de carne. Entonces empezaron con el interminable asunto del perro, que había visto a un gato y había corrido hacia la carretera, y el hijo, que había visto al perro, había virado bruscamente para no atropellarlo y había chocado con la farola.

En varias ocasiones Fiona salió para llamar a una amiga del hospital, una amiga que podría darle más detalles que la recepcionista. Las noticias no eran malas. Estaba con soporte vital, pero parecía que todo iba bastante bien. Fractura de cráneo y un brazo roto, pero sin lesiones internas en el resto del cuerpo. No podría recibir ninguna visita hasta el día siguiente.

A las once, cinco horas después de que hubiera llegado a Saint Jarlath's Crescent, Fiona habló con su amiga y con la recepcionista por última vez aquella noche. Ambas

le dijeron que Declan estaba fuera de peligro, de modo que sacaron la carne del horno y los tres se sentaron y comieron con rebanadas de pan y mantequilla. Pasó la noche con ellos en la casa en la que Declan había nacido y crecido. Y lo cierto fue que consiguió dormir un poco en cuanto se metió en su cama.

Y en su cama del hospital Declan Carroll pasó la noche tranquilo y soñó con la clínica. Estaba en el suelo intentando llegar al mostrador y Hilary le decía que se quedara donde estaba y que dejara que la naturaleza siguiera su curso. Al final, tras algunos intentos fallidos, decidió hacerlo. Hilary solía tener razón.

Hilary Hickey se vio a sí misma reflejada en el escaparate de una tienda y se detuvo conmocionada. No solo era muy anticuada, sino que además parecía bastante excéntrica. Llevaba el pelo alborotado y parecía haberse vestido de cualquier manera. ¿Así la veían los demás? Hilary se sorprendió. Estaba convencida de que su aspecto era bastante diferente. Si le hubieran pedido que se describiera, habría dicho que era bajita, arreglada, esbelta, en forma y con una bonita y amplia sonrisa, la sonrisa que muchos años antes había logrado que Dan Hickey dejara a su rica prometida en la inauguración de una galería de arte y se fuera con ella.

Hilary pensó apesadumbrada que ahora nadie dejaría a una mujer para irse con ella. Probablemente cruzaría la calle para evitarla. Miró al otro lado del escaparate y vio que se trataba de una peluquería. Quizá era una señal, un mensaje que significaba que había llegado el momento de hacer algo con su descuidado pelo. Entraría y preguntaría si alguien podía atenderla en ese momento. Si le decían que sí, sin duda sería una señal. La chica del mostrador se llamaba Kiki.

—Claro —le dijo—. Puedo atenderla ahora mismo.

Parecía peligrosamente joven y estaba demasiado maquillada para la mentalidad conservadora de Hilary.

—Pero ¿qué pasa con la... recepción? —preguntó Hilary, nerviosa.

—Oh, sabe cuidarse sola —contestó Kiki mientras cogía toallas y dirigía a Hilary hacia un lavacabezas.

Kiki no dejaba de hablar sobre un nuevo club que iba a inaugurarse la semana siguiente.

—Es muy posible que mi hijo vaya —dijo Hilary alegremente.

Parecía el tipo de local que le gustaba a Nick, ruidoso, colorido y que abría sus puertas a medianoche. Solía encontrarse con su hijo volviendo a casa, cuando ella se dirigía a la clínica, pero había aprendido a no hacer comentarios.

En muchos aspectos Nick era un hijo perfecto. Era un músico con talento que daba clases de música por las tardes, enseñaba clarinete y cuidaba a su abuela. Hacía lo que podía. Pero, por supuesto, si tenía que ir a una escuela o a casa de un alumno, nadie podía sustituirlo y atender a la madre de Hilary.

Hilary se mordió el labio pensando en ello una y otra vez mientras Kiki se lavaba enérgicamente la cabeza. No le importaba lo que decían los supuestos expertos. Su madre, Jessica, no iría a una residencia para ancianos con demencia. No se quitaría de encima a su madre.

Hilary había sido hija única, y sus padres se habían dedicado totalmente a ella. Su padre era un hombre muy guapo que vendía coches en un concesionario. Le encantaban los coches. Hilary recordaba que los acariciaba y casi les murmuraba. Prometía que algún día habría ahorrado el suficiente dinero para comprarles un coche bonito, y los tres irían al campo los domingos.

Pero antes de que hubiera llegado aquel momento, el padre de Hilary conoció a una mujer muy rubia con un abrigo de cuero negro. La mujer estaba decidiendo si

compraba un coche y necesitaba probarlo muchas veces. Durante una de aquellas pruebas resultó que el padre de Hilary y la mujer del abrigo negro descubrieron que estaban hechos el uno para el otro y decidieron irse a vivir al sur de Inglaterra para formar su propia familia.

Por aquella época Hilary tenía once años.

—¿Iré al sur de Inglaterra a verlos y a pasar las vacaciones? —preguntó.

Su madre no estuvo de acuerdo. Mejor no albergar esperanzas. Lo que tenía que hacer era esforzarse para conseguir un buen trabajo. Era lo que a su padre le habría gustado ver.

Hilary se preguntaba por qué entonces no se había quedado a verlo, pero su madre nunca le dio una respuesta, y en adelante su vida ya nunca fue igual. Solo veía a su padre una vez al año, y su madre salía mucho. Ayudaba a sus amigos a cuidar el jardín y les hacía pasteles. Siempre animaba a Hilary a que invitara a sus amigos a casa los viernes por la noche, y como ya no estaba su padre, les quedaba tanto sitio libre en la casa que alquilaron dos habitaciones a dos tímidas mujeres llamadas Violet y Noreen, que trabajaban en un banco y llevaban una vida muy tranquila. La vida de Hilary cayó en la rutina. Llegaba a casa de la escuela, se tomaba un vaso de leche y unas galletas caseras y hacía los deberes.

Luego Violet le enseñó contabilidad, y Noreen le enseñó a escribir en una vieja máquina con las teclas cubiertas con esparadrapo. En la época en la que acabó el colegio, Hilary había adquirido lo que sin duda querían para ella, una buena educación, y había subido algunos peldaños para llegar a ser secretaria. Le habría encantado ir a la universidad, como algunos compañeros suyos, pero hacia los dieciocho años se dio cuenta de que no había dinero. Su madre no hacía jardinería y pasteles para sus amigos. Lo hacía para ganarse la vida.

Hilary fue a una escuela de secretariado, y como las dos huéspedes la habían ayudado tanto, aprendió todo lo que podía aprender en muy poco tiempo. Consiguió su diploma, y en unos meses pudo empezar a ganarse la vida. Su primer trabajo fue en la administración de un hospital, y allí se quedó. Se centró demasiado en su empleo para poder pensar en hombres y en casarse. Hasta que conoció a Dan Hickey.

Todos sus amigos le advirtieron que tuviera cuidado. Decían que era demasiado guapo y que no era de fiar. Si había dejado a su novia por ella, podría volver a hacer lo mismo. No tenía oficio ni beneficio. Era un señorito y necesitaba a una mujer rica que lo mantuviera. Solo su madre estuvo de acuerdo con ella en que Dan era maravilloso. Hilary comentó angustiada con su madre las preocupaciones de sus amigos.

—¿Crees que es demasiado guapo para mí, mamá? —preguntó inquieta.

—¡Qué tontería, Hilary! Eres una chica muy guapa, tienes un futuro por delante y puedes ofrecerle una casa.

—No puede venir a vivir aquí —comentó horrorizada.

—¿Y dónde va a vivir? He trabajado duro muchos años para que pudieras tener esta casa. Ahora ya no tenemos huéspedes. Me hacéis un pequeño apartamento detrás de la cocina y estaremos encantados de la vida.

—Pero eso sería como echarte de tu casa... —empezó a decir Hilary.

—No, no sería eso. De todas formas, me cuesta subir esa escalera. Y así tengo a la vez compañía e independencia. ¿Qué más se puede pedir?

—Pero ¿podemos permitirnos construir un anexo?

—Claro que sí. He ahorrado como una hormiguita esperando que llegara este momento.

—Todavía no ha llegado. No me lo ha pedido.

—Lo hará. Tienes que ser receptiva —le aconsejó Jessica.

A la semana siguiente Dan le pidió que se casara con él.

—No soy un buen partido —se disculpó Dan.

—Eres el único partido que quiero —contestó Hilary.

Dan pareció encantado. Y también le encantó no tener que pensar en buscar una casa. Después de su tranquila boda se trasladó a casa de Hilary.

Dan estaba siempre reuniéndose con alguien para hacer algo o discutiendo algún proyecto, pero en los doce años que estuvieron casados jamás ganó un solo céntimo. Jessica volvió a dedicarse a la jardinería y a hacer pasteles, y además sacaba a pasear a algunos perros. Hilary llevaba en casa la contabilidad de pequeñas empresas y de clientes ricos que le pagaban bien.

Cuando Nick tenía once años, exactamente la misma edad que tenía Hilary cuando perdió a su padre, Dan salió de sus vidas. Pero no desapareció al sur de Inglaterra con una mujer que llevaba un abrigo de cuero negro. Se ahogó en un lago profundo y oscuro de camino al centro de Irlanda, adonde iba a reunirse con un tipo que al parecer podía darle trabajo. La policía llegó a su casa para contárselo a Hilary, a su madre y a su hijo. Fueron amables. Entraron y prepararon té para la desolada familia, y se marcharon sabiendo tan poco sobre el hombre que se había ahogado como sabían antes, aparte de que había dejado a tres personas destrozadas.

Como Dan Hickey tenía un modesto seguro de vida, Jessica insistió en ofrecerle un funeral elegante. Así lo habría querido. Hilary estaba demasiado conmocionada y enfadada para que le importase. ¿Por qué había ido a nadar a un lago que no conocía? ¿Por qué se había marchado antes de que su hijo hubiera crecido y hubiera podido conocerlo de verdad?

Tiempo después, pensándolo retrospectivamente, se emocionaba y agradecía mucho a su madre que hubiera insistido en celebrar un buen funeral. Los refinados bocadillos en el hotel de lujo, sus numerosos amigos y conocidos, ninguno de los cuales le había conseguido un trabajo, un contrato o siquiera un contacto, pero que estuvieron encantados de pasarse por la recepción. Sin duda había sido lo que él habría querido. Ni por un segundo lo lamentaba.

Y después Hilary puso todo su empeño en que Nick tuviera una infancia tan feliz como Jessica había hecho la suya. Cuando mostró interés por la música, le pagó clases particulares. Nunca se quejó. Sabía que los amigos de su hijo le envidiaban su loca casa con dos mujeres mayores. Hilary sabía que para los niños de aquella edad ella debía de parecer de la misma generación que su madre. Y pasaron los años. Hilary nunca encontró a un hombre lo suficientemente atractivo para plantearse una relación.

No le faltaban las ofertas, ya que era una joven viuda trabajadora con una casa en propiedad, un buen sueldo, un hijo ya mayor y amable que componía y enseñaba música, y una madre alegre retirada en un estudio del piso de abajo. Tenía a muchos interesados, o los había tenido alguna vez.

Pero desde que su madre había empezado a debilitarse, iba perdiendo la memoria y era cada vez menos capaz de valerse por sí misma, Hilary prestaba poca atención a su aspecto. Era el problema de envejecer. No podía creerse que Jessica perdiera su buena cabeza, su generosidad y su capacidad de comprensión.

Pero, a su manera, Jessica adivinó lo que estaba pasando. Se dio cuenta de lo que le deparaba el futuro y escribió a su hija una breve carta a máquina:

A medida que me hago mayor voy perdiendo la memoria y es posible que un día no sepa dónde estoy, quién soy y, lo que es peor, quiénes sois vosotros. Por eso he querido despedirme y daros las gracias a todos con la cabeza lúcida, mientras todavía estoy en mis cabales, al menos en parte.

He tenido una vida estupenda y espero que no te ofendas si dentro de un tiempo no sé dónde estoy. Mi yo real, dentro de mí, te recuerda perfectamente...

Después escribió unas palabras para cada persona. Para Hilary escribió:

Eres sencillamente la mejor hija del mundo. Nunca lo olvides. Cuando llegue el momento, haz lo que tengas que hacer. Te querré de todas formas...

MAMÁ

Su madre estaba dándole permiso para que la llevara a una residencia. Era muy generoso por su parte, y muy sensato, pero Hilary no se sentía capaz de hacerlo.

Miró su imagen en el espejo sin demasiada alegría.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó a Kiki.

—Voy a darle un poco de forma. Lo quiere más corto y brillante, ¿verdad?

Corto y brillante era precisamente como Hilary pensaba que tenía el pelo hasta que se vio en el escaparate de la peluquería.

—Sí, pero no muy corto.

—Confíe en mí —contestó Kiki.

De pronto le dio la impresión de que enormes mechones de pelo se deslizaban hasta el suelo.

Hilary se preguntaba por qué había confiado en aquella chica con grandes ojos de oscuras pestañas y brillantes uñas verdes. Seguramente había alguna razón.

Clara lanzó un grito de admiración cuando Hilary volvió a la clínica.

—¿A qué peluquería has ido, Hilary? Pareces diez años más joven. Voy ahora mismo.

Hilary le mostró una tarjeta.

—Pregunta por Kiki. Lleva las uñas pintadas de verde.

—Pero no está nada mal cómo corta el pelo. Estás fantástica. Creo que tú y yo tendríamos que salir a arrasarlo una noche.

—Prefiero no pensar lo que nos llevaríamos por delante —dijo Hilary riéndose, aunque sus ojos delataban la tensión.

—No merece la pena que te pregunte cómo van las cosas en casa, ¿verdad? ¿Todo igual? —se preocupó Clara.

—No, un poco peor. Anoche salió a la calle y se dedicó a preguntar la hora a todo el que pasaba.

—¿Y qué hora era? —quiso saber Clara.

—Las cuatro de la madrugada, pero pensaba que eran las cuatro de la tarde y decía que yo no tardaría en volver a casa para tomar el té.

Clara no dijo nada.

—Vamos, Clara, dílo.

—No, Hilary, dílo tú. Sabes tan bien como yo lo que voy a decir.

—Crees que debería llevarla a un sitio donde se ocuparan de ella —dijo Hilary.

—Lo que importa no es lo que creo yo.

—Estoy segura de que conoces un lugar perfecto para ella. Si te preguntara, podrías decirme cuál y darme el teléfono... —dijo Hilary mordiendo el labio.

—La decisión es tuya, pero si me preguntaras por algún sitio, te diría que hay una residencia muy buena llamada Lilac Court. La directora es una conocida mía, Claire Cotter. Hace años que la conozco. Se ocupa de que los que viven allí sean felices.

—No puedo hacerlo. Todavía no.

—Desde luego.

—No me menosprecies, Clara. No sabes lo que mi madre ha hecho por mí. No puedo apartarla de mi lado.

—Quizá es lo mejor.

—Quizá es lo más cómodo, pero nunca será lo mejor, aunque tenga que dejar de trabajar y quedarme en casa.

—Cada vez tienes que quedarte más tiempo en casa.

—Lo sé. Seguramente crees que pierdo demasiadas horas... —empezó a decir Hilary.

—No, no hablo de eso. Recuperas cada hora que te tomas. Si Nick está en casa, trabajas al mediodía o te quedas después de tu horario. Aquí cumples con tus horas, créeme.

—¿Y si fuera tu madre, Clara?

—La dejaría en el primer sitio en el que la aceptaran y me largaría corriendo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Mi madre fue y sigue siendo una quejica y una problemática que ve el lado peor de todo el mundo y de todas las situaciones. Tu desgracia es que la tuya ha sido amable y buena, y eso te impide hacer lo mejor para ella.

—No ha sido una desgracia —dijo Hilary.

—No, desde luego que no, es lo mejor que le podría pasar a cualquiera que no lo ha tenido, y estoy segura de que tampoco yo lo estoy ofreciendo. Mis hijas están tan decepcionadas conmigo que no encuentran nada bueno que decir de mí, lo sé.

Las interrumpió Barbara, que estaba haciendo una colecta para hacer un regalo de bienvenida a Declan. No le resultaba difícil, ya que Declan era muy querido tanto entre los compañeros como entre los pacientes de la clínica. Las dos mujeres entregaron sendos billetes de cincuenta euros.

—Fui a verlo anoche —dijo Clara—. Está mucho mejor. La semana que viene lo trasladarán a una clínica.

—Me habría encantado ir a verlo —dijo Hilary.

—Algún día tendrás tiempo para hacer otras cosas, pero de momento no —contestó Clara intentando consolarla.

—¡Uau, gracias! —exclamó Barbara al ver la aportación de Hilary y de Clara—. Ese tipo tan amable, Tim, también me ha dado un billete de los grandes. Ha dicho que las buenas personas como Declan deberían ser declaradas de interés nacional. ¡Imaginaos!

—Quizá guarda un corazón de poeta en su bolsa de herramientas —comentó Clara.

—¿Tú crees? Bueno, la verdad es que lleva en la bolsa un libro de frases en polaco y no ha dejado de repetir *tak* y *Dzień dobry*.

—¿Qué significa? —preguntó Hilary.

—Ni idea.

—¿No será que le interesa Ania? —preguntó Clara.

—No, creo que la que le interesa es su compañera de piso —contestó Barbara, que siempre estaba al corriente de todo.

Carl, el hijo de Bobby Walsh, estaba dando una clase de inglés a Ania en la sala de espera. Ania se esforzaba por explicarle a Carl, que había acercado la cabeza a la de la chica, cómo se iba del hospital al centro de la ciudad.

—Primero vas por la calle principal, sigues las señales hacia el Trinity College y verás la universidad a la izquierda. Sigues recto y ves un banco muy grande que hace tiempo fue el Parlamento. Si quieres ir a la calle O'Connell, giras a la derecha, pero si quieres ir a las compras, giras a la izquierda después de la universidad y encontrarás la calle

Grafton...

—«Ir de compras», no «ir a las compras» —la corrigió Carl amablemente.

—¿Y por qué no digo: «Soy polaca, no sé dónde está nada»? —preguntó Ania riéndose.

—Porque no es verdad. Sabes dónde está todo. Yo solo aspiro a la perfección.

Se rieron a carcajadas al darse cuenta de que Barbara había oído la charla, y ambos hicieron su aportación para el regalo.

—Tu padre ya ha puesto —dijo Barbara, que quería ser justa con Carl.

—No, no, estoy encantado de contribuir. Declan es maravilloso.

—Voy a hacer una pancarta que diga: «Bienvenido» —dijo Ania.

Barbara pensó que había pillado a Carl mirando a la chica polaca con cariño.

Hilary supo que algo iba mal en cuanto giró la esquina de su calle. Un grupo de vecinos se habían reunido frente a su casa, y de la ventana de la cocina salía humo. En un primer momento se quedó casi paralizada de la impresión y no podía mover las piernas, pero enseguida salió corriendo hacia la casa gritando: «¡Mamá, mamá!».

Los vecinos y amigos la contuvieron.

—Está bien, Hilary, está bien. No se ha hecho ni un rasguño. Mira, está sentada en aquella silla.

Hilary vio a su madre rodeada de personas que la observaban y bebiéndose una taza de té mientras los vecinos entraban. El fuego ya estaba apagado, pero habían llamado a los bomberos por si acaso. Mientras se acercaba a su madre, Hilary echó un vistazo a los daños. Las cortinas habían desaparecido, solo quedaban jirones colgando. Desde la ventana rota el techo de la cocina parecía negro. Las llamas podrían haber devorado a su madre. Podría haber muerto quemada en su propia casa.

Hilary supo que debía dar gracias a Dios de que hubiera salido con vida. Jessica ni siquiera se había inmutado.

—¿A qué viene tanto alboroto? —repetía una y otra vez.

—Pero, mamá, te podrías haber matado. Podrías haber muerto ahí dentro...

Hilary se sentía tan aliviada que había empezado a gritar.

—Lo hice por Nick. Dijo que le gustaría comerse un plato de patatas fritas, como en los viejos tiempos. Le dije que se las prepararía. Salió a algún sitio y la sartén se prendió fuego.

Hilary sabía que Nick nunca habría permitido que su abuela se acercara a una sartén de patatas fritas.

—No, mamá, seguro que no lo entendiste bien... —empezó a decir.

De pronto vio a su hijo corriendo hacia ellas con dos paquetes de patatas fritas en las manos. Había ido a buscarlas para su abuela, que le había dicho que le recordaban a

los viejos tiempos. Solo entonces Hilary se permitió llorar.

Aquella noche, más tarde, cuando habían cambiado la ventana y tirado las estanterías y los utensilios quemados, Hilary y Nick se sentaron a hablar.

—Supongo que tenemos que decidir lo que hacer —dijo Hilary.

—Bueno, los carpinteros vendrán por la mañana. Me llevaré a la abuela de paseo mientras estén aquí...

—No, quiero decir a largo plazo, Nick.

—¿Cómo que a largo plazo?

—Ya no se las arregla sola, ¿verdad? Pensó que querías que te hiciera patatas fritas.

—Eres tú la que siempre dice que es perfecta, mamá. Te lanzas al cuello de cualquiera si se atreve a decir otra cosa.

—Sí, vale, quizá he sacado la cabeza de debajo de la tierra.

—Mi mamá, el avestruz.

—Ya lo sé. Me preguntó por qué ningún avestruz joven dijo a los mayores que el método no funciona.

—Seguramente lo intentaron, pero los avestruces mayores dijeron: «Es absurdo, es absurdo», y al final se rindieron.

—¿Has intentado decirme algo sobre la abuela?

—No. No veo nada malo en ella. Eres tú la que te quejas y se te ponen los pelos de punta cuando la abuela dice algo que no tiene sentido. A mí me encanta. Creo que está bien.

—No la conociste cuando estaba totalmente lúcida.

—Todavía lo está en muchos sentidos. Ahí está, en la cama, con una taza de chocolate, y tú y yo estamos montando un escándalo porque podría haber muerto. Me pregunto quién es más lúcido.

—No soporto ver cómo pierde la cabeza.

—Es una avestruz muy vieja, mamá. Tiene derecho a perderla un poco de vez en cuando.

—En el trabajo me dicen que debería...

—Podemos arreglarnos, mamá. Aceptaré más clases particulares en casa y saldré menos.

—No puedo pedirte que hipoteques tu vida.

—¿La tengo hipotecada? Tengo una gran vida nocturna.

—¿Conoces a buenas chicas?

—Conozco a muchas chicas, claro, mamá... Si son buenas o no ya es otro tema.

—Pero ¿los clubes nocturnos son lugares adecuados para conocerlas? Te lo pregunto solo porque me interesas, no porque quiera entrometerme.

—Nunca te entrometes, mamá. Siempre has sido estupenda.

—Pero no puedes pasarte todo el día cuidando a tu abuela —dijo.

—No todo el día, pero sí algunas horas más que hasta ahora. No volveré a salir de casa y a dejarla sola.

Hilary observó con pesar la cocina quemada.

—¿Crees que el seguro nos pagará algo? —preguntó a su hijo.

—No lo sé. Las compañías de seguros son monstruos que defienden lo suyo. Dirán que la abuela es un lastre. Creo que es mejor que ni siquiera nos planteemos acercarnos a ellos, sinceramente, no sea que paguemos las consecuencias.

—¿Quieres decir que nos obligarían a meter a tu abuela en una residencia?

—Bueno, somos nosotros los que tenemos que decidir, no una compañía de seguros sin cara. Y todavía no ha llegado el momento.

Hilary se sintió muy aliviada. Había temido que Nick le pidiera que fuera realista, que le dijera que por el bien de todos había que encerrar a la abuela en un lugar adecuado, pero le pareció claro que estaba tan convencido como ella de que Jessica debía quedarse en casa.

Hilary observó la cocina y sonrió. No era para tanto, aparte de un par de armarios y una capa de pintura. Podría llevar algunas contabilidades en casa para pagar esos gastos. Lo importante era que su madre no se había hecho nada y ni se había asustado.

Sentía deseos de dar un salto y abrazar a Nick, pero su hijo le habría dicho: «Déjame, mamá, estás loca de remate», de modo que siguió charlando con él.

—Los de tu generación tenéis suerte. Podéis hacer más o menos lo que os da la gana. Nosotros estábamos todos encorsetados y éramos raros. Cuanto has leído de nosotros era cierto.

—Solo era diferente —contestó Nick disculpándola—. Estabais obsesionados por el sexo porque no lo practicabais. Ahora que está por todas partes nos lo tomamos con más calma.

—¿De verdad está por todas partes? —preguntó Hilary sonriendo.

Hilary regaló a Ania un pañuelo de colores para agradecerle su ayuda.

—¿Por qué me das las gracias, Hilary?

—Porque estás haciendo mucho trabajo por mí y nunca te quejas. Eres tan inteligente que podrías hacer cualquier cosa, ¿sabes?

Ania se sonrojó de orgullo mientras acariciaba el pañuelo como si fuera la mejor prenda del mundo.

—Esta noche escribiré a mi madre y le contaré lo que me has regalado —dijo.

—¿Le escribes cada semana?

—Sí. Le cuento cosas de mi nuevo país y de las personas que conozco.

—¿Y le cuentas a tu madre tu vida amorosa? —preguntó Hilary.

—No, porque no tengo vida amorosa. Tenía mucha cuando vivía en Polonia, pero ahora no. Ahora trabajo tanto que no tengo tiempo para el amor.

Hilary sonrió.

—Es una pena. Ya sabes el dicho de que el amor mueve montañas.

—Sí, pero me puso todo patas arriba. Creo que quizá me va mejor sin amor. Primero tengo que ganar dinero y luego ya encontraré el amor.

—Pero supón que te lo encuentras. ¿Qué harías? ¿Le dirías que te esperara diez años? —preguntó Hilary.

—No, diez no, claro, pero quizá cinco. Quiero comprarle a mi madre una tiendecita con vivienda arriba y espacio para trabajar abajo. Es modista, ¿sabes? Si tuviera su nombre en la puerta y algunas prendas en el escaparate, los vecinos la respetarían y no tendrían lástima de ella.

—Estoy segura de que no le tienen lástima, Ania.

—Sí. Le tienen lástima por mí. Fui una idiota. Ni te lo imaginas. La avergoncé en nuestro país. No podía levantar la cabeza y mirar a la gente a los ojos.

—Pero ¿qué hiciste, Ania?

—Creí a un hombre que me decía mentiras. Ya sabes. Pensé que cuando me decía «te quiero», lo decía de verdad.

—Miles de mujeres piensan lo mismo en todo el mundo. Y miles de hombres también —dijo Hilary.

—Pero a ti tu marido te quería.

—Sí, pero era diferente, hace muchísimos años. Ahora el mundo ha cambiado tanto... Anoche mi hijo me comentaba que el sexo está por todas partes, imagínate.

—Supongo que eres la mejor persona para hablar de estas cosas. Mi madre nunca ha hablado de sexo. Conmigo ni una vez. Estaba demasiado disgustada.

—¿Y no hablaron contigo tus hermanas?

—No, porque cuando pasó, se avergonzaron de mí. Las dos se casaron a los diecisiete o dieciocho años. Se casaron con los hijos de unos vecinos. Y yo tuve que enamorarme de un hombre que llegó de muy lejos. Un hombre que vino a nuestra ciudad a hacer negocios.

—¿Y él te quería?

—Durante un tiempo sí, pero necesitaba dinero, así que se casó con la hija de un rico.

—¿En lugar de casarse contigo?

—¿Con la hija de una modista que no tenía padre? De todos modos, yo creía entonces que me quería.

Los ojos de la chica delataban su tristeza.

—Seguramente te quería a su manera. Las personas quieren de diferentes formas —intentó consolarla Hilary.

—No, Marek nunca me quiso. Me lo contó después. Me dijo que se había reído de mí, y sus amigos se rieron de mí.

—Mis amigos pensaban que estaba loca por casarme con Dan. Varios me lo dijeron, incluso la noche antes de la boda.

—Pero ¿tú estabas segura?

—Sí, estaba segura. Y lo que es más importante, mi madre estaba segura, y por eso no puedo dejarla en un lugar con extraños. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que no puedes. Y haré cuanto esté en mis manos por ayudarte —le prometió Ania.

De camino a casa, al mediodía, Hilary se preguntaba si debía aceptar el ofrecimiento de Ania. Quizá la chica podría quedarse una noche por semana con su madre, o ir a hacerle la comida de vez en cuando. Hilary podría reunir el dinero que Ania necesitaba para comprar la casa en la que quería poner el nombre de su madre, la tienda que le permitiría ganarse el respeto de sus vecinos.

Cuando llegó a casa, un carpintero estaba ya en la cocina serrando y martilleando. Nick y Jessica se hallaban en la sala hojeando un álbum de fotos.

—Esto fue el día de la boda de tu madre, Nick. Mira qué guapa está. Fue uno de los mejores días de nuestra vida. La verdad es que fue el mejor día hasta que naciste tú.

Estaban sentados juntos y pasaban las páginas, su madre dándole explicaciones y Nick contento de estar con ella. Hilary respiró tranquila. ¿De qué se preocupaba? Su madre estaba bien. No necesitaba a Ania ni a nadie que la cuidara. Sin duda no era preciso plantearse lo de la residencia.

Cuatro días después su madre hizo la maleta y telefoneó a un taxi para que la llevara a la estación de tren. Nick se había marchado cuando Hilary llegó, de modo que no pudo preguntar a nadie lo que había pasado. Hubo un momento de confusión cuando el taxista llegó y tuvo que decirle que se marchara.

—¿Adónde vas, mamá?

—Al sur de Inglaterra para que tu padre entre en razón y vuelva a casa con nosotros. Tiene un hijo estupendo, Nick. Ya es hora de que lo conozca de una vez.

—Mamá, papá murió. ¿No te acuerdas? Hace muchos años. Murió, y ella se casó con un vecino.

—Tiene que volver con su hijo.

—Nick es su nieto, mamá.

—No, no es así. ¿Crees que no conozco a mi propia familia?

—Nick es hijo de Dan. ¿Te acuerdas de Dan? Mi querido Dan, que murió en un lago.

—Deja de hablar de todos esos muertos. Nunca he oído hablar de Dan.

—Claro que sí, mamá, y lo querías mucho. Te portaste muy bien con él. Le contaste a Nick que el día de mi boda fue el segundo mejor día de tu vida.

—Eres demasiado sentimental, Hilary. Creo que el trabajo que tienes no te conviene.

—Mamá, no te vayas, por favor.

—Bueno, no puedo, ¿verdad? Has despachado al taxista.

Su madre parecía muy ofendida.

—Espera un momento, mamá. Tengo que hacer una llamada.

Entró en su habitación y llamó al móvil de Nick.

—¿Qué ha pasado, Nick?

—¿Qué quieres decir?

—Tu abuela. ¿Se ha enfadado por algo?

—No, estaba bien cuando me he marchado. ¿Ha pasado algo?

—Está totalmente desorientada. Estaba a punto de ir a Inglaterra en taxi.

—Le habría costado un ojo de la cara...

—¿Puedes hablar en serio un momento? Dice cosas sin sentido. Cree que eres su hijo, no su nieto.

—¿Quieres que vuelva a casa?

—¿Dónde estás?

—En una cafetería tomándome un capuchino con un amigo. Íbamos a ir al cine y después pensaba ir a tocar a un club.

De repente Hilary se dio cuenta de que Nick no podría hacer nada. Bastante había hecho ya. Se sintió culpable de haberlo molestado.

—Oye, Nick, lo siento —le dijo—. Diviértete. Aquí todo va bien.

Al volver a la cocina, su madre estaba sentada y la observaba. Tenía la mirada perdida.

Aquella noche Hilary no pegó ojo. Al día siguiente, mientras desayunaba, volvió a pedir disculpas a su hijo.

Nick se encogió de hombros y le dijo que no había motivos para pedir disculpas. Pasaría todo el día con su abuela. Por supuesto, Jessica estaba totalmente tranquila y todo iba bien.

Hilary sabía que en la clínica parecía cansada, y de hecho Clara se lo comentó

indirectamente.

—Creo que estos días todo el mundo anda cansado. Debe de ser el tiempo y el follón de la Navidad, que está al caer —comentó.

—Lo sé, Clara. No tienes que disimular conmigo. No hay bastante corrector en el mundo para cubrirme las arrugas y las manchas de la cara.

—¿Es por tu madre?

—Claro. Tiene momentos de total confusión, y muchos días en que está perfectamente lúcida. Es una pesadilla.

—¿Por qué no piensas en un centro de día, Hilary?

—Nick y yo podemos arreglárnoslas.

—Al menos llévala al médico para que lo valore. Hilary, sabes que deberías hacerlo.

—¿Descargar mis problemas y mis decisiones en otro? No lo creo.

—Mira, te hablé de mi amiga Claire Cotter y de su residencia, Lilac Court. Los que viven allí están muy contentos...

—¿Quieres decir que no saben dónde están?

—No es eso. Tiene un bonito jardín y cocinan muy bien. Los que viven allí se sienten seguros.

—Aunque no sepan dónde están.

—Claro que lo saben. Hilary, ve a verla antes de descartarla definitivamente.

—Lo que descarto es la idea de meter a mi madre en cualquier sitio.

—Esta vez te anotaré la dirección —dijo Clara.

Dos días después Hilary salió del hospital, volvió a casa y se encontró a su madre en actitud muy extraña, al parecer intentando echar a Nick de la cocina. Nick se dio cuenta y se marchó sin protestar.

—¿Qué está haciendo aquí? —masculló Jessica.

—¿Quién? ¿Nick? Estaba preparándote la comida mientras yo trabajaba.

A Hilary se le partía el corazón.

—Pero ¿quién es? ¿Qué hace en esta casa?

—Es tu nieto, mamá. Es Nick, mi hijo.

—No digas tonterías, Hilary. Tú no tienes ningún hijo. ¿Qué hace aquí ese chatarrero?

—Mamá, ¿no te acuerdas de Nick?

—Te diré de lo que me acuerdo. Me acuerdo de que me ha agujereado el bolso y me ha quitado todo el dinero. He perdido cientos de libras.

—Mamá, ahora tenemos euros, pero de todas formas no tienes ni cientos de libras ni cientos de euros —protestó Hilary.

—Ahora ya no —insistió su madre.

Hilary sacó la dirección y el número de teléfono de Lilac Court y concertó una visita para echar un vistazo. Cuando Claire Cotter la recibió en la puerta, le pareció que todo estaba muy limpio. Claire iba vestida con elegancia y sonreía con calidez mientras le informaba. Hilary no tardó en sentirse cómoda.

—Quiero que las familias se sientan tan felices y seguras como las personas que viven aquí —dijo—. Por favor, señora Hickey, eche un vistazo a nuestras instalaciones. Le mostraremos una habitación vacía para que vea lo que podemos ofrecerle, y después venga a hablar conmigo.

Hilary pasó por un amplio y ventilado comedor en el que varios ancianos todavía estaban comiendo. En las mesas había jarrones con flores. El personal ayudaba a comer a los más mayores o débiles, el ambiente era alegre y se oía el murmullo de las conversaciones. Vio un par de habitaciones, ambas con cuarto de baño, y después pasó por la luminosa sala de estar, que era lo bastante grande para organizar conciertos, pero llena de pequeños rincones en los que los amigos y las familias podían sentarse y charlar en privado. Había incluso un pequeño gimnasio en el que hacían ejercicios.

Hilary fue a tomar una taza de té con Claire Cotter. De nuevo le gustó observar que, aunque Lilac Court era cómoda para los que vivían allí, el despacho de la señora Cotter era muy sencillo. No había muebles elegantes, ni alfombras de lujo. Era un despacho funcional con archivadores y estanterías.

Claire Cotter se dio cuenta de que Hilary lo observaba todo.

—Preferimos gastar el dinero para que las personas que viven en la residencia estén cómodas, y las familias, tranquilas —comentó.

Hilary dejó escapar su primera sonrisa del día.

—Y sabemos que nunca es fácil, señora Hickey. Nunca parece ser el momento adecuado.

—¿Cómo lo saben los demás? —preguntó Hilary abiertamente.

—Cuando saben que es lo mejor para la otra persona —contestó Cotter con amabilidad—. Nadie puede decírselo y nadie debería presionarla.

—La mayor parte del tiempo está perfectamente bien.

—¿Y qué dice su médico?

—La verdad es que todavía no lo he hablado con él. Ha empezado a hacerse evidente hace solo unos meses —admitió Hilary.

—Ya veo. ¿Por qué no le deja que hable con ella? Podría ayudarnos a aclarar dónde estamos.

—Gracias, lo haré —aseguró Hilary.

Aquella mujer había logrado tranquilizarla. Era posible manejar el terrible asunto. No estaba sola en el mundo.

Al día siguiente su madre estaba tranquila haciendo un puzle cuando llegó el médico. No veía ningún síntoma y seguramente pensaría que estaba más sana que una manzana.

Jessica pensó que el doctor Green había ido a visitar a Hilary.

—Se preocupa demasiado, doctor —le dijo en tono de confianza—. Está preocupada por el trabajo, por mí y por cosas que nunca van a suceder. Siempre ha sido así.

Hilary la observó con atención. Algo en la voz de su madre había cambiado y empezaba a escapar de su yo normal y racional. Ahora sabía cuándo sucedía.

No se equivocó.

Hilary se sentó y escuchó a su madre contándole al médico cuánto la entristecía que su hija nunca se hubiera casado. Había sido demasiado exigente y seria.

—¿Y qué me dice del joven Nick? —preguntó el doctor Green en tono amable.

—¿Nick? ¿Nick? ¿Se refiere al joven vagabundo, al chatarrero? Déjeme que le cuente lo que me ha robado... No entiendo por qué Hilary deja la casa en sus manos...

El informe del doctor Green fue claro. La madre de Hilary sufría demencia senil e iba a necesitar atención las veinticuatro horas del día.

El siguiente fin de semana Hilary llevó a su madre a visitar Lilac Court. Allí estaba Claire Cotter, tan tranquilizadora como siempre. Leyó el informe del médico y después las tres dieron una vuelta por las instalaciones.

Jessica, con voz más clara que nunca, dijo que agradecía mucho el té y el paseo, pero que quería volver a casa porque ya había visto bastante del lugar y de sus extraños ancianos. Quería irse a casa inmediatamente.

Desde aquel día Jessica nunca se quedó en casa sola.

Hilary, Nick y Ania se turnaban a todas horas. Y Gary y Lisa, la amable pareja que vivía en la casa de al lado, también le echaban un vistazo. Ahora nada podría sucederle.

Hilary empezó a respirar tranquila. No tenía que hacer lo que tantos otros hacían: dejar a una persona tan querida en una residencia porque ya no había lugar para ella en su hogar.

Dos semanas después Hilary se despertó al oír un portazo y se levantó para ver lo que pasaba: la puerta de la habitación de su madre estaba cerrada, y la del cuarto de baño también.

La que estaba abierta de par en par era la del salón, que golpeaba el duro mármol del tope. Se le hizo un nudo en la garganta. No podía ser que su madre hubiese abierto la puerta. Siempre la cerraban por la noche y dejaban la llave en un jarrón de la mesa del salón. Metió la mano temblorosa en el jarrón, pero la llave había desaparecido.

Abrió la habitación de su madre y el cuarto de baño.

Estaban vacíos.

—¡Nick, Nick! ¡Tu abuela ha salido! —gritó.

Pero Nick no estaba en casa. Eran solo las tres de la madrugada. Tenía una actuación y luego iba a un club, de modo que en aquellos momentos andaría en pleno ajetreo. Hilary se puso unos pantalones y el abrigo, y le pidió a Dios que su madre no se hubiera ido muy lejos.

No la vio por la calle, así que corrió en la fría noche hacia la carretera principal. ¿Quiénes eran todas aquellas personas que pasaban en coche a esas horas de la madrugada? Como si fuera una hora normal para andar por la calle... Se detuvo y observó el tráfico. ¿En qué dirección podía haberse ido su madre? Imposible saberlo. Miró desconcertada a un lado y a otro de la calle.

Entonces vio a lo lejos unas luces intermitentes y a la policía indicando a los vehículos que pasaran. Había habido un accidente.

Sintió que se mareaba y se apoyó en un coche aparcado. No tenía por qué ser su madre. Había accidentes cada dos por tres.

Empezó a caminar con paso tambaleante hacia la escena. Se había reunido una multitud, y aguardaban una ambulancia. Una pareja de mediana edad estaba sentada en sillas que alguien había sacado de una casa. El hombre temblaba de la cabeza a los pies.

—Ha aparecido de repente, andando delante del coche, en camión. Tenía los ojos desorbitados. No sabía dónde estaba. Por Dios, ¿puede alguien decirme si todavía respira?

Los rostros de los que estaban alrededor no le ofrecían consuelo. Hilary avanzó sin decir una palabra.

El cuerpo de su madre estaba cubierto con una manta, pero pudo ver las zapatillas que sobresalían por un extremo. Sujetó el brazo de un policía para no caerse.

—Es mi madre —dijo—. Estoy segura. Son sus zapatillas.

Y de pronto sintió que se desplomaba.

Cuando Hilary volvió en sí, la multitud seguía allí. La ambulancia había llegado y vio cómo metían el cuerpo de su madre. Luego varias manos ayudaron a Hilary a incorporarse. Los de la ambulancia dijeron que debían tratarle el shock.

Antes de que se la llevaran, Hilary dijo: «¿Podría alguien decirle a ese pobre hombre que no ha sido culpa suya? Mi madre sufría demencia. Él no tiene ninguna culpa». Y luego se sentó en la ambulancia, junto al cuerpo sin vida de su madre.

Dos semanas antes habían hecho ese mismo camino para ir a Lilac Court. ¿Por qué no había hecho caso a todo el mundo y había ingresado allí a su madre? Jessica estaría sana y salva, y aquella pesadilla nunca se habría hecho realidad. La culpa era suya.

Hilary sabía que esa idea la torturaría hasta el fin de sus días.

El padre de Declan organizó una fiesta de bienvenida en Saint Jarlath's Crescent el día en que por fin su hijo volvía a casa. Habían pintado la fachada en su honor, aunque Fiona sabía que Declan a duras penas se daría cuenta del duro trabajo que había supuesto. Tenía que asegurarse de informarle de todo, para que no olvidara alabar las jardineras que Muttie Scarlet había plantado y las elegantes cortinas nuevas que su madre había confeccionado durante tres semanas, noche tras noche.

—Eres muy buena por haberte pasado por allí tan a menudo.

Declan la sujetó de la mano mientras caminaban juntos por el pasillo del hospital. Ya no llevaba muletas y necesitaba solo un bastón.

—Pero me encanta hacerlo, Declan. Tu madre y yo somos ahora íntimas amigas. Te lo digo de verdad. Lo somos.

—Siempre está protestando. Temía que te volviera loca.

—No. ¿Cómo iba a volverme loca? Tenemos algo en común: las dos estamos locas por ti —dijo Fiona riéndose.

—Se pasa el día repitiéndolo, pero me pongo enfermo cuando dice a todo el mundo lo importante que soy.

Declan hacía grandes esfuerzos por ser justo.

—Bueno, hace ya mucho que la puse al corriente de la verdad. Le dije que eres un don nadie en un puesto mediocre.

—¿No será verdad?

—Pues claro que no, tonto. Le dije la verdad: que eres un médico estupendo y que todos están deseando que vuelvas.

—Entonces ¿mi sucesor no os ha robado el corazón? —preguntó Declan sabiendo perfectamente que no era el caso.

El suplente era un sabelotodo que no caía demasiado bien a nadie.

—Deja de marear la perdiz y vamos al grano. Mañana tienes que entrar por la puerta grande. Ah, y no olvides observar que tu madre llevará un nuevo conjunto para la ocasión.

—¿De verdad se ha gastado un céntimo en algo para ella? —preguntó Declan, asombrado.

—Lo cierto es que se lo compré yo en una tienda de segunda mano, pero ella me dio el dinero.

—No me creo que hayas ido a una tienda de segunda mano...

—¡Claro que he ido! —Pero a Fiona no se le daba bien mentir—. Vale, de acuerdo, fui a una tienda normal, pero estaba de oferta. Le sienta de maravilla. No lo habría aceptado ni no le hubiera dicho que era del Vincent de Paul.

—¿Quién más vendrá?

—Gente de la clínica, algunos amigos tuyos, Muttie, el amigo de tu padre, su mujer y

esos hijos o nietos que hablan como aliens.

Declan se rió.

—Siempre han sido buenos chicos. Ahora deben de tener unos quince años.

—Diecisiete. Están ahorrando para irse al extranjero en las vacaciones de Semana Santa. Se ofrecieron para hacer de camareros, y Muttie casi les rompe la cabeza cuando pidieron dinero a tu padre y a tu madre, así que ahora echarán una mano gratis.

—No podemos aceptarlo. Ya les daré algo bajo mano. Son unos chavales muy majos. ¿Sabes que no son familia de Mutti y de Lizzie?

—No lo sabía. ¿Qué hacen con ellos entonces?

—Vete a saber... Hace muchísimo tiempo alguien no podía mantenerlos y eran primos del primer marido de Cathy, creo.

—¿Cathy?

—Lo único que sé es que ahora es hija de Muttie y de Lizzie. ¿Vendrá a la fiesta?

—No, tiene un catering para un grupo por ahí. Nadie puede decir que Saint Jarlath's Crescent no es el centro del universo.

—Todavía no he llegado a casa y ya estoy agotado —dijo Declan.

—Pues vuelve a la cama —dijo Fiona.

—Me encantaría...

—Ni se te ocurra. Estás más débil que un polluelo recién nacido. Bien poco podrías hacer conmigo... —dijo.

Pero lo dijo con cariño y sabiendo que en breve estaría totalmente recuperado.

Ania había hecho una gran pancarta que decía «Bienvenido a casa, Declan» y que colgó entre las dos ventanas de la habitación. Todos los vecinos habían salido a la puerta de sus casas y Paddy los saludaba con la mano.

—Al chico le va a encantar veros —aseguró.

La madre de Declan estaba deslumbrante con su vestido violeta y su collar. Llevaba el pelo diferente y por una vez no protestaba. A Declan le costaría creérselo. No corría de un lado a otro pidiendo a la gente que se sentara aquí o allá, sino que estaba tomándose una copa de vino tranquilamente. Paddy sacudió la cabeza, incrédulo.

Maud y Simon eran como un educado comité, como los representantes de otra civilización. Fiona tenía razón cuando decía que hablaban como aliens, porque fue exactamente lo que hicieron. Uno empezaba una frase y el otro la terminaba.

—Todo el mundo en Saint Jarlath's Crescent quiere darte la bienvenida... —empezó a decir Maud.

—A tu casa tras tu terrible experiencia —siguió Simon.

—Y queremos que sepas cuánto lamentamos el accidente... —añadió Maud.

—En especial los dueños del gato —concluyó Simon muy solemne.

Como les sucedía a todos los que hablaban con los gemelos, Declan estaba cada vez más desconcertado.

—¿El gato?

—El gato que llamó la atención de Dimples e hizo que saliera corriendo —dijo Maud en un tono que parecía indicar que pensaba que Declan, además de cojear, se había quedado alelado.

—Había olvidado al gato —dijo Declan sinceramente.

—Bueno, le alegrará saberlo —dijo Simon—. Tenía miedo de venir a darte la bienvenida...

—Se refiere a la dueña del gato, porque el gato no recuerda nada de lo que pasó —explicó Maud.

—Mirad, me han dicho que estáis echando una mano en la fiesta. Quería daros las gracias —dijo Declan metiendo la mano en el bolsillo para sacar unos euros.

—Oh, no, Declan, gracias, pero ya tratamos el tema económico... —dijo Simon.

—Y resultó ser muy inapropiado —terminó Maud.

—No, no, no podemos aceptar que trabajéis gratis. Todo el mundo cobra por su trabajo —protestó Declan.

—Es un gesto de buenos vecinos, no un trabajo —dijo Maud muy convencida.

Y ahí se quedó el tema.

Declan miraba aturdido de un lado a otro en la casita de Saint Jarlath's Crescent. Su madre parecía estar muy a gusto entreteniéndolo a los compañeros de la clínica. Era como si hubiese sufrido un cambio de personalidad durante el tiempo que su hijo había pasado en el hospital. Oía a su madre explicando a Clara Casey lo mucho que había estudiado Declan cuando era joven, pero ya no parecía alimentar la fantasía de que fuera un gran cardiólogo. Molly asentía con la cabeza hablando con Lavender, la dietista, sobre la cantidad de proteínas que tenía la buena carne magra, y ofrecía a Ania que trabajara unas horas en la lavandería si lo necesitaba.

Todo había cambiado desde que su madre y Fiona se habían conocido. Lo que él había intentado durante años Fiona lo había conseguido en cuestión de semanas. La miró orgulloso al otro lado de la sala, riéndose y a gusto, con su pelo rizado recogido con una cinta verde que armonizaba con sus ojos. Su amiga Barbara la ayudaba en todo, incluso a llenar la copa de Paddy Carroll cada vez que se quedaba vacía.

Le habría gustado pasar un rato a solas con ella, pero Fiona acercó un dedo a sus labios y le dijo que tenían mucho tiempo por delante.

Más tarde, cuando la mayoría de los invitados se habían marchado, y Maud y Simon estaban recogiendo, Declan y Fiona les preguntaron por sus planes. Los gemelos les

explicaron que iban a ir a Grecia a pasar las vacaciones de Semana Santa. Esperaban encontrar trabajo en bares o restaurantes.

—¿Sabéis algo de griego? —preguntó Fiona.

—Todavía no, pero estábamos pensando... —empezó a decir Maud.

—Que algo aprenderemos hasta entonces —terminó Simon.

—Puedo pasaros un librito que os ayudará a aprender lo más básico —ofreció Fiona.

—¿De qué trabajabas cuando estabas allí? —preguntó Simon.

—Bueno, la verdad es que allí no trabajaba.

—¿Estabas de vacaciones? —preguntó Maud.

—Algo así. —Por una vez la segura Fiona pareció sentirse muy incómoda—. Bueno, no es necesario que hagáis todas las tonterías que he hecho yo. Lo que necesitáis son algunos consejos y también conocer a un par de personas.

—Nos encantaría que nos aconsejaras —dijo Maud.

—¿Podrías presentarnos a alguien? —preguntó Simon.

—Creo que deberíais ir a un sitio pequeño, que todavía no se haya convertido en una zona turística internacional. Así conoceréis a gente de allí y el lugar.

—¿Y simplemente nos dirigimos a ellos?

—¿Con nuestras cuatro palabras en griego?

—Os diré lo que voy a hacer. Escribiré a una amiga mía que vive en una bonita isla y le diré que necesitáis trabajo.

—¿En serio?

—¿Tiene un restaurante?

—No, tiene una tienda de artesanía, pero su buen amigo Andreas tiene una taberna.

—Una taberna —repitieron solemnemente los gemelos.

—La isla se llama Ayia Ana. Traedme un mapa y os enseñaré dónde está.

A Declan casi le explota el corazón de orgullo cuando los gemelos corrieron a su casa en busca del mapa de Grecia. Conociendo a Fiona, estaba seguro de que les encontraría algo.

La observó mientras recorría el mapa con un dedo. Debían ir por la carretera de Atenas al Pireo, el puerto de la ciudad. Después tenían que embarcar en los ferris que se dirigían a las islas griegas. Tenían que llevar escrito Ayia Ana en griego para poder identificarlo en el barco. Estaba tan entusiasmada como si fuera a ir con ellos. Declan sintió que se le cortaba la respiración. No era solo la chica con la que salía, una guapa enfermera con la que mantenía un romance hospitalario. Era algo totalmente distinto. Mientras la observaba retirándose los rizos de los ojos y colocándose los detrás de las orejas fue consciente de que no podría vivir sin ella.

Formaba parte de su vida y debía estar ahí, actuando, sonriendo y riéndose a carcajadas. Necesitaba su aprobación y su ánimo. Quería saber lo que pensaba sobre cualquier cosa. De repente Fiona levantó la cabeza para saber si lo estaban aburriendo y lo pilló observándola fijamente.

—¿Qué pasa, Declan? ¿Estoy dándote la paliza?

—Es imposible que des la paliza. Ni siquiera está en tu vocabulario.

De pronto su voz pareció pastosa, como si estuviera resfriado.

—Hey, se supone que debería cuidarte —dijo nerviosa—. ¿Te cuesta respirar?

—No, nada que ver.

—Pues entonces ¿qué sucede?

—Estoy emocionado, ya que me obligas a decírtelo. Ya sabes, como cuando en los libros dicen: «Su voz se volvió ronca por la emoción».

—Oh, Declan, qué gracioso eres...

—Lo digo en serio —respondió Declan—. Estaba mirándote y dándome cuenta de lo importante que eres para mí.

Maud y Simon fingían estudiar el mapa con gran interés.

Fiona se incorporó y besó a Declan rápidamente.

—Y tú para mí —dijo—. Pero necesito tu portátil. Seguro que hay billetes más baratos que los que han encontrado los gemelos.

No le soltó la mano ni apartó la mirada de ella durante unos segundos. Era como si estuviera viéndola por primera vez. Nada importaba mientras pudiera estar con Fiona en Saint Jarlath's Crescent, en casa de los padres de ella, en el piso que compartía con Barbara, junto al mar... en cualquier sitio. De repente lo tuvo claro. Era literalmente el centro de su vida. Y pronto volvería a la clínica, trabajaría con ella todo el día y la vería cada noche.

Cuando Declan regresó al trabajo en la clínica cardiológica, todo el mundo le ofreció ayuda. Se puso al corriente de todas las novedades sorprendentemente rápido. No había estado allí cuando había muerto la madre de Hilary, pero Fiona se lo había contado todo, de modo que aprovechó la primera ocasión para darle el pésame.

—Ahora descansa en paz —dijo a Hilary.

—Gracias, Declan. Otra manera de contarlo es que no hice caso, no quise escuchar y el resultado es que la mató un coche —dijo en voz muy baja.

—Pensar así no hará que vuelva.

—No, pero si hubiera hecho caso a otras personas, no estaría muerta. No puedo olvidarlo. Es normal que esté avergonzada y triste.

—Querías a tu madre. ¿Qué tiene de malo?

—Sé que intentas tranquilizarme, Declan, pero no debemos ser tan complacientes.

—No, estoy de acuerdo. Sé que suelo optar por la vía complaciente, pero te diré una cosa. Si yo no hubiera tenido el accidente, Fiona no habría llegado a conocer tan bien a mi familia, y ahora la adoran. Si aquella noche se hubiera limitado a una simple cena, un asado, todavía estaríamos haciendo el tonto y mareando la perdiz. ¿Estoy loco por pensar que estábamos destinados a estar juntos? ¿Es demasiado complaciente o es simplemente estar agradecido por cómo salieron las cosas?

—Para mí no han salido bien.

—Todavía —dijo Declan—. Llegará el día en que te alegrarás de que tu madre no pasara años perdida en el limbo. Todavía no, pero créeme que llegará.

—Fiona tiene mucha suerte —dijo Hilary.

Y observó a Declan mientras se dirigía a sus pacientes con sus notas en una mano y una tranquilizadora sonrisa en la cara.

—Bueno, Joe, pareces estar en plena forma. Espero que también lo estés por dentro. ¿Tienes palpitaciones?

Era como si nunca hubiera estado ausente.

Hilary y Ania lo contemplaban, felices de que hubiera vuelto.

—Es muy importante para esta clínica —dijo Ania con vocecita solemne.

—Como tú, Ania. Esto no podría funcionar sin ti —dijo Hilary con tanta sinceridad que los ojos de Ania se llenaron de lágrimas.

Cuando Ania conoció a la doctora Clara Casey y consiguió un trabajo en la clínica cardiológica, fue como si la Virgen hubiera intervenido personalmente.

Ania era la menor de su familia. No recordaba a su padre porque tenía solo tres años cuando él murió en un accidente. Un día terrible el pobre Pawel había volcado su nuevo camión, del que tan orgulloso y feliz estaba, en una profunda cantera. Había pagado solo el primer plazo del camión, con el que pretendía cambiar su situación económica. Su padre estaba dispuesto a trabajar más horas que un reloj para que su familia gozara de buena posición en su feliz hogar. Sus hermanas se casarían con hombres importantes de la zona y su hijo Józef trabajaría con él. Los conocerían en toda la región como a personas en las que se podía confiar.

Ania se enteró de todo esto tiempo después. Su familia contaba la historia tan a menudo que algunas veces creía recordar aquel día, el día en que llegó la noticia de que su padre había muerto y el camión no estaba pagado. Lo dijeron como si ambas noticias fueran igual de malas.

Así que nunca tuvieron una casa maravillosa. Lo que tuvieron fue a su madre, su *mamusia*, que trabajaba las veinticuatro horas del día para poner la comida en la mesa. Su hermano Józef no trabajó en la empresa familiar, sino que se fue al norte, a Gdansk, a buscar trabajo. Al principio escribió diciendo que estaba trabajando en unos astilleros, que le iba bien, y mandó a su madre algo de dinero, pero después conoció a una mujer de Gdynia, y con los gastos de montar una casa para él y para su nueva esposa, pronto el dinero dejó de llegar.

Sus dos hermanas trabajaron en una fábrica, en la que conocieron a los hombres con los que se casaron. En casa ya no tenían nada que hacer, de modo que creyeron que lo mejor era empezar una nueva vida por su cuenta. Pasaban de vez en cuando a ver a su madre y se quejaban de la familia de sus maridos y de lo mucho que trabajaban.

—Ania, quédate soltera todo el tiempo que puedas —le advertían.

Para Ania no era difícil seguir su consejo. Era todavía muy joven, y cuando cada día volvía a casa del colegio, apenas le quedaba tiempo para estudiar. No porque fuera una gran estudiante, sino porque tenía que ayudar a su madre mientras viviera con ella. Se ocupaba de preparar las planchas y planchar las prendas que cosía su madre. Y no era tarea fácil, con planchas eléctricas y a vapor como las de ahora. Ania había aprendido a planchar con enormes y pesadas planchas que calentaba en un hornillo, y siempre con un trapo húmedo para no estropear los tejidos. Pobre de ella si hacía una quemadura.

Su *mamusia* siempre decía que si se entregaba la ropa planchada y doblada una vez arreglada, a los clientes les parecía que la prenda era más elegante que antes. Les animaba a llevarle a agrandar las faldas que se les habían quedado estrechas o a ajustar un uniforme escolar para que pudiera llevarlo una niña más pequeña.

Otras chicas de su calle iban a la feria ambulante, cuando pasaba por su ciudad, y al circo, y se reunían para tomar café y refrescos en la cafetería junto al puente, pero Ania no. Continuamente tenía demasiadas cosas que hacer.

Su *mamusia* estaba siempre alegre y esperanzada.

—Tenemos buena reputación, Ania, tenemos prestigio entre nuestros vecinos. Tu padre era un hombre respetado. Conseguimos pagar lo que debíamos del camión. Somos personas con honor. Nada puede derribarnos.

Pero su *mamusia* no sabía que sucedería algo que lo cambiaría todo.

Cuando Ania cumplió quince años, su madre le regaló una chaquetilla ribeteada de terciopelo verde oscuro. Una clienta le había llevado demasiado, así que su madre guardó algunos trozos sobrantes.

A Ania le encantó verse tan elegante. Su pelo oscuro parecía muy brillante y pensó que, después de todo, quizá no era tan fea. Siempre había sido tan delgada y torpe comparada con otras chicas que no sabía que podía tener tan buen aspecto vestida elegantemente.

Guardó un poco de dinero para ir a la cafetería con su mejor amiga, Lidia, y presumir de modelito nuevo. Las demás chicas la admiraron mucho, y en todo momento era consciente de que un hombre de pelo oscuro la miraba con cierto interés.

Al final se dirigió a ella.

—Soy Marek —le dijo—. Eres muy guapa.

Nadie le había dicho antes nada remotamente parecido. Sintió un agradable escalofrío. Aquel hombre pensaba de verdad que la pequeña Ania, la chica que ayudaba a su madre, era guapa.

—Gracias —contestó en voz baja.

—Qué lástima que no tengan aquí máquina de discos, porque podríamos bailar —dijo Marek.

—No se me da muy bien bailar —dijo Ania mirando al suelo.

—Podría enseñarte —dijo Marek—. A mí me encanta bailar.

—Podríamos volver a vernos... —dijo Ania mirándole con inocencia.

—Claro que podríamos, pero no en un sitio tan aburrido y muerto como este. En la ciudad de al lado hay un buen bar que se llama Motlawa. Voy casi todas las tardes.

Y la pequeña Ania, que jamás en su vida había mentido a su madre, urdió una larga historia sobre una amiga del colegio a la que se le había muerto la madre, y el funeral era en la ciudad vecina. Su madre le dio el dinero para el autobús y Ania se puso en camino sola hacia el bar Motlawa. Se había lavado el pelo y había añadido el zumo de medio limón en el agua del aclarado, como le había dicho Lidia, para que le brillara.

Cuando se marchaba, su madre le dio una moneda para que encendiera una vela en la iglesia por la pobre alma de la difunta. Ania jamás en su vida se había sentido tan culpable. Se gastó el dinero extra en un pintalabios y deseó desesperadamente que aquella tarde Marek se pasara por la cafetería.

Lo vio de inmediato. Sonaba la música. Marek fue directo hacia ella con los brazos abiertos. Enseguida empezaron a bailar. Pegarse a él y sentir sus brazos rodeándola le parecía lo más natural del mundo. No hablaron mucho. No fue necesario. Y cuando Ania dijo que tenía que ir a coger el autobús, él la acompañó a la estación.

—Estás muy guapa con tu chaqueta verde —dijo—. Como una criatura del bosque, una ninfa quizá.

—Es el único abrigo bueno que tengo —admitió—. Vas a cansarte de verlo. —Y se dio cuenta de que había ido demasiado lejos—. Quiero decir si volvemos a vernos...

Estaba muy confundida.

Marek le alzó el mentón y le dio un beso. Ania sintió ese beso en sus labios durante todo el viaje de vuelta en autobús, mientras intentaba inventarse alguna historia sobre el funeral al que se suponía que había ido y pensaba en una excusa para volver al bar Motlawa.

El amor siempre se abre camino.

Ania lo había leído en algún sitio y era verdad. La profesora del colegio había encargado varias prendas, pero necesitaba botones elegantes, mejores que los que ofrecía la mercería de su pueblo. Ania dijo que recordaba haber pasado por una tienda el día del funeral de la madre de su amiga. Quizá podría ir un día a la ciudad a ver qué encontraba. Y volvió a sentirse muy culpable cuando su madre se lo agradeció.

—Qué buena hija eres, Ania. Eres lo mejor que me ha pasado —dijo su madre—. Cuando mi Pawel se mató, cuando mi Józef se marchó a Gdansk, sabía que podría confiar en ti. Gracias, hija mía, muchas gracias.

En unos minutos Ania encontró una tienda en la que vendían los botones que necesitaba. El viejo vendedor le dijo que los cogiera ella misma de la caja. Era miope, de modo que no veía bien.

Ania se metió en el bolsillo media docena de pequeños botones en forma de perla sin darse del todo cuenta de lo que estaba haciendo. Llevaba puesta su vieja chaqueta azul marino, que estaba muy gastada, pero que no costaría mucho adornar, de modo que cuando salió de la tienda con los botones en el bolsillo, gastó el dinero en un broche de esmalte rosa y blanco que se colocó en la solapa.

Marek le dijo que estaba muy guapa y pasaron toda la tarde bailando. Veía que los clientes del bar la miraban con admiración. Nadie sabía que pasaría la noche planchando las prendas que su madre había arreglado durante el día y cosiendo los botones en forma de perla que había robado.

—¿De qué trabajas, Ania? —le susurró Marek al oído.

Estaba claro que no sabía que todavía estaba estudiando.

—Ayudo en el negocio de corte y confección de mi madre —contestó.

—¿Y ganas mucho, mi pequeña Ania?

—No, muy poco.

—¿Te gustaría tener dinero para comprar cosas bonitas?

—Claro, ¿a quién no?

—A mí también me encanta la ropa cara, así que trabajo para ganar dinero y poder comprármela.

Estaba muy guapo con su camisa blanca, su chaqueta de cuero negra y sus pantalones gris oscuro de franela. Tenía los dientes muy blancos. A primera vista parecía un hombre muy rico, pero sí lo era, ¿cómo podía permitirse andar por los bares y bailar toda la tarde en lugar de estar trabajando?

Era un misterio.

Así que se lo preguntó.

—Estoy esperando a poder montar algo por mi cuenta, Ania, algo que de verdad merezca la pena. No me gusta trabajar para nadie. Algún día lo conseguiré. Mientras tanto observo y aprendo.

Ania se las ingenió para encontrar una excusa tras otra para ir a la ciudad, y habían pasado tres meses cuando Marek le propuso que perdiera el autobús de vuelta a su pueblo.

—¡No puedo hacerlo! —exclamó Ania, estupefacta.

—Podrías quedarte conmigo toda la noche. Los dos lo deseamos.

—¿Y mi madre?

—Dile a tu madre que has perdido el autobús y que te quedas en casa de tu amiga, aquella a la que se le murió la madre, ¿recuerdas? Y vuelves mañana por la mañana.

—No, Marek, no puedo.

—De acuerdo.

Marek se encogió de hombros y Ania se dio cuenta de inmediato de que lo estaba perdiendo.

—Podría la semana que viene —dijo rápidamente.

Y Marek tardó unos instantes en dibujar su maravillosa sonrisa.

Una de las razones por las que había dicho que no era porque llevaba ropa interior muy gastada, unas viejas bragas grises lavadas tantas veces que habían perdido la forma, y un raído sujetador que habían llevado sus dos hermanas. Si tenía que suceder, quería estar preparada.

Durante toda la semana cosió en su habitación, un encaje por aquí, una puntilla por allá. También trabajó duro con su madre para no sentirse tan culpable cuando llegara el momento. La semana se le hizo interminable, perdió muchas clases en la escuela y se llevó la costura al cobertizo para las bicicletas del colegio para asegurarse de que acabaría las prendas para su madre.

El sábado, vestida con sus mejores galas por dentro y por fuera, Ania se dirigió al autobús temblando. Aquella noche haría el amor por primera vez. Pasaría toda la noche en los brazos de Marek. El corazón le latía tan fuerte que estuvo a punto de marearse.

—¡Ten cuidado, Ania! —gritó su madre.

Por un momento Ania pensó en volver, llorar sobre el hombro de su madre y contárselo

todo, pero el momento pasó y llegó al autobús.

A esas alturas conocía ya a algunos de los que trabajaban en el bar Moltawa. La saludaban y le daban la bienvenida como a un cliente.

Marek estaba esperándola apoyado en la barra.

—*Dzieú dobry*, Ania —la saludó ceremoniosamente.

—*Dzieú dobry*, Marek —contestó con timidez.

Y al momento estaba entre sus brazos bailando. Como siempre. Con la diferencia de que aquella noche no volvería a casa con su madre.

Por favor, por favor, que todo vaya bien...

Nunca se había quedado en el bar hasta tan tarde, así que vio cómo ponían velas en botellas y observó las románticas sombras parpadeando en las paredes. Luego se dirigió al teléfono y llamó a la señora Z' ak, la dueña de la tienda de la esquina de su casa.

La señora Z' ak se quedó espantada al saber que Ania había perdido el autobús.

—¿Dónde le digo a tu madre que vas a quedarte, Ania?

—Con mi compañera de clase, Lidia, señora Z' ak. Volveré a casa mañana.

Al final, después de lo que le pareció una eternidad, la señora Z' ak colgó el teléfono.

Mientras volvía, Ania vio a Marek observándola.

—Eres muy guapa, Ania, y te quiero —dijo.

—Nunca lo he hecho. Quizá no soy demasiado buena... —empezó a decir.

—Serás estupenda y vamos a ser muy felices —contestó abrazándola.

Fueron a una habitación del piso de arriba en la que había un colchón y una alfombra en el suelo. Marek había colocado un jarrón con flores. No era un lugar maravilloso, pero Ania se sintió muy feliz mientras se quedaba dormida entre sus brazos. A la mañana siguiente Marek salió y volvió con el desayuno: café y panecillos.

Jamás nada le había parecido tan mágico.

Después cogió el autobús de vuelta a su casa sonriendo a todo el mundo a su alrededor.

Cuando Ania volvió a casa, su madre no sospechaba nada. Aquel día llamaron sus dos hermanas, comentaron que una de ellas podría estar embarazada y la noticia les alegró muchísimo. La mente de Ania estaba a kilómetros de distancia, en el bar Motlawa. Tenía que encontrar una manera de volver a la ciudad de Marek, pero bastante numerito había montado con lo de haber perdido el autobús como para intentarlo de nuevo.

Cosió, zurció y planchó apesadumbrada por todo lo que tenía casi al alcance de la mano pero que tan fácilmente podrían arrebatarse.

Al día siguiente, cuando fue a la tienda de la señora Z' ak a comprar pan y verduras, se enteró de que la cafetería que había junto al puente estaba en venta. El desdichado propietario, un tipo alto y delgado, había decidido que no tenía futuro servir café y pasteles que eran demasiado caros para las personas mayores, mientras que los jóvenes cogían el autobús para ir a los bares de la ciudad que tenían música, así que quería venderla lo antes posible.

—Esperemos que no la compre nadie para convertirla en un local ruidoso —dijo la señora Z' ak.

—Vaya... —dijo Ania.

—Porque cualquiera que la compre puede querer montar un bar.

—Es verdad. ¿Puede darme también un sello, señora Z' ak? —preguntó Ania.

Marek, cariño:

¿Recuerdas la cafetería junto al puente de nuestro pueblo?

Bueno, pues está en venta. Dijiste que querías montar tu propio negocio, así que quizá podrías comprarla y entonces podría verte cada día. Me encantaría.

Te quiere,

ANIA

Al día siguiente Marek se presentó en la cafetería con su hermano y un amigo, y hablaron durante horas con el propietario, el hombre de cara larga y sepulcral. Le dijeron que querían montar un negocio tranquilo y familiar, y que no le sería fácil encontrar compradores en una zona tan retirada. Pasaron el día charlando y tomando cafés, y a última hora de la tarde habían llegado a un acuerdo. Marek, su hermano y su amigo comprarían y reformarían la cafetería del puente.

Como Marek y sus socios habían actuado rápidamente, consiguieron un buen precio. Cuando otros posibles compradores se enteraron de que la cafetería estaba en venta y mostraron cierto interés, ya estaba vendida. El siguiente paso era solicitar la licencia para vender alcohol.

Sabía que no debía ir a casa de Ania en cuanto se cerró el contrato, ya que le daba la impresión de que tendría que vérselas con su *mamusia*. Decidió esperar. Sabía que ella lo encontraría, y así fue.

A Ania le brillaron los ojos en cuanto lo vio sentado en el puente.

—¡Marek! ¡Recibiste mi carta! —exclamó.

—¿Qué carta? —preguntó Marek.

—Te escribí para contarte lo de la cafetería que está en venta.

—Ya no. La hemos comprado hace tres horas.

—¡Marek, es fantástico! He rezado tanto para que pasara...

—Y tus rezos han sido atendidos, Ania.

—Pero ¿cómo te enteraste?

—Me lo contaron —respondió.

Por un momento Ania se quedó desilusionada. Le habría gustado ser la persona que lo guiara por el buen camino, pero le hacía tan feliz que Marek fuera a estar allí que no le importó.

—Imagínate, los dos tuvimos la misma idea.

—¿Tuviste la misma idea?

—Sí, sí, pensé que sería fantástico, quería que lo supieras antes que nadie. Mi carta te llegará mañana, y hoy ya está todo decidido... —comentó apretándose las manos con emoción.

—¿Tuviste la misma idea? ¿Que vendrías a trabajar con nosotros a nuestra nueva cafetería? —preguntó con aire incrédulo.

Ania se mordió el labio. No había pensado en eso, pero ¿por qué no? Así podría ver a Marek cada día. Pero tendría que superar otro obstáculo: su *mamusia* no quería oír hablar del tema. Diría que Ania era demasiado joven para dejar la escuela. No le gustaría que tuviera nada que ver con una cafetería que servía alcohol a gente joven.

Pero ya pensaría en todo eso más tarde.

—En mi carta no comentaba nada de trabajar para ti... —empezó a decir.

—Pero ¿lo harás? ¿Lo harás, Ania?

—Sí, por supuesto que lo haré.

Marek nunca podría imaginarse lo duro que era para ella, pero Ania sabía que él pensaba que la vida era sencilla. Quería hacer algo y lo hacía. No tenía a su *mamusia*, a la señora Z'ak, a sus hermanas y a sus profesores. Pero mejor no enumerar todos los problemas. Esperaría a que llegara el momento adecuado.

El momento adecuado llegó antes de lo que pensaba.

Marek se había ganado el cariño de la formidable señora Z'ak, se puso a su disposición y le dijo que buscaba a una chica joven de familia buena y honorable que viviera con sus padres, pero que pudiera trabajar en la nueva cafetería y ganarse a una clientela sana.

La señora Z'ak se lo dijo de inmediato a la madre de Ania.

—Qué lástima que todavía vayas al colegio —dijo su madre—. Habría sido un estupendo trabajo para ti, y cerca de casa.

—Lo del colegio... —empezó a decir Ania muy despacio. Era el momento más importante de su vida, de modo que no debía desperdiciarlo—. Bueno, *mamusia*, la semana pasada la profesora me dijo que no veía demasiado sentido a que siguiera estudiando...

—¿Eso dijo? —preguntó su madre muy afectada.

—Sí, y al principio me puse muy triste, porque no veía la manera de poder ganarme la vida y seguir ayudándote, *mamusia*. Pero ahora quizá es posible, ¡quién sabe!

—¿Crees que podrían darte ese trabajo? —preguntó su madre con ojos esperanzados.

—Vamos a verlo —contestó Ania.

Y salió corriendo hacia la cafetería.

Los primeros días Ania llevaba una blusa azul y blanca a cuadros y una falda azul marino. Servía café y pasteles a personas como la señora Z' ak, su madre, dos curas de la parroquia, el médico y algunos viejos del pueblo. Fue un intento deliberado de ganarse apoyos y alejar las críticas. Las hermanas de Ania decían que había tenido suerte de encontrar trabajo tan cerca de casa. Llegó su decimosexto cumpleaños y pasó sin que dijera nada, sobre todo porque no quería que Marek supiera que era tan joven.

Encima de la cafetería había un piso pequeño en el que Marek, su hermano Roman y su socio, Lev, tenían una habitación para cada uno. Ania hizo a escondidas cortinas, cojines y un edredón para la habitación de Marek. Compró para él en una subasta un cuadro de flores en un campo y encontró una vieja cajonera en el trastero, la pulió y la enceró para él. La habitación de Marek no tardó en parecer un pequeño palacio.

Estaba deseando irse a vivir con él. Sería muy feliz yendo a comprar el pan y la leche por las mañanas, atendiendo los pedidos, y quizá yendo a casa de su madre una o dos horas al día para ayudarla con la costura y charlar.

Pero era imposible.

Ana pasaba las primeras horas del día cosiendo. Después iba a la cafetería, ayudaba a limpiar lo de la noche anterior, ventilaba el local y procuraba hacer cosas útiles mientras Marek, Roman y Lev bebían café y hablaban sobre cómo conseguir más clientes. Un día decidieron comprar una máquina de discos. Sería cara, pero no tardarían en amortizarla.

No tardarían, por supuesto, si la señora Z' ak, la madre de Ania y demás no eran sus únicos clientes. Pronto intentarían atraer a la generación más joven.

Llegó la máquina de discos, se colocaron alrededor maravillados y cuando adquirió vida y empezó a sonar la música, los cuatro bailaron para celebrarlo. Ania nunca se había sentido tan feliz y partícipe de algo fantástico.

Después tuvieron que atraer a la gente joven. Para empezar, Ania debía vestirse de otra manera, ya que parecía una escolar mojigata. La gente iría a la cafetería del puente para olvidar la escuela y el trabajo, con el deseo de trasladarse a otro lugar más emocionante y mágico. Ania se pondría una falda negra de volantes y un top rojo.

—¿De dónde voy a sacar ese tipo de ropa? —preguntó Ania boquiabierta.

—Eres modista, así que puedes hacértela tú misma —contestó Marek en tono impaciente.

Ania se hizo la ropa. Después Marek le dijo que tenía que bailar para que los demás se animaran también.

—Quieres decir que voy a cobrar por bailar con uno de los jefes. ¡Perfecto! —dijo riéndose.

—Sí, conmigo y, por supuesto, con cualquiera que te lo pida —dijo Marek.

—Pero, Marek, no quiero bailar con desconocidos. Quiero bailar contigo —protestó.

—Y yo quiero bailar contigo, Ania, pero el trabajo es el trabajo, y el negocio es el negocio. Cuando todos se hayan ido a su casa, bailaremos juntos.

—Pero no puedo quedarme hasta muy tarde. Tengo que volver a casa después del trabajo —dijo Ania con labios temblorosos.

—Ania, ¿ya empiezas a fastidiar y a quejarte? —preguntó.

Le aterrizzaba oírle hablar así. Su voz tenía un tono impaciente que iría seguido por la falta de interés.

—¿Yo? ¿Fastidiar? ¿Quejarme? ¡Nunca! —Se echó a reír.

Marek la premió rodeándole la cintura con los brazos.

—Esta es mi chica —dijo.

Era una tortura tener que bailar con un patoso que la sobaba mientras la observaban otros que esperaban que acabara la canción para hacer lo mismo.

—No vienen suficientes chicas —se quejó Marek—. ¿Puedes ir a tu antigua escuela y decirles a las chicas lo estupendo que es este local?

Ania fue a la escuela, y a las puertas del patio comentó a las chicas que la cafetería del puente era muy divertida. Su mejor amiga, Lidia, al principio no se fiaba, pero prometió ir con varias compañeras de clase. Poco a poco fueron pasándose por allí. Llegaban nerviosas, inseguras, sin saber qué pensar, pero Marek, Roman y Lev les daban la bienvenida calurosamente y bailaban con ellas. Para Ania representaba una tortura mayor ver a Marek bailando con otras chicas, en especial con la mandona de Oliwia, hija del dueño de una gran panadería, una chica muy engreída en la escuela y que se había convertido en la reina del bar.

Marek se reía cuando Ania protestaba.

—Tiene mucho dinero, Ania, e invita a sus amigas a venir aquí. ¿Animarla a venir no es lo más inteligente?

Ania pensaba que Marek hacía mucho más que animarla. Vio la cara sonrojada de Oliwia saliendo de la pista. Ania no tenía tiempo para aquellos bonitos y dulces bailes lentos en los que Oliwia caía en los brazos de Marek con tanta naturalidad. Y ella no podía quedarse con él por la noche. Robaban un par de horas a primera hora de la tarde, cuando apenas había gente, y se metían a hurtadillas en la habitación de Marek, pero no era muy satisfactorio. Siempre oían a alguno de los otros llamándolos desde el piso de abajo.

La madre de Ania aún no sospechaba nada. Una hermana de Ania le dijo que el bar empezaba a tener mala reputación. Lo que se decía era que iba gente joven y bebía demasiado.

Ania se limitó a contestar que no era posible. La señora Z' ak iba cada mañana a tomarse el café. Habría sido la primera en quejarse si algo fuera mal, pero seguía yendo a diario. Lo que no le dijo a su hermana fue que tenía que asegurarse de que el bar estuviera resplandeciente cada mañana, sin el menor rastro de lo que había sucedido la noche anterior. Metían las botellas vacías en bolsas que guardaban en el patio trasero, y una vez por semana las llevaban en la furgoneta de Roman a un puesto de reciclaje. Nadie podía ver cuántas llegaban a acumularse.

Una tarde en que tuvieron una hora para estar juntos, Ania encontró una horquilla en la cama de Marek. El impacto la sacudió como si hubiera sido un golpe de verdad mientras la sujetaba, horrorizada.

—Yo no llevo horquillas, Marek. ¡¿De dónde ha salido esta?! —gritó.

—Ah, suelo recogerme el pelo —contestó riéndose.

—Hablo en serio, Marek. ¿Has traído aquí a otra chica?

La expresión de Marek se endureció.

—¿Cómo te atreves a preguntarme algo así? ¿Cómo te atreves a acusarme? Sabes que te quiero solo a ti.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—¡Y yo qué sé! Quizá uno de los otros ha traído a una chica. No somos policías, así que no vigilamos los movimientos de los demás...

—Los otros tienen su habitación. Esta es la nuestra.

—Vale, sí, lo que tú digas —dijo Marek con desdén.

Ania se sentó temblando.

—Vamos, Ania, no tenemos mucho tiempo —intentó animarla.

Pero Ania se levantó y se vistió en silencio. Bajó y se quedó de pie detrás de la barra.

—Vaya, ha sido rápido —dijo Roman.

—¿Puedes cargar las botellas en la furgoneta, por favor? El patio está abarrotado.

—Vale, de acuerdo, tranquila —contestó.

—Roman, ¿has dormido alguna vez en la habitación de Marek y mía?

—Tengo mi habitación —contestó ofendido.

—Lo suponía.

Roman se dio cuenta de que seguramente había contestado lo que no debía.

—Bueno, quizá me equivoco... alguna noche, ya sabes, muy tarde... es posible que...
—dijo en tono poco convincente.

Ania preparó los *uszka* y los *golabki* que servían al mediodía. Trabajó incansable en

la masa y en los rollos de col, y cuando Marek apareció disgustado y quejándose, no le prestó atención y siguió hablando con los clientes.

—Ania, ven un momento —le suplicó.

—El negocio es el negocio. Me dijiste que complaciera a los clientes, y es lo que intento hacer.

—Roman puede ocuparse de eso. Ahora solo hay cuatro personas.

—Llegarán más.

—¿Dónde está Roman?

—Metiendo las botellas en la furgoneta. Se lo he pedido yo.

—Estás montando un escándalo por nada, Ania.

—He trabajado cinco horas. El acuerdo al que llegamos fue que haría ocho. ¿Cuándo quieres que haga las otras tres? —preguntó Ania con mucha dignidad.

—Créeme. Solo te quiero a ti —dijo Marek.

—Hay muchas maneras de mostrar el amor, pero llevarte a otra a la cama, a una chica que lleva horquillas, no es una de ellas.

—No quiero a ninguna chica que lleva horquillas. Te quiero a ti.

Los grandes ojos de Marek parecían sinceros. Hacía ya mucho tiempo que no le decía que la quería. Ania se ablandó un poco, pero no del todo.

—¿Cuándo quieres que haga las tres horas, Marek?

—No es propio de ti mirar el reloj y contar las horas.

—No, no lo es. ¿Cuándo las quieres?

—Vuelve a las siete y bailaremos juntos —dijo dándose por vencido.

Ania volvió a su casa y ayudó a su madre.

—Estás muy callada hoy, Ania. Normalmente no paras de hablar.

—Estoy un poco cansada, *mamusia*. Eso es todo.

Su madre le habló del bebé que no tardaría en llegar y de que tenían que hacer ropa para él, de qué sería mejor y de que tendrían que coser los lazos azules o rosa en cuanto supieran si era un niño o una niña.

Después de cenar Ania volvió a la cafetería a paso lento.

—Ven, siéntate conmigo —le dijo Marek.

—Estoy en horas de trabajo —contestó Ania.

—No. Ven conmigo. Vamos a ver el río.

La cogió de la mano y le dijo que era la única mujer a la que había amado en su vida. La acarició con dulzura y le susurró al oído.

—He venido a vivir a tu pueblo, deajo que vuelvas a casa con tu madre cada noche aunque querría que te quedaras conmigo. Bailo con otras chicas para que funcione el negocio, y tú bailas con hombres por lo mismo. ¿Qué significa para ti? Nada de nada. Solo que así prospera el bar. ¿Qué significa para mí? Nada. Solo que el día en que podremos estar juntos todo el tiempo está un poco más cerca.

Durante mucho rato Ania no dijo nada. Marek siguió hablando y acariciándola.

—¿Sabes que te quiero? —le preguntó.

—Sí —contestó Ania.

—¿Y por qué pones esa cara tan triste?

Consiguió esbozar una sonrisa llorosa. Todavía no le había explicado lo de la horquilla en la cama, ni había negado que alguien hubiese ido a la habitación. Le dolía el corazón mientras se preguntaba quién habría sido. Quizá Oliwia, la prepotente con un padre rico. Algo le había comentado Lidia, pero Ania no le había prestado atención.

—¿Dónde está Oliwia esta noche? —preguntó pillándolo por sorpresa.

—Oh, no viene cada noche —contestó Marek.

—No, no, claro...

Ania se levantó y se dirigió hacia la máquina de café. Sonrió de oreja a oreja a los clientes y con el rabillo del ojo vio que Marek alzaba el pulgar, como si le dijera «buena chica».

Roman y Lev intercambiaron miradas de alivio. La crisis había pasado.

Oliwia iba a seguir en la escuela hasta los dieciocho años, y después iría a la universidad, o eso había dicho en la cafetería del puente. Pero cambió de planes. Unos meses después de que el bar hubiera abierto dejó de hablar de la universidad. Dijo que se daba demasiada importancia a la universidad y que más cerca de casa podía encontrarse todo lo que se quisiera.

Ania tenía intención de comentar el tema con Marek, pero él pasaba mucho tiempo fuera por el negocio, intentando encontrar inversiones para el bar. La máquina de discos no se había amortizado, tampoco la máquina de café, e incluso los sueldos, que pagaban de la caja cada viernes, eran cada vez más bajos.

Ania esperaba que encontrara pronto un inversor. Roman y Lev no parecían demasiado dispuestos a hablar del tema; seguramente estaban más preocupados por las deudas de lo que parecía. Pero no tardaría en enterarse de todo.

La madre de Ania estaba en la cama, muy resfriada, por lo que su hija intentaba compaginar el trabajo con su cuidado. Volvió a casa para hacer pan y preparar una sopa. Su madre parecía haberse recuperado un poco, así que Ania decidió sentarse con ella un par de horas.

—*Mamusia*, ahora estás mucho mejor. Muy pronto estarás recuperada —dijo Ania, esperanzada.

—Lo único que pido a Dios y a la Virgen es vivir hasta que te vea asentada con un

buen hombre y una casa propia. Entonces no me importará despedirme de este mundo.

Algunas veces Ania deseaba contarle a su madre lo bien asentada que estaba y que ya tenía una casa esperándola en la cafetería del puente, pero Marek y ella habían decidido no decírselo a nadie hasta que pudieran estar juntos abiertamente. Volvió a la cafetería, vio que estaba llena de gente y se sintió aliviada. Marek estaría contento cuando regresara aquella noche.

Oliwia estaba en el local y era el centro de atención. Estaba mostrando su anillo de compromiso, un pequeño diamante que lanzaba destellos por todo el bar. Ania se alegró en parte, porque eso querría decir que Oliwia dejaría de pasarse por allí para que Marek bailara con ella. Pero, en ese caso, ¿perderían a los clientes que iban con ella? ¿Irían Oliwia y su marido a la cafetería o estarían demasiado ocupados amueblando la enorme casa que les compraría su padre?

Estaba a punto de unirse al grupo para ver el anillo cuando Marek entró por la puerta.

—¡Aquí está! —gritó Oliwia.

Ania vio, como en cámara lenta, a Oliwia corriendo hacia él y cogiéndole de la cintura. Y por imposible que pareciera, Marek sonrió y aceptó las felicitaciones y los aplausos.

Sintió que estaba a punto de desmayarse. Tenía que ser un error. ¿Acaso era una broma? Entonces todo el mundo se reiría de lo inocente que había sido por habérselo creído. Pero no parecía una broma.

El local empezó a dar vueltas y oyó la voz de Marek dirigiéndose a su hermano.

—Roman, llévatela de aquí ahora mismo.

Sintió que unos fuertes brazos la sacaban del bar y la llevaban hacia el patio, detrás de una esquina, donde nadie pudiera verla. Se sentó en una silla de hierro y observó el pequeño jardín que había intentado plantar, las flores que había regado y las piedras que había colocado. Habían pensado que algún día abrirían allí una sala-jardín para familias y niños, con columpios y un balancín.

Bueno, la que lo había pensado era Ania. Marek simplemente lo había aceptado. Pero ahora ya no sería así. Vio que Lev le había llevado un vasito de sliwowica. El olor del fuerte licor de ciruela casi le provocó arcadas, pero su ardiente sabor pareció devolverle el sentido. No podía ser verdad. Marek no podía hacerle algo así.

Intentó levantarse e ir hacia el bar, pero los fuertes brazos de Roman la hicieron retroceder suavemente. Lo oyó decir:

—Será mejor que te quedes aquí. Vendrá en un minuto.

Desde el local llegó otra ovación.

—¿Por qué, Roman? —preguntó—. ¿Por qué razón lo ha hecho?

—Chist, chist...

Roman le secó las lágrimas con un pañuelo usado y le acercó el vaso de licor a la boca, pero Ania lo apartó. Y entonces sintió que aflojaba la presión de los brazos.

Había llegado Marek.

Levantó la cabeza y lo miró, con las lágrimas rodándole por las mejillas, mientras Roman y Lev volvían al bar.

—Ania.

Marek se arrodilló junto a ella y la cogió de la mano.

Ania no dijo nada. Siguió mirando el parterre que tiempo atrás había sido una zanja, hasta que lo cavó, lo plantó y lo alimentó, y eliminó las babosas y los insectos que se habían reunido para disfrutar de su pequeño jardín.

—Ania, esto no cambia nada —repetía Marek.

Al final lo miró.

—¿Cómo es posible que no cambie nada?

—Seguiremos viéndonos. Solo te quiero a ti. Lo sabes.

—¿Perdona?

—Sabes que lo que tenemos tú y yo es especial. Nada puede sustituirlo.

—Vas a casarte con Oliwia —dijo Ania en voz muy baja.

—Sí, pero eso no cambia nada entre nosotros. Seguiremos trabajando juntos y tenemos nuestra habitación para amarnos.

Marek la miraba como si no pasara nada.

—¿Por qué vas a casarte con Oliwia? —le preguntó.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque está embarazada, claro —contestó como si fuera lo más normal del mundo.

—No te creo.

—Pues es lo que ha pasado —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y el niño es tuyo? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Todavía no es un niño... y nadie sabe una palabra. Has sido tú la que has preguntado.

—Claro que he preguntado, Marek. Puedo ser boba, pero no soy imbécil. Claro que pregunto por qué el hombre que dice que me quiere y que va a casarse conmigo ha dejado a otra embarazada y va a casarse con ella. ¿Cómo no iba a preguntar? ¿Y qué quieres decir con eso de que nada va a cambiar?

—No es necesario que cambie nada, Ania. Tú decides.

—Pero si estás casado con ella...

—Se quedará en casa. Su padre le está construyendo una casa enorme. Podremos seguir como antes.

—Estás loco, Marek. Eres cruel y estás loco.

—Solo soy un hombre que se ha prometido con la hija de un tipo rico para mantener el bar a flote. Tiene que ver con los negocios, no con el amor. Si no me crees, estoy perdido.

—También lo estoy yo. Perdida. Totalmente perdida.

—¿Qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé. Quizá me muera, quizá me ahogaré en el río —contestó muy tranquila.

—No, no. Ni se te ocurra.

—No tengo ninguna razón para seguir viviendo.

—Ya verás, Ania, todo será igual que antes —dijo.

—Me voy a casa.

—¿Vendrás a trabajar mañana?

—Ya veremos.

Oyó las voces que lo llamaban desde el bar: «Marek, Marek, Marek».

—Es mejor que vuelva —dijo.

—La horquilla de tu cama era suya.

—Eran negocios. No tiene nada que ver con el amor.

—De nuestra cama.

—No volverá a suceder.

—Claro que no. Desde ahora tendrá su cama de matrimonio —dijo Ania, desolada.

Ania no recordaba las semanas siguientes, solo pequeños incidentes inconexos.

Su madre se recuperó. El bebé de su hermana fue un niño, así que Ania fue a la mercería de la ciudad a comprar cinta azul. El viejo miope seguía allí.

—Ya no vienes tan a menudo —observó.

—No, las razones por las que venía han cambiado —respondió ella.

—¿Y eres más feliz ahora? —preguntó el anciano inesperadamente.

—No, no soy feliz. No tengo ninguna razón para seguir adelante.

—También yo me sentí así cuando empecé a perder la vista. Quería irme al norte, tirarme al mar, nadar en el agua helada y no volver jamás. Pero luego pensé que quizá podría ser feliz aunque no viera bien.

Ania recordó los botones en forma de perla que le había robado la primera vez que había ido a su tienda.

—Por cierto, acabo de acordarme de que la primera vez que vine me llevé varios botones de más sin darme cuenta, y siempre he olvidado comentárselo. Tengo que pagárselos. Se los pagaré ahora mismo. Fueron seis botones en forma de perla...

El viejo sonrió.

—Sabía que algún día lo recordarías.

—¿Lo sabía? —preguntó con la cara roja de vergüenza.

—Y ahora lo has recordado.

El anciano se alegraba de confirmar que las personas eran buenas por naturaleza.

—¿Ha sido usted feliz desde... desde aquello? —preguntó Ania.

—Sí, pequeña, muy feliz. Habría sido una lástima tirarme al mar del Norte.

—Lo recordaré —dijo.

Pero no lo recordó.

No recordaba que había trabajado todo aquel tiempo en la cafetería del puente, que aparecía Oliwia, que ella y Marek subían a la habitación que con tanto amor Ania había preparado para los dos. No recordaba a los albañiles que llegaron a instalar el gran anexo, el proyectado comedor sobre el río. Pero debían de haber llegado. Y alguien debía de haber llevado los muebles. Marek, Roman y Lev debían de haber contratado a un cocinero y a camareras.

Y Oliwia debía de haber dado a luz a una niña, porque Ania recordaba una gran fiesta de bautizo en la cafetería, y a la pequeña, a la que llamaron Katarina. Ania debía de haber conocido al padre de Oliwia, pero no recordaba nada de él. Y no recordaba por qué Lev se enfadó y se marchó diciendo que ahora era un negocio familiar y que saldría de allí.

Lo único que recordaba era que estaba como adormecida. Y de vez en cuando los labios de Marek sobre los suyos diciéndole una y otra vez que tenía que creer que la quería con toda su alma.

Si alguien le hubiera contado su historia, habría pensado que estaba completamente loco, y quizá lo estaba.

Fue lo que pensó su familia. Sus dos hermanas se la llevaron aparte y le dijeron que corrían serios rumores. La gente decía que Ania tenía una aventura con Marek, un hombre casado.

Cuando Józef se enteró, decidió que había llegado el momento de llevar a su mujer de visita al pueblo. Habló con Ania la primera noche que llegó. Le dijo que lo único que tenían era su buen nombre. Afortunadamente nadie había contado a su madre lo que pasaba. Debía dejar a aquel hombre de inmediato.

Ania no recordaba demasiado de la visita de Józef. Su mujer, Zofia, se dio una vuelta por la cafetería.

—Entiendo muy bien por qué te gusta —dijo tras haber visto a Marek—. Es un hombre atractivo, pero solo está jugando contigo.

Ania se descubrió a sí misma preguntándole por qué lo decía.

—Está casado —contestó Zofia sin rodeos.

—Pero no quiere a su mujer —explicó Ania.

—Ya lo sé, ya lo sé, seguro que es verdad, claro. Pero tampoco te quiere a ti. Si lo entendieras, serías libre.

—No quiero ser libre. Quiero estar a su lado hasta el fin de mis días —dijo Ania, desconsolada.

—Algún día amarás a otro y te alegrarás de que hayamos hablado.

—No me importa que hablemos, pero nunca amaré a otro y nadie más me amará a mí...

—Espero que sí —dijo Zofia con cariño—. Si quieres tomarte unas vacaciones, ven a vernos a Józef y a mí. Él es un poco bruto diciendo las cosas, pero te tiene mucho cariño. Siempre me cuenta historias de cuando eras pequeña.

A Ania le costaba recordar que había cocinado para ellos, que siempre le daban las gracias por sus platos. Su madre sonreía y por supuesto estaba muy contenta de ver a su hijo, y de que ella se llevara tan bien con Zofia.

—La casa se ha quedado vacía sin ellos —dijo su madre con tristeza cuando se hubieron marchado.

—Pero dicen que volverán cada año —dijo Ania.

La señora Z' ak dijo a Ania que la gente estaba tan indignada con su conducta que iba a dejar de llevar ropa a su madre.

—¿También usted abandonará a mi madre con la excusa de mi conducta? —preguntó Ania.

—No, porque soy la más vieja amiga de tu madre. Ha sido una buena mujer, y muy trabajadora, desde que tu pobre padre murió trágicamente. No es culpa suya que no respetes los votos matrimoniales de los demás.

—Quizá otras personas piensen como usted, señora Z' ak.

—Ojalá tuvieras razón. Soy una mujer de negocios, una persona práctica. Aquí hay muchas mujeres que no trabajan, que están todo el día en casa y les sobra el tiempo para cotillear y criticar. Hazme caso. Por culpa de esto tu madre perderá clientes...

—¿A menos...?

—A menos que dejes de hacer tonterías, Ania.

—Gracias, señora Z' ak.

Probablemente habló con ella en muchas otras ocasiones, pero pasó meses y meses sumidos en la niebla y no los recordaba.

Y un día vio a su amiga Lidia, que se iba a trabajar a Irlanda. Si uno estaba dispuesto a trabajar, había enormes posibilidades. ¿Querría Ania irse con ella? Podrían vivir aventuras, una nueva vida, y ganar dinero. Los irlandeses eran católicos, como los

polacos, de modo que el cambio no sería tan grande. Lidia había oído que eran amigables y recibían bien a los extranjeros.

—Es bueno para ti, Lidia, porque estudiaste inglés y podrás hablar con ellos. Yo estaría perdida.

—Te ayudaré al principio —se ofreció Lidia.

—No. Sería un estorbo para ti.

—Lo que pasa es que no quieres dejarlo, ¿verdad?

—No, no es eso.

—Pues claro que es eso, Ania.

—Todavía no estoy preparada para marcharme.

—Pues te daré mi dirección en Irlanda, y cuando estés preparada, te vienes.

—Pareces muy segura de que iré.

—Irás tarde o temprano —dijo Lidia con firmeza.

—Quizá a ti no te parece amor, Lidia, pero lo es —dijo Ania con tristeza.

—Imagina que hay alguien más...

—Pero, Lidia, claro que hay alguien más. Está casado y tiene una hija.

—No, quiero decir alguien más.

—¡No seas ridícula!

—Así es, Ania, créeme —insistió Lidia.

—¿Por qué iba a creerte?

—Es una amiga de mi hermana, y dice que es amor. Como tú.

—No es verdad.

—¿Por qué iba a decirte algo así si fuera mentira?

—Para que me marchara a trabajar al extranjero contigo, para no marcharte sola. No puedo ir. No puedo dejar a mi madre, ni este pueblo, ni a mis hermanas...

—Ni a Marek —siguió diciendo Lidia—. Pero tarde o temprano lo harás, así que te mandaré mi dirección en cuanto llegue.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La amiga de tu hermana.

—Julita.

—Bien —dijo Ania.

A partir de aquel momento las cosas empezaron a aclararse un poco. Fue como si la cámara se hubiese enfocado. Ania recordaba las semanas después de que le hubieran contado lo de Julita. No había hecho nada con aquella información, por supuesto, aparte de archivarla en el fondo de su mente, en una zona a la que raramente accedía. Pero su madre empezó a quejarse de que algunos clientes antiguos ponían excusas para no seguir llevándole sus prendas. Sus dos hermanas le dijeron que estaba ya en boca de todo el pueblo. El joven cura le preguntó si tenía algún problema, porque siempre se le había dado bien escuchar, aunque no pudiera ayudar demasiado.

Ania se encontró con Lev, que desde que se había marchado de la cafetería trabajaba en una fábrica de helados. Ania fue allí por ver si podía conseguir un contrato para que su madre hiciera las batas y los uniformes.

—¿Cómo va la cafetería? —preguntó Lev.

—Creo que bien. Ya conoces a Marek. No nos cuenta demasiado.

—Debería contarte más. Yo siempre se lo decía —opinó Lev sacudiendo la cabeza—. Al fin y al cabo, tú nos encontraste el local.

—No. Le escribí, pero él ya se había enterado.

—No se había enterado, Ania. Sencillamente no quería que pensaras que se lo habías encontrado tú.

—Seguro que fue un malentendido... —dijo Ania.

Y al final recibió una carta de su cuñada desde Gdansk.

Querida Ania,

No sé por qué estoy escribiendo esta carta, pero me caíste bien nada más llegar Józef y yo a vuestra casa.

Hace un par de semanas fuimos a una feria de accesorios para restaurantes y vimos a Marek. Estaba mirando un aparato muy caro para hacer crepes. Hablamos con él, pero no nos recordaba en absoluto, así que no le contamos quiénes éramos. Estaba con una chica muy joven llamada Julita.

Te deseo suerte y felicidad hagas lo que hagas en la vida.

Józef piensa que no debemos meternos ni decir nada, pero creo que como mínimo debes tener esta información para que te ayude a tomar una decisión.

Te quiere,

ZOFIA

—¿Dónde estuvo Marek la semana pasada? —preguntó Ania a Roman sin darle importancia.

—Fue a una feria y vio todo tipo de cosas. Espero que haya comprado muchas.

—¿Puede permitírselo?

Hacía ya tiempo que habían dejado de llamarla «nuestra» cafetería. Ahora era de Marek, y todos lo sabían.

—Bueno, su suegro le ayuda —dijo Roman.

—Sí, siempre y cuando no meta la pata —dijo Ania.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roman, nervioso.

—No lo sé —contestó Ania sinceramente.

Marek llegó aquella noche. Ania oyó que Roman le advertía de que estaba de un humor extraño, de modo que Marek se acercó a ella en actitud amable.

—Querida Ania, qué buen aspecto tienes. ¿Vas a bailar con los clientes esta noche para que se mueran de sed y se gasten el dinero?

—¿Para amortizar pronto el aparato para hacer crepes? —preguntó.

—¿Cómo sabes lo de ese aparato? —preguntó receloso.

—¿Cómo? Puedo ver el alma de los demás. Veo que tenías interés en tener un aparato de crepes.

—Ah, ¿y ves que vas a ceñirte la blusa de volantes y vas a sacar a bailar a estos tipos?

—No, no lo veo. Es raro...

Marek volvió con Roman.

—Tienes razón. Está de un humor extraño —le oyó decir.

Ania salió al patio y cogió unas flores. Las colocó en un vaso y se dispuso a llevarlas al piso de arriba.

—¿Adónde vas? —le preguntó Marek interponiéndose en su camino.

—He cogido unas flores para ti. Iba a subírtelas.

—No, no subas, que la habitación está muy desordenada.

—Como siempre, ¿no?

—¿Estás bien, Ania?

—Sí, perfectamente.

—Bien, pues ya las subiré yo después.

—¿Puedo quedarme esta noche?

—Bueno... quizá esta noche no.

—Ya veo.

—¿Sí? —preguntó preocupado.

—Sí. Seguramente el padre de Oliwia empieza a sospechar, y necesitas que su padre esté de buenas para que pague todo lo que has comprado en la feria.

—¿Cómo sabes que he estado en una feria?

—Me dijiste que ibas a ir. ¿No lo recuerdas?

—No, no lo recuerdo.

—Pues me lo dijiste. Y Roman también me dijo que habías ido. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Tengo razón en lo del padre de Oliwia?

—Más o menos.

—¿No te alegraste de enterarte de que este local estaba en venta, Marek? —le preguntó.

—Sí, sí, me alegré.

—¿Y cómo te enteraste exactamente?

—No me acuerdo... Hace ya mucho tiempo.

Marek se sentía muy incómodo. Era muy extraño verlo así. Siempre había sido Ania la insegura, pero aquella noche las cosas habían cambiado.

Ania trabajó hasta tarde. No bailó, pero sirvió copas y atendió muchas mesas. Luego se puso la chaqueta y se dirigió hacia su casa. Marek corrió tras ella.

—¿Te pasa algo, Ania? Has estado muy rara esta noche —le preguntó.

—No —le contestó sin dejar de andar.

—Quiero decir que ya sabes cuál es la situación. Dependemos del dinero del padre de Oliwia, así que en estas circunstancias no podemos hacer el menor movimiento. Y además la pequeña Katarina está creciendo y se da cuenta de muchas cosas, de modo que no puede andar por la cafetería, lo que significa que tengo que pasar más tiempo en casa. Pero todo esto lo sabes.

—Sí —dijo Ania sin detener el paso.

—¿Y te das cuenta de que te quiero a ti y solo a ti?

—Claro.

—Pues ¿a qué viene esta actitud?

—Vuelve al bar, Marek. Julita se preguntará qué te ha pasado.

—¿Julita? —Se detuvo como si le hubieran disparado—. Quieres decir Oliwia.

—No, quiero decir Julita. Estará de un humor estupendo porque tiene un precioso jarrón con flores, pero se preguntará por qué no has subido a verla.

—¡No sé de qué me estás hablando! —gritó.

—Adiós, Marek.

—¿Qué quieres decir?

Empezaba a parecer derrotado.

—Lo que digo: adiós.

—Te vas del bar.

—Ya me he ido.

—Pero no puedes hacerlo. Qué pasa con tu sueldo... y... todo...

—He cogido mi sueldo de la caja. He dejado una nota.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Lo superarás. Es una tontería. No es nada.

—No, no lo superaré.

—Superaste que yo me casara con Oliwia. Volviste a mi cama.

—Lo sé. ¿No es extraño?

Estaban ya casi en su casa cuando Marek se dio cuenta de que aquella noche no iba a conseguir más.

—Mañana hablaremos con tranquilidad. Hay una frase que dice que la mañana es más sabia que la noche. Quizá es verdad.

—Sí, quizá.

—Hasta mañana, Ania.

—Adiós, Marek.

Aquella noche no pegó ojo, pero le vino muy bien, porque tenía mucho que hacer. Terminó de coser muchas prendas de su madre y las dejó planchadas, dobladas y con sus etiquetas. Luego se sentó y preparó una larga carta para su madre. En cuanto escribió las primeras líneas le resultó fácil seguir.

Queridísima mamusia:

He sido una pésima hija para ti y quiero compensarte. He sido muy tonta, mamusia, muchísimo, porque he creído ver amor donde no había amor, porque he creído palabras que no eran verdad y me he convertido en una idiota.

Tengo que marcharme. Te compensaré, mamusia, créeme, te compensaré. Me voy a Irlanda con Lidia, pero antes te contaré toda la historia. No quiero más mentiras, mamusia. Solo toda esta estúpida y triste historia...

A partir de ahí fue sencillo. La verdad era que Ania se preguntaba por qué nunca se la había contado. Llenó una maleta y metió el resto de su ropa en una caja de cartón por

si podía servir a sus hermanas. Dejo encima la chaqueta verde, la que su madre había ribeteado con terciopelo, la prenda que se había puesto para conquistar a Marek.

Dejó el broche esmaltado rosa y blanco que se había puesto para llamar su atención en una cajita para su madre. Justo antes de que amaneciera le llevó el desayuno a la cama: pan caliente con miel y café con leche.

Su madre se sentó en la cama muy contenta.

—No es mi cumpleaños, Ania. ¿A qué viene esto?

—Tengo que coger el primer autobús, *mamusia*. No tengas prisa en levantarte. El trabajo está terminado.

—Eres la mejor hija del mundo.

—Vuelve a dormirte, *mamusia*.

—Nos vemos esta noche, Ania.

—Adiós, *mamusia* —dijo.

Había ordenado y vaciado su habitación, y dejó el sobre con sus ahorros en la mesa de la cocina para que su madre lo viera. Echó un vistazo a la casa por última vez y cerró la puerta tras de sí.

Desde la ciudad vecina cogió un tren hasta la capital, y de allí un avión hasta Dublín. Apenas le quedaba dinero cuando llegó. Se lo había dejado todo a su madre, que en adelante tendría que enfrentarse a la vida sin ella. Ania volvería a ahorrar.

Irlanda era un país muy rico, con trabajo por todas partes. Lidia se había puesto muy contenta cuando Ania la había llamado aquella mañana, y le había dado su dirección. Vivía encima de un restaurante polaco, y Ania llegaría tarde, por la noche. Si Lidia no estaba en casa, podría esperarla tomando un café. Lidia les avisaría cuando llegara.

Sentada en el autobús que había tomado en el aeropuerto de Dublín, miraba asombrada las enormes autopistas, los edificios nuevos y las angulosas grúas que se alzaban hasta el cielo. A medida que se acercaban al centro vio grandes casas, bloques de pisos y edificios iluminados bajo el cielo nocturno. Cientos de jóvenes iban y venían por calles anchas y avenidas elegantes. ¿Había llegado en pleno festival o en un carnaval?

Mostró la dirección escrita a mano a varias personas, que le indicaron el camino a seguir. No tardó en llegar al restaurante polaco y en tomarse un plato de sopa mientras charlaba con las amables personas que trabajaban allí.

Le dijeron que Lidia regresaría pronto. Trabajaba en varios bares y restaurantes, pero no sabían en cuál aquella noche. Y Lidia llegó, se abrazaron, lloraron y los dueños del restaurante les ofrecieron licor de ciruela.

—¿Dónde vas a trabajar, Ania? —le preguntó un camarero.

—Todavía no lo sé. Me da la impresión de que aún estoy en Polonia —contestó sonriendo.

—Quizá podrías lavar y planchar nuestra ropa.

—Me encantaría...

—Le encantaría veros bien vestidos y elegantes —la interrumpió Lidia.

—Pero ¿por qué no trabajáis para nosotros? Las dos —dijo el hombre con una enorme sonrisa.

—Porque si quisiéramos trabajar para casos perdidos polacos que se beben un cubo de cerveza cada noche, no habríamos hecho un camino tan largo. Polonia está llena de ellos —dijo Lidia cariñosamente.

Y empujó a Ania hacia el piso de arriba.

El apartamento era diminuto, con dos camas pequeñas.

—¿No has buscado compañero de piso? —preguntó Ania, sorprendida.

—No.

—¿Sabías que al final vendría?

—Cuando estuvieras preparada —dijo Lidia.

No era difícil conseguir trabajo en Dublín si estabas dispuesto a fregar suelos, lavar platos, cuidar a personas mayores o cargar cajas. Pero el inglés de Ania no era bueno.

—No vayas a sitios llenos de polacos, porque así nunca aprenderás inglés —le advirtió Lidia.

—Quizá debería ir a una agencia.

—No, porque te pasarás el día conociendo a otros inmigrantes, y además las agencias se quedan con la mayor parte del dinero. Lo que haremos será preguntar por ahí. No te cogerán en un bar, al menos hasta que sepas los nombres de todas las bebidas. Se podría escribir un diccionario entero solo con eso —dijo Lidia.

—Gracias por no hacerme preguntas, Lidia.

—Ya me lo contarás —dijo Lidia.

Ania escribía a su madre cada semana. Le preguntaba por su salud y por su sobrino. Le preguntaba cómo estaba la señora Z'ak y si iban bien los uniformes para la fábrica de helados en la que trabajaba Lev. Nunca mencionaba la cafetería del puente ni a sus propietarios. Le contaba historias de Dublín, la riqueza que había por todas partes, la ropa bonita, los bolsos de las tiendas, que costaban una fortuna, los jóvenes, que aparcaban sus coches en la escuela y en la universidad. Le contaba una y otra vez que era como en el cine, como Hollywood.

Ania recibía también cartas de su madre, y de vez en cuando postales de sus hermanas, que le hacían sentir nostalgia, aunque su madre nunca mencionó a Marek. A menudo deseaba vivir en un lugar pequeño en el que conociera a todos los que pasaran.

Recibió una carta de su cuñada, Zofia.

Has hecho muy bien, Ania. Eres una chica muy valiente. Me alegra que tomaras esta decisión y espero que todo te vaya bien. Estoy segura de que así será.

Y ahora voy a contarte un secreto. Antes de conocer a tu hermano estaba liada con un hombre como Marek. Tomaba y tomaba, pero no daba nada. No me di cuenta de lo malo que era hasta que conocí a un hombre bueno. Lo mismo te pasará a ti.

Buena suerte en una tierra extraña...

ZOFIA

Y durante las primeras semanas Irlanda fue efectivamente una tierra extraña.

Ania limpiaba despachos a primera hora de la mañana, lo que implicaba levantarse a las cuatro. Trabajaba también en una peluquería lavando las toallas y barriendo el suelo. Pero eran solo trabajos de suplente, cuando alguien estaba de vacaciones o se ponía enfermo. Todavía no había encontrado un trabajo fijo. Quería pasarse por una modista, incluso por una lavandería, y ofrecerse para hacer arreglos, pero su inglés era todavía muy pobre. ¿Quién estaría dispuesto a pagar a alguien que solo podía decir «Por favor», «Perdón» y «¿Qué dice?».

Estudió mucho con un libro de frases y fue a clases de inglés en un centro parroquial. Allí conoció al padre Flynn, hizo cortinas para su club y al final le planchaba la ropa. Nunca faltaba a la misa del domingo.

Naturalmente, aceptó planchar para los dueños del restaurante que había debajo de su casa.

Lidia sacudió la cabeza.

—Van a utilizarte. No tienen dinero y no van a pagarte...

Pero le pagaban en comida, de modo que no pasaba hambre y guardaba los euros que ganaba en una caja debajo de la cama.

Pero ahora tenía ese trabajo estupendo en la clínica cardiológica. Desde entonces había avanzado increíblemente. Ahora era una persona competente, un miembro del equipo. Tenía nuevos amigos que la ayudaban a hablar en inglés. Les pedía que la corrigieran si decía alguna palabra mal, porque ¿cómo si no iba a aprender? Y Clara la había llevado a comer a un restaurante el primer día, y a muchos otros desde entonces. Se había hecho amiga de las enfermeras, Fiona y Barbara, y de vez en cuando iba con ellas al cine. Ania trabajaba unas horas en la lavandería de la madre del doctor Declan. La pobre Hilary, que había perdido a su madre de forma tan trágica, también era una buena amiga. Ania la había ayudado a llevar bolsas y bolsas de ropa de su difunta madre a tiendas de caridad. Hilary tenía un hijo cariñoso y amable llamado Nick, que la ayudaba mucho. Cada semana parecía un poco más recuperada.

Hilary le dijo a Ania que le gustaba tenerla por casa porque era una persona pacífica.

—¡Pacífica! —Ania repitió la palabra un par de veces.

—No me hagas caso. Solo aprenderás de mí un inglés demencial.

—Me gusta la palabra «pacífica» —dijo Ania—. Es lo que me gustaría ser.

Y pronto las cartas que Ania escribía a su madre hablaban más de las personas que de la gran riqueza y el brillo de una capital. Ya no la observaba desde fuera, sino que formaba parte de ella. Le contó que había ayudado a Judy Murphy a lavar a sus divertidos perros, que había conocido a un cura polaco, el padre Tomasz, que los había invitado a todos a un picnic en la ermita de Santa Ana, en Rossmore. Le contó el terrible accidente del doctor Declan y que había vuelto ya al trabajo.

Le mencionó a un hombre muy amable llamado Carl, el hijo de un paciente de la clínica. Le daba clases de inglés y a la vez le enseñaba cosas sobre Irlanda. Carl era profesor en una escuela y la había llevado a ver una natividad. ¿No era increíble que en todo el mundo los niños contaran la historia del nacimiento de Jesús de la misma manera?

«Si me vieras, *mamusia*, estarías un poco orgullosa de mí —escribió—. He aprendido a llevar la cabeza alta y a saludar a todo el mundo, y siempre tengo trabajo. Estoy ahorrando, y en más o menos un año volveré a Polonia y te daré todo lo que haya ahorrado.»

Su madre le contestó que siempre había estado orgullosa de ella y que nada tenía que ver con el hecho de que ahorrara. Debía gastar dinero en sí misma, quizá ir al teatro, comprarse un bonito conjunto y una joya... Era lo que quería de verdad para su hija.

Y a medida que Irlanda se hacía cada vez más real para Ania, Polonia empezó a desvanecerse. Aparte de las cartas de su madre, las charlas en el restaurante de abajo y las chicas a las que había conocido en el centro parroquial, ya no pensaba ni hablaba en polaco. Incluso le dijo muy orgullosa a Lidia que ahora soñaba en inglés. Por eso se quedó conmocionada una noche en que volvía tarde a casa y descubrió a Marek en el restaurante.

La estaba esperando.

Ania estaba cansada. La noche había sido larga, y en el local donde trabajaba no había habido muchos clientes, de modo que las propinas habían sido escasas. Había pensado en subirse a casa un bocadillo y un café con leche.

Era lo que menos le apetecía, vérselas con Marek después de tanto tiempo.

—¡Qué sorpresa! —dijo en inglés.

—Qué alegría volver a verte —contestó Marek en polaco—. Oh, Ania, he deseado mucho este momento.

—Sí —siguió diciendo ella en inglés—, estoy segura de que lo has deseado mucho.

Marek se rindió y habló también en inglés.

—Y dime... ¿sientes lo mismo?

—Me siento cansada, Marek. Nada más.

—¿No te alegras de verme?

Marek no podía creerse que Ania le hubiera respondido con tanta frialdad.

—Bueno, todo el mundo se alegra de verte, Marek. Oliwia, ¿no?, y Julita...

—Ya no tengo nada que ver con Julita.

—Estoy segura de que tiene sustituta —dijo Ania, implacable.

—Sabes que siempre fuiste la única.

Ania esbozó una sonrisa cansada.

—Claro que lo sé. ¿Qué pasó con Julita?

—Estaba seguro de que la cotilla de Lidia te contaba todo lo que pasaba en el bar.

—No, Lidia y yo nunca hablamos del bar —se limitó a responder.

—Como si fuera a creérmelo... —dijo.

—Vuelve a tu casa con tu mujer, Marek.

—No, tampoco estoy con Oliwia. Tuvimos muchos problemas, su padre se enteró de algunas cosas y se enfadó mucho.

—Es una pena, pero no es asunto mío —dijo Ania.

—Sí que lo es, porque quiero volver a empezar. Desde el principio —dijo con mirada anhelante.

—¿Estás loco? —preguntó.

—Bueno, volviste a mi cama después de que me casara con Oliwia —dijo ofendido al ver su reacción.

—Sí, lo hice, y no tengo ni idea de por qué. Es un misterio para mí. En aquellos momentos la loca era yo.

—Estuviste ahí porque me querías —explicó como si hablara a un niño.

—¿Has venido a Irlanda de vacaciones? —preguntó Ania cambiando de tema de repente.

—No. Oí decir que aquí hay mucho trabajo y voy a abrir un club con dos amigos.

—¿Vas a dejar la cafetería del puente?

—No puedo dejarla porque ya no es mía.

—¿Y tu hija, Katarina?

—No querrá perder el tiempo conmigo. Tiene a su madre y a su abuelo rico.

—¿Y por qué has venido a verme?

—Cuando tengamos el club, quiero que vengas a trabajar conmigo. Será como antes...

—En Irlanda no hay bares de ese tipo —dijo.

—Será un local de striptease. Los hay por todas partes aquí. Y tú bailas tan bien, Ania...

—Pero no bailo desnuda alrededor de una barra o en las mesas, delante de todos —contestó consternada.

—Serías muy buena. Todavía estás estupenda. No te has puesto gorda y fofa como Oliwia.

—Buenas noches, Marek.

Ania hizo el gesto de marcharse, pero Marek le sujetó el brazo.

—Déjame que suba contigo.

—Vete a casa, Marek, vuelve y solucionas los problemas que has creado.

Esta vez la sujetó del brazo con más fuerza y le impidió marcharse. Ania vio que los camareros se acercaban para protegerla.

—No pasa nada. Ya se marcha —les dijo.

—Me lo debes... Nos lo debemos... Tenemos que conseguir nuestro sueño.

—Eso era, un sueño. Para mí. Para ti no lo sé. Nunca me quisiste. Nunca. ¿Sabes cuánto me alivia saberlo? Durante mucho tiempo pensé que me habías querido, pero que yo había hecho algo mal y había perdido tu amor. Así es mejor. Ya no te tengo miedo. No me da miedo hacerte enfadar.

Se dio cuenta de que Lidia había llegado y se había colocado a su lado sin decir nada, para que sintiera su apoyo.

Marek se acercó a Ania, que lo empujó. Oyó al dueño del restaurante diciendo: «¿Qué hacemos ahora?».

Lidia no dijo una palabra. Era Ania la que tenía que hablar.

Necesitó diez segundos para contestar.

—Se marcha —dijo.

Tenía la cabeza bien alta, como le había contado a su madre. Miraba a la gente a los ojos. No tenía nada por lo que disculparse.

En aquel momento todos se dieron cuenta, especialmente Marek. Apartó las manos que lo habían contenido.

—Está bien, me voy —dijo furioso. Luego se volvió hacia Ania y le dijo bruscamente—: Te quise durante un tiempo. De verdad...

—Adiós, Marek —le dijo.

Se lo había dicho hacía muchos meses, la noche antes de que se marchara de Polonia, pero esta vez iba en serio.

Sintió como si le hubieran dado una nueva oportunidad, un nuevo comienzo. Como si hubiera quedado limpia, como se había sentido cuando un poco antes había ido a confesarse. Su inglés era casi lo bastante bueno para confesarse. Quizá iría a ver al agradable padre Flynn. Iría aquella misma semana.

Brian Flynn no supo qué pensar cuando el nuevo cura polaco llegó a Rossmore. La verdad era que no esperaba que se convirtiera en su mejor amigo.

Tomasz era un joven alegre y optimista que estaba impaciente por hacer lo que fuera por ayudar en la parroquia. Era el tipo de cura que Brian pensaba que solía ser él mismo veinte años antes, alguien que creía que con buena voluntad podía hacerse cualquier cosa. Lo cierto era que Brian ya no lo creía. La gente no parecía necesitar ya a la Iglesia, de modo que ¿qué sentido tenía intentar ser un puente entre Dios y los fieles?

Aparte de algunas personas mayores, casi nadie acudía a su misa diaria de las diez de la mañana. Tiempo atrás las mujeres que iban de compras empezaban el día yendo a misa, y las dependientas se metían en su iglesia un cuarto de hora durante el descanso. Las colegialas encendían una vela y rezaban para pedir un buen porvenir o un novio guapo. Los padres de niños enfermos iban en busca de ayuda, y aquellos que estaban angustiados y alterados iban en busca de paz.

¿Dónde estaban ahora? O en el pozo sagrado, hablando a santa Ana, o haciendo su vida por sus propios medios. El padre Brian Flynn sabía que si era cierto y la gente se las arreglaba de verdad por sí misma, debería alegrarse por ellos, y Dios también lo haría. ¿Para qué seguir con un ritual vacío si nadie lo necesitaba?

Pero así se extendía la herejía. El siguiente paso sería pensar que la Iglesia no desempeñaba ningún papel en la salvación, y ese era un camino que el padre Flynn no quería transitar, así que observaba con envidia cómo el padre Tomasz organizaba procesiones a las que casi nadie iba y festividades que casi todo el mundo ignoraba.

Pasaban los días. Cada mañana iba a visitar a su madre, que vivía en casa de Neddy Nolan, un hogar feliz en el que Neddy, Clare y su hija pequeña se las arreglaban para cuidar no solo a su madre sino también al viejo canónigo, y dos hermanos despistados que solían trabajar en un vivero de plantas más allá de la carretera de circunvalación cambiaron de ciudad y se instalaron allí. Habían reformado totalmente el jardín de Neddy y Clare, que ahora era la envidia de todo Rossmore. Entretanto Clare seguía dando clases en la escuela religiosa del pueblo.

De vez en cuando Brian Flynn decía a Tomasz, mientras jugaban al ajedrez por la noche, que esas eran las personas que habían sustituido a la Iglesia. Tomasz respondía que las personas como los Nolan no habían sustituido a la Iglesia, sino que se habían sumado a ella, y que había que celebrarlo, no suspirar por ello.

Tomasz aprendía tres palabras cada día. Le gustaba especialmente la palabra irlandesa *eejit*.

—¿Qué significa exactamente, Brian? —preguntó.

Como tan a menudo en los últimos tiempos, Brian no sabía qué decir.

—Ese tipo es un viejo *eejit* significa que no tiene mucho cerebro.

—¿Está mal de la cabeza? ¿*Eejit* significa estar mal de la cabeza?

—No, no es eso. Quiere decir que hace cosas de tontos.

—¿Como si fuera a sufrir una crisis nerviosa?

—No, hacer algo *eejit* forma parte de su naturaleza. No, no me he expresado bien. Es algo así como un *gobdaw*.

—¡*Gobdaw!* —gritó Tomasz, entusiasmado—. ¡Qué palabra tan bonita! ¿Qué es *gobdaw*?

Era un alivio volver a hablar sobre la conferencia en Dublín, el día de charlas y seminarios sobre la Iglesia y los nuevos irlandeses, el contacto con los inmigrantes, sobre políticas que estaban adquiriendo importancia en las parroquias de todo el país.

Brian y Tomasz tomaron el tren a Dublín para la reunión. Aquel día el obispo se había dirigido a Brian para decirle que en la capital se necesitaban curas que trabajaran duro y con energía.

—Por favor, padre, no me quite ahora a Tomasz. Es muy activo y tiene una gran presencia en Rossmore —suplicó Brian.

—¿Quién habla del padre Tomasz? Estaba hablando de usted —explicó el obispo.

Y fue así de simple. El proceso estaba en marcha. En cuestión de tres meses el padre Brian Flynn fue transferido a una parroquia de Dublín.

A nadie parecía importarle dónde vivía. Habían pasado días cuando el tema de la casa del cura empezó a preocupar y adquirió importancia, pero esperaban que muy pronto encontrara algún sitio en el que vivir. Preguntó por ahí, y Johnny, un tipo grandote que parecía un profesional de la lucha libre, dijo que en su edificio había un piso en alquiler. No era elegante, pero estaba bien situado, con un restaurante a la vuelta de la esquina y una tienda que abría hasta muy tarde al final de la calle. El propietario no vivía en el edificio, lo cual siempre era una ventaja, aunque era evidente que Brian no iba a organizar demasiadas fiestas salvajes. En cualquier caso, enseguida llegaron a un acuerdo, y el padre Tomasz alquiló una furgoneta para trasladar las cosas de Brian Flynn a Dublín.

—Llévate esta bonita alfombra, Brian. Seguramente hará frío en invierno —le dijo.

—No, no, la alfombra es de la casa del cura —contestó Brian, que intentaba ser justo.

—Jesús, parecéis una pareja repartiendo los bienes después de años de matrimonio —dijo Johnny.

Johnny tenía opiniones bien formadas sobre el matrimonio, todas ellas negativas.

—No sé qué es todo ese lío del celibato de los curas —decía sacudiendo la cabeza, sorprendido—. Lo que sí sé es que ya estáis bien así. Manteneos lejos del matrimonio.

—Lo dices solo porque no has encontrado a la chica adecuada —le rebatía Brian.

—No hay chica adecuada. Son todas iguales. Cuando veo a tipos, tipos normales, cambiando pañales, atormentados por tonterías durante horas, me pregunto si el mundo se ha vuelto loco.

—Bueno, si te hiciéramos caso, Johnny, el mundo se acabaría, porque nadie tendría hijos.

—Tampoco sería una gran pérdida —murmuraba Johnny.

El piso de Johnny, en la primera planta, estaba lleno de aparatos de gimnasia. Los únicos libros eran manuales de fitness. En el frigorífico tenía bebidas sanas, y en la repisa de la ventana siempre había una fuente con fruta fresca. Era un chico tranquilo, afable y muy generoso con su tiempo y sus habilidades. Daba varias clases de gimnasia a la semana en el centro social y animaba a la gente a correr con él por los parques, Brian incluido.

—Tenemos que quitarte esa barriga clerical, padre —se burlaba—. Si se quiere sobrevivir en la ciudad, hay que estar mucho más delgado.

Tomasz había enseñado a Brian varias frases útiles en polaco. Era mucho mejor explicando las palabras de su lengua que Brian las inglesas. A medida que pasaban las semanas, Brian descubrió que su cometido tenía mucho más que ver con el de un trabajador social que con el sacerdocio tradicional.

No le parecía mal. Si al final del día había ayudado en problemas de vivienda o de los niños, o había intervenido para asegurarse de que se pagaba el salario mínimo, solía sentirse mejor que tras haberle rezado a Dios para pedirle algo que seguramente nunca iba a suceder. Si tuviera la alegre actitud del padre Tomasz, habría visto virtud y valor en ambas opciones.

Iba en tren a Rossmore cada semana para visitar a su madre, pero a medida que pasaba el tiempo ella dejó de reconocerlo. Neddy le decía que no se preocupara, que si algo sucedía, llamaría al doctor Dermot inmediatamente, y entretanto la señora Flynn vivía feliz en su adolescencia y esperaba que el guapo chico al que había conocido en una excursión a la isla de Man se pusiera en contacto con ella.

—¿Era tu padre, Brian? —preguntó con afecto Neddy, muy aficionado a los finales felices.

Brian sabía que su padre nunca había ido a la isla de Man, pero la bondad era una ley superior.

—Sí, claro —contestó.

Neddy sonrió de oreja a oreja.

Neddy solía comentar con Brian temas como la afición que había desarrollado su madre al pozo de Santa Ana; y su hermana Judy, que se había casado con Skunk Slattery; y que a veces le escribían feligreses para darle las gracias por lo que había hecho en el pasado y para ponerle al corriente de curas milagrosas de maridos borrachos, reconciliaciones de matrimonios que habían dejado de quererse o los éxitos de un niño antaño indisciplinado que había seguido estudiando. Pero en general atribuían el mérito a santa Ana y su disparatado pozo.

Brian aprendió más sobre Dublín corriendo con Johnny que en ninguna otra parte. Cuando se detenía a respirar, descubría pequeñas estatuas y monumentos en los que nunca antes se había fijado. Descubrió también que incluso en aquella ciudad grande, rica, luminosa y bulliciosa había mucha gente que se sentía sola. Abrió su corazón a los jóvenes de la Europa del Este que se aferraban entre sí buscando compañía en aquella tierra extranjera. Se acostumbró a comer todo tipo de platos raros y muy especiados, y descubrió detalles sobre la col y las albóndigas que lo dejaron atónito.

Brian Flynn, que había sido un hombre que solía comer un par de trozos de carne, dos patatas y unas zanahorias hervidas, era ahora mucho más intrépido. Y no le costaba hacer amigos.

Johnny le había presentado a Ania, una chica polaca que trabajaba en la clínica cardiológica en la que Johnny hacía gimnasia con los pacientes. Ania hizo cortinas para el piso del padre Brian y dijo que no quería dinero porque era un honor hacer algo por un buen cura. Brian le recordó que el Señor había dicho que el obrero es digno de su salario, y Ania le dijo que Dios era sin duda bueno. Había conocido a una doctora en un aparcamiento que le había ofrecido un trabajo muy bien pagado y de importancia, y ahora sentía que podría hacer cualquier cosa y ser quien quisiera ser. Algunas veces iba a las veladas que Brian organizaba, a las que invitaba a diversas personalidades irlandesas para hablar sobre el país a los recién llegados.

Ania le explicó que a la gente le gustaban aquellas veladas por diferentes razones. A algunos les interesaba realmente el país al que habían ido a vivir, pero otros esperaban conocer a personas que les ofrecieran trabajo. Muchos de ellos pasaban frío y se sentían solos, así que les entusiasmaba la perspectiva de tener una habitación cálida y un poco de compañía. Brian hizo algo más que eso y se ocupó de que siempre hubiera algo de comer y una tetera llena. Incluso añadió un fuego de leña, que les encantó, y decoró la sala con fotos de monumentos, castillos y paisajes irlandeses. Le preocupaba que trabajaran tan duro para ganar dinero y que no llegaran a saber casi nada del país al que habían ido a vivir.

Brian conoció a Eileen Edwards la víspera de Año Nuevo. Eileen había oído hablar del nuevo centro social y quería formar parte de él. Brian le dijo amablemente que en realidad era un lugar de paso para dar la bienvenida a inmigrantes recién llegados, pero Eileen insistió.

—Se lo he oído comentar en misa, padre. Soy una de sus feligresas y me gustaría formar parte de ese grupo. Ya me entiende.

Brian no la entendía. Era una chica de unos veinticinco años, guapa y con el pelo rubio, largo y rizado, con ropa elegante y chaquetas de piel. Vivía en un edificio de lujo de los alrededores. Dijo a Brian que era escritora autónoma, pero su problema era que su padre le pasaba una mensualidad, de modo que no pasaba suficiente hambre para escribir, ya la entendía. De nuevo no la entendió. Para él era sencillo: o era escritora o no lo era. ¿Qué fue lo que entendió? Que era una amable parroquiana que quería ayudar, así que tendría que buscarle algo que hacer.

Poco a poco Eileen Edwards fue formando parte de la cotidianidad del centro social del padre Flynn. Ayudaba en las clases de conversación de inglés. Estaba a menudo por allí sirviendo té, siempre vestida como si estuviera en un lugar muy elegante. A veces dejaba que las chicas del centro se probaran sus chaquetas y les hablaba de su casa, donde tenía un armario solo para los zapatos.

—Quiere vivir a lo pobre, Brian, eso es lo que hace. Lo único que busca aquí es un poco de rudeza.

—Ay, Johnny, siempre eres muy duro —dijo Brian sacudiendo la cabeza.

—¿Qué otra cosa puede ser, Brian? Se pasea por aquí mirando a todo el mundo de arriba abajo.

—¿Y ha caído ya sobre ti? —preguntó Brian con interés—. Quiero decir que no podría

encontrar mejor ejemplo de rudeza que tú, con tu nariz rota y todo.

Johnny no se ofendió, sino que lo pensó seriamente.

—No, todavía no se ha acercado a mí. Si lo hiciera, recibiría poca atención. No, creo que es a ti al que adora.

—¿A mí? —preguntó Brian Flynn, atónito—. A un cura maduro y gordo...

—Por supuesto, tendrías que dejar todo este rollo de ser cura y ser normal como cualquiera de nosotros —comentó Johnny.

—¿Normal? ¿Tú? Estás loco, Johnny, eso es lo que te pasa.

—Creo que podría estarlo, de acuerdo —aceptó Johnny—. El único remedio para la locura es una cerveza.

—No sé por qué me arrastras a estas carreras agotadoras para después volver a llenarme la barriga de cerveza —refunfuñó Brian.

—Alguien tiene que preocuparse de tu vida social antes de que esa loba te hunda —dijo Johnny.

Brian se rió. Johnny veía dramas por todas partes y a mujeres depredadoras en cada esquina.

Pero no era el único que estaba en contra de Eileen Edwards. Judy Slattery, la hermana del padre Flynn, también la había tomado con ella.

Judy estaba casada con un hombre al que todo el mundo en Rossmore llamaba Skunk, pero ella siempre se dirigía a su marido como Sebastian. Lo había conocido gracias al pozo de Santa Ana, y no quería oír nada en contra de la santa ni de la llamada superstición de su capilla. Estaba obsesionada en que su marido —que se llamaba y siempre se había llamado Skunk— se cambiara el nombre por el de Sebastian. Skunk era no solo el nombre de un animal ofensivo y apestoso (mofeta), sino también una droga terrible (marihuana). Sebastian no tenía esas connotaciones.

A veces sus conversaciones con Brian acababan siendo bastante duras, pero Skunk Slattery era un gran pacificador.

—Deja ya tranquilo a ese pobre hombre, Judy. Es solo un cura confundido que no sabe adónde va ni de dónde viene. Déjalo que despotrique y critique Santa Ana. Le hace sentirse audaz.

Pero cuando Judy fue a Dublín a ver a su hermano, Skunk no estaba allí para pacificar.

—¿Para qué tienes a esa pesada rondando por aquí? —preguntó.

—Echa una mano. Es una voluntaria —contestó Brian sin dar más explicaciones.

—Diría que no hay mucho a lo que no se prestara voluntaria —reprochó Judy.

—¿Por qué no te gusta, Judy? No hace ningún daño y seguramente se siente un poco sola.

—Bueno, no me gusta cómo habla de ti. «Oh, estoy enseñando a Brian a mandar mensajes con el móvil; oh, creo que Brian debe aprender a utilizar el correo electrónico; oh, Brian está haciendo un estupendo trabajo con esta gente...»

—Imitar a alguien siempre es muy cruel —contestó Brian, enfadado—. No puede evitar hablar en tono pijo.

—No estoy hablando de su tono, sino de lo que dice.

Judy estaba buscando pelea.

—Bueno, pues todo lo que dice es verdad. Está enseñándome a utilizar el correo electrónico y me ha enseñado a enviar mensajes con el móvil. Me parece muy útil.

Judy resopló tan fuerte que habrían podido oírla desde el otro lado del río Liffey.

Unos días después Eileen se presentó en la puerta de la casa del padre Flynn.

—Hola —la saludó Brian, sorprendido.

—Bueno, he leído tu correo electrónico y me ha dado la impresión de que te sentías solo.

—¿Mi correo electrónico? —preguntó Brian, perplejo.

—Sí, el que me has mandado hace un par de horas —respondió Eileen.

—No, no he mandado ningún correo, Eileen.

—Claro que sí, Brian. Mira.

Sacó una hoja impresa de su bolso.

—Necesito las gafas —dijo Brian.

—Pues no me dejes en la puerta. Invítame a entrar.

Brian le pidió de mala gana que entrara en su sencillo apartamento. Cuando Eileen lo vio, gritó horrorizada.

—Brian, no puedes vivir con esta alfombra. Es muy vieja.

—No me había dado cuenta —contestó.

—Y no hay una sola silla a juego. Esto parece el cuchitril de un estudiante de primero de universidad. Y ese sofá lleno de bultos... Brian, de verdad mereces algo mejor —dijo sacudiendo la cabeza.

—Estoy muy bien aquí, gracias, Eileen —dijo.

Eileen pareció notar cierto resquemor en su voz.

—No, no pretendía criticar. Solo quería que supieras lo valioso que eres para todos. Deberías preocuparte más de ti mismo y concederte algunas comodidades. Apuesto a que ni siquiera tienes una cocina decente...

Sin que Brian la hubiera invitado, fue hacia la cocina y la inspeccionó, chasqueando con la lengua.

—Mira qué mal está todo, este suelo tan frío, ese linóleo rasgado...

Y antes de que hubiera podido detenerla se había metido en su dormitorio y había visto

la cama deshecha y las prendas colgadas en barras con ruedas que hacían las funciones de ropero. Las paredes estaban cubiertas con pósters de fútbol colgados a toda prisa para cubrir trozos del empapelado sucios de moho o con manchas.

Era suficiente.

Brian se sintió muy incómodo y se aflojó el alzacuellos con un dedo. ¿Habría algo de verdad en lo que le había dicho Johnny? Hizo un gran esfuerzo por quitárselo de la cabeza. Eileen Edwards era una chica guapa de veinticinco años, y él era un cura maduro y gordo. Estaba loco si pensaba que se había encaprichado de él.

Eileen había sacado una libreta y estaba haciendo una lista. Brian se dio cuenta de que tenía que cortarlo de raíz inmediatamente.

—Eres muy amable, Eileen, y sé que lo haces con buena intención, pero la verdad es que no estás ayudándome nada. No me fijo en mi entorno, créeme, y esta alfombra y este piso son perfectos para mí, así que tengo que pedirte que me dejes hacer las cosas a mi manera.

—Pero, Brian, ni siquiera tienes las camisas planchadas. Te lo digo de verdad...

—No es necesario plancharlas —protestó.

—Sí es necesario. Están totalmente arrugadas. Necesitas a una buena chica que te planche la ropa cada semana.

—Por favor, Eileen.

—No, hablo en serio. ¿Te planchaba alguien la ropa cuando eras cura en Rossmore?

—Anna, la mujer de Józef. Supongo que ella era quien planchaba.

—¡Supones! Imagínate. Ni siquiera lo sabes.

Era evidente que estaba muy sorprendida.

—Bueno, no me parecía muy importante.

—Es importante si tienes que ver a gente, a personas con dinero que podrían ayudar con el centro. ¿Qué pensarán si vas por ahí vestido como un gamberro? ¿Quién va a adelantarte dinero o a financiarte?

Brian estaba nervioso y quería que la chica se marchara.

—No te entretengo más, Eileen. Gracias por tu interés. Lo pensaré, te lo prometo, pero no puedo permitir que vengas a plancharme la ropa...

—¿Yo? ¿Has pensado que estaba ofreciéndome para plancharte la ropa? ¡Dios mío, qué ocurrencia!

Brian sintió que se le ruborizaba la cara y el cuello.

—Perdona, pensé que decías que necesitaba a una buena chica...

—No quería decir que lo haría yo. El centro está lleno de chicas que trabajan limpiando casas y que lo harían sin pensárselo.

—Claro, por supuesto. Perdona —murmuró.

—Y no se me habría ocurrido pasar por aquí si al leer tu correo no me hubiera parecido que necesitabas compañía.

—No he mandado ningún correo electrónico, Eileen. ¿No te lo he dicho ya?

—¿Y esto qué es?

Y Brian Flynn empezó a leer una página impresa en la que sin duda aparecía su nombre. Decía que las noches eran largas y solitarias, y que un poco de compañía amable siempre era bienvenida.

—¿Qué podía pensar? —preguntó Eileen abriendo sus ojos azules, perpleja.

—Lo siento, Eileen, pero yo no he escrito esta nota —dijo.

—Pero si es tu nombre, tu dirección...

Era cierto. Ponía que lo había enviado el padre Brian, que era el nombre que aparecía en su correo electrónico.

—De acuerdo, Brian, ha sido cosa de un momento —dijo como si lo entendiera y lo perdonara.

—No ha habido ningún momento —contestó desesperado.

Eileen volvió a mirar la hoja de papel y lo dejó correr.

Brian Flynn no durmió bien aquella noche. Dio vueltas a todas las posibles explicaciones, pero ninguna le parecía ni razonable ni correcta. Ofreció su misa la mañana siguiente y estrechó la mano de los que habían ido a rezar.

—Estaría muy bien que tuviera a un cura polaco que nos diera algún sermón de vez en cuando —dijo Ania.

Lidia y ella eran habituales, y Ania siempre hablaba con Brian al salir de la iglesia. A Brian se le ocurrió de pronto que podría invitar a su amigo Tomasz una vez al mes. A Tomasz le encantaría, y a la gente le encantaría él. Su rostro cansado se iluminó de alegría pensando cómo organizarlo.

—Otra cosa, padre. Eileen me ha comentado que necesitaba a alguien que le planchara la ropa. Sería un honor para mí...

—No, Ania, Eileen me entendió mal.

—Pero me ha dicho que ayer fue a cenar a su casa y que le dijo que su ropa estaba arrugada y que no era como la ropa de alguien que cena con caballeros, y me ha preguntado si yo podría...

—No, Ania, muchas gracias, pero no. Y Eileen no vino a cenar a mi casa ayer ni ninguna otra noche. Apareció con un correo electrónico falso que suponía que le había escrito yo.

—Dice que ahora es muy bueno con los correos electrónicos y que le escribe muchas cartas.

Ania quería concederle los méritos que creía que le correspondían.

—No le he escrito ninguna carta. Pero, Ania, ¿por qué estoy gritándote? Todo esto es un malentendido, nada más.

—Ya entiendo, padre Brian.

Los ojos grises de Ania eran amables y comprensivos. No eran los fríos ojos azules, ligeramente delirantes, de Eileen.

Brian Flynn pasó el resto del día con un fuerte sentimiento de terror.

A Tomasz le entusiasmó la perspectiva de hablar a sus compañeros polacos. Se preguntaba dónde podría quedarse en Dublín, ya que todo le parecía demasiado caro.

—Puedes quedarte en mi casa, y así no gastas nada —le ofreció Brian—. Tengo un sofá destartado, pero con unos cojines estará bien.

Tomasz pensó que era una gran idea y fijaron la fecha.

Tomasz le envió por correo electrónico unas cuantas líneas en polaco explicándole de qué iba a hablar. Brian lo leyó en un internet café, y le preguntó al dueño si era posible enviar un correo haciéndose pasar por otra persona.

—Solo si sabe su contraseña —contestó el hombre.

Eso era todo. Brian estaba seguro de que nadie sabía su contraseña. ¿Qué había pasado? ¿Había escrito de verdad esa carta a Eileen en un momento de locura? ¿Estaba perdiendo el contacto con la realidad?

Al padre Tomasz le encantaron las viejas calles adoquinadas y los diminutos restaurantes de la zona de Dublín en la que vivía Brian Flynn. Se tomó una cerveza con Johnny y un amigo suyo, Tim, el guardia de seguridad de la clínica cardiológica. Dio una vuelta por el centro, comentó la misa del día siguiente, cenó en un restaurante indio barato y volvió a la casa de Brian.

—Es muy bonito, Brian. Tienes todo lo que necesitas —comentó.

A Brian se le hizo un nudo en la garganta. Era lo que quería escuchar, no que era un lamentable perdedor. Se sentaron los dos y charlaron animadamente de Rossmore, de derecho canónico, de Neddy Nolan, de la nueva librería de Skunk y Judy, y de los tejemanejes de unos y otros.

A medianoche Brian recibió un mensaje en el móvil: «No, Brian, es muy tarde. No sería prudente que fuera a verte. Nos veremos mañana. Anímate, intenta dormir, sé bueno y no vuelvas a escribirme. Un beso, Eileen».

Brian mostró el mensaje a Tomasz.

—El problema es que no le he escrito —dijo con cara de disgusto.

Hablaron hasta muy tarde. Tomasz tenía muchas teorías. ¿Quizá la amabilidad de Brian había dado a Eileen alguna esperanza? Pero eso no explicaba los correos electrónicos y los mensajes que aseguraba haber recibido de Brian. Quizá era una reformadora, alguien que se empeñaba en cambiar a los demás. Quizá por eso se creyó con derecho de pasearse por la casa comentando y criticando.

Sí, pero eso seguía sin explicar los mensajes.

—Quizá es una loca —dijo al final Tomasz.

—Debe de ser eso —aceptó Brian con tristeza.

Se tomaron otra taza de té y suspiraron.

—Podrías ponerte en contacto con su familia —sugirió Tomasz.

—Creo que no tiene demasiada relación con ella. Me comentó que su padre le pasa una mensualidad. Nunca habla de nadie de su familia.

—¿Y vive sola?

—Me parece que sí.

—No sabes demasiado de ella, Brian.

—Tienes razón, Tomasz. Casi no sé nada de ella.

Johnny estaba en la clínica haciendo ejercicios con un grupo de pacientes, entre ellos Kitty Reilly, que seguía insistiendo en que tener buena salud o mejorar cuando esta era mala respondía a la intervención directa de algún santo, y maldecía al mundo en general por no hacer caso al santo cuando no se sentía bien. Estaba Judy Murphy, que ahora se encontraba tan en forma que era una especie de asistente de Johnny y lo ayudaba a dominar los torpes movimientos de gente como Lar. Bobby Walsh, con expresión nerviosa y enfadada, dijo que haría cualquier cosa por tener más fuerza en los brazos, de modo que Johnny lo puso un rato en la máquina adecuada. Todo el mundo estaba haciendo sus ejercicios cuando Clara entró.

—Johnny, tienes una llamada urgente —le dijo.

Johnny se sorprendió. ¿Quién podría llamarlo a la clínica? Tenía el contestador del móvil conectado. Podría haber oído el mensaje después.

—Lo siento, Clara. No sé de qué se trata.

—Es un cura, un tal padre Flynn, y parece muy angustiado. Ve a hablar con él, Johnny. Ya me quedo yo en tu clase.

—¡Qué bien! Podemos descansar un poco ahora que el sargento se ha marchado —dijo Lar, aliviado.

—No me has visto en acción. Soy un demonio con las cintas para correr —dijo Clara Casey—. Rezarás para que vuelva Johnny, créeme.

—Hola, Brian, ¿qué tal?

—Mal, Johnny. Eileen ha venido después de la misa en polaco y me ha dicho que le he pedido que saliera conmigo esta noche y que iba a comprarse un modelito negro ceñido.

—¿Qué?

—Creo que quería decir un vestido.

—Ya sé lo que quería decir. Pero no le has pedido que saliera contigo, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Qué hago, Johnny?

—Creo que es una señal de que debes dejar de una vez de ser un druida. Es lo que a mí me parece.

—Hablo en serio, Johnny.

—Y yo también. Si atraes a pájaras guapas estando dentro de la Iglesia, imagínate lo que podrías hacer cuando te liberes.

Silencio.

—Lo siento, Brian. Está chiflada. Eso es todo.

—Seguramente sí.

—Pues trátala como tal. No le hagas caso.

—No creo que sea la manera de tratar a los perturbados.

—¿No? Entonces cómprate tú también un modelito negro ceñido y échate a la calle.

—Perdona que te haya interrumpido en el trabajo —dijo Brian con voz entrecortada.

—Por Dios, Brian, te invitaré a una cerveza a la hora de comer. Intenta sacarte de la cabeza esas fantasías.

—Claro, de acuerdo —dijo el padre Brian, y colgó.

Ania observó a Johnny mientras también él colgaba el teléfono.

—¿Tiene problemas el pobre padre Brian? —preguntó.

—Sí, alguno que otro.

Johnny no quería contar secretos y que se empezara a murmurar.

—Es muy amable y vive con mucha sencillez. Yo le plancho algunas camisas y he visto las pocas cosas que tiene en su casa.

—¿Plancharías mis camisas, Ania?

—Sí, pero tendrías que pagarme. Trabajar para un cura es un honor, un privilegio, pero no para un gimnasta como tú.

—Tu inglés es mejor cada día, Ania —dijo Johnny.

—Bueno, si vivieras en un sitio en el que solo se habla en polaco, también tú aprenderías mi lengua —contestó Ania.

—Oh, no, no podría aprender tu lengua. Todo son uves dobles y zetas.

—Perdonadme.

Johnny volvió a la sala de gimnasia. Bobby no se había caído y algunos de los pacientes se movían más deprisa.

—¿Está bien tu amigo el cura? Parecía muy nervioso —preguntó Clara.

—Sí, está nervioso. Le persigue una loca que se empeña en que le ha pedido que saliera con él. El pobre Brian no haría algo así ni en millones de años. Debe de ser el único en la Iglesia que siempre ha cumplido las normas.

—Es verdad que hay pocos —comentó Clara.

—Quería saber qué hacer —dijo Johnny.

—Solo puede hacer una cosa: ir a la policía.

Para Clara era muy sencillo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Ir a la policía? —exclamó Brian en el bar mientras se tomaban una cerveza y un bocadillo.

—Acabarán con sus tonterías. ¿Qué está haciendo ahora?

—Está enseñando a todo el mundo los mensajes y los correos electrónicos que se supone que le he enviado.

—Pero no los mandaste desde tu teléfono... —dijo Johnny, perplejo.

—Al parecer sí. Me los mostró, y en la pantalla aparecía mi número de teléfono. No sé cómo funcionan estas cosas. ¿Puede haberlo transferido o algo así?

—No creo. ¿Podría haber encontrado tu teléfono y haberlo utilizado, por ejemplo?

—No veo cómo. Casi siempre lo llevo encima.

—¿Y el correo electrónico?

—Era del internet café del final de la calle, desde donde mando realmente mis correos electrónicos.

—¿Puede haberse enterado de tu contraseña?

—No. Insistió mucho en que no se la dijera a nadie cuando me enseñaba. Dijo que miraría hacia otro lado mientras la escribiera.

—Quizá no miró hacia otro lado. Brian, está loca de remate. Tenemos que ir a la policía.

—No puedo caer así sobre ella. Tendría que decírselo primero. Me parece lo más justo.

—Ella no ha jugado limpio contigo.

—No, pero es diferente.

Como siempre, Brian encontraba excusas para todo el mundo.

—¿Porque no está jugando con toda la baraja?

—Algo así. Se lo advertiré y quizá deje de hacerlo.

—Y quizá veamos cerditos rosa volando sobre las montañas de Dublín —dijo Johnny, que no era de talante naturalmente optimista.

No costó demasiado encontrar a Eileen Edwards. Estaba tomando un café en el centro social, charlando animadamente con las chicas y contándoles que se había comprado un bolso nuevo. Solo había treinta y seis de ese modelo en Irlanda, así que había tenido que hacer cola en la calle Grafton para conseguirlo. Las chicas la escuchaban fascinadas. Eileen era de otro mundo, un mundo en el que ellas se morían por entrar.

—¿Puedo comentarte una cosa? Ha habido una confusión respecto a la cita —dijo Brian sentándose a la mesa delante de todas para que Eileen no pudiera decir que se veían en secreto o algo parecido.

—Bueno, si es privado... —dijo Eileen con una sonrisa tonta.

—No, no es privado. Es solo que te has equivocado. No hemos quedado esta noche.

—Tengo tu mensaje —dijo mostrándole triunfalmente su teléfono.

—Eso es lo que quiero decir. Alguien tiene que estar jugando, porque yo no he escrito el mensaje que me has mostrado esta mañana.

—Sale tu número, Brian —dijo Eileen con los ojos desorbitados.

—Pues vamos a tener que investigarlo. La policía nos ayudará a encontrar la solución.

—¿La policía? —exclamó con los ojos aún más abiertos.

—Sí. Tienen agentes que pueden seguir el rastro de esas llamadas y de esos correos. Hemos de descubrir qué está pasando.

—Y estás dispuesto a que la policía se entere de nuestra... relación.

—No tenemos ninguna relación, Eileen.

—¿No? Les sorprendería que sepa cómo es tu habitación, con los pósters del Real Madrid y del Sunderland en las paredes, el cuarto de baño, con el termo viejo y enorme, el sofá destartado en la sala de estar... ¿Cómo podría saber todo eso si no me hubieras invitado a tu casa?

—¡Eileen! —exclamó, horrorizado por su maldad.

—No sirve de nada que grites mi nombre, Brian. Me dijiste que era especial y que querías dejar los votos para casarte conmigo. Me presentaste a tu amigo James O'Connor, que es un ex cura...

—Te lo presenté porque apareciste en Corrigans y te quedaste a nuestro lado tanto rato que algo tuve que hacer. Escúchame, Eileen, déjalo ya, sea lo que sea. Eres una mujer joven y guapa. Puedes tener tu propia vida y debes tenerla.

—Siempre me dices que soy guapa —dijo en tono soñador—, pero no es eso lo que quiero escuchar. Lo que quiero escuchar es cuándo podremos contar abiertamente lo nuestro.

—¿Lo nuestro? No hay nada entre nosotros, Eileen. Recupera la cordura, por el amor de Dios.

—Te has comprometido conmigo y ahora no puedes escabullirte.

—Sabes que no tiene ningún sentido... —empezó a decir.

—Bueno, pues díselo a la policía entonces. No me importa.

Parecía muy joven e inocente.

—Se lo diré, Eileen, tanto por mi bien como por el tuyo. Necesitas ayuda.

—No de la policía. Pero, bueno, no van a creerte. Otro cura con un ataque de pánico. Eso es lo que pensarán.

—Supón que me creen y te amonestan —dijo.

—Entonces iré a los periódicos y diré que es una vergüenza cómo me has tratado. Alimentas mis esperanzas, me prometes el sol, la luna y las estrellas, y cuando me consigues, te echas atrás.

—Eileen, te lo suplico. No estás bien...

—No, claro que no estoy bien si me lo echas todo en cara y me quitas mi futuro.

—Pero, Eileen, ¿qué dirán tus padres, tu familia? ¿No pueden ayudarte? Podría hablar con ellos y explicárselo.

—Nada de lo que dijeras cambiaría las cosas. Pensarían que eres un cura que ha abusado de su posición. Así que ¿a qué hora quedamos esta noche y adónde vas a llevarme?

—No vamos a quedar y no voy a llevarte a ningún sitio.

—Bueno, haz lo que quieras, pero si encuentran mi cuerpo en el Liffey, puedes estar seguro de que en mi casa darán con la explicación: detalles, fotos, todo.

Brian suspiró.

—Eileen, la policía no entregaría esa información a los periódicos sensacionalistas. Son solo desvaríos de alguien un poco alterado. Incluso perturbado.

—Bueno, entonces mejor será que vaya yo directamente a los periódicos —dijo alegremente.

—No hay nada entre nosotros, Eileen —repitió Brian.

—Tienes razón. Ya no. Solo mucho dolor y decepción —dijo.

—Nunca hubo nada. Nada de nada.

—Sí, ya veo. Has puesto cada cosa en su sitio y esperas que yo haga lo mismo.

—No había nada que poner en su sitio —contestó Brian en tono amable—. Te lo ruego, piensa en lo que haces.

—Lo pienso mucho, gracias. Y lo veo claro como el agua. Has conocido a otra mujer. Pero por ella y por tantas otras tengo que hacer público este asunto.

Cogió su bolso nuevo y se marchó de la cafetería muy enfadada.

Brian volvió a su casa. Estaba agotado y necesitaba tumbarse y descansar. Quizá se le ocurriría algo. Se sentó a la mesa y pensó largo rato. ¿No era triste haber vivido tanto

tiempo y no tener a nadie a quien dirigirse? Su propia madre no lo reconocía. Su hermana se limitaría a decirle: «Te lo advertí».

No podía preguntarle al obispo, ya que sin la menor duda pensaría que Brian había hecho algo que no debía.

De pronto pensó en James O'Connor, que se había ordenado con él hacía muchos años. James era siempre firme y claro. Quiso ser cura, incluso misionero, pero conoció a una mujer y decidió convertirse en un hombre casado. En cuanto supo que era eso lo que quería, se puso a ello sin volver la vista atrás. Incluso logró convencer a sus padres de que lo que estaba haciendo era lo correcto. James era el hombre al que debía consultar.

Y Johnny, que siempre era un dechado de sentido común. Johnny no tenía tiempo para tonterías. Una vez dijo a Brian que nunca había soñado, que en realidad no entendía de lo que hablaba la gente cuando decía que había soñado algo. Seguro que él sabía lo que hacer. Quizá podrían encontrar una salida. Mientras pensaba si telefonarle, Brian recibió una llamada de Neddy Nolan.

—No te lo vas a creer, Brian. Sabes que tu madre suele tener problemas para recordar quién es cada persona...

—Sí, lo sé, sobre todo Judy y yo.

—Pues está convencida de que has dejado el sacerdocio y vas a casarte. Ha dicho que la han llamado por teléfono diciéndole que te casarás en Dublín el mes que viene y quiere ir a la boda.

—Dios todopoderoso...

—Bueno, Brian, te lo digo porque se lo ha contado al padre Tomasz, que se lo ha creído. He intentado explicarle al padre que la pobre señora Flynn tiene problemas para diferenciar la realidad de algo así como un mundo de sueños, pero no lo he hecho bien. El padre Tomasz ha estado aquí toda la mañana preguntándome quién podría haber llamado a tu madre. Luego ha empezado a decir «qué mala, qué mala», y me ha asegurado que no lo decía por tu madre, así que no he sabido qué hacer, ya ves...

Brian Flynn se imaginaba al pobre Neddy confundido e intentando hacer lo mejor.

—Le he preguntado a Clare, y ella me ha dicho que debía llamarte. Si fueras a casarte, no te importaría que lo supiéramos, y si no es así, sabrás lo que hacer.

—La respuesta es no a todo, Neddy. No voy a casarme y no tengo ni idea de lo que hacer.

—¿Tomasz?

—¿Eres tú, Brian? ¿Me oyes?

—¿De verdad ha llamado y ha preguntado por mi madre?

—Sí, debe de haberlo hecho. La mujer que la cuida contestó el teléfono y se lo llevó a tu madre. Esto no puede continuar así.

—Lo sé.

—¿Estás ya dispuesto a hablar con la policía?

—Sí, ahora sí —dijo Brian.

Pero no quería ir solo. Necesitaba a un aliado, aunque se suponía que era un sacerdote, un hombre de Dios fuerte y que confiaba en sí mismo. ¿Dónde estaba esa confianza cuando más la necesitaba? Y pensar que hacía un tiempo había creído que vivir en Rossmore era duro y complicado...

Cogió el tren y fue a visitar a su madre. Le sujetó la mano entre las suyas y le dijo que seguía siendo cura y lo sería para siempre. La mujer que la llamó estaba confundida. Era una mujer, ¿verdad?

—Sí, una mujer que se llama Eileen. Dijo que iba a casarse contigo, que habías recibido los papeles de Roma y que no querías decírmelo para no disgustarme.

—¿Y qué le dijiste, mamá?

—Le dije que me alegraría verte fuera del sacerdocio, pero le advertí que estabas prometido conmigo, que me habías regalado un anillo y que se quitara de la cabeza la idea de casarse contigo.

Brian Flynn se dio cuenta, con sentimiento de derrota, de que en un segundo su madre había pasado de saber quién era a creer que era su padre. No conseguiría más detalles sobre la llamada de Eileen. Ahora estaba resentida. Eileen era su enemiga, la amenaza que podría llevarse a su padre, muerto hacía tanto tiempo, del hogar marital.

Volvió cansado a su casa, a Dublín. En su dormitorio había una luz encendida. Abrió la puerta y encontró un ramo de rosas rojas encima de la cama. Y una nota. La nota incluía una foto de Eileen tumbada en la cama, indiscutiblemente en aquel dormitorio, con los pósters de fútbol en la pared. La nota decía:

Gracias por dejarme formar parte de tu vida, de tu corazón y de tu cama. Siempre he anhelado con esperanza y felicidad que tuviéramos un futuro juntos. Quizá todavía llegue.

Te quiere,

EILEEN

No había tiempo para buscar aliados. Brian Flynn salió de su casa y se dirigió decidido a la comisaría. No iba a ser fácil, pero tenía que hacerlo. Y tenía razón en lo de que no iba a ser fácil. El sargento de la recepción era un hombre bajito y astuto que creía saberlo todo. Dijo que hoy en día era frecuente ver a curas desviándose del buen camino. A menudo era ni más ni menos que habían perdido la vocación, que habían empezado una nueva vida.

Brian escuchó de mal grado a aquel hombre soltando tonterías.

—Pero ¿qué opina, sargento, si le digo que no hay una palabra de verdad en lo que dice? Esa mujer ha dicho a mis amigos, a todo el mundo en el centro en el que trabajo y ahora incluso a mi madre, que vive en Rossmore y padece de demencia senil, que tenemos una relación, una aventura y hasta que vamos a casarnos. Ni una sola palabra

es verdad.

El sargento observó la fotografía de Eileen Edwards en la cama del cura, el correo electrónico que supuestamente le había enviado y la lista de nombres y direcciones: el padre Tomasz, James O'Connor y Johnny Pearse.

Su mirada lo decía todo, y daba a entender que aunque rellenara un formulario, no movería un dedo. Su mirada decía que Brian era un cura que había tenido una aventura y ahora había cambiado de opinión. Brian Flynn sintió que estaba a punto de llorar. Hacía mucho tiempo que no lloraba, pero ahora se sentía como un nadador braceando hacia la costa, pero la costa estaba muy lejos. No llegaría. Quizá había alentado a aquella mujer. Una lágrima cayó sobre la mesa del sargento.

El sargento no era del todo insensible.

—Quizá debería volver a casa. Piénselo, y si sigue atormentándolo, tendrá que buscarse a un abogado y denunciar a la chica...

Brian recogió sus cosas y las metió en la bolsa de lona que utilizaba para hacer la compra. Estaba estampada con un logo que decía: «CUIDA LA TIERRA». Brian pensó que hacía lo que podía, pero no estaba saliéndole del todo bien.

—Ania, ¿vendrás al Corrigans a tomarte una cerveza esta noche? —preguntó Johnny cuando Ania entró en su sala de fitness con los formularios que los pacientes tenían que rellenar en cada sesión.

—No si quieres que hable con el padre Brian —dijo.

—Pero ¿por qué, Ania? Es muy buen tipo, bueno, para ser un druida, sin comparación, de verdad.

—¿Un druida? —preguntó Ania, confundida.

—Olvídalo. Es una especie de insulto para un cura.

—Bien, de acuerdo. ¿Has dicho un druida?

—No es lo importante. Lo que tienes que recordar es que es un buen tipo.

—No es un buen tipo, Johnny. Creía que lo era, pero no lo es.

—¿Por qué lo dices? ¿Alguien te ha dicho algo en contra de él?

—No, pero he visto a su novia tumbada en su cama como una malcarada.

—Descarada —corrigió Johnny.

—¿Qué?

—La palabra es «descarada», no «malcarada». ¿Ha hablado ella contigo?

—Por supuesto.

—¿Y era Eileen Edwards, esa a la que llamamos Ricitos de Oro?

—Sabes que sí. Todos vosotros lo protegéis. Sois tan malos como él.

—Son todo mentiras, Ania, desde la primera hasta la última palabra.

—No lo que he visto. No eran mentiras. Estaba tumbada en su cama, Johnny.

—¿Cómo entró?

—Él le dio la llave.

—Él jura que solo hay otra llave y que la tienes tú —dijo Johnny.

—¿No estará diciendo que yo la dejé entrar?

—No, pero ¿no podría haberte cogido la llave?

—No, imposible, porque la llevo en el bolso.

—¿Y no podría habértela cogido del bolso? Está muy loca, lo sabes.

—No, no puede haberse quedado a solas con mi bolso... —Ania se detuvo—. A menos que...

—¿A menos qué? —saltó Johnny.

—No, es imposible. Llamó una vez cuando estaba planchando. El padre Brian no estaba. Me propuso tomar una taza de té...

—Y dejaste el bolso...

—Solo un segundo.

—Pero ¿lo dejaste en la habitación en la que estaba ella?

—No pensaba que fuera a abrir mi bolso...

—No, ninguno de nosotros lo pensábamos... Y seguramente volvió a dejarla en tu bolso al día siguiente en el centro, cuando ya había hecho una copia.

—Se sentía como en su casa en el piso del padre Brian.

—Para ella lo estaba, Ania. Está loca de verdad.

—Veo que es peligrosa —dijo Ania.

—Eso también —aceptó Johnny—. Por favor, ven esta noche. Brian necesita a sus amigos.

—Iba a ir a una clase de inglés —dijo Ania.

—Claro, aunque hablas mejor en inglés que cualquiera de nosotros. Ven al Corrigan, por favor —dijo.

Y Ania le dijo que llamaría para cancelar su clase de inglés. Carl lo entendería.

—De todas formas, hoy he aprendido una palabra nueva —dijo muy contenta.

—¿Cuál? —preguntó Johnny.

—Druida, un insulto para curas —dijo muy orgullosa.

Johnny se llevó las manos a la cabeza.

Aquella noche, en el Corrigans, todos se quedaron boquiabiertos mientras Brian contaba la historia desde el principio, mostraba la fotografía y al final lloraba desconsoladamente. Johnny corrió a buscarle un brandy. Ya no bastaba con la cerveza. Ania lloró con él por lo injusta que era la vida y porque estaba avergonzada de haber dudado de él. James O'Connor dijo que lo bueno de ser maestro de escuela era que sabías que lo primero que había que hacer era una lista de los pasos a seguir.

Se secaron las lágrimas, se bebieron las copas y planearon lo que hacer. Quizá podrían contratar a un detective privado que siguiera a Eileen para que viera adónde iba y encontrara a su familia. De esa manera descubrirían algo más de ella.

¿Cómo encontrarían a un detective privado? ¿En los anuncios del listín telefónico? Quizá el guardia de seguridad que trabajaba con Johnny y con Ania en la clínica conocía a alguien que se dedicara a eso. James escribió: «Pedir contacto a Tim». Pero seguramente un detective privado costaba mucho dinero, y ninguno de ellos lo tenía. Y no podían seguirla ellos mismos, ya que los reconocería.

—Podría hacerlo mi compañera de piso —sugirió Ania.

Se llamaba Lidia, trabajaba en un bar y tenía mucha confianza en sí misma, dijo Ania con envidia. Lidia podría enfrentarse con cualquier cosa que la vida le pusiera por delante. James escribió en la línea siguiente: «Comentar el tema con Lidia». Hubo otras opciones: «Hablar con el obispo», «Dirigirse a un policía de rango superior», «Poner una denuncia», «Conseguir a un periodista que explique la versión del padre Brian», «Decirle a todo el mundo que está loca y no hacerle caso»... Ninguna idea parecía demasiado buena. La mejor era Lidia.

Lidia se quedó desconcertada cuando Ania entró en el bar en el que trabajaba con tres hombres tras ella. Y se quedó todavía más perpleja cuando durante el descanso se sentó con ellos y se enteró de lo que querían que hiciera.

—¿Es una broma, Ania?

Habló en inglés por respeto a los demás, pero Ania le contestó en polaco para que entendiera que iba totalmente en serio.

—Es nuestra única esperanza para salvar a un buen hombre. Tienes que ayudarnos.

—Pero supón que no es lo que piensas... —empezó a decir Lidia.

—Por favor, créame, señorita Lidia —interrumpió Brian—. Sé que es mucho pedir, pero sin usted no tenemos ninguna esperanza.

—¿Y el gobierno, la Iglesia, la ley? No pueden castigarle si es inocente.

—Si fuera tan sencillo, señorita Lidia, créame que no estaríamos haciéndole perder el tiempo.

Brian parecía derrotado.

—¿Qué tengo que hacer?

Lo primero que el pequeño comité le pidió que hiciera fue seguir a Eileen hasta el gran edificio en el que vivía. Había contado fantasías sobre lo maravilloso que era el portero, un hombre muy dulce, según ella, dispuesto a hacer cualquier cosa por los demás.

Eileen había dicho que se llevaba bien con muchos vecinos y que a veces iba a sus fiestas.

Había descrito la bonita vista a las montañas de Dublín. Decía que el edificio estaba muy bien cuidado. Las mujeres de la limpieza llegaban a las cuatro de la mañana para limpiar la escalera y los rellanos, y no hacían ruido. Había contado todo eso a las chicas que trabajaban duro, cuando en realidad alguna de ellas bien podría haber formado parte del equipo de mujeres de la limpieza de las cuatro de la mañana. A Eileen no le parecía incoherente describir su privilegiado estilo de vida a personas que ganaban tan poco dinero. Decía que les encantaba escuchar historias sobre su vida de princesa de cuento de hadas.

Lidia no podía evitar preguntarse por qué Eileen buscaba la compañía de inmigrantes, de gente considerablemente menos afortunada que ella, mientras se ponía la chaqueta y un gorro oscuro que le cubría la cara. Si iba a seguir a aquella mujer y no quería que se diera cuenta, tenía que pasar inadvertida.

La primera noche que Lidia siguió a Eileen hasta su casa vio que, en lugar de subir por la entrada principal del edificio, lo hizo por la portería. Estaba muy guapa e iba muy bien vestida. A Lidia le gustaba la ropa y sabía que el vestido de Eileen Edwards costaba una pequeña fortuna. ¿Qué hacía en la vida? ¿Y qué podía tener en común con el descerebrado que aparcaba los coches? Para su sorpresa, Lidia vio que Eileen vaciaba el bolso y ponía el contenido en una bolsa de plástico. El portero metió el caro bolso debajo del mostrador. Eileen salió corriendo e hizo señas a un autobús para que parase.

¿Adónde iba?

Lidia cruzó la calle a toda prisa y subió al autobús justo antes de que arrancara. Casi se mata en el intento.

—¿Sí? —le preguntó el conductor en tono cansado.

Lidia no sabía dónde decir. No tenía ni idea de dónde se bajaría Eileen.

—Al final. A la última parada, por favor —dijo.

—¿Por casualidad eres lituana? —preguntó el conductor.

—¿Por qué lo pregunta?

—Conocí a una fantástica lituana en un bar. Me gustó mucho. Me preguntaba si la conocerías.

—Esta ciudad es muy grande —contestó Lidia.

—Lo sé. Paseaba por esta zona cuando era un chaval, y eran todo campos.

Lidia se sentó y observó por la ventana las hileras de edificios que habían proliferado en la zona en la que el conductor había conocido campos. Observaba el reflejo de Eileen, preparada ante la menor señal de que fuera a levantarse y bajar del autobús. Al final lo hizo. Miró a su alrededor como si le inquietara que alguien la viera.

Lidia bajó detrás de ella y caminó deliberadamente en sentido contrario. Luego se quitó el gorro negro, se cubrió la cabeza con un pañuelo rojo, con la esperanza de parecer

otra persona, se volvió y siguió de nuevo a Eileen Edwards. A los cinco minutos vio que ella se detenía en la calle Mountainview, una calle en muy mal estado, frente a una casa especialmente ruinoso. De nuevo miró a derecha e izquierda antes de entrar.

Lidia hizo una foto de la casa con el móvil de Johnny, que este le había prestado para la ocasión, y luego tomó el autobús de vuelta al edificio lujoso y fotografió al hombre que estaba en la portería, en la entrada. Y, agotada, volvió al piso que compartía con Ania, encima del restaurante polaco. Ania estaba sentada en la cama estudiando el libro de inglés que le había dado Carl.

—Hace mucho tiempo, aquí, en Irlanda, eran muy religiosos —dijo Ania.

—Ahora no lo son —contestó Lidia sacándose los zapatos y frotándose los pies.

—¿Has descubierto algo?

—Sí. Eileen es una mentirosa como la copa de un pino. Nada de lo que ha ido contando por ahí es verdad.

Lidia le mostró las fotografías.

—Vamos a llamar al padre Brian —dijo Ania, impaciente.

—Pero es tarde. Seguro que es muy tarde.

—El pobre no estará durmiendo y se alegrará mucho de saber que tenemos una prueba.

—Espera. ¿Qué prueba tenemos, Ania? ¿Que ha ido a una casa de un barrio pobre? No es un delito.

—Es una prueba de que dice mentiras —dijo Ania muy contenta mientras marcaba el número del padre Brian.

Brian respondió con tono apagado.

—¿No está contento, padre? Ahora sabemos que es una mentirosa.

—Bueno, yo siempre lo he sabido —dijo con tristeza.

El comité de amigos de Brian se las arregló para que diferentes personas siguieran a Eileen y consiguieran más datos. Johnny pidió a Tim, el guardia de seguridad, que echara una mano. Tim dijo que investigaría al portero para ver si alguien sabía algo de él y también seguiría a Eileen cuando saliera de compras. Tim era un hombre tranquilo, un poco solitario, pero acostumbrado a esperar durante horas y a trabajar duro. Dijo que estaba encantado de ayudar al cura.

Habló con varios colegas que trabajaban como vigilantes para otras empresas. Apenas tuvo que mostrar la foto, ya que casi todos conocían a Ricitos de Oro. Le habían prohibido la entrada en muchas tiendas y centros comerciales de la ciudad. Ricitos de Oro era una conocida ladrona que había salido airosa de varias denuncias asegurando que solo estaba sacando a la calle la prenda o el artículo para verlo con luz natural. Había hecho tan bien su papel que había engañado a los magistrados, a los jueces del distrito e incluso a los severos denunciadores.

El trabajo de los vigilantes se limitaba a evitar que entrara en las tiendas. Ricitos de Oro

les había sonreído, como si les perdonara la vida, como si trabajaran en algo estúpido. Le dijeron a Tim que era una pícara de una familia difícil. Sabían que su padre era violento. Tim se guardó para sí mismo ese último dato.

Brian Flynn era un hombre decente que se compadecía de las personas. Podría incluso detener toda la investigación si se enteraba de que el padre de Eileen era violento. La opinión de Tim era que había que encerrar a Ricitos de Oro cuanto antes.

James O'Connor fue el siguiente de la lista en hacer su aportación. Se acercaría a Eileen como por casualidad, le recordaría que se habían conocido en el Corrigans y la invitaría a tomar algo. Descubriría más cosas de ella y ofrecería los datos al comité la noche siguiente. Cuanta más información pudieran dar a la policía en el momento de la denuncia, mejor. James lo hizo muy bien y Eileen lo recordaba perfectamente.

—Estabas con mi querido Brian aquella noche en el bar —dijo.

—Sí. El pobre Brian está pasando por una mala racha.

—¡No puede ser! —exclamó Eileen, compasiva.

—¿De verdad tuvisteis algo? —preguntó James.

—Sabes que lo tuvimos y lo tenemos, James, pero no es capaz de enfrentarse a ello.

—Él lo niega, claro.

—Bueno, ¿cómo crees que me siento? Bastante difícil era para mí al principio creer que sus votos religiosos no eran importantes, que lo que le importaba eran nuestros votos de amarnos el uno al otro.

—¿Eso dijo? —preguntó James, sorprendido.

—Sí, ya sabes que es un romántico empedernido. Y ahora, por alguna razón, quiere apartarme de su vida. Es totalmente intolerable.

James observaba su cara redonda y sus inocentes ojos azules. Habría sido horrible que aquella chica se encaprichara de él y hubiera dicho a su mujer y a sus hijos que tenían un lío. ¿Quién habría dudado de ella? Se estremeció ligeramente solo de pensarlo.

—Me pregunto si no podrías dejarlo correr, Eileen. Olvídalo y sigue con tu vida.

—Por supuesto que lo haría, James. Y es lo que aconsejaría a cualquiera que hiciera, pero las cosas no son tan simples. Estoy embarazada. No debo pensar solo en mí, sino también en Brian y en el bebé.

Cuando James se quedó a solas con Brian, se lo contó.

—Pensé que no querrías que dijera algo así delante de todo el mundo. ¿Me equivoco?

—James, amigo mío, crees que podría ser verdad y por eso me lo dices en privado.

—No, no lo creo —contestó James ofendido.

—Entonces ¿por qué guardar el secreto? ¿Por qué no podemos decirles a los demás lo absurda que es esa mujer? Todos vosotros estáis ayudándome mucho. ¿Por qué no podrían saber los demás hasta qué punto está loca y delira?

—Por supuesto, Brian. Lo siento. No lo pensé.

—Lo pensaste, pero te equivocaste. Si esa chica está embarazada, no tiene nada que ver conmigo. Nada.

—Mira, podría incluso beneficiarnos —dijo James, impaciente por rectificar—. Ya sabes: análisis de sangre, de ADN, esas cosas.

—Gracias, James, de verdad. Te lo digo en serio: gracias.

Pero el rostro de Brian era sombrío. Le había afectado que James hubiera dudado de él, aunque solo hubiera sido por un minuto.

Aquel día Hilary tenía fiesta en la clínica, pero había enseñado a Ania lo que tenía que hacer. Ania sacaba adelante su trabajo con gran seguridad, anotaba, ofrecía y confirmaba visitas. Comprobaba que hubiera cómodas sillas libres en la sala de espera.

Allí estaba Rosemary Walsh con su marido, Bobby. Ella suspiraba, como de costumbre, mientras él, siempre sonriente, era alegre y educado. Era sorprendente cuánto se parecía Carl a su padre y lo diferente que era de la esnob de su madre. Ania suspiró. No era el momento de pensar en Carl. Quizá no debería pensar en él en absoluto. No era buena juzgando a los hombres. Solo había que ver las tonterías que había hecho por Marek. No debía volver a hacer algo así.

Sonó el timbre de la puerta. Debía de ser un paciente nuevo, porque los demás sabían que la puerta no estaba cerrada. Ania fue a abrir.

Vio a una anciana de más de setenta años que sujetaba sobre los hombros un abrigo ligero. Tenía el pelo liso y enmarañado, y los ojos grandes y asustados. La mujer dio sus datos: Kathleen Edwards, calle Mountainview, número 34.

Ania escribió en el formulario el nombre del médico de cabecera y el del cardiólogo de la señora Edwards e hizo una fotocopia del parte de alta del hospital.

—Tengo que anotar a su familiar más próximo, señora Edwards. Es una simple formalidad. Ya sabe cómo son los hospitales. Es por si algún día no se siente bien y tenemos que ponernos en contacto con alguien. ¿Anoto el nombre de su marido?

—No, ese es una mala pieza —dijo la señora Edwards, enfadada—. Seguro que está borracho o peleándose con alguien. Ponga el nombre de mi hija.

—¿Y cómo se llama?

—Eileen Edwards. Le daré su número de móvil. Es la mejor manera de localizarla.

Ania lo anotó en el formulario.

—¿Dónde trabaja su hija?

Ania esperaba que la mujer no oyera los latidos de su corazón mientras le hacía la pregunta. La señora Edwards parecía al menos veinte años mayor de lo que decía el formulario.

—Trabaja para una gran agencia de publicidad en un viejo edificio georgiano. La empresa le da ropa bonita porque tiene que estar elegante para atender a la gente.

Ania se dio cuenta de que ninguna de las prendas que Eileen había robado y ni un céntimo del dinero que había conseguido vendiendo bolsos robados habían ido a parar a aquella mujer. Sintió un nudo en la garganta. Quizá era lo que hacían las madres, creerse cuentos de hadas sobre sus hijas. Como su propia madre en Polonia, que contaba a todo el mundo lo bien que le iba a Ania en Irlanda, que iba a grandes almacenes y se probaba abrigos que costaban el sueldo de cinco meses.

La mente de Ania estaba a kilómetros de distancia cuando se dio cuenta de que Rosemary Walsh estaba hablándole. Por lo visto, estaba ofreciéndole un trabajo como mujer de la limpieza.

—Como Bobby es literalmente incapaz de hacer nada en la casa, necesito a alguien por un par de horas cada noche para lavar, planchar y limpiar. No te pediré que limpies las piezas de plata. Seguramente no estás acostumbrada a los objetos de plata y podrías estropearlos. Solo las cosas básicas.

—¿Cuándo, señora Walsh?

—Lo antes posible. Esta noche, si quieres.

Ania se preguntó si aceptarlo. Eso supondría tener más detalles de Carl, estar en la casa de Carl, quizá incluso hacer allí las clases de inglés. Pero un momento. La señora Rosemary Walsh no aceptaría que su hijo y heredero tonteara con la mujer de la limpieza, que para colmo era polaca. Debía decir que no inmediatamente. ¿Por qué había repetido tantas veces delante de aquella mujer que necesitaba ganar dinero?

—Desgraciadamente, señora Walsh, tengo ya demasiados trabajos. No podría atenderla bien. Puedo recomendarle a una amiga mía, Danuta, o a otra que se llama Agnieszka. ¿Qué le parece? ¿Puedo decirles que la llamen a su casa?

—Por supuesto, si tienen tiempo, claro. Si no han arrasado con todos los trabajos de Dublín.

—Trabajamos muy duro, señora Walsh, y estamos contentas de estar aquí. Es bueno saber que en este país se nos recibe tan bien —dijo intentando ocultar las lágrimas de rabia y humillación.

Para su asombro, la señora Edwards extendió la mano y le sujetó el brazo.

—Buena chica —dijo—. Eres una chica buena y fuerte. ¿De dónde has sacado el coraje?

—No lo sé —contestó Ania sinceramente.

—Nunca permitas que un hombre te pegue, como hice yo.

Y por primera vez en su vida Ania confesó lo que no había confesado a nadie.

—Lo permití una vez, señora Edwards, pero nunca más.

Cuando aquella noche el comité se reunió en el bar Corrigans, se quedaron todos estupefactos con la noticia de la madre de Eileen.

—Una elegante agencia de publicidad que le da la ropa. Vaya —dijo Johnny.

Según Tim, el portero del edificio lujoso había resultado ser un tipo que comerciaba con

objetos robados, en su caso solo productos de primera calidad. James dijo que quizá Eileen guardaba todo en la calle Mountainview. Si pudieran entrar... Ania dijo que sabía que era una pesada, pero que se sentía muy incómoda utilizando a aquella pobre mujer, que al fin y al cabo era una paciente de la clínica en la que trabajaba, como trampa para cazar a Eileen.

—Se le romperá el corazón a pedazos —dijo.

Se quedaron todos en silencio. Solo Brian pareció entenderla y estar de acuerdo.

Durante una semana no pasó nada. El padre Tomasz llegó de Rossmore y le pusieron rápidamente al corriente de lo que sucedía. Dijo que era como una historia de la que nadie sabía el final. Eileen entraba y salía del centro social, como siempre, pero de forma más fugaz. Ya no decía nada del padre Flynn, aunque en varias ocasiones comentó misteriosamente que todo el mundo se enteraría de todo cuando llegase el momento. No faltaba mucho para que lo vieran por sí mismos.

En su segunda visita a la clínica cardiológica, Kathleen Edwards salió de la clínica sin mirar por dónde iba y tropezó con un adoquín suelto. Afortunadamente no fue grave. El servicio de urgencias se ocupó del susto y de un rasguño en la frente, pero ¿qué iba a pasar ahora? Pidieron a la clínica los datos de su familiar más próximo. Johnny estaba allí cuando llegó la solicitud.

—¿Por qué no la llevo a casa? Tengo algo que hacer por donde ella vive, cerca de la calle Mountainview —dijo.

—¿Cómo sabes dónde vive? —preguntó Clara con el expediente de Kathleen Edwards en las manos.

—Creo que Ania lo ha comentado. Mira, es la hora de comer de Ania. ¿Por qué no la llevamos los dos a su casa?

En general Clara se resistía a facilitar las cosas a Frank Ennis y a los mandarines, como los llamaba, pero lo que decía Johnny le pareció sensato.

—Y pones en contacto con su hija, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Llamaremos a la agencia de publicidad —contestó Johnny.

En el número 34 de la calle Mountainview encontraron una casa destartada, en muy mal estado. Habían cubierto dos ventanas rotas no con cristal, sino con un trozo de contrachapado.

Ania fue a preparar una taza de té mientras Johnny echaba un vistazo.

—Necesita descansar. Ha sufrido un shock —dijo.

—Sí, bueno, me tumbaré en el sofá —sugirió Kathleen Edwards.

—No, mejor en la cama.

—Mi marido puede volver y no le gustará encontrarme en la cama.

—¿Hay otra habitación? —preguntó Johnny.

—Solo la de Eileen, pero nunca entramos. Está cerrada con llave.

Desde la sala, donde estaba, miró hacia una puerta al otro lado del pasillo. Johnny la empujó con el hombro y la puerta saltó.

—Ya no está cerrada —dijo.

Echaron un vistazo. Había dos barras con chaquetas, abrigos y vestidos colgados, algunos cubiertos con plásticos. Junto a la ventana se alineaban bolsos y zapatos, y en una estantería pegada a la pared había jerséis, blusas y vaqueros. Kathleen Edwards se quedó paralizada con la mano en la garganta.

—Le ha roto la puerta —jadeó.

—Era una emergencia —dijo Johnny—. No le importará. Vamos a llamarla para contárselo todo.

Eileen respondió inmediatamente.

—Su madre ha tenido un accidente. Está bien y la hemos traído a casa, pero necesita que alguien le eche un vistazo.

—Si está bien y usted está con ella, no necesita a nadie más.

—Vuelve a tu casa, mala puta. Vuelve ahora mismo —dijo Johnny muy despacio.

—¿Quién eres? ¿De qué demonios va todo esto?

—Tiene que ver contigo, Eileen. Estoy en tu habitación. Vuelve a tu casa ahora mismo.

—¡No es posible! —gritó con voz entrecortada.

—¿Quieres que te haga una lista de todo lo que hay aquí? ¿De derecha a izquierda?

—¿Eres policía? —preguntó con voz temblorosa.

—Estoy a un paso de la policía, a una llamada de teléfono. Pongamos a diez minutos.

—No puedo llegar a casa en solo diez minutos. Los autobuses...

—Coge un taxi.

—No puedo permitirme los taxis.

—Claro que puedes. Utiliza parte del dinero que te dio el portero del edificio de lujo cuando le vendiste el bolso.

—¿Quién eres? —Su voz era ahora un susurro.

—Ven a descubrirlo —contestó Johnny.

Ania y Johnny tranquilizaron a la señora Edwards. Le aseguraron que su corazón estaba perfectamente y la presión casi normal, de modo que lo único que sentía era el shock. Decidieron sacarla de la habitación, con toda aquella mercancía, así que se sentó a la mesa de la cocina y les contó lo mucho que le asustaba pensar que su marido volviera a casa borracho. Era dos personas distintas: una cuando estaba borracho y otra, sobrio. El problema era que nunca sabía cuál de las dos iba a entrar

por la puerta.

—No se preocupe. Yo estaré aquí.

—Se va a enfadar mucho por lo de la puerta —le advirtió.

—Se me da muy bien la gente enfadada —aseguró Johnny.

Ania lo miró con los ojos muy abiertos.

—No vas a hacer nada, ¿verdad?

—No —prometió Johnny—. Pero ha llegado la hora de que vuelvas a la clínica.

—Tengo que quedarme a cuidar a la señora Edwards.

—No eres enfermera, Ania. Vuelve con Clara.

—Pero ¿cómo voy a saber...?

—Nos veremos después en el Corrigans.

—Si mi pobre madre supiera que voy a un bar cada noche... —refunfuñó Ania.

Pero Johnny tenía razón. Tenía que volver al trabajo.

El taxi se detuvo a la puerta del número 34 de la calle Mountainview y Eileen bajó. Johnny se fijó en que llevaba una elegante chaqueta lila, una camisa negra y botas también lila. Debía de dedicarse a robar en las tiendas tras haber trazado un plan respecto de los colores. Llevaba al cuello uno de esos caros pañuelos de seda que suelen lucir las mujeres en las carreras de caballos, donde Eileen Edwards estaría más en su lugar que metiéndose en aquella casa destartada en la que la presencia de un padre violento y una madre nerviosa iban de la mano de una habitación cerrada con llave llena de objetos robados. Johnny blindó su corazón. Ni compasión ni piedad. Aquella mujer estaba dispuesta a destruir a Brian Flynn, uno de los pocos amigos decentes que ella tenía en el mundo.

Kathleen Edwards levantó la mirada temerosa cuando oyó la llave girando en la cerradura. Pareció aliviada al ver que era Eileen.

—No tendrías que haber venido. Estoy bien... —empezó a decir.

—Parece que no ha habido más remedio. ¿Dónde está?

—En tu habitación. Dice que arreglará la puerta.

—Más le vale. ¿Quién es?

—No lo sé. Estaba allí después del accidente.

Desde la otra habitación Johnny la escuchó y se dio cuenta de que la chica no había dedicado una palabra de consuelo a su madre. Eileen entró en su habitación y vio a Johnny sentado cómodamente en su cama. Lo reconoció a la primera como un cliente habitual del Corrigans, un hombre que de vez en cuando iba a ayudar al centro. Vivía en el mismo edificio que Brian.

—Debería haber imaginado que era cosa suya —dijo mirando la puerta desencajada.

—Él no tiene ni idea de que estamos aquí.

—¿Estamos?

—Ania y yo. Hemos traído a tu madre después del accidente. Se pondrá bien, si es que te interesa saberlo.

—Lo que te interesa saber a ti, Johnny, es lo que mi padre hará contigo cuando vuelva y vea que has irrumpido en su casa.

Hablaba en tono normal. No mostraba ni miedo ni pánico en esas circunstancias.

—Por supuesto, encontrará también la casa llena de policía, a su hija detenida por robo y a sí mismo en comisaría por violencia doméstica.

—Mi madre jamás dirá una sola palabra en contra de mi padre.

Eileen lanzó una mirada de desprecio hacia la cocina, donde estaba su débil madre, que nunca se había defendido contra la violencia y no iba a hacerlo ahora.

—Ya lo ha hecho —dijo Johnny en tono indiferente, casi perezoso, como si en realidad no le importara.

—No te creo.

—Lo ha contado ante Ania y ante mí. Esta vez hablará con la policía.

—Estás soñando.

—¿Hay alguien más en esta casa que la escuche? —preguntó Johnny.

Eileen se quedó en silencio.

—¿Qué es lo que quieres, Johnny? —preguntó por fin.

Michael Edwards volvía a casa desde el bar donde había pasado la hora de la comida. Había sucedido algo muy raro. Le había llegado el mensaje al bar de que tenía que ir a recoger unas maderas, un pestillo y una cerradura a la ferretería de Finn Fitzgerald, porque había que hacer unas reparaciones urgentes en casa. Estaba todo pagado. Era muy extraño. Michael no recordaba que se hubiera roto nada la noche anterior. Y cuando entró en la ferretería, Finn Fitzgerald tenía el material preparado y, efectivamente, estaba pagado.

—¿Qué está pasando aquí, Finn? —preguntó.

—Yo volvería a casa cuanto antes, Mick. No me ha gustado la pinta del tipo que ha venido con tu hija. Parecía un levantador de pesas.

—¿Y lo ha pagado él?

—No, lo ha pagado tu hija. Dinero en efectivo. Todo legal, Mick. Vuelve a tu casa cuanto antes.

Michael Edwards entró en el número 34 de la calle Mountainview con su bravuconería habitual y tiró la madera y lo demás en el vestíbulo.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Su mujer ha sufrido una pequeña caída, señor Edwards. Afortunadamente no se ha hecho heridas de importancia, pero por supuesto está en estado de shock. Si quiere comprobarlo, la encontrará en la cocina.

—¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que comprobar en mi casa?

El rostro de Michael Edwards enrojeció de enfado.

—¿Que quién soy? Soy un amigo de su hija y resulta, además, que trabajo en la clínica donde han atendido a la señora Edwards. Ese soy.

—¿Y qué haces todavía aquí? Mi mujer está en casa y está bien. ¿Qué tienes que hacer aquí?

—Ayudarle a arreglar una puerta que desgraciadamente se ha roto en el curso de los acontecimientos.

—¿Qué?

—Sí. Pensé que si empezábamos ahora, podríamos hacerlo juntos.

—Pues has pensado mal. Estoy tomándome una cerveza, ocupándome de mis asuntos, y me llega un mensaje a voz en cuello.

—Podemos empezar sacando la madera rota —dijo Johnny.

—¿Cómo se ha roto la madera? —preguntó.

Eileen habló por primera vez.

—Haz lo que dice, papá. Lo digo en serio. Será lo mejor para todos.

—A mí no se me habla así en mi propia casa...

—La casa es de mamá. Se la dejó su padre, ¿recuerdas?

—Es lo mismo —dijo.

—Ya no. Las cosas han cambiado —dijo Eileen, tajante.

—Para ti quizá, si quieres tragarte los modales de tu amigo.

—No es mi amigo. —Soltó la frase como si fuera una bala—. Bueno, no tiene nada que ver conmigo.

Mike Edwards hizo el gesto de volver al bar.

—Papá, sé sensato. Al final se lo dirá a la policía.

—No tiene ni la más mínima prueba.

—Sí las tiene. Tiene a este entrometido, a Ania la polaca y a mí.

—Pero tú no vas a abrir el pico.

—Esta vez sí.

—¿Por qué demonios?

—Para librarme de la cárcel.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Arregla la puerta, papá, y después Johnny quiere hablar contigo.

—Y pregunto: ¿qué vas a hacer tú?

—Prepararé a mamá una sopa y un bocadillo.

—Pero si nunca lo haces...

—Parece que voy a hacerlo a partir de ahora —dijo mirando ceñuda a Johnny.

Mike Edwards se quitó la chaqueta. Pasara lo que pasase, iba en serio. Echó un vistazo a la habitación de su hija y vio las barras de ropa cubiertas con mantas. No podía ver qué era esa ropa aunque quisiera.

—Una puerta llena de clavos no va a quedar bien —refunfuñó.

—Las ventanas tampoco quedan demasiado bien. La semana que viene Eileen irá al cristalero para que las arreglen. ¿Verdad, Eileen?

—Sí —respondió Eileen, abatida.

Necesitaron una hora para arreglar la puerta y colocar la cerradura, que tenía dos llaves. Eileen se quedó con una y Johnny con la otra.

Volveré dentro de una semana y veremos cómo va el vaciado —dijo—. Las ventanas tendrán que estar arregladas.

Mike volvió al bar tras haber ordenado el vestíbulo bajo la supervisión de Johnny.

—Odio los misterios —dijo a Johnny volviendo la cabeza—, y tú eres un hombre misterioso de verdad.

Kathleen Edwards no estaba acostumbrada a que la mimaran y a que cuidaran de ella.

—¿No tienes que volver al trabajo, Eileen? —le preguntó inquieta.

—No, mamá. Tengo el resto del día libre.

—Y casi toda la semana —añadió Johnny por si lo había olvidado.

Al final Kathleen Edwards se fue a la cama y dejó a Johnny y a Eileen en la cocina. Johnny se sirvió otra taza de té con toda naturalidad, como si fuera un viejo amigo.

—No vas a salirte con la tuya —dijo Eileen.

—Claro que sí —le respondió—. Te he hecho una oferta y la has aceptado. Eso es todo.

—No me has hecho una oferta. Me has hecho chantaje.

—Te he pedido tres cosas: que lleves toda la mercancía a tiendas de caridad, que tu

madre esté segura y cómoda en su propia casa y que le digas a Brian que se acabó la farsa.

—¿Y le contarás todo esto? —preguntó con labios temblorosos.

—No si cumples tu parte.

—Y si no, llamarás a la policía.

—Tengo un buen amigo sargento que caerá sobre ti como una tonelada de ladrillos.

—No va a ser fácil llevar toda esta mercancía, como tú la llamas, a tiendas de caridad.

—Sabrás arreglártelas. Supiste sacarla de tiendas pijas.

—Si mi padre vuelve a emborracharse, no puedo hacerme responsable.

—He dado mi teléfono al vecino de al lado y le he dicho que era un asistente social.

—No te creerá.

—He lanzado una mirada significativa al pit bull con bozal que tiene en su casa. Me cree.

—¿Y Brian?

—Esta tarde a las siete en el Corrigan's. En el reservado del fondo.

—No estoy segura de que pueda hacerlo.

—Creo que lo harás. O el Corrigan's, o mi amigo el sargento en la comisaría.

—Pero ¿y si no puedo decirlo?

—Lo hemos ensayado dos veces. Vamos a ensayarlo una tercera para estar seguros de que no te equivocarás.

James O'Connor, el padre Brian Flynn, Johnny, Tim, Ania, Lidia y el padre Tomasz, que había llegado expresamente en autobús desde Rossmore, entraron en el reservado del fondo del Corrigan's.

Brian pensaba que era una cita como otra cualquiera. Le sorprendió que James llegara sin carpeta y papel para tomar notas. James llevó las bebidas y se aclaró la garganta.

—Eileen va a reunirse con nosotros. Tiene algo que decirnos —empezó a explicar.

Brian se revolvió en su silla.

—James, ¿qué estás haciendo? No tiene sentido pedirle nada. Pensé que lo sabías.

—Nadie va a pedirle nada. Quiere decir algo. Ya está aquí.

Eileen entró.

Mientras observaba seis pares de ojos hostiles y el rostro inquieto del padre Brian Flynn, Eileen ya no parecía Ricitos de Oro.

—Brian, tengo que decir algo y no es fácil. He tenido muchos problemas en la vida y

tengo tendencia a vivir en un mundo de fantasías para que las cosas parezcan mejores. Por eso finjo tener un bonito piso en lugar de vivir en la ruinoso casa de mis padres, en la calle Mountainview. Finjo tener a muchos amigos de nivel, pero en realidad lo que tengo es a un padre violento que pega a mi madre. No tengo ningún fondo fiduciario, ni mensualidad, ni nada parecido. Robo ropa y artículos de moda. Me han prohibido la entrada en la mayoría de las tiendas de la calle Grafton, de modo que ahora tengo que ir a los barrios de las afueras. Vendo algunos de esos artículos... —Se detuvo y miró solo al cura—. Y por eso, porque no tengo a nadie que me quiera, me inventé a alguien que me quisiera. Fingí tener una relación con Brian. Ahora me doy cuenta de que era muy peligroso, estúpido y equivocado, pero me sentía muy sola. Intentaba pensar en lo reconfortante que sería. Me inventé todas esas historias. Miré mientras escribía su contraseña y me mandé a mí misma correos electrónicos desde el internet café. Le cogí el móvil en el centro y me envié un mensaje. Cogí la llave del bolso de Ania para entrar en su casa.

El silencio pesaba. Todos ellos estaban acongojados por las cosas terribles que había hecho Eileen.

—Lo siento muchísimo, Brian. ¿Podrás perdonarme?

Brian se había quedado mudo, sin una palabra que decir. Al final balbuceó:

—¿Por qué ahora, después de todo este tiempo?

—Eileen ha sufrido un gran shock esta mañana, cuando su madre se ha caído —intervino Johnny en tono suave—. Se ha dado cuenta de que en la vida algunas cosas son más importantes que otras, y ahora ha resituado sus prioridades. ¿No es así, Eileen?

—Sí, así es. Ahora me doy cuenta de lo que importa y de lo que no.

El rostro generoso de Brian Flynn estaba a punto de darle la bienvenida de nuevo como amiga, pero Johnny tenía otros planes.

—Puesto que, obviamente, es demasiado embarazoso para Eileen estar rodeada de gente que conoce esta parte de su vida, no va a volver al centro. Quiere despedirse de Brian esta noche y asegurarse, con todos nosotros como testigos, que si la perdona y no la denuncia, no volverá a cruzarse en su camino.

—Sí, será lo mejor —dijo Eileen.

—Por supuesto que te perdono —dijo Brian—. Eres muy valiente por haber decidido venir por tu propio pie...

—Tenía que venir. —Johnny interrumpió el discurso de Brian—. Es una persona normal y corriente, decente, que no podía seguir viviendo con este engaño y sabe que mantendrá su decisión. No puede hacer otra cosa.

Y mientras Ricitos de Oro salía del Corrigan y de sus vidas, Ania observó que no llevaba botas elegantes, como siempre, ni delicados zapatos de tacón alto, y que el pañuelo no era de los que se lucen en las carreras de caballos. Ania se dio cuenta también de que Tim prestaba mucha atención a Lidia y le preguntaba qué tipo de música le gustaba.

Brian se secó los ojos, de los que habían empezado a brotar lágrimas de alivio y felicidad.

—Eres un druida estupendo, padre Brian —dijo Ania.

—Un estupendo ¿qué? —le preguntó.

—Ahora tengo que enseñarte yo inglés. Es una manera cariñosa de llamar a un cura.

—No, no lo es, Ania.

—Lo es en el mundo de Ania, pero quizá has tenido una llamada tan cercana que estás preparado para salir de él y volver al mundo real.

—Ay, Johnny, Johnny... Ahora que todo ha pasado, ¿qué hemos aprendido?

—preguntó Brian dando un golpe cariñoso a su amigo en el brazo.

Pese a su bonito nombre, Mountainview era una de las zonas más duras de Dublín. En algunas de las casas grandes vivían traficantes de droga y no era un lugar para pasear solo por la noche. La escuela tenía sus altibajos, pero tenía la suerte de contar con un director, Tony O'Brien, que la llevaba con sensatez y tenacidad.

A varios antiguos profesores les resultó muy duro el cambio. Antes las cosas eran diferentes. La zona estaba en mal estado, pero se les respetaba, y aunque los niños eran de familias con poco dinero, todos tenían interés por aprobar los exámenes. Ahora lo único que les interesaba era el dinero, y si el hermano mayor de alguno conducía un coche elegante y llevaba una chaqueta de cuero cara, no era fácil interesarse por trabajar en un banco o en una oficina cuando nunca se podría ganar bastante dinero para tener una casa o un coche, y la chaqueta de cuero era solo un sueño. No era sorprendente que muchos se unieran a las pandillas. ¿Y qué pasaba con el respeto?

Aidan Dunne le contaba todo esto a Nora, su mujer.

Tipos grandullones te empujaban al pasar, te daban un codazo y se te caían los libros. Luego se reían y decían que el señor estaba perdiendo el equilibrio. Aidan recordaba cuando corrían para recoger los libros. Ya no. Y lo llamaban Calvorotas o le preguntaban si recordaba la Primera Guerra Mundial.

Lo mismo sucedía con las profesoras. Si no estaban casadas, los más brutos les preguntaban si eran frías o lesbianas. Y si estaban casadas, cuántas veces lo hacían cada noche.

—¿Y qué les dices? —preguntó Nora.

—Intento no hacerles caso. Me digo a mí mismo que no son más que niños inseguros, como siempre, solo que lo expresan de un modo diferente, pero eso no hace más fácil el trabajo diario.

—¿Y cómo lo llevan las mujeres?

—Las más jóvenes se enfrentan a ellos y les dicen cosas como: «Bueno, nunca podríais satisfacerme como mi viejo marido». Los demás seguro que son gays, porque la única alternativa son chicos llenos de granos con las uñas mugrientas. —Aidan sacudió la cabeza—. Nada más entrar en la clase ya estoy agotado —dijo con tristeza.

—¿Por qué no lo dejas? —preguntó de pronto Nora.

Nora enseñaba italiano en una escuela nocturna, y cada año organizaba un viaje a Italia para el grupo. Tenía otros trabajos, pero no le interesaba el dinero, ni las pensiones, ni el futuro. Estaba sentada en una silla de mimbre que había comprado de segunda mano en un puesto callejero e intentaba convencer a Aidan de que se uniera a su estilo de vida despreocupado.

Pero su marido se preocupaba por todo. Sería estúpido dejar la escuela ahora, cuando faltaban unos años para retirarse. Significaría no cobrar una pensión decente. No podía quedarse sin nada si tenía que mantener a Nora y a su primera familia.

—Bueno, ya los has mantenido bastante —dijo Nora sonriendo—. Has dado a Nell la mayor parte del dinero que tenías para la casa, Grania está casada con el director de la escuela de Mountainview, y Brigid es socia de la agencia de viajes. Si lo piensas,

deberían mantenerte a ti.

—¿Y qué pasa contigo, Nora? Quiero cuidarte, ofrecerte cierta comodidad y algunos placeres.

—Me ofreces mucha comodidad y muchos placeres —contestó.

—Pero cierta seguridad, Nora —añadió.

—Nunca he tenido seguridad, y no la quiero ahora.

—Para los años que me quedan, tengo que terminar.

—No, si no te gusta. ¿Qué pasa con aquella vida que nos prometimos y que en general hemos tenido?

—Depende de que tenga un buen trabajo seguro, Nora —dijo.

—No, para nada. No, si hace que te preocupes y que tengas miedo a esos gamberros. No lo necesitamos, Aidan. No, si está afectando a tu salud.

—No está afectando a mi salud —dijo Aidan con firmeza.

Una semana después Aidan y Nora estaban en una de sus librerías de viejo favoritas. Estaban buscando cada uno por su cuenta cuando ella lo observó de repente. Tenía la mano en la garganta y parecía que le costaba respirar.

—¿Aidan? —lo llamó.

—Perdona. ¿No falta el aire aquí?

—Pues no. Llega un poco de aire del canal.

—¿Un poco de aire? —preguntó muy alterado.

—Ya sabes, un aire que no se te lleva volando... —dijo Nora sonriendo.

Aidan no le devolvió la sonrisa.

Nora se asustó.

—¿Te pasa algo?

—Me cuesta respirar —contestó—. Ay, Nora, cariño, espero no desmayarme...

—No, claro que no. Siéntate aquí.

Nora era rápida y práctica. Lo primero que hizo fue dirigirse a la dueña de la tienda.

—¿Dónde está el hospital más cercano? —preguntó.

—Es el Saint Brigid's. ¿Algún problema?

—Creo que mi marido está sufriendo un ataque. ¿Hay una parada de taxis por aquí?

—No te preocupes. Yo os llevo —dijo.

Nora no puso la menor objeción. Ya tendría tiempo de agradecerse después.

—Bien, Aidan, Dara nos lleva en coche —dijo.

—¿Adónde? —preguntó respirando entrecortadamente.

—A algún sitio en el que te ayuden a respirar, cariño —contestó.

Y Aidan cerró los ojos aliviado.

En el servicio de urgencias del Saint Brigid's las enfermeras lo trasladaron a un cubículo sin decir una palabra. Le pusieron oxígeno y llamaron al médico.

—Quítele los pantalones —dijo el médico.

—¿Qué? —preguntó Nora, desconcertada.

—Por favor, señora —contestó el médico chino muy amablemente—. Tiene los pulmones llenos de líquido. Debemos ponerle un catéter para drenarlos.

Nora se lo explicó a Aidan.

—Qué curioso. No tengo ningunas ganas de ir al baño —dijo Aidan.

El oxígeno le ayudaba a respirar y estaba mucho más calmado. Nora observó cómo un enorme recipiente se llenaba con lo que parecían litros de líquido.

—¿A qué es debido? —preguntó.

—El corazón no bombea bien —le explicó el médico chino—. En este momento sufre un ataque al corazón.

Nora sintió que le fallaban las fuerzas. El corazón del buen hombre al que adoraba y que también la quería a ella estaba fallando. Se había acabado lo que hasta aquel momento había sido su vida.

Una hora después Aidan se sentía mucho mejor y quería volver a casa. Se sorprendió cuando le dijeron que le asignarían una cama en el Saint Brigid's.

—Pero si ya me encuentro perfectamente... —protestó.

Nora fue a casa a buscar un pijama, una bata y un neceser. Por fuera parecía tranquila y confiada, pero en su interior sentía que había perdido las ganas de vivir.

Tenía una imagen borrosa de los días siguientes: visitas de equipos médicos, sus jóvenes ayudantes con carpetas, enfermeras, cuidadores, limpiadoras y carros con comida. Llegaban visitas con rostros inquietos. Y entre ellas estaba Nora Dunne, alta, con la mirada aterrorizada y su largo pelo rojo con mechones grises sujeto con una cinta negra.

Se sentaba junto a la cama de Aidan y jugaban al ajedrez alegremente. Si alguien los hubiera observado con atención, se habría dado cuenta de que nunca hablaban de cosas domésticas, ni de facturas, reparaciones o compras. No hablaban de vecinos, ni de familiares, ni de amigos. Vivían el uno para el otro. Y si alguien los hubiera observado con mucha atención, se habría percatado de que Nora parecía un robot. Representaba su papel para Aidan.

Una semana después, antes de que le dieran el alta, los médicos hablaron con Aidan

muy seriamente sobre el nivel de estrés en su vida. Cuando Aidan les contó lo que sucedía en la escuela, el cardiólogo le aconsejó que dejara el trabajo.

Aidan no quiso ni planteárselo. Tomaría la medicación y descansaría a diario, pero no dejaría su trabajo. Era lo único que podía ofrecer a su mujer, cierta estabilidad. Ni siquiera le había ofrecido comodidades, porque había tenido otros gastos, como su primera familia. No, sin la menor duda tenía que seguir hasta que su pensión estuviera asegurada.

Los médicos hablaron también con Nora y les costó entenderlo. Repetía una y otra vez que no le interesaban lo más mínimo los bienes y las pensiones. Vivían en un piso en alquiler pequeño y sencillo. Ella podría trabajar para pagar tranquilamente los recibos. No tenían grandes necesidades.

—Entonces ¿lo animará a que se retire? —le sugirió el cardiólogo.

—No, si él no quiere, doctor. ¿Por qué voy a oponerme a que haga lo que quiere hacer? A Aidan siempre le ha encantado enseñar, y se sentiría fracasado si le obligáramos a dejar la escuela.

—¿No puede dar clases en casa? Clases particulares, por ejemplo.

—No. Aidan no está de acuerdo en que haya que pagar por clases particulares. No podemos pedirle que actúe contra sus principios.

—Pero usted tiene un carácter fuerte, señora Dunne. Estoy seguro de que podría convencerlo.

—Estoy segura de que podría si lo intentara, pero no sería honesto persuadirlo para que deje algo que realmente quiere hacer.

—¿Aunque lo mate?

—De todas formas va a morir, ¿no?

—Todos nos moriremos, pero si se cuida, tiene mucha vida por delante.

Nora siguió impasible.

—Una vida de miedo y angustia pensando que volverá a asfixiarse.

—Podemos ayudarlo a que esté seguro de que no tiene por qué volver a pasarle.

—Pero no es del todo seguro, ¿verdad? —preguntó en tono duro.

—No, pero tampoco podemos asegurarles que al volver a casa no va a pillarles un autobús. Nuestros índices de personas que llevan una vida normal después de un ataque al corazón son muy altos. Su marido será una de ellas. Lo hemos transferido a una clínica cardiológica que lo atenderá regularmente. Es una clínica que depende de este hospital. Tratan a los pacientes, les hacen análisis de sangre y les controlan la medicación.

—¿Y por qué lo llaman ataque al corazón?

—Porque el corazón deja de trabajar a los niveles óptimos.

—Y Aidan tendrá que venir cada semana, ¿no es así?

—En un principio sí. Luego, cuando mejore, vendrá con menos frecuencia, y eso lo tranquilizará mucho.

Nora se quedó en silencio.

—Seguro que sí, señora Dunne. Nuestras investigaciones han mostrado que los pacientes se tranquilizan y se vuelven más positivos, que es exactamente lo que necesitan en esos momentos.

—¿Y quién financia esas investigaciones? ¿Un laboratorio farmacéutico? ¿Experimentan con los pacientes?

—En absoluto. Las investigaciones se hacen bajo la tutela de este hospital, y estamos muy orgullosos de ello —contestó el médico, ligeramente ofendido por sus sospechas.

—Discúlpeme, doctor. Para usted Aidan es un paciente al que está tratando, pero para mí es toda mi vida. No tengo la cabeza en su sitio.

—Pues su marido va a necesitar más que nunca que la tenga —contestó el médico. Era evidente que debía convencerla—. Vaya a la clínica cardiológica con él y conozca al personal. Puede beneficiarles mucho a los dos.

Por primera vez la expresión de Nora Dunne se suavizó. El médico observó que era una mujer atractiva.

—Le daremos una oportunidad —dijo Nora intentando sonreír.

Barbara fue a ver a Aidan al hospital para explicarle cómo funcionaba la clínica. Aidan escuchó a la atractiva y alegre chica, y asintió con la cabeza. Parecía disponer de todo lo necesario: clases de gimnasia, control de la presión sanguínea y control del peso.

Contaban con un número de teléfono de emergencia por si tenían que llamar por la noche.

—¿Y por qué no vamos directamente a urgencias? —preguntó Aidan.

—Bueno, por supuesto pueden ir, pero podría ser un episodio sin importancia y bastaría con tomar un diurético. Y a la media hora llamamos para comprobar que se ha recuperado la respiración. A menudo basta con eso y se ahorran las molestias de ir a la clínica —dijo Barbara con una sonrisa—. Le encantará el personal, Aidan. Es un equipo estupendo.

El trayecto en autobús desde la casa de Nora y de Aidan hasta la clínica cardiológica fue cómodo. La gente iba muy abrigada para protegerse del frío de febrero, y desde el canal ascendía la neblina. Nora había anudado un elegante pañuelo de lana alrededor del cuello de Aidan antes de salir. Volvía a sentirse perfectamente. Lo que pendía sobre él era solo la sombra de todo lo que había sucedido.

El autobús se detuvo frente a la puerta de la clínica. Nora y Aidan sabían que había sido un almacén y casi se había convertido en un aparcamiento cuando el Saint Brigid's lo recuperó. En la fachada había un cartel dorado que decía: Clínica Cardiológica. El local tenía mucha luz y un ambiente alegre.

Una agradable chica polaca llamada Ania les mostró la clínica y les presentó al

personal. Ahí estaba la sala de gimnasia, con Johnny, que les estrechó la mano y parecía creer que los músculos podían con todo. Les mostró los aparatos y les dijo que estaba deseando que Aidan los utilizara.

Luego Ania los llevó a la sala de dietética para que conocieran a Lavender, que les dio una hoja con alimentos y una lista de los días en que hacía demostraciones culinarias, a las que serían bienvenidos.

Aidan reconoció a Barbara, la alegre enfermera, que a su vez les presentó a Fiona, una chica muy guapa.

—Si por casualidad tiene la mala suerte de pasar por aquí un día en que no estoy, Aidan, Fiona se ocupará de usted.

—No le haga ni caso, Aidan —dijo Fiona—. Le llamaremos en secreto para que sepa cuándo Barbara tiene el día libre, como a todos los demás.

Y allí estaba un joven médico llamado Declan, una secretaria que se llamaba Hilary y que tenía todos sus datos e informes del hospital, y por último la guapa doctora Casey, que corría de un lado a otro de la clínica.

—Me llamo Clara —dijo.

Clara llevaba papeles del hospital en la mano, y cuando Barbara pidió a Aidan que la acompañara a un cubículo, Clara le pidió a Nora que se sentase. Echó un vistazo a los papeles, en los que vio una nota escrita a mano en un margen que decía: «Convencer a su mujer».

Clara pensó que era una mujer llamativa. Era raro ver a una mujer de más de cincuenta años con el pelo largo, con mechones grises y rojos, pero era evidente que no se lo había hecho en una peluquería, sino que era natural.

Nora tenía el don de ser muy tranquila. Debía de ser fácil vivir con ella. Clara se preguntó de qué se suponía que tenía que convencer a aquella mujer.

Enseguida lo descubrió.

Nora Dunne no creía que su marido iba a recuperarse lo más mínimo, y eso se había convertido en gran parte del problema.

Clara le ofreció su habitual charla optimista sobre la clínica y su capacidad de conseguir que los pacientes vivieran fuera del hospital, pero le dio la sensación de que caía en saco roto y optó por una táctica diferente.

—Hemos descubierto que los pacientes que proceden de un entorno positivo, de una familia que realmente cree que van a mejorar, en realidad mejoran —dijo.

—Quiere decir que el pensamiento triunfa sobre la materia... —dijo Nora no demasiado convencida.

—No exactamente. Es solo afirmación, algo por lo que vivir.

Nora seguía pareciendo escéptica.

—¿Y tengo que suponer que cree que las personas religiosas se recuperan todavía más deprisa?

—No tengo ni idea. Es posible que una fe sólida ayude, claro, pero no es algo que podamos medir.

—Pero sí pueden medir lo mucho que beneficia un ambiente familiar alegre... —dijo Nora en tono cínico.

—Ha visto algunas de las instalaciones de que disponemos en esta clínica, Nora. Ha hablado con personas que creen que la medicación adecuada y controlada regularmente, los análisis de sangre, las revisiones, el ejercicio y la alimentación sana ayudarán a salvar y a prolongar su vida. ¿Por qué no se siente parte de todo esto?

—Porque la calidad de la vida que intentan preservar y prolongar no será nada buena —contestó Nora, desconsolada.

—¡Me sorprende que esté tan segura! —exclamó Clara muy enfadada—. Llevo años ejerciendo la medicina y no estoy tan segura de lo que dice.

—Soy la persona menos segura del mundo —dijo Nora con tristeza—. Haría cualquier cosa en el mundo para que Aidan se sintiera mejor, pero está pidiéndome que crea en cuentos. Me resulta difícil tragármelo.

—¿Cree usted en el compromiso? —preguntó Clara de repente.

—Antes no, pero la verdad es que últimamente sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Iba a pedirle que me diera seis semanas, que fingiera creer que todo funciona y le hace bien, y si después sigue pensando que son solo mentiras piadosas, puede volver a sus principios. —Clara abrió la agenda—. Podemos elegir una fecha en abril para que me diga qué le parece. Solo se trata de seis semanas, un mes y medio. ¿No va a hacerlo por Aidan?

—¿Cómo podría negarme?

Nora mostró una sonrisa preciosa. Su cooperación iba a ser fundamental para que su marido se recuperara.

Así que durante seis semanas Nora Dunne cumplió su parte del trato y habló con entusiasmo sobre la clínica cardiológica a la que iba Aidan.

Se lo contó a sus dos hermanas, Helen y Rita, que nunca mostraban demasiado interés por nada. Las veía una vez por semana en la residencia de ancianos en la que vivía su madre. Rita y Helen no ocultaban lo que pensaban de su hermana. Nora era una excéntrica en la que no había que confiar, se tratara de lo que se tratase. Al fin y al cabo, se había fugado a Italia y había vivido durante años con un hombre casado. Cuando por fin volvió a casa, probablemente agotada de estar en Italia, se vestía de forma muy extraña. Entonces alquiló una habitación en una zona muy conflictiva y se puso a dar clases de italiano en una escuela problemática. Se «casó» con un hombre que era profesor en aquella escuela, pero por supuesto no fue una boda real, porque él ya estaba casado y divorciado, de modo que fue una de esas inscripciones en el registro civil. Respiraron hondo, como queriendo decir que un ataque al corazón era el menor castigo que Aidan Dunne podría esperar por haber cometido adulterio.

Nora y Aidan asistieron a demostración culinaria de Lavender y escucharon cómo reducir la sal en todas las comidas y cómo hacer papillotes de pescado. Frente a todo

el mundo, Lavender cortó cuadrados de papel de aluminio y en cada uno colocó un trozo de bacalao. Añadió rodajas de puerro, judías verdes y tomates cherry. Luego lo roció con un spray de aceite bajo en calorías y dobló el papel como si fuera un sobre. Necesitaron unos veinte minutos de cocción. Mientras se hacían, les dio consejos útiles para que pidieran en la carnicería carne magra.

Lavender daba por sentado que su audiencia no era inmensamente rica, de modo que era práctica y útil. Todos probaron el bacalao cuando estuvo listo y opinaron que era excelente. Lavender dijo que la semana siguiente haría postres bajos en calorías.

Aidan observaba la cara de Nora para saber lo que pensaba. Nora dijo que todo aquello era brillante y que no se imaginaba que hubiera gente que prefiriera ir a comprar comida grasienta para llevar cuando podía preparar algo así. Aidan pareció muy aliviado al ver a su mujer tan entusiasmada, y salieron juntos y felices en busca de una pescadería.

Lavender les había aconsejado que compraran varias piezas a la vez y congelaran las que no fueran a usar.

Pero Nora y Aidan no tenían un congelador en condiciones, de modo que no podían hacerlo.

—No importa. Nos sentará bien ir paseando a las tiendas —dijo Nora mientras salían de la clínica cardiológica.

Clara la oyó por casualidad y sonrió para sí misma. Estaba claro que Nora estaba cumpliendo su parte del trato.

La mejor amiga de Nora, Brenda Brennan, del restaurante Quentins, fue a visitarla aquella noche para saber cómo estaba Aidan.

—¿Qué estará pasando esta noche en tu fabuloso comedor sin que estés tú supervisándolo? —preguntó Nora.

Nadie podía imaginar el Quentins sin Brenda, que lo controlaba y lo mantenía todo en orden.

—Estoy aprendiendo a delegar, Nora —contestó—. Tengo a una rubia letona de largas piernas, con un inglés impecable y mucho estilo. Ahora está allí, y perfectamente puede haberme quitado el puesto cuando yo vuelva.

—Es lo que temo que me pase a mí en la escuela —dijo Aidan—. Han puesto a un joven brillante a dar las clases de latín. ¿Por qué van a querer que vuelva? —preguntó preocupado.

—Porque sabes más latín del que llegará a aprender ese chico en toda su vida —respondió Nora, siempre leal.

—Pero ya tendría que haber vuelto. Me encuentro perfectamente...

—El director te dijo que te tomaras tu tiempo —le recordó Nora.

—Sí, pero el director es mi yerno —dijo Aidan con pesar.

—Aidan, no tiene nada que ver —interrumpió Brenda Brennan—. Hace muchos años que conozco a Tony O'Brien, y si lo dice, es que lo piensa.

—Pero me siento un vago.

Aidan seguía preocupado.

—¿Un vago, tú, Aidan? Es absurdo solo pensarlo. Disfruta de tus dos semanas. Cuando vuelvas al trabajo, te arrepentirás de no haberlas aprovechado lo suficiente.

—Pero ¿estoy bien para disfrutar de mí mismo y no para ir a trabajar?

—Aidan, coge un tren con Nora y marchaos a la playa. Dun Laoghaire es precioso, con las olas rompiendo por todas partes. El invierno es sin duda el mejor momento para ir. O id a Sandycove o a Dalkey, a uno de esos bonitos restaurantes...

A Brenda se le ocurrían mil sitios a los que ir. Tenía la energía que le faltaba a Nora. En un momento les había hecho confeccionar una lista de veinte cosas que tenían que hacer mientras Aidan tuviera todo su tiempo libre.

—Tiene un aspecto estupendo. Sus mejillas han recuperado el color —dijo Brenda cuando Nora la acompañó a la puerta.

—Volverá a ponérsele la cara gris en cuanto regrese a la escuela —dijo Nora.

—¿Entonces?

—¿Qué piensas? Tiene esas estúpidas ideas de macho: ganarse la vida y tener una pensión. No puedo interponerme en su camino.

—Yo lo haría —dijo Brenda Brennan—. Me colocaría delante de él y le suplicaría que no volviera. Es lo que haría si fuera Patrick.

—Somos diferentes, Brenda. Vosotros os conocisteis de jóvenes. Nosotros éramos adultos, nos respetamos mucho y ninguno de los dos quiere cambiar al otro.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo en un tono que dejaba entrever que no lo creía.

—¿Signora?

Nora Dunne alzó la cabeza sorprendida. Todos la llamaban «signora», por supuesto. Era un apelativo cariñoso. En esa ocasión era el director de la escuela, que había ido a hablar con ella después de su clase de italiano.

—Ah, Tony, no te había visto. Ha ido todo perfecto para ser una fría noche de febrero.

—¿Cómo está Aidan?

—Está muy bien, de verdad. Sus hijas se han portado estupendamente. Brigid está con él esta noche, y sabes que tu Granía vendrá mañana, porque tengo que ir a ver a mi madre, así que no se quedará solo. Está en muy buena forma.

—Yo iría a verlo, pero...

Tony O'Brien se detuvo.

—Lo sé. Entiendo lo que quieres decir. Aidan pensaría que tiene que darse prisa para volver al trabajo.

—No quiero que vuelva rápidamente, signora. Intentaré conseguirle una pensión, un subsidio, lo que sea...

—Tony, ya conoces a Aidan —dijo Nora suspirando.

—Por eso esperaba que pudieras ayudar... —empezó a decir.

—No es un bebé en pañales. Ya es mayorcito. Todo el mundo quiere que lo trate no como alguien al que se le han dilatado los ventrículos, sino como alguien que ha perdido el juicio. La cabeza sigue funcionándole, y está decidido a volver al trabajo.

—¿Y se lo permitirás?

—No voy a estresarlo todavía más discutiendo con él —dijo Nora, enfadada.

—Podría arreglar las cosas —volvió a decir Tony.

—Conoces a Aidan. Se olerá piedad y caridad incluso aunque no las haya.

Para Nora Dunne estaba claro: su marido tenía que volver al trabajo.

Cuando aquella noche Tony O'Brien volvió a casa, Grania parecía entusiasmada.

Se preguntó si había visto algún viaje exótico para Semana Santa. Esperaba que no, porque tenían mucho que hacer en Mountainview durante aquellas vacaciones.

La mesa estaba preparada y había colocado un jarrón con flores. ¿Sería el cumpleaños de alguien o algo así? No, no, por supuesto que no. Nunca olvidaba esas cosas. La miró sin entender lo que estaba pasando.

—Siéntate, Tony —le dijo.

Se sentó obediente.

—Tengo muy buenas noticias —siguió diciendo—. Estoy embarazada. Ya es oficial, Tony. ¡Vamos a tener un hijo!

Y para su propia sorpresa, Tony empezó a soltar grandes sollozos, subiendo y bajando los hombros.

—¿No estás contento?

Grania estaba muy nerviosa y lo rodeó con sus brazos.

—¿Contento? Estoy loco de alegría —sollozó.

Brigid contó a su padre que había conocido a un hombre. Bueno, era demasiado pronto para hablar de algo serio, pero por primera vez había conocido a alguien con quien no le importaría pasar el resto de su vida.

Aidan se alegró muchísimo.

Lo había conocido en una reunión de prensa hacía unos meses y se habían puesto a hablar. Los dos estaban trabajando. Ella había hecho una presentación de sus vacaciones de invierno deportivas y Kato era el responsable del bufete de la cena. Cuando todos los demás se habían ido, ellos dos se quedaron en la sala vacía y

charlaron durante mucho rato. Él estaba montando una tienda de objetos africanos. Desde entonces Brigid había salido con él cada semana. Les gustaban las mismas películas, las mismas obras de teatro y todo lo demás. Casi había llegado el momento de llevarlo a casa para que conociera a su padre y a Nora.

—¿Y qué piensa de él tu madre?

Aidan sabía que sus hijas veían a Nell de vez en cuando.

—Mamá no lo conoce —respondió Brigid con firmeza.

—¿De verdad? ¿Y por qué?

—Kato es marroquí, papá —dijo Brigid como si hubiera debido ser obvio para todo el mundo—. Imagínate que presento a mamá a alguien de África.

Cuando Nora volvió de su clase de italiano, le contaron la historia.

—¿De qué parte de Marruecos es? —preguntó Nora con interés.

—De Marrakech —respondió Brigid, sorprendida por la pregunta.

Nora aplaudió muy contenta.

—¡Qué maravilla! Iremos a verte.

—Pero Kato vivirá aquí. Os he dicho que tiene una tienda.

—Lo sé, pero tendréis que ir a comprar material, y quizá tu padre y yo podríamos ir y nos mostraríais Djemaa el-Fna. Es una plaza enorme en el centro de Marrakech en la que hay de todo, un gran mercado, encantadores de serpientes, músicos... Sería fantástico ir con alguien que lo conociera.

Brigid sonrió de oreja a oreja pensando en el viaje.

—¿Tienes una foto de Kato? —preguntó Nora.

—Claro. —Brigid sacó varias fotos en las que aparecía con el brazo de un alto y atractivo marroquí sobre sus hombros.

—¿No es guapo? —preguntó Nora.

Ni una palabra sobre el hecho de que era extranjero y las muchas diferencias a las que tendría que acostumbrarse. Solo que era guapo y que sería estupendo viajar a su país.

Aidan miró a Nora con cariño. Era muy afortunado por tenerla. Debía enfrentarse a aquellos matones en la escuela de Mountainview para poder llevar una vida decente y conseguir una pensión para ella. Era lo mínimo que se merecía.

Se encontraban en la clase de gimnasia de Johnny. Nora y Aidan estaban con los que seguían la pauta de ejercicios mientras Johnny realizaba los diferentes movimientos. Un hombre en silla de ruedas se unió muy sonriente para hacer los ejercicios de brazos y cuello. Observó con envidia cómo Aidan caminaba cuatro minutos en la cinta.

—Me encantaría poder hacerlo —dijo—, pero me quedo sin respiración en unos segundos, así que no merece la pena.

Dijo que se llamaba Bobby Walsh. Tiempo atrás había sido propietario de un gran negocio, pero se retiró después de un infarto.

—¿Te fastidia haberte retirado?

—Al principio sí, pero hay muchas cosas que antes nunca tenía tiempo de hacer. Creo que es duro para mi mujer, que me tiene que aguantar todo el día.

—¿Ha venido contigo hoy?

—No, Rosemary tiene miles de cosas que hacer, queda con gente...

Aidan se sintió feliz y querido porque Nora había ido con él. Estaba preguntándole a Johnny qué tipo de pesas podía levantar Aidan. Johnny le dijo que todo el mundo debería tener a mano un par de latas grandes de guisantes.

—¿Tienes un hijo que pueda llevar el negocio? —preguntó Aidan.

—No. A Carl nunca le interesó. Jamás. Es profesor en Mountainview, una zona conflictiva, pero está preparado. Dice que algunos de los más mayores están pasándolo mal.

—Yo soy uno de ellos —dijo Aidan—. Soy profesor de latín en esa escuela. Bueno, cuando logro entrar en la clase.

—¡Vaya, eres Aidan Dunne! —exclamó Bobby sonriendo—. Carl me ha hablado mucho de ti. Dice que consigues que a los chicos les guste el latín, que no es ninguna tontería.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Carl Walsh.

—Claro que lo conozco. Es un chico muy majo. Profesor de inglés, ¿verdad?

—Exacto.

—Bueno, lo veré cuando vuelva, dentro de unas semanas.

—¿Vas a volver? —preguntó Bobby, sorprendido.

—Tengo que hacerlo —dijo Aidan Dunne.

Clara estaba contenta con el apoyo que les había ofrecido Nora Dunne. Aunque fuera solo durante seis semanas, sin duda lo hacía de corazón. Se interesaba por todo. Clara estaba segura de que iba por buen camino.

Miraba en su atlas de bolsillo el mapa de Polonia para buscar dónde vivía Ania. También le pidió a Fiona que le mostrara la pequeña isla griega en la que había pasado un verano. Nora hablaba con otros pacientes y discutía con Judy Murphy los méritos de los jack russell terriers, que les taladraban la cabeza. Encontraba algo nuevo cada día para Lar. Comentaba con seriedad las dietas con Barbara. Nora Dunne, que tenía la constitución de un galgo, se preguntaba por qué se suponía que la sopa de apio era tan sana, mientras que una patata con un buen pellizco de mantequilla era el demonio personificado. Nunca le faltaba entretenimiento ni estímulos en la vida, y eso era un regalo mucho mayor que el dinero.

—¿Te importa no contarle a tu padre lo del bebé? —preguntó Tony O'Brien a Grania.

—¿Qué?

—Quiero decir de momento.

—Pero ¿por qué? Tenía previsto pasarme por su casa esta noche y contárselo.

—He pensado que podríamos esperar al domingo, que vendrán a comer.

—Pero Brigid vendrá con Kato y no le parecerá bien que le quitemos el protagonismo.

—Yo diría que a ella y a Kato no les importará que no toda la atención recaiga en ellos.

—Tengo tantas ganas de contárselo...

—Es mejor así. Además, podríamos pedirles que se quedaran con el bebé... Quizá de ese modo tu padre dejaría de dar clases.

—Ya puedes esperar sentado —dijo Grania—. Mi padre es como tú. Vive para esa maldita escuela.

Nora y Aidan cogieron el autobús para ir a comer a casa de Grania. Estaban deseándolo. ¿No era fantástico que Brigid hubiera encontrado por fin a un chico que le gustaba? A menudo habían pensado que se sentía sola en su diminuto apartamento de la ciudad. Grania serviría comida sin sal y se aseguraría de que era poco grasienta. Ofrecería fruta fresca como alternativa a su pastel de manzana. Sería una tarde feliz.

Brigid empezó a preocuparse antes de llegar.

—No te enfades si meten la pata —dijo a Kato.

—La única metedura de pata sería decir que no puedo verte —contestó.

—No, eso no lo dirán —aseguró Brigid.

—Entonces no habrá problemas —dijo Kato.

Kato, un chico alto y guapo con una cálida sonrisa, estaba en el recibidor.

—¡Señor y señora Dunne! —exclamó—. ¡Qué alegría conocerlos por fin!

—¡Y a ti también, Kato!

Nora lo besó en la mejilla y Aidan le estrechó la mano. Brigid se quedó en segundo plano, sonriente. Ya se habían presentado. Podían empezar a comer.

Durante la comida, todos menos Aidan y Kato bebieron un vaso de vino. Kato llenó el vaso de Aidan de agua mineral con gas y dijo que ellos dos serían los únicos que tendrían la cabeza despejada al día siguiente. Tony golpeó un vaso con el tenedor y anunció que Grania quería decirles algo. Brigid esperaba que no fuera que habían ascendido a Grania en el banco, porque no quería abrumar a Kato con todos los éxitos de la familia en su primera visita. Aidan esperaba que Tony y Grania fueran a trasladarse a otra escuela en otra zona. Nora pensó que podría ser un plan de viaje al

extranjero para celebrar el cumpleaños de Aidan, aunque esperaba que no, porque todavía estaba un poco débil.

Grania les contó la noticia. En la pequeña casa estalló tal alboroto y tal alegría que fue extraño que el techo no saliera despedido. Todos lloraban y se abrazaban.

Kato dijo las palabras más bonitas enjugándose los ojos.

—Ahora veo de verdad que formo parte de esta maravillosa familia, ahora que me permitís que esté aquí compartiendo estas noticias.

Grania sonrió a Tony. Había tenido razón, como siempre. Lo que no iba a salir tan bien era el tema de que su padre dejara el trabajo. Grania deseó que hubiera pasado ya. En cualquier caso iban a perder la batalla, así que mejor hacerlo cuanto antes.

No tuvo que esperar mucho. En medio de todo aquel alboroto, las preguntas de cuándo lo habían sabido, cuándo se había confirmado, cuándo nacería el bebé y si querían saber si era niño o niña, Nora preguntó:

—Grania, ¿vas a dejar tu trabajo en el banco para cuidar al bebé?

—Solo durante la baja maternal. Después volveré —contestó Grania alegremente.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Brigid.

—Bueno, cada mañana dejaré al bebé en tu agencia de viajes para que lo archives en la B. —Grania sonreía.

—Claro, nos encantaría. En serio, ¿qué vais a hacer?

—Estábamos pensando en pedir a alguien que venga a casa, ya sabéis, un artista o un escritor. Dispondría de un entorno tranquilo todo el día, y solo tendría que dar los biberones y cambiar los pañales. No será difícil encontrar...

—Pero ¿no será un tanto bohemio y de poco fiar? —preguntó Aidan, preocupado.

—No tiene por qué ser un poeta o un pintor. Podría ser un profesor que dé clases particulares, por ejemplo.

Aidan escuchaba con mucha atención.

—No, Tony —dijo.

—Escúchame. Nos harías dos favores y nos solucionarías dos problemas a la vez. Podríamos ir a trabajar tranquilos sabiendo que tú y la signora estarías aquí.

Tony habló con el corazón.

—No tendría que ordenar las cosas especialmente para ti —añadió Grania.

—En la escuela hay chavales que necesitan clases particulares.

—Las daré en la escuela. Me quedará el tiempo necesario.

—No funcionará, Aidan. Son chicos tranquilos que tienen miedo a esos gánsteres. No pueden quedarse hasta tarde. Se van todos juntos por seguridad. Me iría de verdad muy bien poderlos mandar a un sitio seguro.

—Buen intento, Tony, pero no.

—Papá, ¿con quién me voy a sentir más segura que contigo y con Nora? Todos salimos beneficiados. Tú ganas dinero enseñando a chicos que lo necesitan, y a nuestro bebé lo cuidan las mejores personas.

—Ya lo he dicho. Gracias, pero no —dijo Aidan.

—Signora, ¿qué piensas? —preguntó Tony.

—Es cosa de Aidan —se limitó a contestar Nora.

Tony no sabía qué decir.

—No quiero seguir presionando y arruinar la comida, pero, Kato, ¿puedes darnos algún consejo sobre este tema?

Kato los miró a todos uno por uno.

—Bueno, por supuesto el cabeza de familia tiene que hacer lo que crea más adecuado, y por respeto ninguno de nosotros debería intentar que cambiara de opinión —dijo.

Aidan le lanzó una mirada que venía a decir que podría casarse con su hija Brigid al día siguiente si quería.

—Supongo que habrías querido que dijera que sí a Tony —dijo Aidan cuando él y Nora llegaron a su casa.

—Quiero que hagas lo que desees —respondió Nora en tono tranquilo.

—Pero ¿crees que es una buena idea?

—Creo que debemos algo a esos chicos. Se pondrían muy contentos si los ayudáramos. Han sido buenos con nosotros durante muchos años. Tony me dio trabajo como profesora de italiano y te puso de responsable de las clases nocturnas. Grania siempre se alegra de verme. Ella y Brigid han sido estupendas. A muchas otras chicas no les habría gustado que apareciera por aquí. Me encantaría poder ayudarlas.

—No, Nora, no me hagas sentir culpable. No es más que una treta, un plan para encontrarme otro trabajo.

—Claro —dijo Nora—. Sabían de antemano que ibas a tener un infarto, así que planearon que Grania se quedara embarazada justo en el momento oportuno.

—No, no quiero decir eso. Han aprovechado las circunstancias, eso es todo.

—Aidan, deja de pensar que el mundo es una gran conspiración. No eres un paranoico. En cualquier caso, he dicho que estaba contigo. Haremos lo que tú quieras.

—¿Te gustaría que nosotros dos cuidáramos al bebé?

—Podríamos estar juntos en su casa, conocer al bebé y que nos conociera a nosotros. Sí, en cierto sentido me gustaría mucho.

—Ayúdame, Nora. Quiero hacer lo que sea mejor.

—Haz lo que sea mejor para ti, Aidan, no para mí. —Nora se dirigió a la cocina—. No

vamos a comer mucho esta noche después del banquete que nos hemos pegado, ¿verdad? ¿Qué te parece un huevo con una tostada más tarde?

—Ayúdame, Nora —repitió Aidan.

—Siempre te ayudaré, pero ya has decidido volver al trabajo. ¿Para qué voy a estresarte más? —preguntó en tono tranquilo.

—Pero ¿preferirías que lo dejara?

—Una de las razones por las que te quiero tanto es que nunca has intentado cambiarme. Nunca me has pedido que me tiñera el pelo, ni que llevara ropa más convencional, ni nada. Tampoco yo voy a hacerlo.

—Estoy pidiendo un consejo...

—No, amor mío, no estás pidiendo un consejo. Estás pidiéndome que te apoye incondicionalmente, y eso haré —dijo.

—Aidan Dunne está en la sala de espera —dijo Fiona—. No tenía visita hoy.

—No, pero seguramente ha venido a una charla. Johnny y Lavender dan una hoy —dijo Barbara.

—Es verdad. ¿No es la mujer de Aidan un poco especial? Es todo un carácter —dijo Fiona.

—¿Seremos así cuando seamos viejas? —preguntó Barbara.

—Bueno, si tuviéramos a un tipo que estuviera tan loco por nosotras como Aidan Dunne lo está por ella, estaríamos muy bien —respondió Fiona.

—Tú tienes a un hombre así... —comentó Barbara, desanimada—. Las demás nos olvidamos de adelgazar, así que no lo tenemos.

—Fiona, ¿crees que podríais atenderme hoy? Sé que no tengo visita —preguntó Aidan con timidez.

—Para eso estamos aquí —contestó Fiona alegremente.

Llevó a Aidan al cubículo y lo sentó en la cama.

—Primero voy a tomarte la presión —dijo.

—¿Está bien? —preguntó nervioso.

—Un poco más alta que la semana pasada. Sube a la balanza, por favor —siguió diciendo Fiona en tono tranquilo—. No, no has ganado peso. No parece que hayas acumulado líquidos. ¿Estás preocupado o ha pasado algo en los dos últimos días?

—No. Me he enterado de que voy a ser abuelo, pero es estupendo.

—Seguro que sí. Felicidades. No es motivo para que te suba la presión —comentó Fiona, muy contenta por él.

—Por eso me pregunto por qué no me siento bien —dijo nervioso.

—¿Ha venido contigo tu mujer, Aidan?

—Ya conoces a Nora. Siempre viene conmigo. Ha ido a hablar con Lavender mientras estoy contigo.

—Creo que voy a pedirle a Declan que venga a echarte un vistazo —sugirió Fiona.

—Perfecto —dijo Aidan.

Declan también estaba tranquilo.

—Sin duda la presión ha subido mucho —dijo—. Vamos a ver por qué.

—¿Voy a tener otro infarto? —preguntó Aidan.

—Lo dudo mucho. Podría ser la medicación... ¿o hay algo que te preocupe?

—Algo me preocupa, pero no tanto como para que me suba la presión —dijo Aidan.

—Dime lo que es y ya veremos si es eso o no.

Declan era sincero con él, pero Aidan no podía hablar con aquel chico que tenía la misma edad que sus hijas. Necesitaba a alguien de su edad.

—¿Podría hablarlo con Clara, Declan? Es un asunto de personas maduras.

—Por supuesto, pero ya conoces a Clara. Esa no es exactamente la mejor manera de planteárselo.

—Tendré más tacto —prometió Aidan.

—¿Quieres que esté Nora? —preguntó Declan.

—La verdad es que no, si es posible.

—Déjame a mí —dijo Declan.

Clara se dirigió a la sala de consultas y se sentó con Aidan. Entretanto Declan se había llevado a Nora Dunne a hablar con Hilary. Necesitaban fotos bonitas en las paredes para alegrar un poco el ambiente.

Quizá Nora podría ayudarlos a conseguir láminas o pósters.

—¿Y Aidan? —preguntó.

—Le están haciendo una revisión —contestó Declan con firmeza.

—¿Qué sucede, Aidan? —preguntó Clara.

—¿Cuántos años tiene, doctora Casey?

—Aidan, te pedí que me llamaras Clara. Tengo cincuenta y pocos, y supongo que lo preguntas por algo.

—No me sentía cómodo hablando con Declan. Es demasiado... bueno... joven.

—Es muy bueno, Aidan.

—Sí pero no entendería si debo dejar de trabajar o no...

—Cuéntamelo —dijo Clara.

Clara sabía escuchar. Asentía y animaba a seguir hasta que al final conseguía que liberaran la angustia. Aidan temía a algunos matones que habían cambiado la escuela en la que había sido tan feliz. Empezó a angustiarse, y perdía la confianza en sí mismo cuando se burlaban de él públicamente. Pero no podía dejar el trabajo por un problema de corazón.

No podía dejar a Nora sin una fuente de ingresos.

No podía permitir que una pandilla de quinceañeros marginales le arruinara toda su vida. No aceptaría caridad ni permitiría que su yerno tuviera que meterse en tejamanajes para sacar dinero de un bolsillo y meterlo en otro.

Clara lo escuchó, comprensiva, pero no le ofreció una solución. Era algo que Aidan Dunne debía resolver por sí mismo. Tendría que pasar algo que lo ayudara a decidirse.

Y la ayuda siempre llega de la forma más inesperada.

Frank Ennis había elegido aquel preciso momento para pasarse inesperadamente por la clínica con el directivo Chester Kovac, que quería conocerla. Clara apretó los dientes con rabia. Era típico de él irrumpir en el peor momento. No iba con él tener la amabilidad de llamar por teléfono o pedir una cita, por supuesto. Frank consideraba la clínica cardiológica una parte pequeña y poco importante de su gran imperio. ¿Que pretendía llevando a ese filántropo a inspeccionar las instalaciones precisamente en aquel momento?

El señor Kovac era un hombre encantador que se deshacía en elogios hacia todo. Estrechó la mano de Aidan Dunne y pidió disculpas por interrumpir una consulta. Frank Ennis no se habría dado cuenta de que estaba interrumpiendo. Chester Kovac también habló con Ania en polaco. Le dijo que su padre era de Polonia. Comentó que acababa de conocer a una mujer muy interesante llamada Nora y que había hablado con ella sobre cuadros. Iba a trasladar algunas de sus ideas a su centro de salud de Rossmore.

—Es mi mujer —dijo Aidan, orgulloso.

—¿De verdad? ¿Y llevan mucho tiempo casados? ¿Tienen hijos?

—No, nos conocimos tarde, así que no llevamos mucho tiempo casados, pero somos muy felices —respondió Aidan.

—Entonces tenemos algo en común, señor Dunne. Los dos somos hombres afortunados. Yo también me casé tarde y tengo una mujer maravillosa que se llama Hannah. ¿Y le ha ayudado esta clínica, señor Dunne?

—No podría explicarle cuánto. Todos aquí han sido estupendos. Es una gran tranquilidad para mí.

—Lo veo en los informes. En realidad estoy pensando en hacer algo muy parecido en mi clínica del campo. No solo la gente de ciudad sufre presión y estrés, como sabe.

—No, pero en la ciudad puede ser más duro, con el tráfico, las pandillas y los gamberros.

—Ya lo sé, ya. ¿Por qué cree que me marché de Nueva York? Solo vengo a Dublín una vez al mes para las reuniones del consejo directivo del Saint Brigid's. Algunas veces Hannah viene conmigo, vamos al teatro y pasamos aquí la noche, pero nos gusta volver a casa cuanto antes.

—¿Se ha jubilado, o algo así? —preguntó Aidan Dunne.

—Sí, creo que me he jubilado, aunque estoy más ocupado que nunca. Hace dos años tuvimos mucha suerte. Una sobrina de mi mujer, Orla, tuvo una hija de forma más o menos inesperada y tenía problemas para criarla. Le ofrecimos una habitación en nuestra casa, y ahora durante el día Hannah y yo cuidamos a la niña mientras Orla va a clase en Rossmore. Luego viene a buscarla y se la lleva.

Clara miraba fijamente al techo. Podía ver al otro lado del despacho la silueta achaparrada del padre Brian Flynn, que había ido a buscar a su amigo Johnny. Sintió la necesidad urgente de ir hacia él y decirle que acababa de decidir volver a la Iglesia. Existía un Dios personal, y ese Dios personal había intervenido en el momento exacto.

Chester Kovac contaba que Hannah, él y su perro Zloty paseaban por Whitethorn Woods empujando el cochecito, y ahora que la niña era lo bastante mayor para dar sus primeros pasos con ellos, era todavía mejor.

—Cuando eres tan feliz, parece mezquino no compartir tu felicidad —dijo. Pero algo en la cara de Aidan le hizo detenerse—. Aquí estoy, parlotando de cosas que para usted no tienen la menor importancia. Discúlpeme —añadió.

—No, por favor. Podrían tener importancia, mucha importancia. Mi hija va a tener un niño, ¿sabe? Ella y su marido quieren que lo cuidemos, pero pensaba que no...

De pronto se quedó en silencio.

—Entiendo. Lo mismo pensaba yo antes de que naciera la pequeña Emer. Pensaba que todo serían rabiets, gritos y pañales. Pero no es así. Es fascinante.

—Me daba miedo que fuéramos demasiado mayores...

—Como nosotros —dijo Chester—. Pero nos rejuvenece.

—Pensaba que era caridad, por darnos trabajo y que ganásemos algún dinero.

Ahora Aidan se lo había contado todo a Chester.

—Créame, serán ustedes los que harán algo caritativo: un miembro de la familia dando amor y cuidando a un bebé.

Aidan vio que Hilary y Nora se acercaban a él. Cuando Nora vio la cara de Aidan, supo inmediatamente que había tomado una decisión y que estaba contento de haberlo hecho.

Aidan se despidió de Chester efusivamente, intercambiaron su dirección, se estrecharon la mano y prometió que un día irían a Rossmore para ver lo que le había contado por sí mismo. Nora no tenía ni idea de lo que irían a ver, pero se las arregló para parecer entusiasmada.

Declan apareció justo cuando Nora y Aidan estaban marchándose.

—Hey, alguien debería tomarle la presión a Aidan —dijo.

—No es necesario, Declan —respondió Clara—. Diría que ahora está estupendamente.

—¿Así que ahora vamos a dedicarnos a la adivinación? —dijo riéndose.

—Mira, si hubieras visto lo que acabo de ver yo, estarías de rodillas dando gracias al Todopoderoso por no perdernos de vista —dijo Clara.

—Sabía que este lugar era demasiado bueno para ser verdad —dijo Declan—. Tanto tiempo en una secta religiosa y nadie me lo había dicho.

Aidan y Nora estaban sentados en el bar del centro comercial. Se habían cogido de la mano, y sus cafés se enfriaron mientras hablaban entusiasmados de los años que tenían por delante; del bebé, que los conocería desde el primer momento; de los días libres para dar clases a niños que realmente querían aprender latín; de una plaza para Nora de clases de conversación en italiano para ejecutivos, y de que Grania y Toni podrían ir a trabajar sin miedo cada día.

La vida no podría ir mejor.

Por primera vez en su prudente y frugal vida, Nora y Aidan se marcharon sin haberse bebido el café. Estaban impacientes por coger el autobús para ir a compartir sus buenas noticias con los padres del bebé. Estaban impacientes por que naciera el niño. ¿Cómo iban a poder esperar hasta septiembre?

Peter Barry siempre había sido cauto y cuidadoso. Para un farmacéutico era fundamental no ser descuidado ni imprudente, y estaba orgulloso de mantener todas las facetas de su vida bajo un control meticuloso.

Su hija Amy no había heredado ninguna de esas cualidades. Se parecía mucho más a su difunta madre: irresponsable, informal y despreocupada. Laura había sido tan negada para llevar las cuentas y manejar el dinero, que Peter se había ocupado de esos temas. Sus libros de cuentas eran intachables. El contable decía que no era necesario que nadie revisara sus números, porque lo tenía todo controlado.

Laura había tenido veleidades artísticas. Sabía colocar un trozo de tela india en el respaldo de un sofá para que pareciera majestuoso. Siempre se había encargado de decorar los escaparates de la farmacia. Cuando Amy era pequeña, Laura le había hecho ropa muy bonita. Ninguna otra niña de cuatro años tenía vestidos como los suyos.

Peter recordaba las viejas fotografías. Amy era como una princesita, pero en los últimos años, con su pelo enmarañado, su maquillaje pálido y su ropa negra desaliñada, parecía más bien una terrorista o un miembro de la familia Addams.

Imposible saber qué habría pasado si Laura no hubiera muerto. ¿Habrían sido grandes amigas y cómplices, ambas confabuladas contra el tonto de papá? ¿O tenían razón sus clientes cuando le decían que las quinceañeras odian a su madre todavía más que a su padre? Nunca lo sabría.

Amy estaba en el último curso en la escuela, pero ya le había advertido que no esperara buenas notas. No había sido capaz de estudiar porque en aquella escuela lo único que enseñaban eran «puras gilipolleces». Si su padre pudiera asistir a una clase, se daría cuenta de que eran chorradas sin sentido, nada de nada.

Se sintió totalmente impotente y despistado cuando fue a la reunión de padres y profesores. Los profesores de su hija le dijeron uno tras otro que Amy no creaba problemas en clase, pero que no prestaba atención a ninguna asignatura y se dedicaba a mirar por la ventana.

Le propuso a su hija que fuera a una de esas academias que preparaban para el ingreso en la universidad.

—¿Para qué? —preguntó Amy—. ¿Para aprender más gilipolleces, solo que a toda velocidad?

Todo le suponía un gran esfuerzo. Le costaba levantarse para ir a la escuela y meter su ropa en la lavadora.

Vivían en un piso pequeño encima de la farmacia. Parte de la política del nuevo centro comercial había sido mezclar viviendas con comercios para que la zona estuviera más viva y evitar el síndrome de las zonas comerciales vacías. Amy refunfuñó porque no tenían jardín.

—Si tuviéramos jardín, ¿quién lo cuidaría? —preguntó Peter con toda la razón.

Amy se encogió de hombros. Era algo que sabía hacer muy bien, de forma muy expresiva. Se daba por vencida y pasaba al tema siguiente, que en ese caso fue un

viaje a un centro turístico junto al mar en Chipre para celebrar el fin de la enseñanza secundaria.

—Pero me has dicho que no tenías nada que celebrar, Amy.

—Todavía más razón para ir y animarme un poco —contestó.

Pero nunca nada la había animado.

Eran las ocho de la mañana. Mostró a su padre un folleto sobre vacaciones que costaban una cantidad astronómica de dinero. Peter fue inflexible. No iba a pagarle dos semanas a Amy para que se fuera a un hotel a dedicarse a hacer competiciones con la camiseta mojada y a salir de fiesta cada noche.

—¿Para qué estás haciendo todo esto, papá? —le preguntó con sus ojos bordeados de lápiz negro mirándolo como si nunca antes lo hubiera visto.

—¿Todo el qué?

—Pues pasarte el día con bata blanca observando recetas, quejándote de todo y hablando durante horas con representantes de compañías farmacéuticas.

—Bueno, es mi trabajo —contestó Peter, perplejo.

—Sí, pero ¿para qué lo haces, papá, si no es para mí?

—Es para ti, pero no para que vayas a Chipre.

—De acuerdo. Es tu última palabra, ¿verdad?

—Sí, Amy. Y ahora me voy a trabajar.

—A ganar más dinero para dármelo cuando sea demasiado mayor para disfrutarlo.

—Nunca se es demasiado mayor para disfrutarlo —dijo Peter.

—Claro que sí, papá —insistió Amy.

No añadió nada más, pero obviamente pensaba que su padre era el perfecto ejemplo de lo que acababa de decir.

Después de esa conversación apenas volvió a hablar con él. Era educada pero distante. Le dio las gracias por haber preparado la cena, pero le dijo que iba a salir con una amiga de la escuela. A la mañana siguiente leyó una revista mientras desayunaba, se fregó su taza y se marchó al mismo tiempo que Peter.

—Es una tontería, Amy. ¿Adónde quieres llegar?

Estaba preocupado. Hasta entonces los enfados de su hija nunca habían durado veinticuatro horas.

—¡Voy a buscar trabajo! —gritó Amy volviéndose hacia él.

La vio atravesar el centro comercial con su bolso al hombro. Parecía que no había pasado el tiempo desde que la había sujetado de la mano en el funeral de su madre y había prometido cuidarla. No había cumplido su promesa. Lo había intentado, pero su propia hija lo miraba como si fuera un extraño.

Había sido muy sencillo cuando él tenía esa edad. Su padre decidió que sus dos hijos estudiarían farmacia, y eso hicieron. En aquellos tiempos, como ahora, había que ser tremendamente competitivo para conseguir una plaza. Aunque los farmacéuticos solían decirse entre ellos que no eran más que vendedores de cierto nivel, en realidad se sentían orgullosos. Tenían autoridad.

Por supuesto, en tiempos de su padre había sido muy diferente. Una ciudad pequeña con una sola farmacia. El señor Barry podía hacer mucho más que Peter en la actualidad. Nadie lo decía en voz alta, pero todos sabían que el señor Barry era tan bueno como cualquier médico. Podía dar a un niño con problemas de pecho un tratamiento con antibióticos sin necesidad de esperar la receta del médico. Podía sacar un trozo de cristal de un dedo y decir si se trataba de un esguince o de una fractura de tobillo. Elaboraba sus propias fórmulas magistrales, que iban a buscar de todas partes porque creían en él. Y tenía un medicamento para la tos que hacía milagros.

Su padre sabía que en la farmacia no habría trabajo para sus dos hijos. Lo pasó muy mal decidiendo quién de ellos se quedaría con él, pero sucedió que Peter quería trasladarse a Dublín, y su hermano Michael fue a vivir a Cork.

Problema resuelto.

Pero no olvidado.

En Cork, Michael solía lamentarse de que no había hecho nada por quedarse con el negocio familiar. En Dublín, cuando Peter subía a su casa tras haber pasado largas horas en su farmacia, sentía lo mismo.

Cuando su mujer murió, su padre acabó vendiendo el negocio a un joven ayudante ambicioso que lo convirtió en una mina de oro. El señor Barry se fue a vivir a un bungalow al oeste de Irlanda, donde había buena pesca. Y había empezado otra relación.

Peter iba a verlo una vez al año.

Su casa era cálida y confortable. Ruby, la compañera de su padre, cocinó una comida exquisita y comentó que iban a hacer un crucero.

¡Un crucero!

Peter y Amy se quedaron a pasar la noche, y al volver a casa, al día siguiente, Peter sentía que algo le inquietaba. Sentía que de alguna manera su padre lo había repartido todo muy bien. Incluso presumía de la vieja farmacia y comentaba con orgullo la cantidad de metros cuadrados añadidos al local original.

Amy miraba por la ventana mientras pasaban por pueblos, ríos y castillos en ruinas de vuelta a casa.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Peter.

—Me preguntaba si esos dos todavía hacen el amor —respondió.

A Peter la imagen le pareció tan inquietante que decidió que nunca más volvería a preguntar a Amy o a cualquiera lo que estaba pensando. Mejor no saberlo...

Mientras observaba a Amy marchándose a buscar trabajo, no tenía ni idea de lo que se

le pasaba por la cabeza. ¿Lamentaba no haber estudiado lo que habría debido? ¿O estaba resentida por no tener madre, solo a un malhumorado y miserable padre que no entendía que necesitaba emborracharse quince días en Chipre? Peter se preguntaba quién daría trabajo a Amy, y qué trabajo.

Le habría gustado tener una amiga chiflada como Ruby, a alguien con quien poder hablar abiertamente sobre Amy, pero no tenía a nadie.

En aquel preciso momento entró la doctora Clara Casey, de la clínica cardiológica.

—Peter, vengo con el platillo de las limosnas —dijo directamente.

—Perfecto. ¿De qué buena causa se trata esta vez? —preguntó poniendo cara de mártir.

—Bueno, nunca te he pedido dinero para ninguna causa, ¿verdad? Lo que necesito es tu tiempo, no tu dinero.

Le explicó que iban a organizar unas conferencias en la clínica para pacientes, familiares y público en general. Pretendían ofrecer un conocimiento más amplio sobre cómo funciona el corazón. Le encantaría que él, en su calidad de farmacéutico de la zona, asistiera y hablara sobre los diferentes tipos de medicación: bloqueadores beta, medicamentos ACEI, etcétera. Si pudiera hacerlo en lenguaje de la calle, sería mucho mejor que si lo hacía un médico con largos nombres científicos que nadie entendía. La gente confía en su farmacéutico, tiene fe en él, dijo Clara halagándolo. Lo captarían mejor si se lo contaba el hombre al que veían con su bata blanca cada vez que iban a la farmacia.

A Peter le gustó que Clara tuviera tan buen concepto de él.

—Nunca me has oído hablar en público. No soy el mejor orador del mundo —admitió.

—Eres la persona con la que tratarán, Peter. Además incluso podrías conseguir todavía más clientes si logras interesarlos, llamar su atención y mostrarte próximo.

—Bueno, si se trata de mejorar el negocio, tendré que ir —dijo sonriendo.

Fijaron la fecha y la hora, y Peter dijo que le encantaría que le ofreciera más información sobre el proyecto. Quizá Clara podría cenar con él una noche. Clara se quedó un momento callada y luego dijo que sería perfecto, pero era su obsesión y podría pasarse horas hablando del tema, de modo que tenía que prometerle que insistiría en hablar también de otras cosas.

—¿Adónde te gustaría que fuéramos? —preguntó Clara.

Peter iba a decir que a la cafetería del centro comercial, pero era más bien una hamburguesería, no un restaurante.

—¿Al Quentins? —se oyó decir.

Clara sonrió de oreja a oreja.

—Será un placer —dijo.

Fijaron también la fecha para la cena y Clara volvió al trabajo.

Peter sonrió para sí mismo. Después de todo, el día había empezado bien.

—¿Has encontrado trabajo? —preguntó a Amy aquella noche.

—Sí, gracias —contestó Amy.

—¿Puedo preguntar de qué?

Sabía que su tono había sido altanero y superior, no como debería haber sido si pretendía ganarse su confianza.

—Algo parecido al tuyo. Estoy trabajando en una tienda.

—Yo soy el dueño de mi tienda, Amy —dijo.

—Sí, y quizá algún día yo tenga una tienda también.

—¿Y qué vas a vender exactamente?

—Medias de malla y zapatos de tacón de aguja.

—¿Y hay suficientes mujeres que compren esas cosas?

—¿Quién ha hablado de mujeres, papá? Es una tienda para travestis, para la televisión, disfraces y cosas así.

—Claro —dijo Peter Barry a punto de marearse.

A Clara le sorprendió que Peter le propusiera quedar en el Quentins hacia las seis y media. Le parecía muy temprano. Habría preferido volver a su casa a ducharse y cambiarse de ropa antes de salir. Hacía mucho tiempo que no quedaba con un hombre para cenar. Pero al parecer Peter pensaba que era la hora adecuada, así que la aceptó. Probablemente tendría que volver pronto a su casa porque tenía una hija joven. En cualquier caso, se cambiaría de ropa en la clínica y estaría lista para salir en cuanto terminara el trabajo.

Durante el día se preguntó por qué había aceptado. Lo que solía responder era que tenía un trabajo tan agotador que se iba a dormir temprano, o daba a entender que había por ahí un misterioso personaje que le impedía aceptar citas. Pero Peter lo había planteado tranquilamente y de forma natural. Y qué demonios, una agradable cena en el Quentins era lo que necesitaba aquella fría noche de primavera.

Brenda Brennan los acompañó a su mesa. Había algunas ocupadas, y el ambiente era refinado y elegante. Clara miró a su alrededor. Ya había estado allí dos veces. Una con Alan poco antes de que se enterara de lo de Cinta. Se había levantado de la mesa en cuatro ocasiones para hacer llamadas urgentes. En aquellos momentos a Clara no le pareció raro.

Después había ido con su amiga Dervla la noche después de que el padre de ella, el sabio profesor de medicina, muriera. Dervla dijo que nunca volvería a haber nada espontáneo e inesperado en su vida, de modo que Clara le propuso ir a cenar a un restaurante de lujo. Había sido una buena terapia y mereció la pena pagarlo.

Peter Barry nunca había ido al Quentins. Todavía estaba sorprendido de haber propuesto un restaurante de los mejores. Clara era tan elegante que parecía sugerir un lugar como aquel. Se dio cuenta inmediatamente de que se había puesto una elegante

chaqueta de encaje y un vestido negro de seda. Estaba entusiasmada con la carta y pidió sardinas frescas seguidas de cordero.

Su conversación fue fácil desde el principio.

Peter le habló de su infancia en la farmacia de una ciudad pequeña, de la tardía relación sentimental de su padre, de cuánto habían cambiado las cosas, y no siempre a mejor. Su padre siempre había tenido cuatro sillas en la farmacia porque a las personas mayores les gustaba sentarse. Ahora él tenía en su farmacia una sola silla, y solo por si alguien se encontraba mal.

Le contó que su madre había sido amable y modesta. Si hubiera vivido más años, le habría sorprendido ver la cantidad de farmacéuticas que había en la actualidad. En su época era muy poco frecuente que las mujeres se licenciaran en farmacia.

—Qué bonito habría sido tener una madre modesta —dijo Clara con nostalgia—. La mía siempre estaba segura de que tenía razón, y todavía lo está.

—¿Y la tenía? —preguntó Peter.

—Ni por asomo —contestó Clara riéndose—. Pero también yo creo que tengo razón frente a mis hijas, aunque no hacen caso de ninguno de mis consejos.

Hablaron cómodamente de sus hijas y de sus dificultades con ellas.

Peter le contó que Amy había encontrado trabajo en una tienda para travestis que vendía corsés rojos de satén y zapatos de punta. Clara dijo que le gustaría que su hija Linda fuera tan audaz o que se pusiera a trabajar en lo que fuera. Parecía pensar que el mundo se lo debía todo. Charlaron de la clínica cardiológica y de que tenía que apoyarse en un programa de educación sanitaria adecuado. De que en la actualidad las farmacias tienen que vender cosméticos para sacar beneficios. Peter dijo que no había estudiado durante años para aconsejar a una madre sobre diademas rojas de terciopelo para la fiesta de cumpleaños de su hija.

Clara estuvo de acuerdo y dijo que había tenido que hacer un largo camino para llegar a donde estaba, y ahora que había llegado, pasaba demasiado tiempo en la administración del hospital hablando con Frank el cascarrabias, que se pasaba el día intentando desbaratar sus planes.

—Es tan tacaño, insiste tan desesperadamente en que se cumplan las instrucciones al pie de la letra, en lugar de prestar atención al espíritu de lo que hacemos, que también nosotros tenemos que dedicar mucho tiempo a pensar en maneras mezquinas de sobrellevarlo —dijo riéndose—. Ania, Hilary y yo tenemos una sesión de diez minutos cada mañana para pelearnos con él por quién paga el papel higiénico y el té. No me importa. Es tan infantil... Solo quiero seguir avanzando.

Peter la miraba con admiración. Rebosaba pasión y entusiasmo. En aquel momento se dio cuenta de que casi todo el mundo estaba marchándose y la camarera se acercó a su mesa.

—¿Les gustaría tomar el café en la barra? —preguntó muy amable.

—No, estamos bien aquí —dijo Clara antes de que Peter hubiera tenido tiempo de responder—. ¿No?

Miró a Peter para que se lo confirmara, pero no lo hizo.

—Creo que en la barra estará bien —dijo.

—Lo que tú digas —respondió, sorprendida.

—Mira, he reservado una mesa para la primera hora, así que la necesitarán para el siguiente turno.

—Claro, por supuesto —dijo inmediatamente.

—Quiero decir que es lógico. Cuesta casi la mitad del precio del menú normal —intentó excusarse.

Y de alguna manera la noche perdió parte de su brillo.

—Dervla, ¿es muy tarde?

—Claro que no, Clara. Son solo las nueve y media. Pensaba que tenías una cita.

—La tenía y he ido, pero ya he vuelto a casa.

—Sí que ha sido rápida —dijo Dervla.

—Pues sí.

—¿Te lo has pasado bien?

—La verdad es que sí, hasta el final, cuando me he enterado de que había reservado el primer turno en el Quentins porque es más barato.

—Clara, no es propio de ti juzgar a las personas por lo que gastan. Y en cualquier caso habrá tenido que pagar una buena pasta fuera cual fuese el turno.

—No lo sé... Pero me ha parecido un poco... No lo sé, la verdad.

—No te ha gustado. ¿Te ha sobado la rodilla?

—Sí me ha gustado y no me ha sobado la rodilla. Había pensado en invitarlo el domingo a comer. Las niñas no suelen estar en casa los fines de semana.

—¿Y se lo has dicho?

Dervla quería enterarse de todos los detalles.

—No, no se lo he dicho. He pensado que lo dejaré que espere un poco.

—¿Solo porque te ha invitado al turno barato?

—Sé que parece ridículo, y por eso te he llamado.

—Vamos, invítalo. Mañana a primera hora.

—¿Por qué?

—Porque siempre nos arrepentimos de lo que no hacemos, y casi nunca de lo que hacemos.

—¿Y eso quién lo dice?

—No lo recuerdo. ¿No fue Mark Twain?

—¿Debería abandonar ahora, justo cuando voy ganando?

—No vas ganando, Clara. Esa es la cuestión.

—Por Dios, Dervla, ¿qué voy a hacer contigo?

—Puedes trabajar sola hasta que te mueras —dijo Dervla.

Y colgó.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó Ania al día siguiente.

—Muy bien, Ania, muy bien. La comida fue exquisita y el restaurante muy elegante...

—Pero... —dijo Ania.

—Solo eso. Él estuvo encantador y muy educado. Soy una estúpida.

—Fuiste con ese atractivo señor Barry de la farmacia, ¿verdad?

—Sí. ¿Crees que es atractivo? ¿En serio?

—Sí, parece un actor de cine.

—Sí, puede ser...

—¿Y piensas quedar con él otra vez?

—Creo que sí. Voy a invitarlo a comer el domingo.

—Muy bien.

—¿Por qué crees que muy bien?

—Porque las historias de amor siempre son buenas —se limitó a responder Ania.

Pensó en Carl y sonrió para sí misma.

Clara se dirigió al teléfono antes de que cambiara de opinión.

—Peter, muchas gracias por la cena de ayer.

—Bueno, Clara, yo también lo pasé muy bien.

—¿Te gustaría venir a comer a mi casa el domingo? Podría cocinarte algo...

—Muy amable... ¿Y estarán tus hijas?

—Con un poco de suerte no. Te mandaré mi dirección por correo electrónico. ¿Te parece bien a la una?

—Muchas gracias, Clara —dijo en tono cálido.

Dervla tenía razón, por supuesto. Ahora se alegraba de poder volverlo a ver, en lugar de dedicarse a quejarse por una cita que había resultado no ser del todo perfecta.

—¿Papá?

—Dime, Amy.

Peter se alegraba de que su hija lo hubiera llamado.

—Sabes que siempre te enfadas cuando no te cuento las cosas.

Tenía que llamar, por supuesto, cuando había tres personas esperando recetas.

—Sí, pero ¿de qué estamos hablando?

—Me voy el fin de semana.

—Ya hablaremos más tarde.

—No podemos hablar más tarde, papá, porque me voy ahora. Volveré el domingo por la noche.

—¿Adónde vas?

—A Londres. Quieren que vea algún show de tiendas como la nuestra para que organice eventos en Dublín.

—¿Y con quién vas? —preguntó con voz débil.

—Perfecto, papá. Ya lo sabes. Nos vemos el domingo por la noche.

Y Amy colgó con el gesto de haberlo solucionado todo y de ser libre para ir a Inglaterra a explorar el curioso mundo de los fetiches y las perversiones sexuales.

Adi y su novio, Gerry, iban a ir a una manifestación el fin de semana, algo sobre preservar los árboles, así que por una parte ya estaba solucionado. Solo le quedaba enterarse de los planes de Linda.

Linda le dijo que no sabía lo que iba a hacer. No había concretado nada.

—Bueno, ¿podrías concretar algo, por favor? —le pidió Clara.

—¿Por qué?

Linda sintió que la estaba echando. Podría irse a comer a un sitio pijo si Clara se lo pagaba.

—He pensado que podría quedarme en casa —dijo tanteando el terreno.

—Bueno, entonces puedes comprarte algo y comértelo en tu habitación —sugirió Clara.

—¿Comprarme algo? —preguntó Lidia, escandalizada.

—Pues sí, Lidia. A pesar de lo que acordamos, no has pagado nada para esta casa en dos semanas. Sé que encontrarás un trabajo a tiempo parcial y contribuirás muy pronto, pero mientras tanto no esperes que cocine para ti.

—No, pero si no tengo trabajo, ¿cómo voy a comprar comida?

Era un misterio para Linda.

—Claro, es un problema. Tendrás que concentrarte, a ver si se te ocurre algo.

—¿Qué vas a hacer el domingo? —preguntó Linda, inflexible.

—He invitado a comer a alguien.

—Como si yo quisiera escucharte a ti y a cualquier otra vieja quejica hablando de la clínica...

—Perfecto. Entonces está claro que ya tienes planes, Linda.

—De acuerdo, mamá. Y por cierto, no es necesario que dejes la nevera vacía, no vaya a ser que me beba tu leche o me coma tu beicon...

—Siempre he pensado que quien evita la ocasión evita el peligro —respondió Clara alegremente.

Peter llegó con una botella de vino.

—Eres muy amable. ¿Quieres abrirla? —preguntó Clara pasándole el abridor.

—Me temo que el tapón es de rosca. Lo venden sin licencia, pero me han dicho que se puede beber —dijo.

—Claro. Personalmente, creo que todo el vino debería venderse con tapón de rosca —dijo Clara mientras colocaba un poco de salmón ahumado en una rebanada de pan integral.

—Creo que en el negocio del vino hay muchas cosas absurdas —dijo Peter—. La gente lo compra en función del precio. Si es caro, tiene que ser bueno. Es como en el cuento «El traje nuevo del emperador». Algunos vinos, como este, están muy bien y valen la mitad que los considerados buenos vinos.

Clara deseaba que dejara de hablar de dinero. Eran personas de mediana edad y de clase media. Ella era médica y él farmacéutico, tenían su casa en propiedad y podían permitirse pagar una botella de vino, por Dios. Pero sabía que debía calmarse.

La conversación volvió a ser fluida. Peter alabó su casa: era luminosa y ventilada, y el jardín íntimo y colorido. Clara le contó que el truco de los jardines era tener grandes arbustos que se mantuvieran solos y no necesitaran cuidados. Cogieron su vaso de vino y dieron una vuelta por el jardín mientras Clara le hablaba sobre las plantas.

—¿Plantas las semillas? —preguntó Peter.

—No, no tengo invernadero, ni estructuras para cubrir las plantas, ni nada de lo que se necesita para meterse en ese follón.

—Pero ¿no es mucho más barato? —preguntó.

—No si tienes que comprar un invernadero y pasarte el día y la noche clavando semillas —contestó Clara.

—Claro.

Peter se quedó pensativo. Sus amigos le habían dicho que tener un jardín costaba mucho dinero, así que se consolaba a sí mismo cuando subía la escalera de su casa.

—Si vuelves en verano, podremos sentarnos fuera y comer en este rincón —dijo Clara.

—Espero que en el verano sigamos siendo amigos —respondió Peter.

Comieron carne y empanada, y de postre queso. Clara abrió una botella de vino tinto. Cuando Peter le preguntó dónde la había comprado y cuánto le había costado, mintió y le dijo que no lo sabía, que se la habían regalado. Prefirió no decirle que había ido a una vinatería y había pedido un vino con cuerpo, elegante, quizá un burdeos, y había pagado en consecuencia. A Peter Barry le habría parecido un tremendo pecado, no un gesto generoso y hospitalario.

Peter habló de los representantes de las compañías farmacéuticas que iban a su farmacia a vender sus productos.

Clara le contó que era alentador ver que había gente que vivía tan bien después de haber sufrido un infarto. Pacientes que habían llegado hacía un par de meses aterrorizados y creyendo que la clínica era una especie de antesala al otro mundo ahora tenían confianza y podían arreglárselas por sí mismos. Él le contó que aquella semana había entrado un drogadicto en la farmacia, un chico totalmente fuera de sí que pedía que le entregaran morfina y antidepresivos. Empuñaba la pata de una silla como arma. Era delgado y estaba cubierto de costras. Peter lo llevó a la parte trasera y le mostró los cajones de seguridad, cerrados con llave. Le dijo al chico que se necesitaban tres llaves para abrirlos, pero que un compañero estaba comiendo.

—¿Qué hizo?

—Se lo creyó. Empezó a llorar y a temblar. Yo sabía que los demás habían llamado a la policía, así que lo único que tenía que hacer era mantenerlo allí. Le di un par de tranquilizantes y hablé con él. Pensó que estábamos esperando al compañero que había ido a comer. Al final llegó la policía. Fue muy triste.

—Quieres decir que también él tiene padres... —comentó Clara.

—Sí, alguien depositó en él grandes esperanzas, le dio lo mejor que tenía, y míralo ahora.

Parecía de verdad preocupado.

—Lo sé, pero no somos dioses. El otro día llegó un hombre con mareos y pulso irregular, así que Declan y yo decidimos que tenía que llevar un monitor Holter durante veinticuatro horas para comprobar su ritmo cardíaco. Se lo colocamos y le pedimos que volviera al día siguiente. Cuando imprimimos el informe, vimos que lo había desconectado justo antes de la medianoche. «¿Por qué lo desconectó?», le pregunté. «Tuve suerte, doctora. Ligué con una mujer muy guapa y volví a casa con ella. No pensará que iba a dejarme esa cosa sanguinolenta... Habría creído que era un bicho raro.»

—No debía de funcionarle tan mal el corazón cuando se las había arreglado para llevarse a una mujer a la cama a las once y media... —dijo Peter.

—Sí, bueno, no sabemos si le hizo bien o no. Se ofendió porque nos enfadamos mucho con él y no ha vuelto.

—¿Qué vais a hacer?

—Declan es el diplomático. Ya se le ocurrirá algo, créeme.

Hablaron de sus hijas. Amy informándose sobre prendas bondage en Londres, Adi abrazando árboles y Linda enfurruñada y amotinada. No era lo que ninguno de los dos esperaba cuando se convirtieron en padres.

—¿Quieres venir conmigo al teatro esta semana? En el Abbey han estrenado una obra —preguntó de pronto Peter.

—Estupendo. Precisamente esta mañana he leído una crítica —dijo Clara.

Dervla la llamó por teléfono aquella noche.

—¿Se ha marchado? —susurró.

—Hace horas —contestó Clara.

—Había olvidado que se va a dormir temprano —dijo Dervla.

—Bueno, lo he invitado a comer.

—Vale, vale. ¿Habéis hablado de la tercera cita?

—Vamos al teatro Abbey el miércoles —dijo Clara.

Dervla lanzó un aullido de placer.

—Así que es algo más que un experimento.

—No lo sé —respondió Clara con prudencia.

—¿Una aventura? No es realmente una aventura.

Dervla intentaba encontrar una definición.

—Soy un poco mayor para una aventura —dijo Clara.

—De acuerdo. Podemos llamarlo un lío. Clara tiene un lío con Peter...

—Dervla, eres idiota, de verdad... —dijo Clara riéndose.

—¡Es un lío! —gritó Dervla—. Queda oficialmente definido como un lío...

Amy llegó del aeropuerto agotada.

—¿Era interesante la ropa que has visto? —preguntó Peter.

Él y Clara habían decidido que debían mostrar cierto entusiasmo por la vida de sus hijas si no querían perderlas del todo.

—Papá, por favor.

Seguramente Amy pensaba que era patético.

Pero Peter insistió.

—Eres mi hija, Amy, y acabas de empezar a trabajar. ¿Tan mal te parece que me interese?

Amy seguía recelosa.

—Solo vas a decirme que es una pérdida de tiempo, que estoy tirando a la basura mis oportunidades y todo eso.

—Pues no iba a decir eso. Simplemente me preguntaba si habías visto cosas que podrías importar. Pero si te molesta, dejémoslo correr —dijo en un tono distinto al habitual.

Amy habló lentamente.

—Ha sido interesante, sí, pero creo que sería arriesgado gastar mucho dinero en algunas de las cosas que tienen allí: mucho cuero, esposas, ropa de dominatrix, ya sabes.

—Ya sé —asintió Peter muy serio.

—No es que no haya demanda, que la hay, pero la mayoría de nuestros clientes casi prefieren ir a Londres para que nadie los conozca. Bueno, es mi opinión, pero puedo equivocarme.

—Es una observación inteligente. Así que no has perdido el tiempo...

—No, para nada. Y he conocido a un chico muy majo en el avión de vuelta. Voy a salir con él mañana.

—¿Trabaja en el mismo sector?

—¿Ben? No, no. Ben es embalsamador.

—¿Cómo dices?

—Embalsamador, papá. Hasta tú tienes que saber lo que es. Ya sabes, cuando alguien muere, formol y todo eso...

—Claro, por supuesto, ese tipo de embalsamador.

—Como si hubiera otros tipos.

Amy fue a buscar un vaso de leche y una galleta. La hostilidad parecía haber quedado atrás.

Clara estaba sentada leyendo cuando entró Linda.

—¿Ya se ha ido? —preguntó.

—Sí, hace mucho rato. Lo hemos pasado muy bien. Queda un poco de carne y de empanada si quieres calentártelo.

—Pensé que no ibas a darme de comer, que era la nueva norma.

Era evidente que Linda se sentía herida por la injusticia.

—Quería decir que no tenías que dar por sentado que iba a darte de comer, pero siempre puedo ofrecerte algo, ¿no?

No tuvo que decirlo dos veces. Linda había metido ya el plato en el microondas.

—¿Y quién era tu amiga? —preguntó Linda.

—¿Quién?

—La mujer que ha venido a comer.

—Es un hombre. Peter Barry. Es farmacéutico.

—¿En serio? ¿Y qué dice la señora Barry al respecto?

—Muy poco. Murió hace doce años.

—¿Un viudo? Bah.

—Exacto.

—Solo una cita.

—La verdad es que no.

—¿Vas a volver a verlo, mamá?

—Sí, el miércoles iremos al teatro.

—¿No crees que Adi y yo tendríamos que conocerlo antes? —dijo Linda haciendo un gesto admonitorio con el dedo e imitando la forma de hablar de Clara.

—Acábate la empanada y friega el plato antes de que vuelvan los vegetarianos y se enfaden.

A la mañana siguiente, cuando Clara entró en la clínica, vio que Hilary había llegado ya y estaba ocupada con el papeleo. Recordó que hacía tiempo habían pactado de broma ingeniárselas para que Linda y Nick, el hijo de Hilary, se conocieran. De ahí surgiría el matrimonio perfecto, pero tenían que hacerlo por su cuenta.

Ni se le ocurrió hablar con Hilary de algo así en aquellos momentos. Seguramente se quedaría perpleja. Desde que había muerto su madre era como una piedra, no daba conversación y respondía lo más brevemente posible. Hilary seguía culpándose a sí misma de la muerte de su madre y de las heridas que había sufrido el inocente conductor. Por muchas que fueran las decisiones y los veredictos de la investigación, ninguna la dejaba satisfecha. Trabajaba todavía más horas que Clara, pero su alma no estaba allí. Era como si trabajara para no pensar en la gravedad de lo sucedido.

Pero quizá recordaría el nombre de aquella peluquera a la que había ido. Le había quitado años de encima.

Clara quería parecer más joven el miércoles por la noche.

Kiki observó el pelo de Clara con interés.

—Es muy fuerte y brillante para su edad —dijo por fin.

—Gracias —dijo Clara con frialdad.

—Quiero decir que era usted la que quería un estilo más juvenil. Lo único que le digo es que ya es bastante juvenil.

Era evidente que estaba diciendo la verdad.

Clara sonrió.

—Sí, pero es un pelo para ir al trabajo. Quiero un peinado para salir por la noche.

—¿Va a algún sitio? —preguntó Kiki con los ojos iluminados.

—Voy al teatro —respondió Clara.

—¿Estará en el escenario?

—No, estaré en el público, pero me gustaría parecer más joven. ¿Es posible?

Clara era consciente de que su voz sonaba nerviosa.

—Tiene unas orejas bonitas —dijo Kiki—. ¿Tiene pendientes buenos?

—Pues sí, los tengo.

—Perfecto. Lo haremos más corto, a la altura de las orejas, y cambiaremos un poco la forma. Es lo que quiere, ¿verdad? Un cambio.

—Supongo que sí. De acuerdo, adelante, cámbiame.

Kiki se encogió de hombros. Las personas mayores estaban bastante locas últimamente. Hubo un tiempo en que se hacían una permanente dos veces al año, y eso era todo. Ahora querían una nueva imagen, maquillaje y todo lo demás. Y como solía decir su jefe, mejor para el negocio.

—Le lavaré el pelo, señora —dijo Kiki.

Más tarde le tendió un espejo para que Clara viera su nuevo estilo desde todos los ángulos. Le gustó mucho.

—Gracias, Kiki. ¿Y qué quiere decir exactamente con eso de que tengo las orejas bonitas?

—Son pequeñas y están bien perfiladas y pegadas a la cabeza —explicó Kiki.

—Pero ¿no las tiene casi todo el mundo pegadas a la cabeza? —preguntó Clara bajando la voz.

—No, señora, está muy equivocada. Algunos que vienen tienen unas orejas que parece que vayan a echar a volar. Puede sentirse orgullosa de sus orejas, señora. Y enséñelas.

—Gracias, Kiki.

Clara se preguntaba por qué nadie le había dicho nunca nada de sus orejas. La gente no prestaba atención.

Peter le dijo que estaba estupenda.

—¿Te has hecho algo? —le preguntó.

—Me he cortado el pelo —respondió Clara directamente.

—Qué orejas tan bonitas tienes —dijo Peter con admiración.

Estuvo a punto de hacer una broma, pero vio en su cara que la admiración era real.

—Gracias, Peter —contestó.

Y se dirigieron a sus butacas.

Y así siguieron durante las semanas siguientes. Peter le proponía salir dos veces por semana, y Clara se lo proponía a él una. Un día lo llevó al zoo, y él la llevó al circo. Desde la comida en casa de Clara, evitaron invitarse a casa. Demasiados jóvenes merodeando. Destruiría la tranquilidad de sus citas. No se prometieron nada, ni se comprometieron a nada, ni siquiera planearon nada. Era simplemente una relación que se ajustaba a la conveniencia de los dos.

No podían tardar en resolver el tema del sexo.

Los besos de despedida eran cada vez más largos e intensos. Eran demasiado mayores para aquel sinsentido. Ambos eran libres. Pero ninguno de los dos quería ser el primero en proponerlo por miedo a que todo cambiara. Y entonces Amy comentó que ella y Ben iban a ir a una conferencia.

—¿Una conferencia de embalsamadores? —preguntó Peter.

—Claro que no.

—¿De fetiches?

—Hacemos otras cosas además de trabajar, papá. Vamos a un seminario de escritura creativa, para que te enteres.

—Muy bien. ¿Y estaréis fuera todo el fin de semana?

Esperaba que su hija no notara la alegría en su voz. Había llegado el momento. Aquel fin de semana invitaría a Clara a quedarse en su casa.

—No dormiré en casa el sábado —dijo Clara a sus hijas.

—Oh... ¿El viudo? —preguntó Adi.

—¿Es la primera noche? —quiso saber Linda.

—No seáis ridículas —dijo Clara bruscamente—. Estoy teniendo el detalle de contaros mis planes. La próxima vez no me tomaré la molestia.

—Yo también tengo buenas noticias, mamá —dijo Linda—. He encontrado un trabajo, así que te pasaré dinero a partir de la semana que viene.

—Estupendo, Linda. Bien hecho.

—Venderé CD y DVD. No es un trabajo de jornada completa.

—Claro que no. ¿Te gustará?

—Bueno, no será tan malo —dijo Linda a regañadientes.

—La verdad es que no tiene nada que ver con tus estudios —objetó Adi.

—Claro, se supone que una licenciatura en arte son estudios... No habrías encontrado trabajo si no hubieras añadido un título de maestra a tus estudios.

—Al menos iba a trabajar y contribuía en la casa —dijo Adi bruscamente.

—Y yo voy a hacerlo ahora, así que cállate.

Clara pensó que sería un alivio salir de allí y estar con el tranquilo y poco exigente Peter. Esperaba que todo fuera bien. Hacía mucho tiempo que no hacía el amor. Decían que eso nunca se olvida, que es como ir en bicicleta, pero nunca había hecho el amor con nadie aparte de con el cabrón de Alan. Ojalá hubiera aceptado algunas de las ofertas que había recibido en los últimos años. Habría practicado algo.

En lugar de un camisón, metió en la bolsa unas bragas negras muy caras. Era ridículo estar tan nerviosa a su edad, pero lo estaba.

Peter se había esmerado mucho en su casa. Lo había limpiado todo a fondo, y había colocado dos jarrones con flores en dos mesitas. Para cenar había preparado salmón ahumado y pollo al estragón. Había ensayado la receta del pollo tres veces hasta que estuvo seguro de que le salía bien. Lo serviría con arroz salvaje y ensalada. Y como postre, fruta fresca y queso.

Miró a su alrededor y le gustó lo que vio.

Cuando Clara llegó, dejó la bolsa en el vestíbulo y entró haciendo grandes halagos.

—Qué sitio tan ideal para vivir, muy céntrico —dijo.

Peter le sirvió un jerez helado del frigorífico. Clara vio lo mucho que se había esmerado. Era conmovedor.

—Me alegro de que te guste el jerez. Estaba a mitad de precio en el supermercado, pero es muy bueno —dijo.

¿Por qué había tenido que decirle que estaba a mitad de precio? Lo mismo sucedió con el pollo. La receta decía estragón fresco, pero era muy caro y la mayor parte se desaprovechaba, así que seco era perfecto y podía guardarse durante mucho tiempo. Y lo mismo con el queso. Se podía pagar una fortuna por un brie francés cremoso, cuando había brie irlandés estupendo y lo único que había que hacer era dejar que se curara.

Deseaba con toda su alma que no le contagiara aquellos trucos para ahorrar. Pero quizá era su manera de hacer las cosas, así que le siguió la corriente. En realidad había pagado mucho dinero por su bolso de piel, pero le dijo que había sido una ganga.

—Lo vi en una pila de artículos en oferta —le dijo.

A Peter se le iluminó la cara. Estaba de verdad encantado con ella. Acarició el bolso.

—Es perfecto —dijo—. ¿No fue fantástico que lo descubrieras? Merece la pena buscar.

Clara sintió que se había anotado puntos por algo tan trivial y poco importante. Sí, eso era exactamente: trivial y poco importante. No permitiría que algo así les arruinara la

noche.

Y la noche acabó muy bien y con tanta naturalidad como si llevaran mucho tiempo siendo amantes. Peter le dijo que era guapa, y Clara le dijo que era excitante. Él admiró sus bonitas bragas negras, y ella se quedó dormida con el brazo alrededor de su cuello. Por la mañana le sorprendió despertarse en el pequeño dormitorio, en una cama que no era ni individual ni doble, sino algo a medio camino. Peter le llevó un zumo de naranja y un café a la cama, y volvieron a hacer el amor.

Fueron a un concierto al aire libre y compraron un picnic. Pasearon a lo largo de las rejas de St. Stephen's Green, donde los domingos los pintores exponían sus obras. Luego volvieron a casa de Peter y se dieron otra vuelta por el dormitorio.

—Te quiero, Clara —le dijo el domingo por la noche, cuando se disponía a volver a su casa.

—Yo también te quiero —dijo Clara.

¿Estaba segura? Se lo preguntaba mientras conducía de regreso a casa aquella alegre noche.

Seguramente sí.

Se había acostumbrado tanto a no querer a nadie después de Alan que la palabra le resultaba extraña. Peter era un hombre bueno y cariñoso que la quería y la admiraba. Parecía feliz de estar con ella todo el tiempo, noche y día. ¿Por qué no iba a gustarle algo así?

Habría debido conocer a su hija, y él a las suyas. Y a sus amigos. Así suelen hacerse las cosas. Pero por alguna razón Clara sentía que le gustaría mantenerlo reservado para ellos un poco más. Una especie de escape, un refugio en el que no pudiera inmiscuirse el resto del mundo.

Cuando llegó a casa, sus dos hijas y el omnipresente Gerry estaban sentados a la mesa de la cocina.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Adi.

—¿Los dos tortolitos?

Linda quería que se lo confirmara.

—Sí, lo he pasado muy bien, gracias. ¿Y vosotros?

—Muy interesados por lo que os traéis entre manos, mamá —dijo Linda sonriendo.

—Bueno, lo que es seguro es que no me traigo nada entre manos, y parece que lo que estás haciendo es piratear CD.

Clara miró el ordenador, en el que Linda había estado copiando discos.

—No exactamente...

—No solo es ilegal, sino que seguro que te echan del trabajo —dijo Clara secamente.

Se llevó una jarrita de leche a su habitación. Allí se preparó una taza de té y llamó a Dervla.

—No puedo esperar —dijo Dervla—. Philip está furioso conmigo. Me he pasado todo el día en la luna, preguntándome cómo te iba.

—La verdad es que muy bien.

—¿Y habéis...?

Dervla se detuvo.

—¿Qué?

Clara quería que lo dijera.

—¿Habéis... hecho eso?

—Por Dios, Dervla, y luego criticamos a nuestros hijos porque son infantiles.

—Clara Casey, ¿sí o no?

—Sí, lo hemos hecho, tres veces. ¿Ya estás contenta?

—Qué alivio, de verdad. Pensaba que ibas a hacerte monja.

—No me creo que estemos teniendo esta conversación —dijo Clara.

—Yo tampoco. ¿Cuándo vamos a conocerlo?

Clara conoció primero a Amy. Peter le pidió que fuera a su casa a tomar algo.

A Amy le sorprendió que su padre hubiera invitado a una mujer a tomar una copa de vino. Se preguntaba cómo sería. Seguramente muy seria, con el pelo gris y con gafas. Hablaría sobre la importancia de ir a la universidad. Le sorprendería el trabajo de Amy y le horrorizaría que Ben fuera embalsamador. Pero su padre se había portado bien con Ben cuando había ido a su casa, aunque estaba nervioso, de modo que lo mejor que podía hacer Amy era ser educada con aquella mujer.

Se quedó pasmada cuando la vio. Elegante, arreglada y bien vestida. Ni pelo gris ni gafas, sino un bonito corte de pelo y un buen maquillaje. ¿Aquella mujer estaba saliendo con su padre? Amy se quedó totalmente confundida.

Amy había preparado unos canapés de queso, pero deseó haber hecho algo un poco más elaborado. Parecían lo que eran, queso fundido untado en un cracker. Pero Clara pareció encantada y se comió varios.

A Clara le interesó mucho la tienda en la que trabajaba Amy. Dijo que tenía una amiga con los pies muy grandes y que quizá podría encontrar allí zapatos elegantes. Dervla siempre se quejaba de que los únicos zapatos grandes que encontraba eran botas ortopédicas.

Amy se lo tomó muy en serio.

—Sí, por supuesto que tenemos zapatos que podrían servirte, pero adviértele que son con interminables tacones de aguja. Ya sabes que los travestis no quieren parecer la mujer del párroco, necesitan mucho glamour.

Clara asintió y dijo que era prudente advertírselo a Dervla, que era ya muy alta y quizá no sabía andar con tacones de aguja.

Clara habló también amablemente con Ben, como si se hubiera pasado la vida conversando con embalsamadores. Comentaron que era necesario quitar los marcapasos si iba a incinerarse al muerto. A veces olvidaban decir que el fallecido llevaba un marcapasos, pero Ben dijo que solía buscar la cicatriz. Explicó que la gente, en general, siempre pensaba que el pelo y las uñas seguían creciendo después de muerto, pero no era así. Era solo que la piel se contraía y las uñas parecían más largas.

Peter estaba desconcertado. Él nunca había hablado durante tanto tiempo y de forma tan amigable con Ben. Ahora resultaba que el chico estaba muy preparado en su extraño oficio y trataba a los muertos con respeto y dignidad.

Clara se levantó.

—Tengo que marcharme. Voy a llevar al cine a una compañera de trabajo —dijo.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Peter un poco avergonzado.

—Imposible. Mi amiga Hilary ha estado muy deprimida últimamente por la muerte de su madre. Vamos a ver una película para mujeres, muy romántica. No te gustaría nada, Peter, de verdad. Te veo esta semana.

Y los dejó boquiabiertos mientras corría escalera abajo y salía del centro comercial.

—He invitado a mi amigo Peter a cenar el sábado —comentó Clara—. Voy a cocinar salmón, y me encantaría que estuvierais aquí.

—¿Se va a anunciar algo? —preguntó Linda.

—No lo creo, a menos que tú tengas algo que decirnos, Linda.

—Muy graciosa —dijo Linda—. Era solo una pregunta.

—¿Gerry está invitado? —preguntó Adi.

—Por supuesto. Gerry es parte de la familia.

—¿Habrá algo que pueda comer, que podamos comer nosotros?

—Sí, y los demás comeremos salmón.

—¿Cómo tenemos que llamarlo, mamá? —preguntó Adi.

—Se llama Peter.

—Entonces ¿no lo llamaremos papá?

Linda no se daba por vencida.

—No, Linda, no lo llamaréis papá. Te las apañas para recordar el nombre de Cinta cuando vas a ver a tu padre, así que estaría bien que recordaras el de Peter.

—¿Se quedará a dormir? —preguntó Adi.

—No, Adi.

—¿Tenemos que arreglarnos? —preguntó Linda.

—No, Linda, basta con estar aquí hacia las siete para recibirlo.

Se quedaron boquiabiertas cuando vieron a Peter. Tenía mucho mejor aspecto de lo que habían pensado. ¿Un farmacéutico? Debería haber sido viejo y encorvado, pero era alto y atractivo, con una alegre sonrisa.

Le preguntó a Adi sobre la enseñanza, charló con Gerry sobre verduras ecológicas e incluso consiguió que Linda le prometiera enseñarle a utilizar un iPod. Le hicieron preguntas personales, que contestó sin rodeos. Era viudo desde hacía mucho tiempo, tenía una hija que pensaba que era un viejo carca, no viajaba mucho, pero ese año pensaba pasar unos días en Italia, alquilar un coche, conducir por el otro lado de la carretera y pasarlo bien.

—¿Irás tú también, mamá? —preguntó Linda.

—Sí, claro —contestó Clara como si fuera lo más natural del mundo.

Cuando se iba a marchar, Peter besó a Clara en la mejilla y le dijo que había pasado una noche maravillosa y que se verían al día siguiente, como habían quedado.

Esperaron hasta que oyeron cerrarse la puerta del jardín y todos se volvieron locos. Era fantástico, guapo como una estrella de cine, y muy divertido. ¿Cómo se las había arreglado su madre para cazarlo?

Y Clara se fue a la cama muy contenta.

Lo peor ya había pasado. Habían conocido a sus hijas, así que todo lo demás sería coser y cantar.

La primera en enterarse fue la madre de Clara.

Había llamado inesperadamente el domingo, y las chicas le dijeron que su madre había salido con un guaperas, un tipo con cazadora de pana. Era evidente que se trataba de una aventura en toda regla.

—No me habías dicho nada.

Desde el otro lado de la línea le llegaba el tono reprobatorio de su madre.

Clara tenía muchas cosas que hacer, pero hizo algo mejor que cortar a su madre.

—No, estaba esperando a que pudiéramos comer con tiempo para hablar del tema en lugar de contártelo de prisa y corriendo por teléfono —empezó a decir, acercando su agenda.

Ahora tendría que quedar con su madre.

—¿Dónde te parece? —preguntó enseguida su madre.

—Pensaba que en el Quentins estaría bien. —Clara buscó qué tarde no le iba mal. Quizá el viernes—. Mamá, el viernes te lo contaré todo.

Y colgó apesadumbrada.

—Clara, ¿estás bien? —preguntó Hilary.

—La verdad es que no. Tengo que comer con mi madre mientras me interroga sobre mi vida sexual.

—¿Lo hará?

—No directamente, por supuesto. Ya sabes cómo son las madres... —Clara deseó haberse mordido la lengua—. Oh, Hilary, soy una imbécil. Perdóname. No me he dado cuenta.

—No pasa nada, Clara. No es importante.

—Claro que lo es. Sé lo mucho que darías por poder volver a comer con tu madre.

—Quizá no. Podría ser uno de sus días malos, pensar que soy su sobrina, el cartero o el fontanero —dijo Hilary riéndose con pesar.

Clara pensó que parecía llevarlo un poco mejor. No mucho, pero un poco sí.

—Gracias, Hilary. No te merezco.

Hilary observó que Clara había escrito Quentins en la página de la agenda del viernes.

—Querida, vas a tirar la casa por la ventana con tu madre. Nada menos que el Quentins.

—Mejor que no se lo diga a Peter. Se volvería loco al pensar en el gasto.

—Es prudente, ¿verdad? —preguntó Hilary.

—Yo lo llamaría sensato —contestó Clara riéndose.

—Pareces feliz —dijo Hilary con admiración.

—Casi me da miedo decirlo, pero creo que lo soy —confirmó Clara.

Alan llamó una media hora después.

—Me he enterado de que tengo que felicitarte —dijo.

—Eso está muy visto, Alan. ¿Qué intentas decirme?

—Intento decirte que las niñas me han contado lo de tu amigo y que me alegro por ti. Eso es todo —dijo en un tono que parecía ofendido.

—Gracias, Alan. ¿Es todo o hay algo más?

—Bueno, pensaba que me contarías algo sobre él, dónde lo conociste, cuáles son vuestras intenciones...

—¿Y por qué demonios crees que iba a comentar esas cosas contigo?

—Somos amigos, Clara... —empezó a decir.

—No somos amigos. Nos peleamos prácticamente por todo.

—Eso es porque eres muy poco razonable.

—Adiós, Alan.

Volvió a llamar inmediatamente.

—Me has colgado. Es intolerable.

—Tienes razón, es intolerable. Estoy intentando trabajar, así que no voy a permitir que te quejes y lloriquees por cualquier cosa solo porque no tienes nada que hacer.

—No, por favor, escúchame.

—Tengo una cola de gente esperando para hablar conmigo, Alan. Tendrás que perdonarme.

Volvió a colgar sin contemplaciones.

Sin duda Peter lo había conseguido: había alejado la enorme y apabullante sombra de Alan Casey.

Clara conoció al hermano y a la cuñada de Peter, y a algunos amigos. Todos ellos fueron simpáticos y acogedores con ella. A su vez, Clara presentó a Peter a su amiga Dervla, y a Hilary, a Ania y a Declan, de la clínica. Todos se acostumbraron a que Peter pasara a recoger a Clara después del trabajo e incluso que le llevara la comida y comiera con ella. Sabían que iban a ir a Italia juntos y en general a todo el mundo le parecía bien.

Como no podía ser de otra manera, su madre se mostró pesimista.

—Diría que lleva demasiado tiempo solo para adaptarse a él —fue su veredicto en cuanto abrió la boca mientras se abalanzaba hacia las ostras del Quentins.

—Solo el tiempo lo dirá, mamá —dijo Clara en tono cansino.

—No, lo dirá el sentido común, pero me temo que no te queda demasiado.

—¿No es un restaurante precioso? —preguntó Clara.

—No me extraña, con estos precios.

—¿Quieres conocer a Peter o no? —preguntó Clara.

—Las mínimas normas de cortesía dirían que deberías presentarnos, pero...

—Pero tampoco me queda demasiada cortesía. ¿No era eso lo que ibas a decir?

—Querida Clara, deja de fruncir el ceño. Si ese hombre es tan encantador, no querrá salir con alguien tan cascarrabias.

—De acuerdo, mamá, sonreiré de oreja a oreja.

Por desgracia, esbozó la sonrisa justo cuando el capullo de Frank, el director del hospital, acababa de verla desde el otro lado del comedor, de modo que pensó que le sonreía a él. Se dirigió a ella inmediatamente.

—La encantadora doctora Casey —dijo tendiéndole la mano.

No podría haber llegado en peor momento. Su madre alzó la cabeza.

—¿Es usted Peter? —preguntó.

—No, señora, soy Frank.

—Dios mío, ¿otro? —dijo su madre, atónita.

Clara apretó los dientes.

—Esta es mi madre. Mamá, Frank Ennis. Frank dirige el hospital con puño de hierro.

—No exactamente —respondió Frank con una sonrisa que daba a entender que era justo lo que hacía—.

—Ha tenido un bonito detalle con su hija invitándole a comer —dijo a la madre de Clara.

¿Podría su madre quedarse callada? No, por supuesto que no podría.

—Ay, pobre de mí, Frank. El detalle es de Clara, que nada en la abundancia. Yo soy una pobre viuda.

Frank miró a Clara complacido. La había pillado. Clara había peleado con él euro a euro, céntimo a céntimo, por su sueldo y el de sus empleados, y su madre decía que nadaba en la abundancia. Clara sintió el irracional deseo de darle a su madre tal guantazo que la tirara de la silla, pero la vida consiste en guardar las apariencias, así que logró vencer la tentación.

Clara y Peter estaban decididos a marcharse unos días, y estaban echando un vistazo a folletos de viajes y al mapa de Italia cuando entró Amy. Charló con ellos un momento y pareció interesarse por sus planes.

—Yo también me marcharé esos días. Ben y yo iremos a Chipre —comentó.

—Estupendo —dijo Clara.

Y sacaron el mapa para ver dónde estaba Ayia Napa.

—¿Sabes qué, Clara? —preguntó Amy observándola desde debajo de su gran flequillo enmarañado.

—¿Qué?

—Si quieres quedarte a pasar las noches con mi padre en esta casa, por mí no hay problema.

Peter se puso rojo como un tomate. Clara supo que tenía que salvar la situación.

—Es muy generoso por tu parte, Amy. Te doy las gracias de verdad, y si alguna vez es muy tarde para que vuelva a mi casa, me encantará hacerlo, pero en este momento no supone un gran problema.

—Bueno, no en este momento, pero cuando volváis de Italia podéis verlo de otra manera, porque os habréis acostumbrado a compartir una habitación. Solo quería que supieras que por mí es perfecto.

Las vacaciones fueron todo un éxito. Pasaron un par de días en Florencia, otro par en Venecia y después un fin de semana tranquilo junto a un lago. El último día Peter le pidió que se casara con él.

Clara no lo esperaba.

—¿Te importa que me tome un tiempo antes de decirte que sí? —le preguntó amablemente.

Se dio cuenta de que sí le importó. Esperaba que le dijera que sí al momento. Le resultaba muy difícil ver su cara de decepción. Para aquel hombre, un hombre habituado a hacer las cosas a su manera, como había adivinado su madre, era duro cambiar sus costumbres de toda la vida, pero no iba a decir que sí bajo una pérgola de flores italiana junto a un lago. Tenía que volver a casa y pensar en la vida que llevarían juntos. Aquella noche Peter se levantó y fue a sentarse a la ventana con la expresión triste y los hombros caídos. No dijeron una palabra en el camino de vuelta a casa.

Nada más llegar a Dublín, Clara dijo que tenía que volver a su casa a preparar su ropa para el trabajo.

—No es importante. Estás huyendo de mí.

—No, no estoy huyendo de ti. Me has hecho una maravillosa pregunta, y ahora que hemos vuelto al mundo real te prometo que voy a pensarlo con detenimiento.

—¿Cuándo lo habrás pensado? —preguntó.

—Pronto, Peter, de verdad.

—Pero ¿ni siquiera podemos hablar de lo que te frena? ¿El lugar donde vivir, nuestro trabajo, las niñas?

—No, no es nada de eso. Simplemente tengo que hacerme a la idea.

—Supongo que sabías lo que siento.

—No pensé que incluía casarse.

Hablaba con sinceridad, y Peter se daba cuenta.

—Sé que no te fue bien la primera vez...

—No, no es eso. Aquello acabó hace tiempo.

—Pues dime lo que es, te lo suplico, Clara.

—Pronto —respondió.

—¿Nos llevaremos a Dimples de excursión? —preguntó Fiona a Declan.

—¿En qué estás pensando? ¿En cruzar Europa en el Orient Express? —preguntó Declan sonriendo con cariño.

—Quizá algún día, pero tenemos que acostumbrarlo poco a poco. ¿Qué te parece un paseo por Killiney Beach para empezar?

—¿Cómo iremos?

—En tren. Venga, vayamos. ¿El sábado?

—Pensaba poner al día el papeleo.

—Prepararé estupendos bocadillos de pollo. Y otro para Dimples. Por favor...

—Bueno, de acuerdo. No puedo resistirme a un perro y a un bocadillo de pollo.

—Eres muy agradable, Declan Carroll. ¿Serás un buen viejecito?

—Algún día —prometió Declan.

El médico pelirrojo, la chica guapa y el enorme labrador parecían una familia feliz mirando por la ventana del pequeño tren. A Dimples le encantó Dalkey, el lugar donde se bajaron. Estaba lleno de olores interesantes y gente con perros pequeños. Dieron una vuelta observando las casas y los jardines.

—Imagínate a Bobby Walsh y a Rosemary viviendo en un sitio como este todos estos años —dijo Declan—. Uno se imagina que solo por vivir aquí ella debería ser más agradable, pero no...

—Esa mujer no tiene un pelo de agradable —confirmó Fiona.

Entonces vieron el mar y Dimples ladró entusiasmado.

En White Rock descendieron hasta la playa por un sendero pedregoso y pasearon por Killiney Beach. Las montañas flanqueaban la bahía, y otras personas habían elegido la misma excursión para pasear a sus perros y lanzarles palos. Se saludaron amablemente, y luego se sentaron en una roca y se comieron los bocadillos. Dimples vio un pájaro y lo siguió hasta la orilla.

—Vaya, ha estado a punto. Casi lo caza —dijo Fiona llevándose consternada una mano a la boca.

—No, Dimples no hace esas cosas, aunque los pájaros son muy rápidos e inteligentes. Siempre se escapan.

Observaron a Dimples ladrando muy alterado en la orilla. El pájaro descendió en picado, quizá para reírse del perro gordo, así que Dimples se lanzó decidido al agua tras él. Y de pronto tuvo problemas: las olas no lo dejaban salir, le costaba mantenerse a flote y empezó a asustarse.

Fiona, que estaba descalza, entró en el agua corriendo. Gritó a Declan que no se le ocurriera ir, que estaba todo controlado, aunque no lo parecía. Se había metido ya en el agua hasta la cintura cuando atrapó el collar de Dimples y lo arrastró.

Dimples salpicó a todos los que estaban a su alrededor con sus tremendas sacudidas y después estornudó ocho veces seguidas.

Declan ni siquiera se había mojado los pies.

—Yo no he hecho nada —admitió—. Aún no puedo nadar.

Fiona había luchado para ayudar a Dimples y no le había importado calarse hasta los huesos. Lo había protegido. Declan nunca la había querido tanto y nunca se había sentido tan inútil.

—Has salvado a Dimples —dijo Declan.

—Bueno, se me ha ocurrido esa brillante idea. No iba a dejarlo morir, ¿verdad?

Fiona estaba temblando, y sin pensárselo dos veces se quitó los vaqueros, los calcetines y las bragas rosa, y se envolvió en la manta que habían llevado para sentarse. Se la sujetó alrededor de la cintura con el cinturón, se sentó en la playa de guijarros y se bebió la media botella de vino que habían llevado para el picnic.

—Creo que me lo merezco —dijo alegremente.

—Fiona.

—Dime.

—Fiona... Te parecerá raro que te lo diga ahora... pero...

—Pero no debería desnudarme así en la playa. No volveré a hacerlo. Solo quería quitarme la ropa mojada.

—No, no iba a decir eso. Nada que ver.

—¿Qué ibas a decir?

Lo miró con los ojos entrecerrados por la débil luz del sol, ya seca gracias a la manta con la que se había envuelto.

—Iba a preguntarte si quieres casarte conmigo —dijo del tirón.

—¿Casarme contigo, Declan? —preguntó Fiona, totalmente sorprendida.

—Bueno... sí. Es lo que más quiero en el mundo.

Casi le daba miedo mirarla a los ojos por no encontrar lástima, ridículo o alguna manera de decirle amablemente que no.

Fiona se quedó en silencio.

—Sería muy bueno contigo y te cuidaría. Te quiero, Fiona, con todo mi corazón.

—¿Casarnos? —preguntó—. Quieres decir casarnos, como las personas mayores...

—Dime que sí, por favor.

Declan observaba el rabo de Dimples, que golpeaba la playa. Seguía temiendo mirar a Fiona a los ojos.

—Declan —dijo ella en voz baja.

Declan alzó la mirada. Fiona sonreía.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca. Me encantaría casarme contigo. Lo deseo con todo mi corazón.

Declan dio un salto, la arrastró por los pies y la besó durante tanto rato que Dimples se preocupó y empezó a dar vueltas a su alrededor ladrando nervioso. Si alguien hubiera observado la escena, habría visto la manta cayendo de la cintura de la chica y a los dos jóvenes sujetándola como si les fuera la vida en ello.

Al volver a la clínica, todos dijeron a Clara que tenía un aspecto estupendo, bronceada y relajada.

—Y dispuesta a trabajar —amenazó—. Vamos, decidme qué ha pasado.

Se lo contaron.

Por supuesto, la única novedad era que Declan y Fiona iban a casarse.

Habían intentado no decir nada, pero todo el mundo se dio cuenta de que algo se traían entre manos. Al final Barbara se lo había conseguido sacar. ¿Habían hecho planes o no? Cuando admitieron por fin que más o menos, todos se volvieron locos.

Declan y Fiona protestaron en vano y comentaron que no había anillo y que no habían fijado la fecha. Era la primera historia de amor entre compañeros de trabajo y todos la explotaban al máximo. Ania corrió a comprar vino espumoso y Lar disponía de datos sobre bodas que debían tener en cuenta y recordar. También compraron una postal, que Clara tenía que firmar. Habían esperado a que volviera para pasársela. Hilary se había puesto melancólica, porque recordaba los tiempos en que era joven y estaba enamorada. Bobby Walsh dijo que era una noticia fantástica y que Rosemary estaría encantada, pero lo cierto fue que nadie se lo creyó. Johnny consiguió no decir que de ahí no podría salir nada bueno. Y Lavender se ofreció para hacer el pastel de boda y advirtió que tenían que decírselo con tiempo, en cuanto fijaran la fecha.

Luego Bobby se había puesto peor y había vuelto a cuidados intensivos, donde todo el mundo afirmó que era brillante porque conocía toda su medicación. Los apabulló con sus conocimientos. Se había recuperado de nuevo y volvía a la clínica cada semana.

—Es gracias a Declan —dijo Clara.

Kitty Reilly había descubierto a un nuevo santo llamado san José de Cupertino, que al parecer era el último grito curando a gente. Repartía folletos sobre él a todos los que estaban en la sala de espera. Fiona había dicho en broma que el pobre padre Pío debía de sentirse muy abandonado en el cielo ahora que la señora Reilly había cambiado de santo, así que Kitty había llegado con toda una nueva remesa de medallas del cura para que no se sintiera ofendido.

A Lar le había dado por interrogar a los que estaban en la sala de espera para enterarse de algo nuevo de cada visita, y los molestaba. Uno de los perros de Judy Murphy se había roto una pata al cerrarse una puerta de golpe, y la pobre Judy cargaba con él al veterinario cuando se encontró con Declan, que se la entablilló. Y más tarde el veterinario le dijo que jamás había visto una pata mejor entablillada y que si Declan se cansaba de los torpes, aburridos y malhumorados seres humanos, siempre encontraría trabajo con los animales y con los mejores amigos del hombre.

Lavender había llevado a un famoso cocinero a una de sus charlas. Johnny había conseguido un espacio semanal en una cadena de televisión haciendo ejercicios cardiovasculares. Tim, el guardia de seguridad, se había enamorado de Lidia, la compañera de piso de Ania, e iba a ir con ella a Polonia para conocer a su familia.

—¿Y qué me dices de ti, Ania?

—Sin novedad. Sigo trabajando duro y dando gracias a Dios cada noche por haberte conocido y haber cambiado tanto mi vida.

—¿Y sigues ahorrando para la casa de tu madre?

—No te creerías cuánto he ahorrado, Clara. Trabajo en la lavandería de la madre de Declan y voy a limpiar a esa residencia a la que Hilary pensaba llevar a su madre. Son

muy amables... Creo que la señora Cotter se parece a ti.

—Muy bien —dijo Clara—. ¿Y Carl Walsh sigue dándote clases de inglés?

Ania miró al suelo.

—Sí, sí —contestó—. Pero no hay esperanzas. Me temo que no.

—Pero si tu inglés es estupendo... —dijo Clara.

—Sí, claro, estoy aprendiendo inglés. En eso no hay problema —dijo Ania.

Y entonces Clara cayó en la cuenta de que lo que Ania quería decir es que no había esperanzas para ella con el atractivo Carl Walsh. Tampoco a Clara le habría gustado enfrentarse a la tremenda señora Walsh. Bobby era un gatito, pero la señora Walsh... había que tener nervios de acero con ella.

—Si estuvierais en pie de igualdad, podrías tener grandes esperanzas.

—¿Cómo?

—Es una expresión. Significa que...

—Sé lo que significa: si fuéramos iguales —dijo Ania.

—Exactamente. Pero por culpa de su madre quizá no las tengas.

—Bueno, en cualquier caso está bien que pienses que podría haber habido esperanzas.

Clara nunca había sido de esas mujeres que cuentan sus problemas a las amigas y los analizan meticulosamente. Le gustaba cotillear con Dervla O'Malley, pero por lo demás se guardaba sus asuntos para sí misma. En su momento no había comentado con nadie que iba a casarse con Alan Casey. Quizá debería haberlo hecho. ¿Y por qué mezclaba a Peter con Alan, aunque estuviera pensándolo para sí misma? Eran totalmente diferentes.

Dervla era una buena confidente y muy astuta.

—¿Te ha pedido que te cases con él? —preguntó.

Estaban tomando un café en el club de golf de Dervla. Era uno de los pocos lugares en los que estaban seguras de que nadie las molestaría.

—Sí, la última noche —admitió Clara.

—¿Voy a tener que sacártelo o vas a decirme qué le contestaste?

—¿Qué piensas de él, Dervla?

—No me ha pedido que me case con él, y me temo que si lo hiciera, a Philip no le gustaría nada.

—Hablo en serio. ¿Qué piensas?

—Creo que parece hecho a medida.

—No siento que me falta la respiración.

—Pero, Clara, date cuenta de la edad que tienes. Si fueras por ahí con palpitaciones de quinceañera, sería como para preocuparse.

—Así que crees que debería aceptar...

—¿Estás loca? ¿Quieres que te aconseje? ¿Que te aconseje a ti, Clara? Vale, de acuerdo. Creo que si te conformas con Peter, tendrás a un compañero agradable, feliz y tranquilo que te quiere. ¿Qué hay de malo?

—Las palabras «conformarte con». Eso es lo que hay de malo —respondió Clara.

—Por Dios, ni el diablo conseguiría complacerte, Clara Casey.

—¿Te conformaste tú con Philip?

—Sabes que sí. No pude conseguir al tipo que me volvía loca. Tenía que casarse por dinero y lo hizo. Y después conocí a Philip y desde entonces doy gracias a Dios cada día.

—Pero ¿sin chispa? —preguntó Clara.

—No sé lo que es la chispa —contestó Dervla riéndose.

—Por supuesto que lo sabes —insistió Clara.

—Bueno, sé lo que era, claro, pero creo que se apaga a partir de los veinticinco años.

—¿Y después simplemente nos conformamos?

—Es muy cómodo, no te sientes sola y es menos probable que acabes llorando —dijo Dervla.

—Quizá tengas razón —dijo Clara.

Y no volvieron a hablar del tema.

Aquella tarde se descubrió a sí misma hablando con Nora Dunne, la alta y eficiente mujer de Aidan Dunne, que tanto había ayudado a su marido a que recuperase la salud y las fuerzas.

—Doctora Casey, he venido a agradecerle su ayuda —le dijo—. Debería haber confiado en usted desde el principio. Aidan y yo tenemos toda una nueva vida por delante. Y quiero también pedirle disculpas por haberle hecho perder el tiempo con mis preocupaciones y mis quejas.

—No, no, por favor. Estaba usted en estado de shock —dijo Clara tranquilizadora.

—Es que es el amor de mi vida. Pienso en él cada día desde que amanece hasta que me voy a dormir. Me pregunto qué piensa sobre esto y lo otro, pienso en cosas que contarle. Creo que me volví un poco loca cuando oí la palabra «infarto».

—Hoy en día puede controlarse. No pretendemos convencer de que se ha superado del todo, pero si se controla pueden hacerse grandes cosas.

—Ahora lo sé, doctora Casey, pero me temo que la posibilidad de vivir sin Aidan me nubla la mente. Lo conocí muy tarde en la vida. Lo único que tiene sentido es saber que va a estar conmigo muchos años.

—Lo entiendo.

—Creo que sí lo entiende. En la clínica me han dicho que también usted tiene un nuevo amor y que ha ido a Italia con él. No se enfade... Estaba impaciente por pedirle disculpas personalmente. Los he vuelto locos. Me dijeron que estaba de vacaciones...

—No tiene que pedirme disculpas, señora Dunne, lo que sucede es que me sorprende que le contaran que estaba de vacaciones con un hombre. Es verdad, pero no suelen decir nada, al menos sobre mi vida privada.

—Toda la culpa es mía. Por favor, no les culpe a ellos. No dejaba de molestarlos. Creo que al final se dieron por vencidos.

Clara la miró. Nora Dunne parecía atrapada en una gran pasión. Nora volvió a hablar.

—Me alegré mucho cuando me enteré de que también usted tenía un gran amor en su vida, porque así entendería el terror a perderlo, la necesidad de estar con alguien que te vuelve casi loca. Si a Aidan le pasara algo, no querría seguir viviendo. Creo que también mi corazón dejaría de latir junto con el suyo. Ahora no podría soportar un día o una noche sin él, sin ver su querido rostro. Y pensé que si usted, doctora, estaba en la bella Italia con un hombre al que ama, entonces su corazón lograría perdonarme.

Clara la observó, pero no veía a la mujer que estaba frente a ella. Miraba a través de ella. Lo que veía era una vida conformándose con Peter, una vida de gangas, ofertas especiales y artículos a mitad de precio, una vida con compañía, sin soledad, sin riesgos y sin libertad de espíritu.

—Me ha hecho un gran favor viniendo aquí hoy. Debo hacer algo que estaba aplazando, pero ahora lo tengo claro y lo haré esta misma noche —dijo.

Nora Dunne miró hacia atrás confundida mientras salía del edificio y se metía en el coche.

Peter contestó al interfono cuando Clara llamó al timbre de la portería. Pareció muy contento de verla.

Clara subió la escalera apesadumbrada.

—¿Abro una botella de vino para celebrarlo?

—No, a menos que quieras celebrar que vas a librarte de mí —dijo en tono amable.

Por un momento Peter se quedó demasiado impactado para responder, pero enseguida reaccionó.

—Pero ¿por qué, Clara, por qué? Nos llevamos muy bien. Amy te quiere y yo quiero a tus hijas...

—Peter, ¿sabes lo que es la chispa? —preguntó.

—No entiendo lo que me quieres decir.

—No importa.

—Puedo aprender —dijo esperanzado.

Era encantador. Clara estaba totalmente loca, como había estado loca cuando se casó

con Alan.

Pero el amor loco y apasionado existía. Lo había visto en la clínica hacía menos de una hora. Estaba en algún lugar. Sin conformarse con nada, sin replanteárselo. Peter dijo que debían esperar antes de tomar una decisión, pero Clara ya se había decidido.

—¿Podemos ser amigos y amantes de vez en cuando? —preguntó.

—No, no funcionaría —contestó Clara—. Piensa en todo lo bueno que supone, Peter, que es mucho. Y me alegro de que hayamos llegado a este punto, que no nos quedáramos sin intentarlo. Siempre lamentamos lo que no hacemos, no lo que hacemos.

—Entonces quizá lamentarás no haberte casado conmigo —dijo.

—Te casarás con alguien, Peter, y serás un buen marido.

—¿Y tú?

—Yo creo que no. Me gusta demasiado ser un espíritu libre.

Lo abrazó como si abrazara a un hermano y se marchó.

Bajó la escalera y salió del concurrido centro comercial antes de que Peter hubiera podido añadir algo. En la joyería de la esquina había muchos anillos en oferta. Supo sin necesidad de preguntar que Peter seguro que había pasado por allí y quizá incluso ya había elegido uno. Pero alzó la cabeza y siguió caminando con una determinación que hacía mucho tiempo que no sentía.

Cuando Vonni fue a recoger su correo, vio que tenía una carta de Fiona. Era raro, porque había tenido noticias de ella hacía solo una semana. Le había contado su historia con un tal Declan Carroll, un médico de la clínica en la que trabajaba que había tenido un accidente de coche, pero que estaba recuperándose. Quizá en aquella carta le contara que se habían prometido. Vonni esperaba que así fuera.

Su pequeña tienda de artesanía estaba vacía. Se sentó y se sirvió una taza de espeso café griego muy dulce y abrió la carta. Fiona no le contaba que se hubiera prometido, aunque decía que la relación iba tan bien como siempre. Lo que Fiona quería decirle era que a unos gemelos realmente excéntricos de diecisiete años les gustaría mucho encontrar un trabajo de cualquier tipo en Grecia para las vacaciones de Semana Santa.

Le decía que ni todos los genealogistas e historiadores del mundo podrían explicar quiénes eran. Seguramente sus verdaderos padres estaban en algún sitio, habían nacido en una familia de quiero y no puedo, pero desde hacía años Muttie y su mujer, Lizzie, les ofrecían un hogar en Saint Jarlath's Crescent.

Eran brillantes y divertidos. El chico esperaba ser abogado y la chica quería ser maestra. Eran agradables y podrían cargar cajas o ir al mercado con Vonni. También podrían fregar los platos para Andreas. No pretendían ganar dinero, sino simplemente pagarse las vacaciones y adquirir un poco de experiencia laboral.

Acababa diciendo:

Espero que puedas encontrarles algo, Vonni. Pese a todos los dramas y desastres que viví allí, me gusta el lugar y siempre pienso en él y en ti con enorme afecto.

Con todo mi cariño,

FIONA

Vonni lo pensó un segundo, sacó papel y empezó a escribir.

Querida Fiona:

Mándame a los gemelos. Estaré encantada de conocerlos. Las gallinas murieron de viejas y no he tenido energía suficiente para sustituirlas, de modo que la casa de las gallinas, como solías llamarla, está vacía. La limpiaremos, llevaremos dos camas y podrán dormir allí. Diles que vengan en un barco nocturno —Ayia Ana es maravillosa al amanecer—, dales la dirección de mi casa y me ocuparé de ellos.

Pensaba ir a echarla al buzón inmediatamente, pero sonó el timbre de la puerta y echó un vistazo para ver quién era. Era Takis, su abogado.

Takis entró en la tienda y miró a su alrededor.

—¿Estamos solos, Vonni?

—Parece que vengas a contarme secretos de Estado.

—No, pero es un tema privado.

—Dispara, Takis.

—Tu hijo está en prisión preventiva en Inglaterra.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Un fraude con el IVA o algo así.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—No puede pagar la fianza. Es bastante dinero, porque temen que se escape.

—¿Y cómo te has enterado, Takis?

—Bueno, como hiciste testamento dejándoselo todo a él, he tenido que controlar dónde estaba, por si morías y tenía que localizarlo. Lo de menos es lo que piense yo de que esa sea tu última voluntad...

—¿Y Stavros te ha pedido que hables conmigo? —dijo esperanzada.

—No, Vonni. Ni siquiera sabe que estoy al corriente.

—¿No ha preguntado por mí?

—No.

—Pero me ocuparé de su fianza, por supuesto.

—Temía que quisieras hacerlo.

—¿Temías?

—Mi contacto dice que va a escaparse.

—Bueno, si se escapa, que se escape. Debo darle esta oportunidad. Se la debo.

—No le debes nada.

—Es lo que dices tú, pero yo lo veo diferente. Me pasé su infancia borracha y desquiciada. Le debo más de lo que podré pagarle nunca.

—Es demasiado, Vonni. Tendrás que ir a Inglaterra, porque no van a aceptar que lo pague un anónimo desde el extranjero.

—Pues iré, claro que iré —dijo.

Takis le hizo una reverencia y se marchó. Lo que le habría dado él al chico habría sido una patada en el culo. Pero ya se sabe cómo son las madres.

Fiona fue a ver a los gemelos con la carta de Vonni.

—Qué nombre tan raro —dijo Maud.

—Para una irlandesa —completó Simon.

—Creo que se llama Veronica —explicó Fiona—. Es del oeste de Irlanda.

—Tienes que haberle dicho que somos estupendos si va a ocuparse de nosotros y a dejarnos un sitio para alojarnos —comentó Maud un poco abrumada.

—Solo es un gallinero, pero tienes razón. Les dije que podía confiar en vosotros.

—¿Cómo sabes que podrá confiar en nosotros? —quiso saber Simon.

—Porque el jefe de policía de la isla, Yorghis, es muy amigo mío, y os encerraría inmediatamente si no fuera así.

—Ah, vale —dijo Simon.

—Entonces tendremos que ser de toda confianza —añadió Maud.

—Y cuando salierais de la cárcel, si consiguierais salir algún día, iría a vuestra casa y os pegaría con un bastón hasta que sangrarais por haberme hecho quedar mal.

—¡Vaya! —exclamó Simon.

—¡Por Dios! —dijo Maud.

—¿Declan te tiene mucho miedo? —preguntó Simon.

—Eso espero —respondió Fiona sonriendo—. ¿Cómo vais a ir?

—Hemos conseguido un vuelo barato a Atenas...

—Y dices que hay barco dos o tres veces al día...

—Así que cogeremos el autobús al Pireo...

—Y el barco a Ayia Ana...

—Y recorreremos la calle Veintiséis de Marzo...

—Y la tienda de Vonni está a la derecha subiendo la colina.

Fiona los miró perpleja. Se preguntaba qué pensaría de ellos la gente de Ayia Ana.

Vonni y Andreas estaban tomando un café junto al puerto.

—Voy a tener que marcharme unos días dentro de poco —dijo Vonni.

A Andreas no se le ocurrió preguntarle por qué. Ya se lo contaría ella si quería. Le habló tranquilamente de su hijo Adoni, que había vuelto de Chicago para ayudarlo en la taberna, y ahora, por supuesto, pretendía comprarse media isla. Andreas sacudió la cabeza. Hoy en día los jóvenes nunca tenían bastante. Siempre querían más, y más, y más.

—Lo sé, Andreas. Lo sé muy bien.

Y se quedó callada.

Andreas se preguntaba si aquel viaje tendría algo que ver con su hijo.

—Así que quieres que me ocupe un poco de los chavales irlandeses...

—Si tengo que marcharme mientras estén aquí, te lo agradecería mucho. Basta con

que les eches un ojo para asegurarte de que no traen gentuza al gallinero, que por cierto está precioso. Por favor, vuelve a darle las gracias a Adoni por haberme enviado a sus hombres para limpiarlo.

—Me alegré de que lo hiciera en lugar de dedicarse a abrir un hotel de cincuenta habitaciones. Te lo digo de verdad.

A Andreas le horrorizaba tanto atrevimiento y tanta temeridad.

—He hablado con Fiona. Me llamó anoche y me dijo que estaban deseando venir. Imagínate tener su edad y ver esta bonita isla por primera vez... —Contempló el puerto y las colinas rojizas y sonrió—. Fiona me ha dicho que su novio le ha pedido que se case con él. Está muy contenta. Parece un buen hombre.

—Cuando te vayas, Vonni, no tardes mucho en volver —dijo Andreas.

Había sido buena idea aconsejarles que llegaran al amanecer. Cuando al día siguiente el barco entraba en el puerto, Maud y Simon contemplaron la isla apoyados en la barandilla y localizaron los puntos de referencia que les había indicado Fiona. Aquel gran edificio blanco debía de ser el Anna Beach Hotel, y el enorme edificio sobre la colina era sin duda el hospital.

Muttie había dicho que debían llevarle a Vonni una botella de whisky irlandés, pero Fiona le dijo que rotundamente no, que sería lo último que le gustaría recibir, así que llevaron una tarta típica irlandesa metida en una caja de lata.

A los gemelos les daba un poco de miedo conocer a Vonni. Fiona ya les asustaba bastante, pero aquella mujer era mucho mayor, seguramente estaba loca y había pintado un gallinero para que se alojaran.

Fiona les dijo que tenían que hacer todo lo que ella les pidiera, cualquier cosa, incluso cargar con bandejas desde un mercado en la colina. Quizá Vonni les pidiera que repartieran folletos de su tienda a los domingueros. Fiona les había vuelto a advertir que se enteraría de todos sus movimientos, porque estaría en contacto permanente con el jefe de policía, Yorghis.

Le tenían tanto miedo que apenas se atrevían a pronunciar su nombre.

El puerto era fantástico, con mujeres mayores vestidas de negro que salían del barco con jaulas de gallinas y cestas de la compra en las manos, familias que se encontraban y se saludaban, y la música procedente de una cafetería.

—Ya sabes, es enfrente de... —empezó a decir Maul.

—La estatua del centro —concluyó alegremente Simon.

Recorrieron con sus mochilas a la espalda la calle Veintiséis de Marzo y encontraron la casa de Vonni. Llamaron a la puerta, preguntándose qué tipo de persona aparecería.

Vonni era muy bajita y enjuta, con el pelo largo recogido en una trenza. Tenía la cara arrugada, pero su sonrisa era luminosa.

—Me da la impresión de que necesitáis un buen desayuno. ¿Qué os apetece?

—Avgá, si puede ser... —dijo Simon.

—O lo que sea, de verdad —dijo Maud educadamente.

—Avgá, por supuesto. Veo que habéis aprendido griego.

—No mucho más. Solo he aprendido diez palabras, y de comida... de comida que podemos permitirnos —admitió Simon.

—Ay, si hubierais estado aquí cuando tenía mis estupendas gallinas, habrías probado avgá buenísimos —dijo Vonni—. Pero hacemos lo que podemos con los huevos de la tienda.

—¿Podemos ayudarte en algo?

Maud quería dejar claro que podían ser de gran ayuda.

—No, que habéis pasado toda la noche en el barco. Id a dejar vuestras cosas en el gallinero, aunque debería dejar de llamarlo así.

—Podría volver a ser un gallinero cuando nos marchemos —dijo Maud para tranquilizarla.

—No, no lo creo. Mis amigos me dicen que el año que viene debería alquilar vuestra habitación. Estoy quedándome atrás porque hay otras tiendas de artesanía más grandes y mejores que la mía.

—Te ayudaremos todo lo que podamos... —ofreció Maud.

—Para que recuperes la posición que te corresponde —dijo Simon.

Fiona tenía razón. Hablaban como si estuvieran representando una comedia disparatada pero maravillosa.

Muttie pasó por la casa de los Carroll, en Saint Jarlath's Crescent. Declan estaba saliendo hacia el trabajo.

—Dile a tu guapa prometida que ha sido estupendo que encontrara alojamiento para Maud y Simon. Han llamado para decir que llegaron sanos y salvos, y que Vonni es fantástica.

—Me alegra escucharlo.

A Declan le gustaba informar de tan buenas noticias.

—Dicen que la isla es como un paraíso. Quizá Fiona y tú podríais ir de luna de miel —sugirió Muttie.

—Todavía no ha aceptado que fijemos la fecha. Sigue diciendo que tenemos tiempo por delante.

—Es una chica muy sensata —dijo Molly Carroll en tono aprobador—. La fortuna te sonrió el día en que pusiste tus ojos en ella por primera vez.

Hablaba con satisfacción, como si hubiera recorrido personalmente tierra y mar hasta encontrarla.

—¿Y por qué se marchó de aquí Fiona? —se interesó Muttie.

—Fue hace un par de años. Se marchó con un grupo de amigos —dijo Declan.

Fiona le había contado que tenía un novio y que las cosas entre ellos acabaron mal, pero pareció tensa e incómoda cuando lo comentaba, de modo que Declan dejó correr el tema. Le daba la impresión de que irían de luna de miel a cualquier sitio menos a Ayia Ana, donde vivían muchos buenos amigos, pero que había sido también escenario de demasiados dramas y sufrimientos.

Fiona se alegró mucho de que la aventura griega fuera tan bien. Le hizo recordar la isla y a todos los amigos que había hecho allí. Envío dos postales. Una a David, en Inglaterra, el amable judío que tan bien se había portado con ella aquel verano y cuyo padre había muerto, de modo que al final convenció a su madre de que vendiera el negocio familiar, del que él nunca había querido ocuparse.

Querido David:

Dos amigos míos de diecisiete años están «trabajando» con Vonni y pasándose como nunca. Dicen que han restaurado la casa de las gallinas y que ahora hay cinco cafeterías en el puerto. Todos nuestros amigos están allí. ¿No fue mágico?

Me he enamorado, esta vez de la persona adecuada, y es real. Me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí. ¿Cómo te va a ti?

Con cariño,

FIONA

Queridos Tom y Elsa:

No puedo dejar de pensar en Ayia Ana porque dos amigos míos adolescentes han ido un par de semanas y están ayudando a Vonni. Recuerdo los fantásticos días y noches que pasamos allí. Estoy segura de que California es igual de bonita.

He conocido a un hombre maravilloso, un médico de la clínica cardiológica en la que trabajo, y vamos a casarnos. Supongo que es como descubrir la realidad cuando antes solo has conocido sucedáneos. En todo caso, cuando fijemos la fecha del gran día, os invitaré...

Con cariño,

FIONA

—No sé cómo me las arreglaba antes de que los gemelos llegaran —dijo Vonni a Andreas y a Yorghis—. Son muy curiosos y anticuados, pero están deseando hacer lo que sea. Los llevé a Kalatriada y vimos todas aquellas cajas de una tienda que estaba cerrando. Eran demasiadas para traerlas en el autobús, así que Simon volvió al pueblo y fue a buscar a Maria, que vino a recogerlos en coche. Al atardecer lo teníamos todo en casa. El chaval es demasiado brillante para ser abogado.

—Que no te oiga Takis —dijo Andreas riéndose.

Como de costumbre, Takis, que estaba dando su paseo nocturno por el pueblo, pasaba por allí.

—Que no oiga ¿qué? —preguntó.

—Estaba hablando mal de tu profesión —dijo Andreas riéndose con su hermano Yorghis.

—Vaya, Vonni, precisamente a ti quería verte. ¿Recuerdas los papeles de los que te hablé? ¿Puedo llevártelos a tu casa esta noche?

—No, Takis. Tengo en casa a dos chicos irlandeses. ¿Puedo pasar yo por la tuya?

—Claro —contestó.

Y Takis siguió paseando.

Andreas y Yorghis intercambiaron miradas. Seguro que tenía algo que ver con el viaje de Vonni, pero como ella no iba a decirles nada, no hicieron preguntas.

—¿Y qué pasa ahora? —preguntó Vonni a Takis aquella noche.

—Les he comunicado que el dinero de la fianza está disponible.

—¿No has dicho de quién era? —preguntó Vonni, nerviosa.

—No, pero esa es la cuestión. No pueden aceptar un montón de dinero en efectivo sin saber de dónde viene. Podría ser dinero negro o procedente del tráfico de drogas. Así que tenemos que decir quién eres.

—Cuánto lío por nada. El dinero es de mi hijo. Yo se lo cedí —dijo Vonni.

—Tienen que hacer las cosas legalmente, y Stavros no sabía que tenía ese dinero, así que parece lógico que sospechen si surge de la nada.

—Sí, supongo. ¿Qué tengo que hacer?

—Hay algunas formalidades.

—¿Voy a verlo?

—Pues no... no... mientras siga en prisión preventiva, pero cuando pagues la fianza, por supuesto que podrás verlo. Quiero decir que querrá darte las gracias —dijo Takis sin demasiada convicción.

—No es necesario que me dé las gracias —dijo Vonni—. Es lo que haría cualquier madre.

Vonni dijo a los gemelos que tenía que ir a Inglaterra por negocios.

Simon fue al Anna Beach a meterse en el ordenador y le reservó un vuelo barato desde Atenas.

—¿Quieres ir a Irlanda, ya que estás allí? —preguntó.

—No, gracias, Simon. Solo a Inglaterra —respondió Vonni.

—Mejor que esperes a que nosotros estemos en Irlanda para que te recibamos —dijo Maud dándole la razón—. Y vendrás para la boda de Fiona y Declan, ¿verdad?

—Sí, pero seguramente Vonni tiene sus amigos y conocidos.

—No quiero hablar del tema —cortó Vonni.

—¿Te ayudo a hacer las maletas? —se ofreció Maud—. Podría planchar o lo que prefieras.

—No, solo voy a llevarme cuatro cosas. Equipaje de mano. Lo que podríais hacer, y sería de gran ayuda, es ir a comprarme el billete de barco, subir al hospital y decirles que estaré fuera unos días, pero que vosotros les echaréis una mano.

—¿Y tenemos que decirles cuántos días estarás fuera?

Simon quería estar preparado.

—Solo un par de días. No estoy del todo segura... —dijo Vonni.

—Entonces diremos... —dijo Simon.

—Que estarás fuera el tiempo que necesites —concluyó Maud.

Vonni sonrió agradecida. Era mucho más fácil marcharse ahora que los gemelos podrían ocuparse de su tienda y de su casa.

Bajaron al puerto para despedirse de Vonni. Allí estaba también Andreas con sus grandes botas de piel. Había comprado un trozo de queso y aceitunas por si Vonni había olvidado llevarse comida.

—Que te vaya bien, Vonni. Vuelve pronto —le dijo.

Maud y Simon observaban con interés.

—¿Vonni y tú tenéis una amistad especial? —preguntó Maud.

—Sí, eso es, una amistad muy especial.

—¿Alguna vez has pensado en casarte con ella? —preguntó Simon.

—Sí, pero no era el momento oportuno. Debería haberlo pensado y habérselo pedido antes. Cuando se me ocurrió era demasiado tarde.

Andreas pareció ausente por un momento, pero enseguida se animó.

—Tengo una idea. Mi hermano Yorghis va a venir a cenar esta noche, cuando cierre la comisaría. Podríais venir vosotros también, y así lo conoceréis.

—¿Yorghis?

—¿El jefe de policía?

—¿Tu hermano?

Los gemelos parecían delincuentes internacionales en búsqueda y captura.

Andreas miraba a uno y a otro.

—Sí, vive solo, como yo. Solemos cenar juntos y contemplar las luces de la ciudad.

—¡Por favor, Andreas, no hemos hecho nada malo!

—El día que tiramos el puesto de naranjas, pasamos horas recogiendo y limpiándolas. El dueño se quedó muy contento y...

—... y cuando fuimos a nadar al puerto, no sabíamos que no era el lugar adecuado, por los barcos, y pedimos perdón una y otra vez, y el jefe del puerto dijo *típota*, que significa que no pasa nada... —explicó Simon, muy nervioso.

—Por favor, no llames a Yorghis —suplicó Maud.

—No queremos que le lleguen quejas sobre nosotros —añadió Simon.

—Porque Fiona nos matará. Dijo que nos pegaría con un bastón hasta que sangráramos —añadió Maud con los ojos desorbitados.

—¿Eso dijo Fiona? ¿Fiona? —preguntó con expresión desconcertada.

—Sí, ¿la conoces?

—La conozco. Estuvo aquí un verano. Pero no parecía el tipo de persona que pegaría a alguien hasta matarlo. Más bien todo lo contrario...

—¿De verdad? —preguntó Maud, muy sorprendida—. A mí siempre me ha parecido terrorífica.

—Y Declan, el hijo del amigo de Muttie, parece muy nervioso por complacerla.

Hacía ya rato que Andreas no entendía la película que estaban montándose los gemelos.

—En fin, Yorghis llegará hacia las ocho —dijo volviendo al tema.

—Si no te importa...

—La verdad es que preferiríamos...

—En adelante tendremos más cuidado...

—Con los puestos de naranjas y los puertos.

—No tengo ni idea de lo que estáis diciendo —dijo por fin Andreas—. Os espero en la taberna a las ocho.

Querida Fiona:

Te escribimos solo para contarte que ayer noche conocimos a tu amigo Yorghis, el jefe de policía. Que quede claro que fue una reunión social. Resulta que es el hermano de Andreas, el dueño de la taberna. Cenamos con él ayer. Yorghis fue muy amable y no le interesó en absoluto nuestro incidente con las naranjas. El jefe del puerto no había dicho nada de que nadamos donde no debíamos, así que creemos que no hay problema.

Estamos pasándolo muy bien y no podemos agradecerte bastante que nos hablaras de esta maravillosa isla. Cuesta creer que el gallinero fue alguna vez un gallinero. Tiene

una ventana en el tejado, y cuadros y láminas en las paredes. Las gallinas debían de estar muy cómodas.

La gente dice que eras muy tranquila cuando estuviste aquí, pero quizá todos cambiamos. Están todos muy contentos de que vayas a casarte.

No te preocupes por nada. Nuestro encuentro con Yorghis fue solo social y nos cantó canciones después de la cena, cosa que no habría hecho si hubiera algún problema.

Vonni ha ido a Inglaterra por negocios, de modo que estamos ocupándonos de la tienda. María, una joven viuda, viene a trabajar cada día para hablar en griego con la gente, pero nos ocupamos sobre todo nosotros.

Gracias de nuevo. Con cariño,

SIMON y MAUD

Fiona había olvidado totalmente que había amenazado a los gemelos con pegarles y con la ira del jefe de policía de Ayia Ana, de modo que se extrañó al leer la carta. Y como casi todos los que trataban a Simon y a Maud, sintió que no terminaba de entenderlos. Solo una cosa le sorprendió. ¿Vonni había ido a Inglaterra por negocios? No tenía ningún negocio en Inglaterra. ¿Por qué había ido Vonni a Inglaterra?

En el pequeño hotel en el que se alojó Vonni la recibieron muy amablemente. Les dijo que nunca antes había estado en Inglaterra.

—¡Imagínense! ¡Con lo cerca que está de Irlanda! Pero cuando era muy joven, me casé con un griego y me marché al Mediterráneo. E Inglaterra no quedaba muy cerca.

La pareja que llevaba el hotel se mostró muy interesada.

—¡Qué vida tan aventurera! —exclamaron asombrados.

—Quizá demasiado —dijo Vonni con tono triste.

—Bueno, le podemos indicar cómo ir a algunos lugares interesantes —comentó la mujer dándose cuenta de su tristeza.

—No. El único lugar interesante que necesito que me indiquen es la cárcel —dijo Vonni.

Entonces le dijeron que había un autobús que dejaba directamente en la puerta y no le preguntaron nada más. Se limitaron a volver a llenar sus tazas de té.

Una pareja tranquila. Había tenido suerte de encontrar aquel hotel.

A la mañana siguiente, en la parada del autobús, observó a gente corriente haciendo cosas corrientes. Las chicas iban a trabajar a tiendas, las mujeres llevaban a los niños al colegio y los hombres, con rostro preocupado, miraban el reloj.

Era gente con familia, hombres, mujeres y niños que vivían una vida normal. No iban con un maletín lleno de billetes a ver a un hijo que llevaba décadas alejado de ellos con la intención de pagar una fianza para que saliera de la cárcel. No estaban atormentados y angustiados como ella. Sabían lo que les iba a deparar el día, mientras

que ella no tenía ni idea de lo que iba a suceder.

La clínica cardiológica iba viento en popa. Frank Ennis pasó por allí para decirles que en una revista estadounidense habían publicado un estupendo artículo sobre ellos. Al parecer en la clínica habían tratado a la mujer de un periodista estadounidense que estaba pasando tres meses en Dublín y había sufrido un infarto, y la habían tratado de manera excepcional. Frank Ennis siguió señalando el artículo y diciendo que aquella publicidad no podía comprarse con dinero.

Clara se alegró, pero no se quedó impresionada. Era lo que intentaban hacer con todo el mundo. No tenía más valor porque lo hubieran hecho con la mujer de un periodista.

—Al menos dice que la clínica estaba limpia, ventilada y bien equipada, Frank —dijo Clara—. Si hubiera estado como tú querías, habría sido una pocilga.

Hilary observaba a Frank, que por un momento pareció derrumbarse. Hilary empezaba a pensar que el interés de Frank por Clara no era meramente profesional. Se lo dijo a Clara, y esta se rió a carcajadas solo de pensarlo.

—¡Frank! —gritó horrorizada—. Antes me meto a monja para el resto de mi vida.

Hilary insistió.

—Llama para saber si estarás aquí, y no se molesta en venir si no estás.

—Tendrás que estudiar un poco más si quieres ser detective privado o psicóloga —dijo Clara riéndose.

En aquel momento pasó Kitty Reilly, rebosante de fervor religioso.

—Creo que en esta clínica hay demasiadas risas —dijo en tono reprobatorio.

—Nunca nos reímos de nuestro trabajo, Kitty —se disculpó Clara.

—Pero en vuestro tiempo libre Hilary y tú podríais haber rezado diez oraciones en lugar de estar riéndoos, y pensad el bien que habrían hecho.

—Lo sé, Kitty, seguramente tienes razón, pero después de las oraciones está bien reírse un poco, ¿no te parece?

Fiona se había tapado la boca con la mano para controlarse.

Estaba contándole la historia a Barbara en la sala de tratamientos.

—A veces esta clínica es mejor que trabajar en un circo —comentó Barbara—. ¿Por qué has fruncido el ceño?

—No se me ocurre qué está haciendo Vonni en Inglaterra. No conoce a nadie allí aparte de a David. Ojalá supiera qué está haciendo.

Stravros compartía celda con el escocés Jacky McDonald, que también estaba allí por un malentendido. Tenían poco en común, aparte de la injusticia de que los hubieran encarcelado y de no tener a nadie que les pagara la fianza, de modo que los dos se quedaron muy sorprendidos cuando Stavros se enteró de que había una firme posibilidad de que llegara el dinero para que lo liberaran.

—¿Quién podría ser? ¿Tu padre? —preguntó Jacky con envidia.

—Seguramente, pero no sé de dónde habrá sacado el dinero. Quizá ha muerto mi abuelo, que tenía varias barberías. Supongo que algo valían.

—¿No sabes si es tu padre o no? —preguntó Jacky, incrédulo.

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Y qué pasa con tu madre?

—Ni hablar. Es una borracha sin remedio. Seguramente la bebida la habrá matado ya. En todo caso, si recuperara la cabeza, no me ayudaría.

—¿Por qué no?

—Bueno, recibí una carta suya espantosa y babosa en la que me pedía perdón y me decía que me quería. ¡Por Dios!

—¿Y qué le contestaste?

—Lo que le habría contestado cualquiera. Le dije: «Vive tu vida y déjame vivir la mía, por favor». No, no puede ser ella.

Fueron muy amables con Vonni durante todas las formalidades. Incluso vio signos de simpatía en rostros bastante impasibles. Estaban facilitándole las cosas y se lo agradecía.

—¿Y podré verlo? —preguntó.

—Tenemos instrucciones de no decirle quién ha depositado la fianza. El abogado de Grecia fue categórico al respecto.

Eso lo dijo un hombre en tono paternal.

Era el tipo de persona que jamás habría entendido lo sucedido entre Vonni y su hijo.

—Sí, de acuerdo —contestó Vonni.

—Pues ahora que hemos verificado que el dinero es legítimo, como era nuestra obligación, solo le diremos que ha llegado de Grecia.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Vonni.

—Así que en cuanto esté en libertad, sin duda se pondrá en contacto con usted.

—No necesariamente. Lo que pasa es que yo vivo en Grecia, pero ahora que estoy aquí pensé que quizá podría verlo.

—Si quiere hablar con él antes y decirle que va a pagar la fianza...

—No, eso sería chantaje. Sería como decirle que debe agradecérmelo y que tiene que verme.

—Pero ¿no va a querer verla de todas formas? Es su madre.

—Fui una mala madre —se limitó a contestar Vonni.

—Todos somos malos padres. Nadie nos ha enseñado a serlo, ya sabe, como cuando aprendemos un oficio.

—Estoy segura de que usted lo hizo bien.

—La verdad es que no. Mi hijo quería ser músico. Lo obligué a prepararse como era debido. Creí que estaba haciendo lo correcto. Conoció a una chica, se quedó embarazada y se casaron. Sigue trabajando en algo que odia, y es culpa mía.

Vonni lo miró boquiabierto. Se suponía que los ingleses eran introvertidos, pero aquel hombre estaba contándole su vida. El hombre conocía a Stavros. Quizá intentaba prepararla para que no se llevara una gran decepción.

Vonni se emocionó.

—Le dejaré la dirección y el teléfono del hotel en el que me alojo. Si pregunta, quizá usted podría dárselos.

—Si pregunta —dijo el funcionario.

—¿Cree que quizá no pregunte?

—Nunca se sabe.

—Bueno, pero cuando todo haya pasado, dele mi dirección de todas formas...

—Por supuesto —dijo el hombre, y metió el papel en un archivador de su escritorio.

—¿Quieres decir que está todo firmado y solucionado? —dijo Jacky a Stavros sin terminar de creérselo.

—¿No es fantástico? Siento que no te haya sucedido a ti —dijo Stavros.

—¿Y quién ha sido?

—No lo he preguntado. Ya sabes lo que dice el refrán: a caballo regalado no le mires el diente.

—Sí, pero es un montón de pasta.

—Todavía más razón para quedarme quietecito. Me limitaré a desaparecer.

Jacky lo miró confundido.

—¿Es eso lo que vas a hacer?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Qué harías tú?

—Pero me dijiste que había sido un malentendido.

—Sin duda lo fue, pero ¿voy a cambiar yo solo los tribunales? Buena suerte, Jacky.

Y se marchó.

En la recepción le entregaron un papel.

—¿Quién lo ha dejado? —preguntó.

—Una señora.

Stavros miró el nombre y el número de teléfono.

—Si la hubieras conocido hace años, no la habrías llamado señora...

—Ahora tiene buen aspecto.

El hombre hizo una mueca de desaprobación.

—Lo que tú digas.

Stavros rompió el papel en dos trozos y los tiró a la papelera.

Vonni esperaba en su hotel.

Y esperaba.

Dos días después llamó un hombre y pidió hablar con ella. Supo que no era Stavros, porque se trataba de un hombre mayor, una voz amable que había oído hacía poco.

—No es asunto mío, pero pensé que debía saber que su hijo no se llevó su papel.

—¿Por qué no se lo dio?

—Lo intenté, pero hubo una especie de confusión.

Vonni sabía que no debía preguntar, pero quería saberlo.

—¿Qué confusión? ¿No se lo llevó cuando se marchó?

—Algo así.

—¿Por qué?

—Sencillamente no se lo llevó, señora. No quería que se quedara esperándolo después de lo que ha hecho por él...

—¿Y dijo algo? Lo que sea. Puede decírmelo.

—No, señora, nada.

—Gracias. Es un alivio.

Vonni metió sus cosas en la pequeña bolsa y se dirigió al aeropuerto. Simon le había dicho que si acudía a la lista de espera, el avión era más barato. Ahora que se había quedado sin dinero debería tener en cuenta esas cosas.

—Si Vonni puede ir a Inglaterra, quizá podría venir a Irlanda para nuestra boda —comentó Declan.

—Claro que podría —dijo Fiona despreocupadamente—. Y cuanto encontremos tiempo para organizarla, sin duda la invitaremos.

—¿Y no podría ser antes mejor que después? —sugirió Declan.

—¿Y no deberíamos pensarlo con calma en lugar de hacerlo deprisa y corriendo?

—bromeó Fiona.

De vez en cuando a Declan le preocupaba que Fiona no quisiera decidir la fecha. Deseaba casarse con ella cuanto antes, pero no quería presionarla. Esperaría hasta que estuviera preparada. Tenían toda la vida por delante.

Muttie, el amigo de su padre, tenía la dirección de Maud y de Simon, de modo que Declan les mandó un billete de cincuenta euros.

Si veis algo bonito y a poder ser típico de la zona que no pese demasiado, me encantaría que lo trajerais como regalo para Fiona. Será una sorpresa, así que no se lo digáis. Me ha dicho que estáis ocupándoos de todo. ¡Buen trabajo!

Saint Jarlath's Crescent está como siempre. Estamos teniendo una bonita primavera, pero seguro que nada que ver con la vuestra. He vuelto a nadar y ya utilizo muy poco el bastón, así que estoy casi como nuevo, que tampoco es que fuera gran cosa. Buena suerte y dad recuerdos a Vonni de nuestra parte. ¿Sabéis por qué ha ido a Inglaterra? Fiona dice que nunca había ido a ninguna parte.

Mis mejores deseos,

DECLAN

Maud y Simon leyeron la carta atentamente.

—Un collar —sugirió Maud—. En Kalatriada tienen collares muy bonitos.

—Sí, pero no son de esta zona. Quizá una cerámica de Ayia Ana.

Simon intentaba seguir las instrucciones de la carta.

—Se nos rompería. El viaje es muy largo, Simon.

Maud era práctica.

—Si Vonni vuelve, podríamos preguntarle, por supuesto —dijo Simon.

—Había olvidado decírtelo: me he encontrado con Yorghis y me ha dicho que Vonni volverá mañana.

—¿Te ha dicho...?

—No, y no se lo he preguntado... —concluyó Maud.

—Claro, es cosa suya —comentó Simon.

Planearon cómo darle la bienvenida.

—Creo que podríamos comprar vino, incluso champán —dijo Simon.

—Sí, pero es como mamá, no le gustan esas cosas —dijo Maud sin el menor tono de desaprobación—. Compraremos solo huevos y setas, pan y miel. Supongo que llegará en el barco de la mañana. Eso me ha dicho Yorghis.

—Iremos a esperarla —dijo Simon.

Cinco hombres y dos mujeres esperaban a Vonni: Andreas, su hermano Yorghis, el doctor Leros, el abogado Takis, Simon, Maria y Maud.

Cuando Vonni llegó al puerto, los vio desde la cubierta del barco y los saludó muy contenta. Decidieron desayunar en el Mesanijta. Todos buscaban en su rostro alguna pista de cómo le habían ido las cosas aquellos días en que había estado fuera.

Pero como no preguntaron nada directamente, no pudieron quejarse por no haber recibido respuesta.

Andreas preguntó si los ingleses eran amables. Al parecer eran muy acogedores. Yorghis preguntó si eran ruidosos. Algunos habían acabado pasando la noche en comisaría por haber montado escándalos. No, Vonni no se había encontrado con ninguno ruidoso, más bien lo contrario.

El doctor Leros se acercó para decirle que se le había pasado por la cabeza que le preocupaba su salud. ¿Había ido a ver a un especialista? Vonni se quedó desconcertada. No, no, su salud era perfecta.

Maria preguntó cómo se vestían las mujeres en Inglaterra, y Vonni contestó que la verdad era que no lo sabía, porque no se había fijado. El abogado Takis le preguntó si sus negocios habían salido como esperaba. Vonni lo miró distraída y le dijo que había hecho lo que tenía previsto. No añadió nada más.

Maud y Simon no preguntaron nada. Le contaron que todo había ido muy bien. Las tazas azules se habían vendido mucho. Las habían colocado en el escaparate, y la gente entraba especialmente para verlas. Habían subido al hospital a echar una mano. Habían cuidado a niños pequeños en el Anna Beach Hotel y les habían pagado por ello. Habían reservado el dinero para pagarle a Vonni la comida y el alojamiento. Estaban aprendiendo diez palabras en griego al día y habían aprendido un poco de baile griego. Su pelo rubio brillaba al sol de la mañana y su piel era dorada. Parecían mucho más sanos y menos excéntricos que cuando llegaron.

Vonni les sonrió contenta. No todo había salido bien, pero algunas cosas sí.

A eso podía agarrarse.

Simon y Maud cargaron con la pequeña bolsa de Vonni de vuelta a casa tras haber desayunado pan caliente y miel en el Mesanijta.

—¿Estás contenta de haber vuelto? —preguntó Maud.

—¿A tu verdadero hogar? —concretó Simon.

—Sí, muy contenta.

Vonni miraba a su alrededor y saludaba a la gente que encontraba en su camino.

—Tenemos muchos *avgá* de la tienda por si te apetece una tortilla —dijo Simon.

—Con qué gusto me comería una tortilla... —dijo Vonni con una sonrisa cansada.

Entró a cambiarse de ropa mientras los gemelos preparaban la comida.

Eran amables, atentos y nada exigentes.

—A ver, vosotros dos —les dijo más tarde—. No puedo teneros trabajando toda vuestra estancia. Quiero que os divirtáis y que os toméis unos días libres. Coged el dinero que habéis ahorrado e id a visitar la isla.

—Pero pensamos que podríamos pagarte algo —explicó Simon.

—No es necesario. ¿No estamos organizándonos bien? Me encantaría que vierais todos los lugares bonitos, la garganta, las cuevas y las preciosas playas desiertas del norte de la isla. Cuando seáis profesionales muy ocupados, un abogado y una maestra, siempre lo recordaréis, y me alegrará mucho.

—Si de verdad crees...

—Si estás totalmente segura...

Vonni los miró pensativa. Los pocos euros que habían ganado cuidando a niños por la noche en el Anna Beach bastarían para que visitaran la isla.

—Hacedme caso, por favor. Y otra cosa...

—Sí, Vonni.

—¿Por qué creéis que he ido a Inglaterra? Veo que nunca habéis intentado descubrirlo. ¿De qué pensáis que se trataba?

Los gemelos se quedaron un momento en silencio, mirándose uno a otro.

—Vamos, decidlo. Si no quisiera saberlo, no os lo habría preguntado.

—Yo creo que alguien se murió —dijo Maud.

—Sí, creo que fuiste a un funeral —confirmó Simon.

—¿Por qué lo pensáis?

—Porque tu mirada parece vacía. Hay algo diferente en tus ojos.

—E incluso cuando sonrías pareces triste.

El tiempo pasó volando, las vacaciones se terminaron y había llegado el momento de que los bronceados Maud y Simon volvieran a Irlanda. Vonni les había ayudado a elegir el regalo de Declan para Fiona, un bonito pañuelo pintado a mano.

—¿Vendrás para la boda de Fiona? —preguntó Simon la noche antes de partir.

—No, Simon. Soy demasiado vieja para viajar —respondió Vonni.

—Pero fuiste a Inglaterra —dijo Simon, siempre con su lógica implacable.

—Porque fue una misión de caridad —le recordó Maud.

—Una misión de caridad —repitió Vonni, sorprendida.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó Maud, afligida.

—No, lo que has dicho es bonito. ¿Creéis que habéis aprendido algo aquí, algo que llevaréis con vosotros el resto de vuestra vida?

—Bueno, hemos aprendido un poco de griego. No demasiado, ya sé, pero sí un poco —dijo Simon.

—Y hemos aprendido que no es necesario tener mucho dinero para ser feliz —añadió Maud.

—Eso seguro. ¿Dónde lo habéis aprendido?

—Supongo que en todas partes. En las montañas, donde apenas tienen nada. Y aquí contigo. No tienes muchas cosas, pero no parece que busques grandes ganancias ni cosas por el estilo. Haces tu vida y estás contenta con lo que tienes, suceda lo que suceda.

Vonni se sorprendió.

—Pero vosotros no pensáis que la felicidad puede comprarse con dinero, ¿verdad?

—No, pero conocemos a mucha gente que sí lo piensa.

—¿Sabéis? Creo que vosotros saldréis adelante en la vida pase lo que pase —dijo Vonni—. Os las arregláis divinamente.

—Por favor, ven a Irlanda. Nos encantaría enseñarte cosas —sugirió Simon.

—Te cuidaremos igual que tú nos has cuidado a nosotros —ofreció Maud.

—Esperemos a que Declan y Fiona fijen el día, y ya veremos —respondió Vonni.

—Siempre se dice «Ya veremos» cuando quiere decirse que no —refunfuñó Simon.

—Eres muy observador, Simon. Serás un buen abogado —dijo Vonni.

Se sentía muy cercana a los chicos. Hacía mucho tiempo que no se permitía acercarse a nadie hasta ese punto.

Aquella misma noche, más tarde, apareció Takis.

—¿Dónde están los chicos irlandeses?

—En el puerto, escuchando *buzuki*. Andreas, Yorghis y yo iremos dentro de un rato. ¿Quieres venir?

—No. Quiero hablar contigo.

—Dios mío...

—Dios mío, sí. Tu hijo se ha marchado, ha salido de Inglaterra, aunque se supone que no podía. Tenía que presentarse a firmar, pero no ha ido. Seguramente ha ido a Francia y no ha vuelto. Ya puedes despedirte de tu dinero.

—El dinero era suyo, Takis, lo sabes. Suyo para que hiciera lo que quisiera con él.

—No fue a verte, ¿verdad? No te dio las gracias.

—¿Cómo lo sabes?

—Las autoridades inglesas estaban en contacto conmigo. He hablado con un hombre que recuerda que fuiste a visitarlo.

—No es importante.

Takis suspiró ruidosamente.

—Nunca ha servido de nada que hablara contigo.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Vonni, lees las caras como si fueran un libro abierto. ¿Por qué no has sabido leer la cara de tu propio hijo?

—Te he dicho que no importa. Era su dinero y podía gastarlo cuando y como quisiera. ¿Qué más tienes que decirme?

—Compartía celda con un escocés llamado Jacky, y este Jacky pidió que te hicieran llegar una carta. Me la han mandado a mí, y me temo que la he abierto.

—¿En serio?

—Temía que te pidiera algo.

—¿Y así era, Takis?

—De alguna manera sí, pero he pensado que deberías verla.

—Muy generoso por tu parte, teniendo en cuenta que iba dirigida a mí.

—Léela, Vonni.

Vonni la leyó.

Estimada madre de Stavros:

Durante muchas semanas he compartido celda con su hijo. Se alegró mucho de que fueran a liberarlo gracias a su generosidad. Supongo que yo esperaba que fuera usted una mujer rica y que pudiera pagar también mi fianza, que es muy inferior a la de Stavros. Trabajaría toda mi vida para devolverle ese dinero y le estaría tan agradecido que estaría dispuesto a hacer lo que quisiera.

Stavros no es un mal chico, pero está muy confundido. Ve las cosas blancas o negras. No sabe que el mundo es gris. Me dijo que tuvo muchos problemas con usted en su infancia. Cuando fue al grano, me pareció que se trataba solo de la bebida, un problema que tenemos todos en nuestras casas, pero él no perdona.

Satvros me ha telefoneado una vez desde que salió de la cárcel. Quería una dirección. Le pregunté si la había visto y me dijo que no. Le pregunté por qué no le daba las gracias y me contestó que debía de sentirse usted muy culpable por su pasado, porque en caso contrario nunca habría entregado ese dinero para la fianza. Me dijo que había empezado a preguntarse si había sido demasiado duro con usted, pero que eso demostraba que usted sabía que había arruinado su vida y era la responsable de que él fuera como es.

Le cuento todo esto solo porque yo sería totalmente diferente. Por favor, madre de Stavros, créame. Yo estaría muy agradecido y la cuidaría cuando se hiciera mayor.

Suyo,

Cuando levantó la cabeza, Takis estaba mirando por la ventana, por encima de los tejados que descendían hasta el puerto. No quería encontrarse con su mirada. Se había colocado de espaldas a ella para no gritarle: «Te lo dije». Todo lo que le quedaba había desaparecido y se lo había advertido.

—Gracias, Takis. Ahora todos sabemos dónde estamos.

—Sí, es verdad —respondió.

—Y creo que estamos de camino al puerto, ¿verdad?

—¿Puedes ir a una fiesta después de esto? Eres una mujer excepcional, Vonni.

Le sonrió como sonreía a sus amigos en toda la isla, con la sonrisa de alguien que se sentía feliz y libre, y que aquella noche había demostrado que había pagado todas sus deudas. No quería compasión, sino solidaridad.

—*Pame*, Vonni, vamos —dijo Takis.

—*Pame*, Takis. Vamos a la taberna —dijo Vonni.

Linda Casey deseaba haber vivido en otro tiempo, un tiempo en el que se hubiera valorado su talento. Podría haber sido una dama de la corte, o una mantenida en un piso de lujo o incluso la mujer de algún terrateniente que la animara a tener un pisito en Dublín.

Pero no, era de aquel tiempo y aquel lugar, de un mundo en el que todos, hombres y mujeres, tenían que salir de casa y trabajar para ganarse la vida. ¿Se suponía que debía dar las gracias al movimiento de liberación femenina? Un mundo en el que las relaciones exigían compromisos y en el que los matrimonios no duraban. Y un mundo que decía que debían estar agradecidos día y noche por tener un lugar donde vivir y una educación, por ser jóvenes y razonablemente guapos.

Linda pensaba que estaba lejos de todo aquello.

Pero si intentaba decírselo a cualquiera, no llegaba a ninguna parte. Su madre, por ejemplo. Su madre parecía haberse convertido en una activista en campaña de concienciación social sobre cómo debía vivir una mujer de mediana edad que se cuidaba. Había visto a su madre frotando chaquetas con zumo de limón, metiendo hormas en los zapatos para que no perdieran la forma, puliendo su bolso y aplicándose crema en el cuello. ¿Y para qué? Su madre seguía siendo una persona triste y ambiciosa. ¿Qué importaba que tuviera buen aspecto? Por dentro era como los demás, un desastre.

Linda ya no recordaba la época en que su padre y su madre se llevaban bien. Su hermana Adi, dos años mayor que ella, sí la recordaba, pero Adi era una ñoña que pensaba que los árboles tienen sentimientos y que no debemos sentarnos en sofás de piel porque un animal ha muerto para que podamos hacer una funda en la que acomodarnos. En cuanto a Gerry, el novio de Adi... era un auténtico chiflado. Adi se había convertido en un felpudo por su culpa.

Linda nunca haría cosas así por un hombre, por maravilloso que fuera, aunque no había conocido a muchos hombres maravillosos. Para ser sincera, a ninguno. Si en algún sitio los había, desde luego no era en Dublín.

Había salido tres veces con un tal Simon, y eso para ella era ya casi un compromiso para toda la vida. Simon era atractivo. Su padre era rico, su madre lo adoraba y trabajaba en la agencia inmobiliaria de su tío, donde tenía poco que hacer. Pero Simon estaba acostumbrado a salir con mujeres que se pagaban sus consumiciones. De hecho no solo dividían el precio de las comidas y de lo demás, sino que algunas veces aquellas chicas ofrecían una copa en un hotel o invitaban a comer a media docena de personas a un restaurante italiano. Lidia no tenía la menor esperanza de mantener ese ritmo.

«Eres una malcriada, Linda. Estás buscando a un papaíto que cuide de ti», le dijo Simon antes de ir a ocuparse de nuevas conquistas.

Estaba muy equivocado. No era una niñita de papá. Por Dios, pero si llamaba a su padre Alan, lo que daba muestra de que no se consideraba como tal.

Su padre siempre había sido un egoísta y un infantil.

Su madre había sido una loca por haber aguantado con él tanto tiempo. Linda lo habría

echado mucho antes. Su padre era un inmaduro. No iba a mantener la distancia con Cinta, esa a la que llamaban Barbie, especialmente ahora que iba a tener un niño. Era muy fuerte tener un hermanastro. Y su padre esperaba mimos y carantoñas cuando naciera el bebé. Al final perdería el interés, como lo perdía por todo.

La madre de Linda había dicho una vez amargamente que la filosofía de Alan era «tuyo hasta que la muerte nos separe si no se presenta algo por ahí más interesante». Su madre a veces tenía gracia. La mayor parte del tiempo, por supuesto, era como un sargento dirigiendo la casa igual que manejaba su clínica.

En los últimos tiempos le había dado por ahorrar. A duras penas había algo en el frigorífico. Y estaba también aquel empeño en que Linda buscara trabajo. Hasta entonces nunca había sido importante. Linda pretendía tomarse un año sabático y viajar por el mundo antes de buscar trabajo, pero su madre había sido contundente. O Linda se marchaba a ver mundo y dejaba su habitación para que su madre la alquilara, o se quedaba en casa y contribuía a pagar los gastos.

No tuvo elección. Linda no tenía dinero para viajar por el mundo, y ni su padre ni su madre iban a financiarle el viaje a Tailandia, Camboya y Australia que le gustaría hacer. No quería buscar trabajo en la administración pública, ni en un banco, ni en una agencia de seguros. No era como su madre, a la que le apasionaba la medicina en general, y la cardiología en especial. No quería ser maestra como su hermana Adi. Linda era tan diferente de su hermana que solía preguntarse si era adoptada. A Adi todo le parecía bien y quería a todos aquellos niños gritones de la escuela. Cada mes daba parte de su sueldo a su madre y donaba algo a Salvemos las Ballenas o cosas por el estilo.

Adi y Gerry estaban ahorrando para ir a algún lugar perdido a protestar contra los que matan focas, asustan ciervos o lo que sea. ¡Era increíble! ¡Ahorraban para eso! Linda no habría ido ni aunque le pagaran. Y cuando tenía algo de dinero, salía a comprar zapatos o iba a una tienda de gangas. Había encontrado la bonita prenda de piel de zorro, que por supuesto tenía que esconder por si los dos «amigos de la Tierra» la veían y aparecían con un grupo de colegas suyos a protestar a gritos a su alrededor. También se lo había ocultado a su madre. No era algo que le gustara a Clara, y en cualquier caso sin duda preguntaría en voz alta cómo era posible que Linda tuviera dinero para comprar esa ridiculez y no para contribuir a su manutención.

Pero ahora tenía un trabajo a tiempo parcial en la tienda de discos, de modo que al menos su madre no podía lloriquear tanto como solía. De vez en cuando había incluso jamón cocido o un guiso en el frigorífico que Linda podía compartir.

Y por supuesto su madre había estado muy tranquila gracias a aquella especie de devaneo con Peter, el atractivo farmacéutico. Devaneo era una buena manera de llamarlo. Iban al teatro, a picnics y se invitaban a comer. Incluso fueron juntos de vacaciones a Italia. Adi y Linda pensaban que todo iba sobre ruedas, pero de repente lo dejaron. Seguramente porque su madre presionaba para que le regalara el anillo de compromiso. Pero aunque la habían plantado, la madre de Linda estaba en muy buena forma. Estaba muy metida en algo que tenía que ver con recaudar fondos en la clínica. Linda dijo que era una venta benéfica de pasteles, y su madre se puso furiosa.

—No es una venta de pasteles. Es un intento serio de conseguir un dinero que el hospital debería habernos concedido desde el principio. Queremos publicitar las conferencias, y por eso estamos invitando a los medios de comunicación y a todas las personas influyentes del ámbito médico y de los negocios. En la clínica todo el mundo

está dándolo todo, así que no voy a consentirte que lo reduzcas a una venta benéfica de pasteles.

Linda se asustó.

—Lo siento, no estaba escuchándote y lo entendí mal.

—Nunca escuchas. No te importa nada ni nadie, excepto tú misma.

—Hey, mamá, eso es un poco fuerte.

—No me vengas con «Hey, mamá». Eres una persona adulta, Linda. Deja de poner esa voz de niña pequeña.

—Vale, no volveré a llamarte mamá. Te llamaré Clara.

—Me da igual cómo me llames siempre y cuando tengas algo inteligente que decirme.

Clara salió de casa dando un portazo y aceleró el coche.

Linda observaba desde la ventana. Por alguna razón había hecho enfadar mucho a su madre. Encogió los hombros. No tenía sentido intentar descubrir por qué. No había quien entendiera a los viejos.

Clara entró en la clínica a paso ligero.

—Estás de mal humor —dijo Hilary.

—Tienes toda la razón —admitió Clara.

También Ania se había dado cuenta y se apresuró a llevarle el café.

—¿Tenemos algún desastre esta mañana? —preguntó Clara.

—Frank vendrá a las once para lo que él llama charlar —dijo Hilary.

—Como si ese hombre charlara alguna vez... —dijo Clara encogiéndose de hombros.

—Bueno, es sobre el dinero que el pobre Jimmy de Galway nos dejó en su testamento —explicó Hilary—. Ve un problema en ello.

—Por supuesto —comentó Clara—. Cada vez que se mira en el espejo ve el problema más grave que tenemos.

Ania se rió.

Clara suspiró.

—Vamos, soltadme lo demás —dijo en tono resignado.

—¿No hay hoy demostración culinaria de Lavender? —preguntó Hilary.

—Sí, empieza a las once y media. Tenemos que asistir todos para apoyar a Lavender —dijo Clara, inflexible—, así que procuremos sacar a Frank de aquí antes de que empiece la demostración. Intentemos acabar con su amigable charla. Se volverá loco si le llega un olorcillo a caballa a la plancha.

—¿Va a hacer caballa? —se interesó Hilary.

Clara asintió entusiasmada.

—Sí. Me pasa antes todas las recetas. Tiene buena pinta. Quizá deberíamos adelantar la pausa del mediodía y comernos toda la caballa.

—En mi vida he cocinado caballa —dijo Hilary.

—¿Es un pescado bueno? —preguntó Ania.

—Es un pescado olvidado —contestó Clara—. Mi abuela solía comerlo cuatro o cinco veces por semana. Luego la gente lo dejó, supongo que cuando pudieron permitirse comer carne y pollo.

—Aprendo tanto de ti, Clara...

Ania salió contenta de haber aprendido algo nuevo.

—¿No es una chica encantadora? ¿Por qué no tuve una hija como ella en lugar de una mula tozuda y de mal genio como Linda, que dice que nuestra recepción es una venta benéfica de pasteles?

Clara estaba tan indignada que Hilary no pudo evitar reírse.

—Perdona, Clara, pero si te vieras la cara... Quizá desde ahora podríamos llamarla venta benéfica de pasteles. Eso nos calmaría. ¿Qué más ha hecho Linda?

—Mejor no te lo cuento, de verdad. Encoge tanto los hombros que creo que debe de tenerlos dislocados. No muestra energía para nada, ni proyectos, ni un plan de vida.

—Estás siendo muy dura con la chica que algún día será mi nuera —dijo Hilary.

Clara había olvidado por completo que Hilary y ella habían planeado hacer coincidir a Nick y a Linda sin que hubiera la menor posibilidad de que pensarán que sus madres tenían algo que ver. Le alegraba ver a Hilary tan recuperada que estaba planteándose de nuevo.

—Lo planeamos un mediodía comiendo —dijo Clara—. Pero antes dime, aparte de la demostración de la caballa, buena, y la charla de Frank, mala, ¿qué otras cosas nos deparará el día?

—La horripilante mujer de Bobby Walsh dice que uno de los medicamentos que hemos dado a su marido ha sido retirado en Estados Unidos.

—¿Ha dicho cuál?

—Sí, y lo he mirado, pero no he visto nada. Incluso he preguntado a Peter en la farmacia. Dice que se habría enterado, pero que no sabe nada.

—Vaya, ¿va a venir?

—A las diez, con la excusa... —empezó a decir Hilary.

—Con la excusa de que acabemos cuanto antes con el mal rato —concluyó Clara.

La señora Walsh llegó con un recorte de una revista que decía que las autoridades estadounidenses estaban analizando un fármaco antihipertensivo.

Clara le explicó pacientemente lo que el fármaco hacía, que era reducir el grosor muscular del corazón. Señaló que había decenas de esos fármacos en el mercado y que estaban analizando una marca en concreto en busca de los efectos secundarios. No era la marca que estaba tomando Bobby.

—Si pudiera explicarle exactamente lo que son los inhibidores de la ECA... —empezó a decir Clara—. Son inhibidores de la enzima de conversión de la angiotensina, y...

—Tenga la bondad de no tratarme con condescendencia, doctora Casey —dijo la señora Walsh en un tono más cortante que una sierra eléctrica.

Clara sintió deseos de decirle que saliera de la clínica y no volviera a entrar, pero no habría estado bien. De lo que se ocupaba era del corazón de Bobby Walsh, y esa era su obligación. Aquella monstruosa mujer no debía apartarla de su propósito.

—No es mi intención tratarla con condescendencia, señora Walsh. Solo estoy diciéndole a usted y a Bobby que no hay razón para alarmarse. Los principales efectos secundarios de esos fármacos pueden ser mareos o que se seque la garganta. Bobby no sufre ninguna de las dos cosas, así que ¿le importaría decirme, por favor, si puedo hacer algo más por usted?

—No me gusta su actitud de sabelotodo, doctora Casey, y créame: esto no va a quedar así.

—Le preocupa la salud de su marido, así que vaya hasta donde crea conveniente para que los dos se queden más tranquilos.

—Bobby no está preocupado. Cree que todos aquí son estupendos —dijo la señora Walsh con desdén.

Clara se levantó para darle a entender que la visita había terminado.

—Me alegra saberlo, señora Walsh. Y si no tiene nada más que comentarme...

—Si tengo algo más que comentarle, será la primera en saberlo. Tengo un amigo que conoce a Frank Ennis, de la dirección del hospital. Estoy segura de que querrá charlar con usted sobre todo esto.

Clara respondió con tono animado y positivo.

—Bien, dentro de unos tres cuartos de hora vendrá a una reunión, de modo que si quiere quedarse, puedo presentárselo yo personalmente y después pueden hablar de sus cosas.

A Clara le entusiasmaba la idea de lanzar a aquella terrible mujer, con su voz chirriante, contra el pobre Frank Ennis.

—No, no será necesario.

—Hágalo, señora Walsh. Podemos dejarles libre la sala de consultas, y yo no estaré. Iré a la demostración de cocina saludable de Lavender.

La señora Walsh salió prácticamente corriendo de la clínica. Hilary y Clara chocaron las palmas de las manos.

—Lo primero es quitarse de encima a los puñeteros —dijeron muy contentas.

Frank fue categórico. El difunto James O'Brien había dejado su dinero al hospital, en su testamento se nombraba al hospital, de modo que el dinero iría al departamento de beneficencia y colecta de fondos del hospital central, y se gastaría con sensatez. Clara discutió con él enérgicamente.

Jimmy iba con frecuencia a la clínica. No conocía a nadie en el hospital central, excepto al personal que se había ocupado de él en urgencias durante su primera visita.

—Pues entonces... —empezó a decir Frank en tono triunfal.

—Y como era un hombre celoso de su privacidad hasta un punto enfermizo, se negó a darles el nombre de su médico de cabecera en el oeste. Cuando le dieron de alta en urgencias, fue a un hotel, y como urgencias tenía que pasar su caso a alguien, lo mandaron aquí. Le gustaba mucho esta clínica. Eso dijo en su testamento. Nos agradecía haber mantenido controlada su enfermedad cardíaca. Ese dinero se utilizará aquí, Frank, aunque tenga que llevarte ante el Tribunal Supremo o más arriba.

—No hay nada más arriba —dijo Frank con tono enfurruñado.

—Sí que lo hay. Podría ir al Tribunal de Derechos Humanos —dijo Clara con los ojos echando chispas.

—Quizá si estudiamos la posibilidad de conceder una parte... —empezó a decir Frank.

Clara se dio cuenta de que lo tenía contra las cuerdas.

—Él quería que su dinero viniera a parar aquí, y aquí vendrá —sentenció Clara.

—El arte de negociar consiste en saber cuándo llegar a acuerdos —dijo Frank.

—Chorradas —repuso Clara con una sonrisa—. O se tiene razón o no se tiene. Yo no visito a un paciente y digo que tiene las arterias obstruidas y que hay que hacerle una angioplastia, pero como resulta que no puedo hacer todo el papeleo, llegamos a un acuerdo y le pido que vuelva dentro de tres meses para que se la hagamos. Las cosas no funcionan así en el mundo real, Frank.

—Lo siento, pero es la única manera.

Aumentó su oferta de un tercio del dinero de Jimmy a la mitad, pero Clara negó con la cabeza.

—La comparación no es apropiada —bramó—. Tú hiciste el juramento de ayudar a las personas. En tu caso es diferente.

—Hice un juramento y lo mantengo.

—Yo no juré nada parecido.

Clara se rió a carcajadas.

—Claro que hiciste un juramento. Juraste que harías la vida lo más difícil, tacaña, absurda y burocrática posible. Te prometiste a ti mismo que nunca se tendría en cuenta el verdadero espíritu de un hospital cuando entrara en juego el cumplimiento estricto de las normas. Pero elegiste a la persona equivocada, Frank, que fui yo. No voy a bajarme del burro ni a rendirme.

—Para nada te elegí. ¡Tuve que cargar contigo! —exclamó Frank con sentido del humor por fin—. Y te recuerdo que esta clínica no existía antes de que llegaras... y perfectamente podría dejar de existir cuando te vayas. Hablas de ella como si fuera una entidad importante por derecho propio, pero en realidad es una nadería.

—Eso era y seguiría siendo si hubiéramos permitido que hicieras las cosas a tu manera, pero ahora no lo es, continuará mejorando y con el dinero de Jimmy seguiremos avanzando.

Ahora Clara estaba muy enfadada.

—El hospital financia la clínica... —empezó a decir Frank.

—Si crees, Frank Ennis, que voy a perder un minuto más discutiendo contigo sobre si alquilamos sillas para una conferencia o las compramos y las guardamos, si crees que alguna otra vez voy a pasar por la humillación de suplicarte que pagues tarifas ridículas a los expertos que vienen a darnos conferencias... Si crees que voy a pasarme horas hablando contigo y con tus estúpidos colegas sobre la viabilidad... por Dios, cuánto odio la palabra viabilidad, la viabilidad de un programa infantil para que los niños de los colegios vengan a aprender cosas sobre el corazón y sobre cómo mantenerlo latiendo...

—¡Nunca me has dicho que quieres que vengan niños!

Frank no dejaba de encontrar problemas.

—No te lo he dicho porque estoy cansada de discutir contigo sobre cualquier tema, así que el dinero de Jimmy nos proporcionará tiempo y libertad para organizar estas cosas por nosotros mismos —dijo en tono realmente cansado.

—Pero no puedes...

—Puedo y lo haré, Frank. Y ahora voy a una demostración culinaria. Tenemos a más de cincuenta personas esperando en la sala de Lavender, el espacio de la dietista, en el que tú dijiste que bastaba con una mesa y una silla.

—No estará cocinando con fuego, ¿verdad? —preguntó Frank, horrorizado.

—Espero que sí, Frank. Tiene una cocina con dos fogones y un gran espejo detrás de ella, en una esquina.

—¿Y quién ha pagado el espejo, si puedo preguntarlo?

—Puedes preguntarlo, aunque en realidad no es asunto tuyo. Hilary y yo lo compramos en una subasta, y Johnny y Tim lo colocaron en la pared. No os costó, ni a ti ni a tus amigos tesoreros, ni un céntimo.

Clara se puso en camino hacia la demostración culinaria. Frank vio que otras personas de la clínica iban en la misma dirección: el médico pelirrojo que había sufrido un accidente de coche pero se había recuperado milagrosamente; las dos guapas enfermeras, Fiona y Barbara; el musculitos Johnny, que más parecía un gorila a la puerta de una discoteca que un trabajador de un centro médico, y también el silencioso guardia de seguridad, Tim, al que Clara había seleccionado por las buenas en lugar de aceptar el sistema de seguridad del hospital. La clínica se había convertido en algo tan peligroso como una familia o incluso una provincia a punto de declarar la independencia y autodenominarse una nación. Lo mejor sería que fuera a ver qué

terribles libertades estaba tomándose con la salud y la seguridad en aquella demostración. El murmullo de la conversación lo desconcertaba. Aquella gente había formado una pequeña comunidad. Tendría que vigilarlos con atención.

Lavender era tan buena presentadora que podría haber trabajado en un programa de televisión. A Clara se le ocurrió de repente que quizá Lavender podría dirigir un espacio denominado «Cinco minutos para el corazón» en algún programa de entrevistas.

Dio una breve charla sobre la sal y la obsesión irlandesa por agitar el salero por encima de todas las comidas. Lavender proponía que no se pusiera el salero en la mesa. Si se ofrecían otros condimentos más inocuos, no era necesario. Sacó filetes de caballa y los mostró al público. Podían comprarse congelados o pedir al pescadero que cortara la caballa fresca en filetes. Mezcló en un vaso el zumo de una naranja, una lima, un limón y una cucharada sopera de aceite vegetal, roció la caballa con esa mezcla y la cocinó a la parrilla.

Olía estupendamente, y mientras pasaba la bandeja para que los asistentes la probaran, Lavender siguió cocinando más filetes. Todos querían probarlos, y muchos se ponían las botas. Lavender sirvió también una sencilla ensalada que armonizaba muy bien con el pescado, y dijo que el corazón les agradecería mucho aquella comida.

Frank se quedó impresionado, a su pesar. La sala luminosa y alegre, la sensata Lavender, el ambiente general de esperanza y de estar controlando la propia vida, cuando en un primer momento había creído que aquella clínica no era más que una declaración de objetivos, pero, por más que sus métodos le fastidiaran, Clara estaba consiguiéndolos.

Cuando la demostración hubo terminado, Clara recibió el mensaje de que llamara a su hija Adi.

—Perdona, mamá. Estaba hablando con Linda y me ha dicho que de ahora en adelante tenemos que llamarte Clara. ¿Es verdad o es que Linda está chiflada?

—Linda está chiflada. Ahora me llama Clara. Le dije que por mí no había problema si tenía algo que contarme que mereciera la pena. ¿Sabes que me dijo que la recepción que estamos organizando en la clínica era una venta benéfica de pasteles?

Clara volvió a enrojecer de rabia.

—Sí, pero sabe que fue un error. No escucha, mamá. Eso es todo.

—Tendrá que aprender a escuchar algún día —dijo Clara.

—Está arrepentida. Esta noche va a preparar la cena como gesto de buena voluntad, y ella misma ha comprado la comida. No lo ha hecho nunca, mamá. Creo que tendríamos que estar aquí.

—No quiero sentarme a ver cómo Linda deja mi cocina hecha una pena para que luego me diga que estoy organizando una venta benéfica de pasteles.

—No volverá a decirlo, mamá.

—No quiero ir, sinceramente, no me apetece. Y recuerda todas las veces que la señorita Linda ha hecho o ha dejado de hacer lo que le apetecía a ella.

—Mamá, yo también he tenido un mal día y he tenido que convencer a Gerry de que viniera.

—Perfecto.

Clara sintió un repentino cariño por el silencioso Gerry.

—No, no es perfecto, mamá. ¿Cómo vamos a tener paz algún día si cuatro personas no aceptan sentarse a cenar, para una vez que Linda hace la comida?

—Prepararé cosas que tú y Gerry no coméis —respondió Clara.

—No, no lo hará. Me lo ha consultado. Tiene buena pinta: garbanzos, tomates, ajos y cosas así.

—Genial —dijo Clara.

—Y para ti ha ido a comprar un filete. Y Gerry y yo no nos dedicaremos a arrugar la nariz y a hablar de animales muertos. Ya nos hemos puesto de acuerdo.

—No quiero un filete. ¡Me comeré sus malditos garbanzos! —gritó Clara antes de colgar el teléfono.

Para su fastidio, vio que Frank Ennis la observaba sonriendo desde la puerta.

—Perdona, Frank, es un tema personal —dijo intentando quitarle importancia.

—No, no, tranquila. Me alegra ver que no pierdes los nervios solo conmigo —contestó.

Y se marchó.

—No le hagas caso —dijo Hilary—. Solo pretende chincharte.

—Ya lo sé —dijo Clara.

—Ania ha salido a buscarnos una buena comida sana.

—No quiero una buena comida sana. Quiero una bandeja de patatas fritas y un helado regado con un buen gin-tonic.

—Haz el favor de recordar dónde estás, Clara. Te traerá un bocadillo vegetal de pan integral y una fruta.

—Aun así no me bajará la tensión —dijo Clara—. Todavía no se ha inventado la medicina que pueda combatir a Linda Casey.

Clara llegó a la cena con una botella de vino.

Linda se alegró y dijo que no era necesario, pero la abrió inmediatamente, de modo que sin duda era mejor que la que había comprado ella.

Clara tuvo que admitir que Linda se había esforzado. En la mesa había una ensaladera con crudités y salsas diversas. La propia Linda había cortado las verduras y había tostado pan integral. Vigilaba la cazuela, corría de un lado a otro y se ocupaba de todo. El segundo plato fue sorprendentemente bueno, y preparó café, que sirvió con la fruta. Ni un cardiólogo ni un vegetariano podría haber hecho otra cosa que alabar y defender aquella comida.

Clara estaba a punto de contar una historia sobre Hilary en la clínica cuando recordó que, para que su plan funcionara, Linda y Nick no debían saber que ellas dos eran amigas, de modo que preguntó por la tienda de discos, y le sorprendió oír que habían ascendido a Linda y le habían pedido que ampliara la sección de jazz.

Estuvo a punto de decir: «No sabía que tuvieras la menor idea de música», pero lo que dijo fue: «Está muy bien. Me alegra ver que puedes sacar provecho de algo que te interesa». Su hija mayor la miró sonriendo. En la cocina se había conseguido la paz, al menos por un tiempo.

Después de la cena Alan llamó de improviso. Clara esperaba varias llamadas por el tema de la recepción, de modo que contestó el teléfono.

—Hola, amor. ¿Estás sola? —preguntó Alan.

—No, Alan. Tenemos una cena familiar.

—¿Familiar? —preguntó sorprendido.

—Sí, Alan. Nuestras hijas, Adi y Linda, y el novio de Linda, Gerry. Supongo que los recuerdas.

Clara oía las risas de los demás.

—No seas tan zorra, Clara.

—¿Perdón?

—Tan sabelotodo —dijo.

—No. Perdona, Alan, ¿querías algo?

—Sí, pero ya no. No con ese mal genio.

—Perfecto, pues en otro momento.

Clara estuvo a punto de colgar.

—Clara, por favor. ¡Por favor!

—¿Qué?

—¿Podemos quedar en algún sitio?

—Te he dicho que esta noche no. En otro momento.

—Tengo que hablar contigo esta noche.

—Esta noche no puedo. No hemos terminado todavía, y además he tomado vino, así que no puedo conducir. Llámame al trabajo mañana por la mañana.

—Me ha dejado —dijo Alan.

—¿Cinta? ¡No puede ser!

—Me temo que sí.

—Pero el bebé tiene que estar a punto de nacer...

—Dentro de dos semanas, pero se lo dará a su hermana, que no puede tener niños.

—Pero, Alan, también es tu hijo.

—¿Crees que le importa? Dice que no me divorcié a tiempo para estar casado con ella antes de que naciera el niño y que no tengo nada que decir.

—No es justo. Empezaste con los trámites del divorcio en cuanto te enteraste de que estaba embarazada.

—Sí, por esas fechas. Más o menos.

—¿Y vas a dejar que entregue a tu hijo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Cinta tiene todas las de ganar.

—¿Se ha liado con otro?

—No, seguro que no. Dice que va a estudiar y que necesita ser libre.

—¿Y todo eso de repente?

—Para mí sí —dijo Alan con tristeza.

—Bueno, ¿para quién no?

—Para mis amigos, nuestros amigos, para todos los que la conocen. Hace un par de semanas tuvimos un pequeño malentendido, pero pensé que ya estaba solucionado. Al parecer seguía dándole vueltas. ¿Cómo iba a saberlo?

—Pobre Alan —dijo lamentándolo realmente.

—Me preguntaba si...

—No, Alan.

—Todavía somos marido y mujer. Sigue siendo mi casa.

—Es ridículo, Alan. Llegamos a un acuerdo de separación. El divorcio no tardará en llegar. Tienes tanto derecho a venir como a ir a la casa del presidente de Irlanda.

Alan se quedó en silencio.

—Te deseo suerte —dijo Clara.

—No tengo adónde ir, Clara.

—Buenas noches, Alan.

Las chicas la miraban con curiosidad. Gerry se puso discretamente a fregar los platos.

Las preguntas planeaban en el aire. Clara sabía que tendría que dar alguna respuesta. Era su padre, así que no podía burlarse y despreciarlo demasiado.

—Es complicado —empezó a decir—. Vuestro padre no cambia.

—¿Lo han pillado? —preguntó Linda.

—Eso parece —respondió Clara.

—¿Va a volver a casa, mamá? —preguntó Adi.

—No, Adi, no va a volver.

—¿Y el bebé? —preguntó Linda.

—La Barbie se lo dará a su hermana.

—Y papá no...

Adi no se lo podía creer.

—No, cariño. Con vosotras dos fue diferente. A vosotras os quiere de verdad. Sí, a su manera extraña, loca y complicada os quiere de verdad.

—¿Y te quiere a ti, mamá? —preguntó Adi.

—Ama su recuerdo de mí, lo que fui hace veintitantos años. De alguna manera es amor.

—Clara tiene razón —dijo Linda—. Alan es como es. Cuanto antes lo aceptemos, antes podremos avanzar.

Clara se levantó.

—Hablando de avanzar, propongo que nos tomemos una copa. Creo que nos la hemos ganado.

Y cerró las cortinas por si Alan pasaba por allí y miraba por la ventana. Era un tonto, pero Clara no quería hacerle sufrir viendo lo que realmente resultaba ser la cena de una familia feliz en la casa de la que él se había marchado, causando tanta tristeza y tanto dolor, muchos años atrás.

—¿Más contenta? —preguntó Hilary al día siguiente.

—Mucho más, gracias. Perdona que estuviera ayer hecha una furia.

—No, estabas agobiada. ¿Pudiste aguantar la cena?

—Fue estupenda. Alan llamó mientras estábamos cenando para decirme que la Barbie lo había echado de casa y que iba a dar a su hijo en adopción. Y la verdad es que Linda hizo un gran esfuerzo por ser normal, y casi lo consiguió. Me lo pasé bien.

—¡Estupendo! —exclamó Hilary, sorprendida.

—Me lo pasé tan bien que creo que lo único que le sucede es que todavía no ha conocido al hombre adecuado.

—¡Clara! Tú y yo somos la vieja guardia. Hemos pasado años diciendo que no se nos debía medir por el hombre al que cazamos. ¿Qué va a pasar con nuestra hermandad si flaqueas? —dijo Hilary, indignada.

—No estoy flaqueando con nuestra hermandad, solo con Linda. Vamos a cenar esta noche al restaurante italiano y lo planearemos todo.

—¿Esta noche?

—Vamos, no creo que ni tú ni yo tengamos nada mejor que hacer —dijo Clara.

—La verdad es que sabes cómo conseguir que una mujer se sienta especial —dijo Hilary.

Y volvió al trabajo.

Alan llamó por teléfono y Ania contestó.

—Un momento, señor Casey. Voy a ver si está libre. Estaba en una consulta. —Clara sacudió la cabeza—. No, lo siento, tiene para un rato. ¿Quiere que le diga que ha llamado?

—No se moleste. No le importa. Si le importara, me habría llamado. Adiós —respondió.

Ania repitió a Clara muy despacio las palabras de Alan.

—Ania, perdona que te haya metido en medio de una chiquillada de personas que deberían haberlo superado ya.

—Clara, si supieras lo importante que me siento aquí... Poder formar parte de vuestra vida aumenta mucho mi... espera... espera... sé la palabra... autoestima.

—Tu inglés ha mejorado mucho. Cuando vuelvas a casa no te conocerán.

—Sí. Me encontré con alguien de mi país y no se lo podía creer. No sabía nada. Me quedé muy satisfecha.

—¿Era un novio? —preguntó Clara.

—Lo fue, sí, creo, o quizá nunca fue mi novio. Quizá todo estaba en mi cabeza. Pero se acabó. Tú sabes cuando algo se ha acabado, ¿verdad? —preguntó a Clara con mirada interrogante.

—Por supuesto que lo sé. El truco es que no te dé pena.

—No, en mi caso sería imposible —dijo Ania muy seria.

Clara esperaba estar también ella tan segura. Desde la noche anterior sentía por Alan algo peligrosamente parecido a la compasión. Se preguntaba dónde habría dormido y qué habría descubierto Cinta.

—Bueno, tratemos este tema como si fuera un problema de la clínica, algo que tenemos que resolver antes de que Frank se entere —dijo Clara en el restaurante italiano para dar inicio a la conversación.

—Nick es algo soñador, muy tranquilo... Demasiado tranquilo. Tendrías que prenderle fuego en sus narices —comentó Hilary poniendo las cartas sobre la mesa—. No tiene mucho empuje. Toca en un club. No quiso ir a la universidad porque decía que era demasiado cara para mí, así que da clases de piano y guitarra a niños, y sigue tocando en ese club de mala muerte.

—¿Es de mala muerte o es solo un local al que tú y yo no iríamos en un millón de años? —preguntó Clara.

—Creo que es de mala muerte. Siempre están preocupados por si no pueden pagar el

alquiler. No va mucha gente. No triunfa ni pasa nada de lo que vemos en las películas, pero vuelve noche tras noche. No me da demasiadas explicaciones cuando le pregunto cuánta gente va. Dice que bastantes personas y que les gusta la música. Él se lleva un porcentaje de la entrada, lo que significa, creo, una quinta parte de los cinco euros que la gente paga por entrar. Pero no es mucho. Gana el resto dando clases.

—Pues ahora te seré sincera con Linda. Aunque anoche estuvo estupenda, es una señorita muy egocéntrica. Cree que unos zapatos que cuestan el sueldo de una semana son una buena inversión. ¡Una buena inversión! ¿De dónde ha salido? Cree que el mundo le debe algo. Quizá no deberíamos encasquetársela a tu hijo.

—Ha sabido sacarse de encima a otras chicas. No tenemos que preocuparnos de que se sienta abrumado.

—Pero ¿cómo podrían conocerse? —preguntó Clara, perpleja.

—Si los presentamos nosotras, ya podemos olvidarnos —añadió Hilary.

—Entonces ¿cómo van a coincidir? —preguntó Clara—. Supón que Linda recibiera una invitación del club de Nick...

—No, no iría. Se olería algo. Y si fuera, no necesariamente conocería a Nick —objetó Hilary.

Clara no estaba dispuesta a rendirse.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿No podríamos conseguirle a Nick un vale de la tienda en la que trabaja Linda? —preguntó Hilary.

—No funcionaría. Podría dirigirse a la dependienta equivocada o ir el día en que mi hija hace fiesta. La verdad es que hay que tener un máster en matemáticas para enterarse de sus movimientos —dijo Clara, todavía perpleja por su hija.

—¿Tiene que ser algo informal? Podemos pedirles que vengan a la clínica, ¿no te parece? —preguntó Hilary.

—Y entonces nos verán a las dos viejas brujas riéndonos socarronamente y se marcharán los dos muy enfadados —dijo Clara.

—Pero imagina que no nos ven. Supón que vienen, nosotras no estamos y tienen que hablar —insistió Hilary.

—Vamos, Hilary, ¿cómo vamos a conseguir que vengan a la clínica sin estar nosotras? Si se te ocurre cómo, te aplaudo.

—¿No podríamos invitarlos a la recepción? —preguntó Hilary.

—No. Les parecería un tostón —dijo Clara muy contundente.

—Pero imagina que estuvieran en la misma situación. Podrían encontrarse.

—No podemos presentarlos —dijo Clara.

—Ya lo sé, claro, tú y yo no, pero podría hacerlo Ania.

—No lo haría —dijo Clara.

—Si hubiera algo que pudiera sacarnos de allí... —dijo Hilary.

—Ya sé: nos emborrachamos —dijo Clara con los ojos brillantes.

—¿Ahora? —preguntó Hilary, asustada.

—No, tonta, en la recepción.

—Perdona, ¿estás diciéndome que tú y yo tendríamos que emborracharnos en esa recepción por la que llevamos semanas matándonos? ¿Emborracharnos? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No de verdad. Solo fingirlo.

Hilary vació su vaso de vino.

—¿Crees que es buena idea fingir emborracharnos en nuestra gran noche, ante personas como Frank Ennis y toda la plantilla del hospital, ante el tipo al que mande el Ministerio de Sanidad, los cardiólogos y los medios de comunicación? Clara, ¿estás loca?

—Nadie se dará cuenta —dijo Clara alegremente—. Todos pensarán que estamos sobrias. Solo Nick y Linda pensarán que estamos borrachas.

Hilary llamó al camarero.

—¿Puede traernos otra botella de pinot grigio? Vamos de mal en peor.

Linda se quedó contenta con la cena. Clara había sido muy amable. Había sacado una botella de Cointreau y cuatro vasitos, había sabido arreglárselas con Alan al teléfono y les había contado historias divertidas.

Si fuera así todo el tiempo, sería soportable vivir en casa. Era extraño que se hubiera interesado tanto por la tienda de discos y por el hecho de que hubieran pedido a Linda que se ocupara de la sección de jazz. Le había sorprendido mucho y quería saber más detalles. Y el temible Gerry había colaborado y fregado los platos, que fue muy oportuno cuando su madre, es decir, Clara, como la llamaba ahora, decidió decirles que su padre las quería. Quizá era cierto, a su manera.

—Nick, ¿recuerdas la gran recepción que vamos a organizar en la clínica? —preguntó Hilary.

—Claro, mamá. No hablas de otra cosa.

—Es importante. Perdona que vuelva a sacar el tema.

—No, no pasa nada. Solo me pregunto por qué esa Clara no le pone más interés. Se supone que va a ser su show, verdad?

—Sí que trabaja, a su manera —dijo Hilary.

—¿Te gusta? Quiero decir como persona.

—No la conozco demasiado. Sin duda es muy eficiente —dijo Hilary reprimiendo su sentimiento de deslealtad.

—Sí, como Atila, rey de los hunos —contestó Nick sonriendo.

—Supongo.

—¿Y qué ibas a decirme sobre la recepción? —preguntó Nick.

—Bueno, nada, da igual.

—Mamá, dímelo.

—Solo quería decirte la fecha y pedirte un pequeño favor.

—Dime.

Nick era un chico tan apacible que Hilary odiaba todos aquellos subterfugios.

—Bueno, esa noche tendré que socializar con gente y tomar un vaso de vino con unos y con otros, así que no podré coger el coche. Nick, estaba pensando si podrías pasar a recogerme hacia las nueve.

—Pues claro —contestó Nick de inmediato.

—Es solo que me sentiría mejor —dijo Hilary.

—Allí estaré, pero ¿qué problema hay? ¿No podrías llamar a un taxi o algo así?

—Podría, pero me sentiría un poco sola y triste. Me encantaría que mi hijo viniera a recogerme.

—Allí estaré, mamá.

—¿No te causo ninguna molestia? No quisiera fastidiarte una cita.

—Ya me conoces, mamá. Para cazarme hay que ser una chica muy rápida —dijo riéndose.

—Te lo digo en serio. Todos esperamos conocer a alguien que nos guste. No quiero interponerme en tu camino.

—No lo haces, mamá. Nunca lo has hecho. Quizá no soy el tipo de hombre del que las mujeres se encaprichan mucho tiempo.

—Bueno, ya veremos —dijo Hilary.

—Adi, ¿tenemos que hacer algo con la recepción de Clara? —preguntó Linda.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Adi.

—Bueno, podríamos mostrar un poco de solidaridad. Es muy importante para ella. Lo sé por experiencia.

—Ya te ha perdonado lo de la venta benéfica de pasteles.

—Lo sé, pero me gustaría hacer algo. Quizá podríamos ofrecernos como camareras o alguna otra cosa, y así ahorraría dinero.

—Supongo que podemos preguntárselo —dijo Adi.

Se ofrecieron, pero Clara dijo que no. Se lo agradeció, pero les dijo que aquella noche estaría demasiado nerviosa. La verían en su mejor momento.

—Pero nunca te vemos en tu mejor momento —dijo Linda con sinceridad algo excesiva—. Quiero decir que te vemos despotricando y poniéndote furiosa por nada, y sobrevivimos. —Su madre puso una cara que la obligó a añadir—: Quiero decir, por supuesto, que también tú nos ves en malos momentos, a Adi sensiblera y atontada, y a mí... bueno, supongo que un poco confundida.

Su argumento no era tan bueno para apaciguar las aguas turbulentas como Linda esperaba, pero Clara no se había ofendido, y fue un alivio. De hecho parecía conmovida y sorprendida de que Linda fuera consciente de sí misma.

—Sois las dos muy amables por ofrecerme ayuda, y si dentro de poco organizamos alguna otra cosa, sin duda contaré con vosotras —dijo—, pero tengo una cola enorme de personas dispuestas a ayudar.

Tenía que recordar que no podía decir que sin Hilary todo el proyecto se habría esfumado hacía mucho. Era importante que Linda no supiera que Hilary era una muy buena amiga suya.

El día de la recepción todos en la clínica dieron el do de pecho. Colocaron una mesa para el vino, los refrescos y el café en un extremo de la sala de Lavender, y otra con comida en el otro extremo. Dispusieron sillas contra la pared para las personas que necesitaran sentarse. En el resto de la clínica las puertas estaban abiertas. En la sala de Johnny habían arrinconado los aparatos, pero en las paredes estaban colgados los pósters con sus ejercicios. Los cubículos se habían convertido en guardarropías bastante eficaces, con barras para los abrigos, y dos chicas de una escuela cercana los colgaban y entregaban a su dueño un tíquet de color.

Las chicas se habían peleado por hacer ese trabajo, como si hubiese corrido el rumor de que entre los invitados habría dos estrellas del pop, un famoso actor y varios personajes de la televisión.

También estaban invitados los pacientes y los miembros del comité de dirección.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó la señora Reilly con recelo.

Todos sabían lo que haría la señora Reilly. Les contaría que su corazón había mejorado gracias a la intervención personal de un santo y repartiría panfletos sobre los poderes del mismo. La clínica no tendría nada que ver, pero no podían dejarla fuera. Afortunadamente, decidió que tenía cosas mejores que hacer aquella tarde.

—Nuestra Santa Madre debe de haberle explicado a Nuestro Señor que sería mejor que la señora Reilly no viniera a la clínica —dijo Ania alegremente.

Hilary y Clara se miraron. Habían dicho a menudo que los maravillosos y piadosos polacos que habían llegado a Irlanda habían conseguido que el catolicismo irlandés, comparado con ellos, pareciera moderno y liberal. Pero no dijeron nada. Se limitaron a asentir muy serias.

Otros pacientes seguramente apoyarían más, como Judy Murphy, que diría a todo el mundo que la clínica era fundamental para todos los que quisieran llevar una vida independiente. O Nora Dunne, aquella gran mujer con el pelo a mechones y los ojos ardientes, cuyo marido, Aidan, había recuperado las ganas de vivir. Para ellos era

como un anuncio publicitario, sobre todo porque era una conversa, con todo el entusiasmo que conlleva la conversión. Había estado tan segura de que la vida con su dulce marido se había acabado cuando tuvo el infarto, que ahora parecían sentirse una pareja inmortal.

Incluso Lar, con su obsesivo deseo de que todos aprendieran algo nuevo cada día, sería un buen embajador de lo que estaban haciendo. Lar era alegre por naturaleza. Si alguien le preguntaba cómo estaba, siempre respondía que estaba perfectamente y que se decían muchas tonterías sobre el infarto. Lo único que había que hacer era controlarlo. Si hubieran contratado una empresa de relaciones públicas para que lanzara ese mensaje, nunca lo habría hecho tan bien como Lar.

Ania hizo placas para todos con su nombre en letra grande y clara, verdes para los pacientes, rojas para el personal y amarillas para los conferenciantes.

—No te has hecho una placa para ti —comentó Clara, sorprendida.

—Yo no merezco una placa —dijo Ania—. ¿Qué puedo decir si alguien me pregunta por la clínica?

—Sabes más que la mayoría. Ania, hazte la placa ahora mismo o te la haré yo.

—Eres muy amable, Clara.

—Y Johnny tiene un amigo fotógrafo que va a hacer una foto de toda la plantilla antes de que empiece la recepción, cada uno con nuestra placa. Haremos copias para todos y, si queremos, la colgaremos en la pared —dijo Clara, entusiasmada.

—Puedo enviar una copia a mi madre. Estará muy orgullosa de ver que formo parte de este equipo.

Clara tragó saliva. Había algo en aquella chica que despertaba el instinto de protegerla y a la vez el sentimiento de vergüenza por no estar agradecidos por todo lo que se poseía en comparación con ella. Clara se había comprado para aquella noche una chaqueta nueva de color crema con toques en rojo. Le quedaba muy bien. Había vuelto a la peluquería para que Kiki la peinara y estaba más guapa que nunca. Hizo un pequeño desfile en la cocina antes de salir de casa.

—No tienes aspecto de tener que aparcar tu coche. Tendrías que bajar de una limusina —dijo Adi con admiración.

—Parece que tienes poco más de cincuenta años —dijo Gerry.

—Tengo poco más de cincuenta años, Gerry.

—Quiero decir muy pocos más, incluso cuarenta y pico —dijo Gerry con voz entrecortada.

—¿Vas de caza, Clara? —preguntó Adi muy interesada.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir que si vas a por algún hombre esta noche.

—No. Voy a por muchos hombres, y a por muchas mujeres también. A lo que voy es a que se nos reconozca y se apoye nuestro trabajo, que creo que es importante.

—Pero te has puesto toda emperifollada —dijo Linda.

—Tengo que intentar vender nuestras ideas a personas que han tenido éxito en la vida y que no me escucharían si fuera con un jersey, con el pelo desgredado y con un saco por encima.

La imagen que describía era tan diferente de la que mostraba en aquellos momentos que se rieron a carcajadas.

—Ah, ¿y sabes lo que de verdad me gustaría, Linda? Que si me animo demasiado y me tomo un vaso de vino más de la cuenta, vinieras a buscarme.

—Claro —dijo Linda—, no vayas a embolingarte y lo eches todo a perder.

—No, intentaré no... eh... embolingarme —dijo Clara.

Y se dirigió a la clínica.

—No debería haber dicho que aparenta cincuenta y pocos años —dijo Gerry.

—Tranquilo, cariño. Ha entendido lo que querías decir —lo consoló Adi.

Linda alzó los ojos al cielo y no dijo nada. Era terrorífico lo que la gente hacía por amor. Adi siempre había tenido un poco de cabeza, pero de eso hacía tiempo ya.

Hicieron la fotografía del grupo.

El amigo de Johnny, Mouth Mangan, era un hombre amable que entendió que aquella era la foto de la noche para todos ellos. Los colocó de manera que los más bajos estuvieran sobre un escalón para que parecieran iguales, que era lo que se pretendía.

Mouth dijo que tenían que dirigir la mirada hacia su hombro izquierdo, como si hubieran visto algo sorprendente, y decir «patata». Todos se rieron y Mouth hizo la foto. Luego hizo otra en la que aparecían más serios. Y por último retiró el trípode y sacó otra cámara para hacer fotos a las celebridades.

—¿Haces bodas? —susurró Declan a Mouth.

—Soy muy bueno con las bodas —contestó Mouth Mangan—. Puedo hacer todas las fotos oficiales en unos escasos ocho minutos.

—¿Las fotos oficiales? —preguntó Declan, perplejo.

—Ya sabes: la novia, los novios, los novios y los invitados, los padres de la novia, los padres del novio, los padres de los dos juntos... Si no hay divorcios, otras bodas y otras familias, es más fácil y más rápido —comentó dirigiendo a Declan una mirada interrogante.

—No, nada de eso.

—Luego me meto entre los invitados, te doy una página de contacto, y tú pides lo que quieras y cuelgas lo que te parezca en una página web. ¿Cuándo es la boda?

—Todavía no tenemos fecha —dijo Declan un poco melancólico.

—Pues tendrás que decidirte —dijo Mouth con sentido práctico—. No tengo muchos sábados libres en el próximo año y medio.

El local empezó a llenarse. El personal, con sus placas rojas, se presentaba a todo el mundo. Frank Ennis observaba sorprendido su actuación.

—¿Me pongo una placa roja yo también? —preguntó a Barbara.

—Me temo que no, señor Ennis. Usted solo es miembro del hospital, ¿verdad? No forma parte de la clínica —dijo Barbara.

—Ni siquiera eres un amigo —añadió Clara en tono amable.

—Estás muy guapa esta noche, doctora Casey —dijo Frank.

—También tú te has acicalado, Frank. Bonita corbata. ¿Te la ha elegido tu mujer?

—No tengo la suerte de tener mujer, doctora Casey —contestó.

—¿Quieres decir que estás disponible? —dijo en tono de burla—. Vaya, me pregunto si las muchas mujeres libres que vendrán esta noche lo saben.

—No he dicho que esté disponible —replicó Frank en voz alta.

Hilary se tapó la boca con la mano para que no se le escaparan las carcajadas.

Bobby Walsh llegó con su mujer y su hijo. Carl empujaba la silla de ruedas de su padre. La dura mirada de la señora Walsh recorrió la clínica con incredulidad. Se sorprendió todavía más cuando vio caras muy conocidas. ¿No era aquel...? Y aquella mujer era sin duda una celebridad de la televisión. ¿Qué estaba haciendo allí? Un famoso empresario hablaba con un actor. ¿Cómo la gruñona que dirigía la clínica había logrado reunirlos? La malhumorada Clara Casey estaba fantástica aquella noche. Seguramente se había hecho un lifting. Rosemary Walsh lamentó no haberse vestido con más cuidado. No sabía que la presentación iba a ser tan elegante.

Vio que Ania, la polaca que limpiaba la clínica, estaba cerca, de modo que se quitó el abrigo y se lo tendió.

—Asegúrate de colgarlo en una percha —dijo.

Clara lo vio.

—Encantada de verla, señora Walsh. Está buscando el guardarropía, ¿verdad? Está allí, al fondo.

—Pensaba... —empezó a decir Rosemary Walsh.

—Sí, pensaba que todos verían el letrero, pero parece que no. Tendremos que hacerlo más grande la próxima vez. Ven conmigo, Ania. Quiero que me presentes al padre Flynn.

Y se marcharon dejando a Rosemary Walsh echando más chispas que nunca.

Las charlas fueron breves y concretas. Hubo que admitir que Frank Ennis, que por supuesto insistió en hablar, estuvo bastante bien. Incluso fue amable cuando habló de la clínica y de su elegante directora, la doctora Casey.

Cuando terminaron las formalidades y todo parecía ir bien, Clara telefoneó a Linda.

—Perdona, cariño, soy Clara.

—¡Y estás como una cuba! —dijo Linda, orgullosa de haber entendido lo que estaba pasando.

—Diría que no, aunque los que bebemos siempre decimos que no estamos borrachos, pero creo que no puedo conducir.

—De acuerdo. ¿Paso por allí ahora?

—Sí, ven a tomarte una copa de vino.

—¿Cómo van las cosas? —recordó preguntar Linda.

—Sorprendentemente bien, y ya verás qué estilo —respondió Clara.

—No parece tan borracha —dijo Linda a regañadientes.

—Ya sabes cómo son estas cosas. Tengo que hacer un buen papel.

—Salgo ahora mismo hacia la parada del autobús —prometió Linda.

—Coge un taxi. No querrás presentar tus mejores galas en un autobús... Coge un taxi. Yo lo pago.

—Vaya, ¿también tengo que vestirme?

—Bueno, estoy segura de que no vendrás en vaqueros —dijo Clara.

No se atrevió a decir más para que su hija no sospechara, pero la conocía lo suficiente para saber que había dado bastantes pistas sobre lo elegante que iba todo el mundo.

Clara había presentado a Bobby a un ex jugador de la selección nacional de rugby, y Bobby charlaba animadamente con él. Observó también que Ania conversaba largo y tendido con Carl, el hijo de Bobby. Rosemary Walsh estaba sola con expresión rabiosa. A Clara le recordó a alguien. De pronto cayó en la cuenta: la cara de Rosemary Walsh era como la de su madre, siempre dispuesta a rechazar cualquier cosa que se le propusiera.

La madre de Clara no había asistido. La había invitado, pero dijo que tenía una partida de bridge y que no esperara que apoyara todas las causas perdidas en las que se metía su hija. Fue un alivio que su madre no estuviera allí.

También habría sido un alivio que Rosemary Walsh recogiera su abrigo del guardarropía y se marchara, pero la vida era así.

Clara recuperó la sonrisa y presentó a Rosemary a un director de banco.

—No puedo creerme que sea usted una paciente de la clínica —dijo el director de banco amablemente.

Fue lo mejor que podía decir a Rosemary, y Clara decidió reforzarlo.

—El marido de la señora Walsh, que es mucho mayor que ella, es una de las personas que han mejorado especialmente en la clínica. Desde que vino a vernos no ha pasado un solo día en el hospital. Nos apoya mucho y está aquí esta noche, además con su hijo.

El director de banco se quedó impresionado, y Rosemary pareció menos confundida de lo que estaba.

Clara también presentó al apacible padre Flynn a un millonario tras haberle dicho que no pretendía captar todo su dinero solo para su centro.

Las cosas iban mejor de lo que se había atrevido a esperar.

Nick llegó antes. Clara lo vio hablando con su madre y tuvo que frenarse para no correr a saludarlo. Vio cómo Hilary fue a buscarle una copa de vino y lo presentó a un par de compañeros de trabajo. Nick estaba tranquilo y se sentía tan en su casa como se habría sentido en cualquier otra parte. ¿Sería el hombre adecuado para su problemática Linda?

Linda llegó después. Clara la vio observando con expresión sorprendida la animada fiesta. Clara se sintió orgullosa de que su hipercrítica hija lo viera. Una venta benéfica de pasteles, sin duda.

Clara vio que Hilary llevaba a Nick hacia la sala de fisioterapia de Johnny, de modo que empujó también a Linda en la misma dirección.

—Tienes que ver las tablas de ejercicios que ha colgado en la pared —dijo—. Intentaré no tardar mucho.

—Disimulas muy bien la borrachera —refunfuñó Linda—. Pensaba que estarías ya tirada en el suelo.

Clara agitó su copa de vino alegremente. Era la primera de la noche, pero Linda no debía saberlo.

—Me temo que estoy llegando al límite —dijo—. Me alegro de que no se note. Aún tengo que hablar con dos o tres personas.

—Tómame el tiempo que necesites, Clara.

Linda se alegró. Al menos no iba a tener que arrastrar a su madre hasta el coche. Y se alegraba también de haberse puesto el vestido de seda blanco y negro. Le sentaba bien y se había calzado unos zapatos incomodísimos que armonizaban con el vestido. De camino a la fiesta había dejado las zapatillas de deporte en el maletero del coche, porque jamás podría conducir con aquellos zapatos. Linda observó a la gente, reconoció un par de caras de la televisión y vio a políticos conocidos. ¿Por qué había dicho que aquella presentación era una venta benéfica de pasteles? Se preguntaba dónde estaba el tipejo al que su madre odiaba, el tal Frank, y le habría encantado conocer a la aburrida santurrona polaca que parecía reunir en un solo cuerpo todo lo que una madre podría desear.

Vio a un hombre de aspecto agradable al otro lado de la sala, observando los carteles de ejercicios. No llevaba placa, de modo que él también debía de ser un visitante. Pensó que la había mirado con admiración al entrar, pero después se lo quitó de la cabeza. No era frecuente que los hombres se encapricharan de ella. Se limitaban a mirar sin demasiado interés a una mujer de piernas largas. Había sido una tontería pensar que pudieran admirarla, porque la mayoría de las veces no había la menor admiración.

Al final fue Fiona la que los presentó. Clara le pidió que lo hiciera.

—Solo tienes que decir: «Este es Nick Hickey. Esta es Linda Casey». Por favor, Fiona, ahora mismo.

—¿Por qué no los presentas tú, o Hilary?

—Te lo diría, pero entonces tendría que matarte, así que es mejor que te limites a ir y lo hagas —la presionó Clara.

—Vaya, ¿estáis haciendo de celestinas? ¿Hablaemos pronto de dos bodas? —bromeó Fiona.

—Si haces el más mínimo comentario, te arrastraré a una camilla, te arrancaré el corazón de cuajo y se lo trasplantaré a quien sea —dijo con tanta intensidad que Fiona retrocedió.

—Vale, de acuerdo, mensaje recibido.

—Fin de la conversación, que además nunca hemos mantenido —dijo Clara.

—¿Qué conversación? Tendrás que perdonarme, Clara, pero debo hacer un par de cosas.

Fiona salió corriendo a la sala de Johnny e hizo su trabajo.

La hija de Clara era muy guapa. No necesitaba que su madre le buscara novio. Por lo que respectaba a Nick, estaba tan tranquilo que tampoco parecía andar a la caza de su última oportunidad. Aun así llevó a cabo su misión.

—He venido a buscar a mi madre, que está borracha —dijo Linda.

—Más o menos como yo —dijo Nick riéndose.

—¿Quién es tu madre? —preguntó Linda.

—Hilary Hickey —respondió—, la responsable de la oficina.

—Mi madre es Clara Casey —dijo Linda con mala cara.

—Vaya, la mandamás —dijo Nick—. Ya veo.

—Aunque parece bastante serena.

Linda se puso a la defensiva. No quería que la responsable de la oficina pensara que su madre era una alcohólica.

—Pero es mejor no correr riesgos —dijo Nick dándole la razón.

—¿Trabajas en la clínica?

—La verdad es que no —contestó Nick con pesar—. No me había dado cuenta de lo mucho que habían hecho. Tengo que admitir que estoy impresionado.

—Yo también —dijo Linda.

No había dicho en qué trabajaba. Estaba bien. Linda odiaba a esa gente que inmediatamente clasifica y etiqueta en función del trabajo. Su ex novio Simon decía que lo primero que había que preguntar en cuanto se conocía a alguien era cómo se ganaba la vida, porque así no se perdía el tiempo con don nadies y perdedores. Muy

propio de Simon, pero no necesariamente de alguien con el que se quisiera vivir.

Aquel Nick era majo, y él mismo contó en qué trabajaba. Dijo que no hacía mucho ejercicio porque daba clases de música, un trabajo en el que pasaba las horas sentado, y tocaba en un club, lo que implicaba sentarse de vez en cuando y levantarse para tocar rodeado de gente.

Linda comentó que trabajaba en una tienda de discos y le dijo dónde estaba.

—Son muy buenos —dijo Nick—. Van a abrir una nueva sección de jazz.

—La llevo yo —dijo Linda con orgullo.

—¿En serio? —preguntó Nick muy impresionado.

—Sí. Ya tengo un estante con Count Basie, Duke Ellington y Miles Davis, y me han concedido presupuesto para que consiga más.

—¿Tendrás a Artie Shaw y a Benny Goodman? —preguntó Nick.

—Por supuesto. Estoy a punto de empezar con las mujeres, ya sabes, Billie Holiday, Ella...

—¡Y Lena! —exclamó—. Seguro que tendrás montones de Lena Horne.

—Sí, sí. Mi favorita de Lena es «More Than You Know».

—La mía, «At Long Last Love» —dijo Nick.

Los invitados estaban marchándose. Hilary y Clara, las madres presuntamente borrachas, observaban desde el otro lado de la puerta.

Linda y Nick estaban ajenos a todo.

Lo único que las celestinas habían hecho había sido acelerar un poco las cosas, y ahora debían quedarse en segundo plano, aguantar la respiración y bajo ningún concepto, mientras vivieran, admitir aquel pequeño plan ante ninguno de los dos aficionados al jazz sumidos en su mundo en medio de la sala de ejercicios de Johnny.

Fiona estaba invitada a cenar en Saint Jarlath's Crescent. Los gemelos habían pedido permiso a Molly para cocinar una cena griega.

—¿Y no le ha importado? —preguntó Fiona, que sabía lo orgullosa que estaba Molly Carroll de sus habilidades culinarias, sus asados y sus guisos.

—Al parecer está encantada. Habla con ellos de albóndigas y de kebabs como si hubiera crecido en una isla griega —respondió Declan.

—Tu madre es un amor —dijo Fiona con cariño.

—Tú la convertiste en lo que es ahora. Cuando empecé a trabajar en el hospital, era una persona muy difícil. Me daba miedo que la conocieras. Ahora sois uña y carne.

—¿Y por qué no íbamos a serlo? ¿No estamos las dos locas por ti?

—¿Cuándo crees que podremos darle a mi madre un día de fiesta?

—Tiene muchos días libres —dijo Fiona—. ¿No fuimos las dos al zoo la semana pasada? Me dijo que hacía años que no iba y también a mí me encantó.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —dijo Declan.

—Ah, el día de la boda... —dijo Fiona riéndose.

—Sí, cariño, el día de la boda...

—¿No tenemos todo el tiempo del mundo para organizarlo? —preguntó Fiona—. ¿Qué te parece el miércoles?

—¿Para casarnos? —preguntó muy contento.

—Para ir a cenar a tu casa con los gemelos, tonto.

Bobby Walsh dijo a Declan que él y su mujer iban a hacer una fiesta para celebrar sus bodas de rubí. Llevaban cuarenta años casados. Suspiró con alegría, aunque Declan no lo entendía. Aquella Rosemary de lengua afilada, inquieta e impaciente... No podía imaginarse casado con ella durante cuatro décadas, aunque quizá no había sido así al principio.

—Vendrán a casa unas setenta personas, y me preguntaba si a Fiona y a ti os gustaría venir también.

A Declan la invitación lo pilló desprevenido.

—Es muy amable por tu parte, Bobby, pero no creo que te apetezca mezclar a aburridos médicos y enfermeras con tus amigos.

—Al contrario. Os lo debo todo. No estaría aquí planeando la fiesta si no hubiera sido por vosotros. Y entre Rosemary y Clara hubo un pequeño malentendido.

—Sí, claro —dijo Declan con expresión tranquila y comprensiva.

Clara le había contado el «malentendido». En realidad había sido un ataque a gritos de

Rosemary, pero Declan pensó que mejor dejar las cosas como estaban.

—Bueno, pues es el 21, pero te mandaré una invitación. Estupendo. Me alegro mucho de que vengáis.

Declan pensó que sin duda parecía contento.

—¿Hoy no ha venido contigo Rosemary? —le preguntó mientras terminaban los análisis de sangre y rellenaban las fichas.

—No. Ha ido a hablar con empresas de catering. Me ha traído Carl. Hoy no tiene clase.

—Es un hijo estupendo. Debes de estar encantado con él —dijo Declan.

—Sí, es un chico estupendo y le encanta su trabajo de profesor. Rosemary cree que merece algo más, por supuesto, y dice a todo el mundo que está haciendo el doctorado, pero ya puede esperar sentada a que el chaval vuelva a la universidad. Seguirá en esa escuela hasta que se jubile.

—Está muy bien haber encontrado algo que te hace feliz —dijo Declan mientras ayudaba a Bobby a ponerse el abrigo.

—Si encuentra a una buena mujer, como yo, será un hombre feliz —dijo Bobby.

Declan pensó para sus adentros que esperaba que el joven Carl encontrara a una mujer mucho mejor que Rosemary, pero su expresión no le delató.

—Lo intentamos durante más de diez años. Casi habíamos perdido las esperanzas cuando llegó.

Bobby era bueno y amable con todo el mundo, incluida su malhumorada mujer. Era una suerte que el chico al que tanto tiempo habían esperado hubiera heredado casi todos los rasgos de su padre, no de su madre.

—Fiona se pondrá muy contenta —dijo Declan estrechando la mano de Bobby.

—¿Y vosotros cuándo...? —empezó a preguntar Bobby.

—No me preguntes —respondió Declan suspirando—. Es como lo de no mencionar la guerra. Todo funciona perfectamente si no empiezas a buscar la fecha para el gran día. Si lo haces, se arma la gorda.

—Eres un hombre sensato, Declan —dijo Bobby—. Todo irá bien, créeme.

A Declan le resultaba duro creer que un hombre estuviera contento de llevar cuarenta años casado con Rosemary, pero sonrió agradecido, como hacía tan a menudo. Era más sencillo que provocar un enfrentamiento violento. Se preguntaba si algunas veces no sería un poco aburrido.

Ania estaba segura de que Hilary y Clara tenían un secreto, pero no sabía de qué se trataba. Algunas veces se reían tontamente como niñas, y otras se sentaban juntas a hacer listas, pero nunca se lo contaron. No le importaba. Tampoco ella les había contado que Marek había aparecido y que lo había superado en un solo minuto, en aquel restaurante, cuando tuvo claro que no bailarían desnuda delante de hombres para que él ganara dinero.

Quizá tenía que ver con el hijo de Hilary y la hija de Clara, que se habían conocido en la recepción. Ania recordaba con nostalgia que había sido una noche perfecta. Carl le había dicho que estaba muy guapa y que su inglés avanzaba a pasos agigantados, y se había reído con cariño cuando ella lo interrumpió para anotar «a pasos agigantados». Le había gustado la expresión, que le hizo pensar en las botas de siete leguas de los cuentos infantiles.

Incluso la había besado en la nariz antes de marcharse.

—Eres tan dulce, Ania, y tan inteligente... Ojalá tuviera alumnos como tú en mi clase.

—No soy inteligente, Carl. De verdad no lo soy.

—Perdona, pero desde mi punto de vista eres muy inteligente. Y mira, sabes hacer de todo.

—Es solo porque tengo que trabajar duro para ganar dinero, así que he de hacer un poco de todo.

—Eso es lo que quiero decir. Llevas una lavandería, y al minuto siguiente estás llevando esta clínica...

—¡Yo no diría eso! Pero trabajo aquí, sí.

—He estado escuchándote toda la noche. Eres una estupenda embajadora del trabajo que se hace aquí. Y además trabajas en una joyería...

—¡Solo soy la mujer de la limpieza!

—Y en un centro internacional, y cuidas a niños, y vas a casas a recoger las cosas después de sus fiestas.

—Fue una buena idea. Se me ocurrió a mí —dijo Ania con ojos brillantes—. A la anfitriona le gusta poder irse a dormir y despertar a la mañana siguiente con la cocina limpia.

—Sí, pero ¿cuándo duermes, Ania? ¿Cuántas horas tiene el día para ti?

—No las suficientes —contestó muy seria—. Necesitaría cuarenta horas al día para ganar lo suficiente para ofrecer a mi madre la vida que se merece.

—Quizá lo único que quiere es que seas feliz —dijo Carl.

Carlo no le habría dicho todo eso si ella no le gustara un poco, o eso creía.

El padre Brian Flynn estaba haciendo una agotadora excursión con su amigo Johnny, que estaba convencido de que solo se trataba de un paseo informal. Habían cogido el pequeño tren que se dirigía hacia el sur desde Dublín, pasaba por Killiney, en la costa, y después ascendía lo que el padre Brian consideraba una montaña, aunque Johnny decía que era una ligera cuesta que daba al puerto de Dun Laoghaire, adonde llegaban los barcos procedentes de Inglaterra y los ricos propietarios de yates amarraban sus barcos. Luego descendieron la montaña —o la cuesta— hacia Dalkey, se bebieron dos cervezas en un bar muy acogedor y volvieron a coger el tren de vuelta a Dublín.

Brian se quedaba siempre destrozado, pero Johnny, que debía de tener músculos y tendones diferentes, no sentía el menor dolor.

Se sentaron en Dalkey a arreglar el mundo. Brian tenía problemas para financiar su centro. Le habían dicho que debía autofinanciarse. ¿Cómo conseguirlo? Ya había embaucado a todos sus amigos para que lo pintaran y le había pedido a Ania que hiciera cortinas y manteles. No podía subir los precios, porque aquellos jóvenes mandaban tanto dinero a sus familias que apenas les quedaba para sobrevivir.

Si hubiera una manera de conseguir dinero fuera del local... Era una gran sala con varias habitaciones pequeñas en las que la gente se reunía. En la sala servían té, café, sopa y bocadillos. Desde el pasillo se accedía a una pequeña capilla. Tras la misa de los sábados por la noche y los domingos por la mañana Brian recibía a los jóvenes europeos que todavía estaban un poco perdidos en la gran ciudad y que se alegraban de disponer de un lugar en el que tomar un café y charlar. No podía subirles los precios para que el centro se autofinanciara.

—Podrías montar un baile, una discoteca o algo así —sugirió Johnny.

—Vamos, Johnny, no queda demasiado bien con nuestra imagen, ¿no te parece?

—No quería decir un club de striptease —replicó Johnny, ofendido.

—Ya lo sé, pero por lo que parece cuando voy por esa calle, no estaría fuera de lugar.

—Algo tiene que haber —dijo Johnny negándose a darse por vencido.

—Era casi más sencillo en Rossmore, porque allí la gente diría que habría que subir al pozo sagrado y preguntar a santa Ana lo que hacer.

—Creía que te habías marchado para alejarte de todo aquello —dijo Johnny, perplejo.

—Claro, pero, como todo el mundo, empiezo a preguntarme si es verdad que algo hay. Todos volvían del pozo contentos consigo mismos.

—¿Les decía qué hacer?

—Plantaba las semillas en su corazón, al parecer. No quiero volver a ese tema.

—¿Y qué piensa el padre Tomasz?

—Ay, el padre Tomasz... Un hombre amable que siempre ha estado un poco anticuado. Está loco por el maldito pozo. La cosa es más fuerte que nunca. Hasta quieren ir a casarse allí. —Brian se quedó un instante en silencio—. ¡Dios todopoderoso! —exclamó de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Johnny pensando que algo iba mal.

—Ya tengo la solución. Podemos celebrar bodas en el centro. Los casaré primero en la capilla, o Tomasz puede venir a casar a los polacos, y luego les servimos una comida en la sala. ¡Qué buena idea!

Clara estaba a la expectativa con Linda. Su hija había ido dos veces al club de Nick, y Nick había pasado por la tienda de Linda casi a diario. Había afirmado que la chica era un genio y además le había dicho a su jefe que estaba loco si no la contrataba a jornada completa.

Linda lo pensó unos cinco minutos y dijo que por ella no había problema. Un sueldo adecuado y una partida para promoción.

—¿Qué vas a promocionar? —le preguntó el jefe.

—La tienda y el apoyo a artistas de jazz irlandeses o que vienen a Irlanda. Podríamos incluso tener una *happy hour* los jueves por la tarde y que vengan músicos a tocar. Eso atraerá a los clientes.

El jefe la escuchó con interés. Había pensado que era una rubia tonta de largas piernas que duraría tres semanas, y resultaba que estaba planificando cómo dirigir un imperio.

Hilary también estaba a la expectativa. Nick se había cortado el pelo y se arreglaba bastante. Preguntó a Hilary si sabía de algún estudio en alquiler, un lugar en el que dar sus clases de música. Por bien que estuviera en casa, no era el lugar adecuado para reunir una clase de veinte personas. Había hablado con alguien que le había dicho que merecía más la pena enseñar a veinte chicos a la vez cuatro acordes durante seis sábados a buen precio. Otro le dijo que estaba a punto de cumplir los treinta y que ya era hora de que mostrara a la gente lo bueno que era. Hilary, que llevaba veinte años diciéndoselo, no se podía creer que alguien —que resultó ser la hija de Clara— hubiese conseguido que le hiciera caso.

Linda había dejado de ponerse sus ridículas minifaldas y sus botas altas. Nick se había comprado un jersey que no estaba lleno de agujeros y deshilachado. Linda no hablaba mucho de Nick en su casa, y Nick tampoco hablaba de ella con su madre, pero en la clínica dos mujeres de mediana edad no dejaban de hablar de ellos, y una vez incluso las vieron bailando alrededor de la mesa de Clara.

El viernes de la cena griega los gemelos llegaron temprano a casa de Molly Carroll.

—La presentación es importante... —empezó a decir Maud.

—Cómo se colocan los platos —añadió Simon.

—Hemos traído platitos de cerámica...

—Para servir la comida...

—Y daremos los platos a Fiona...

—Y a Declan y a ti también...

Molly se mareaba escuchándolos. Tenía que girar la cabeza a derecha e izquierda como si estuviera viendo un partido de tenis, pero los gemelos estaban muy contentos y siguieron charlando con ella como si fuera su mejor amiga.

Continuaron hablando de personas de las que Molly jamás había oído hablar: Vonni, Andreas, Yorghis (el hermano de Andreas) y el doctor Leros (el médico del pueblo), que había apartado los trozos de los platos rotos cuando Simon estaba bailando entusiasmado en un restaurante. Y mientras hablaban, colocaban en la mesa cuencos con aceitunas, pan de pita, platos de hummus y taramosalata, y cosas poco frecuentes en Irlanda, como los calamares, que Molly se preguntaba si sería capaz de comerse.

Habían preparado algo parecido a un pastel de carne y verduras que llamaban musaka, con un aspecto estupendo, a un lado colocaron una ensalada griega de tomate, pepino y queso feta, y sirvieron también un postre que parecían hojas de papel marrón con almendras y miel.

Molly suspiró. Podría haber cocinado una cena buenísima —comida normal—, no todos aquellos estúpidos platos. Paddy le habría llevado su mejor pedazo de cordero o chuletas de ternera de la carnicería en la que trabajaba. Pero Muttie, el tío, o el abuelo, o lo que fuera de esos chicos era importante para Paddy y ellos se habían empeñado en preparar aquella cena.

Molly empezaba a acostumbrarse a quedarse en segundo plano y dejar que otros organizaran las cosas. No había sido fácil. Durante años había llevado las riendas de la casa y además trabajaba en la lavandería. Cada mañana planchaba una camisa para Paddy y otra para Declan, y los esperaba en casa con la cena lista, pero todo había cambiado.

Ahora Declan pasaba casi todo su tiempo libre con Fiona, una buena chica que estaba loca por su hijo y que le hacía mucho bien. Desde que salía con ella tenía mucha más confianza en sí mismo. Y Fiona hacía reír a todo el mundo. Iba con Paddy y Muttie a tomar cervezas y había llevado a Molly al zoo, donde pasaron un día estupendo, Fiona habló con todo el mundo y pasaron horas viendo los pájaros exóticos y los leones desde lejos.

Si a Fiona le gustaba aquella comida grasienta servida en platos pequeños, ¿por qué no? Molly estaría allí. Se había puesto su vestido nuevo de cuadros escoceses, muy elegante, e intentaba desesperadamente entender quiénes eran las personas de las que hablaban los gemelos.

—Adoni dice que no se puede hacer una ensalada joriatikí con nuestros tomates, pero...

—Pero Vonni dijo que los tomates irlandeses están bien si les echas un poco de miel...

—Preparar una comida exige bastante creatividad —dijo Simon con tono sorprendido.

—Molly lo sabe perfectamente, porque ha cocinado para Paddy y Declan durante años —añadió Maud con tacto.

Molly no prestó demasiada atención hasta que oyó la llave girando en la cerradura. Declan y Fiona habían llegado. Habían pasado por el bar a recoger a Paddy. Podía empezar el banquete.

Los gemelos explicaron con todo detalle en qué consistía cada plato, como si los hubieran inventado ellos. Los Carroll escucharon embelesados mientras los chicos hablaban de la cafetería, del mercado en la plaza, del gentío que iba cada noche a la taberna de Andreas, de cómo Maud y Simon habían trabajado allí por la noche, y durante el día en la tienda de Vonni. Adoni incluso había organizado un camión que salía cada hora de la plaza para ir a buscar y a dejar gente al puerto.

—Ahora no es tan duro como cuando yo estuve. Nosotros teníamos que hacer el recorrido a pie —dijo Fiona.

—¿Cuánto hace que estuviste? —preguntó Simon.

Fiona esperó educadamente a que Maud terminara la frase, pero por una vez Maud se quedó con la mirada fija en el mantel.

—Ah, sí, perdona, no teníamos que hablar de tu época —recordó Simon.

—Vonni dijo que no fue tu mejor momento —añadió Maud.

—No, no lo fue, pero la isla era preciosa, me volví loca por un tipo, hice muchos y buenos amigos, y me alegra mucho que conocierais a algunos de ellos.

Después de todo, no había sido un desastre. Simon suspiró aliviado.

—Eran estupendos y nunca podremos agradecerte bastante que nos mandarás con ellos —dijo.

—Me han dicho que erais muy trabajadores y muy buena compañía. Vonni echa de menos sus charlas con vosotros —dijo Fiona.

—Le enseñamos a mandar mensajes desde el móvil, pero no creo que llegue a ser lo suyo.

—No, no me la imagino mandando mensajes desde el móvil —dijo Fiona.

—Pero está pensando en venir para tu boda —dijo Maud.

—La verdad es que todavía no hemos decidido el día —puntualizó Declan.

—Le dijimos que aún no estaba decidido... —dijo Simon.

—... pero que seguramente sería antes del final del verano... —explicó Maud.

—... todavía con buen tiempo...

—... porque los días son más largos.

—Perfecto —dijo Fiona riéndose—. Parece que habéis tenido en cuenta lo más importante. ¿Y creéis que va a venir?

—No iba a venir, pero le dijimos que la considerabas una buena amiga...

—... y que la amistad siempre había que cuidarla...

—... y se dio cuenta de que teníamos razón.

—Ahora sabe buscar vuelos baratos en internet.

—Bajamos al hotel de Ayia Ana y le enseñamos a meterse en la red. El director del hotel dice que le conectará el ordenador.

—Entonces no tiene por qué haber problema.

—Y además este viaje ha decidido nuestro futuro —dijo Simon.

—Ahora sabemos qué queremos hacer —dijo Maud.

—¿Y qué queréis hacer exactamente? —preguntó Declan.

—Vamos a meternos en el negocio de la restauración —contestó Simon, orgulloso, como si fuera a abrir su restaurante aquella misma noche.

Al día siguiente, mientras preparaban las salas de tratamiento, Fiona contó a Ania la cena griega.

—Parecen fantásticos —dijo Ania.

—Contemplantos es mejor que ir al teatro. Han decidido meterse en el negocio de la restauración, así que van a asistir a conferencias nocturnas y a aprender todo lo posible a la vez que trabajan. El marido de una prima tiene una empresa, Scarlet Feather, y van a trabajar con él para adquirir un poco de experiencia.

—¡Scarlet Feather! Es la empresa de catering que se ocupará de la comida en las bodas de rubí de los padres de Carl —dijo Ania contenta de tener algo que aportar ella también.

—Pues quizá los conozcas allí, aunque es importante para Maud y Simon pasar inadvertidos.

—Bueno, no me han invitado —dijo Ania.

—Pero irás. Eres la novia de Carl.

—Soy una amiga de Carl, no su novia —dijo Ania—. No quiero hacerme demasiadas ilusiones.

—Pero viene a enseñarte inglés una vez por semana, siempre habla contigo cuando viene con su padre, y vais juntos a galerías de arte, a museos y al teatro —dijo Fiona, confundida.

—Es solo para que no sea tan burra —dijo Ania.

De repente Fiona deseó que Declan no hubiera aceptado ir a aquella maldita fiesta. Si Ania no iba, sería como una traición. Cuando salió a comer, Fiona vio a Carl Walsh entrando en el centro y dudó en preguntarle si iban a invitar a Ania o no a las bodas de rubí. ¿Y si la respuesta era que no? Al final decidió no meterse donde no la llamaban. No era asunto suyo.

—¿Qué van a regalar a tus padres para sus bodas de rubí? —preguntó Ania a Carl.

—Cristal rojo, al parecer. Están formando grupos, y cada grupo les comprará un juego: uno, una botella y seis vasos de cristal de Bohemia; otro, tazas de café; y otro más, dos ensaladeras enormes. La verdad es que es absurdo. Tienen platos y vasos para el resto de su vida.

—Quizá sus amigos quieren celebrarlo —comentó Ania.

—Vives en un mundo más feliz y sincero que el real —dijo Carl—. Se trata solo de aparentar, de presumir de casa, de la comida, de la vista y de todo lo demás.

—Pero se lo pasarán bien, ¿no?

—Bueno... espero que tú te lo pases bien...

—¿Van a invitarme? —preguntó Ania con los ojos brillantes.

—Por supuesto. Eres mi gran amiga, ¿verdad?

—¿Van a mandarme una invitación, como a los demás?

—Si quieres sí, Ania, pero siempre he dado por sentado que vendrías. No iría si no fueras tú.

—Muchas gracias, Carl. Temía... bueno... ya sabes... La verdad es que no pensaba...

—Piensa en lo triste que estaría si no te tuviera a ti para charlar.

—Pero tendrás que hablar con los amigos de tus padres, servir bebidas y dar la conversación.

—Se dice «dar conversación», no «dar la conversación».

Siempre la corregía amablemente, y Ania hacía todo lo posible por recordarlo.

—Será fantástico —dijo muy contenta—. Daré buena conversación a la gente y me vestiré muy elegante para hacerte quedar bien.

—No podrías hacerme quedar mal —dijo Carl.

La miró largo rato mientras se comían los bocadillos. Al final sacó el libro de gramática inglesa para seguir en el punto en el que lo habían dejado la última vez.

Los días pasaron deprisa. Ania aceptó otro trabajo. Necesitaba dinero extra para comprarse un vestido. No tocaría un céntimo de los ahorros que había reunido para su madre.

Mientras limpiaba mesas y recogía vasos se encontró con un chino que estaba ofreciendo a un joven la posibilidad de trabajar cuatro horas a la semana ayudando a limpiar y plantar maceteros en un gran edificio. El chico decía que las horas no le iban bien, de modo que Ania se ofreció para hacerlo. Mientras entraba y salía del fastuoso recinto, se quedaba pasmada ante el lujo de aquellas viviendas con vistas al mar. No estaban lejos de donde vivían los Walsh. De hecho pasaba por su casa cada vez que salía de allí en dirección a las carreteras de la costa, flanqueadas por árboles.

Ania se ponía guantes baratos de algodón y se untaba las manos con vaselina. Sí, era un trabajo, y bueno, pero no quería ir a aquella estupenda fiesta con las manos destrozadas y llenas de tierra. El chino, que se llamaba señor Chen, era silencioso y servicial. Ania no tardó en aprender a cambiar la tierra, alimentar las plantas y sustituir las que habían muerto o se habían estropeado. Tenía también una lata de pintura blanca para retocar los maceteros viejos o que se habían desconchado.

Ania observaba asombrada los elegantes muebles de las viviendas, las sillas y las hamacas acolchadas, en las que los propietarios se sentaban a contemplar el mar. No tenía nada que ver con su mundo. Cuando se despertaba en su apartamento, lo que veía desde su pequeña ventana eran azoteas. No había maceteros ni amplias escaleras de mármol con helechos en los descansillos. Pero Ania no sentía la menor envidia. Toda aquella gente, o al menos sus padres, seguramente había trabajado duro para conseguir tanta riqueza. Estaba al alcance de cualquiera dispuesto a trabajar.

Y después Barbara y Fiona la llevaron a su tienda de segunda mano favorita para que buscara algo que ponerse. Se movían con toda confianza por las barras de ropa y de vez en cuando sacaban una prenda, pero Ania sacudía la cabeza. Eran demasiado cortas, demasiado apretadas y demasiado atrevidas, como la ropa que Marek quería que llevara en la cafetería del puente para animar a los clientes a entrar y bailar. Se limitó a negar con la cabeza.

—Si tuviera tu tipo, me lo pondría —dijo Barbara mirando con admiración un vestido negro de cuero con adornos metálicos.

—¿Por qué no te lo quedas? —preguntó Ania.

—Porque no podría meter mis enormes pechos.

—Me encantaría meter grandes pechos —dijo Ania.

—Está demostrado que ninguna mujer está satisfecha con el tamaño de sus pechos —dijo Fiona sabiamente.

—¿Y tú, Fiona? Seguro que no te gustaría tener pechos diferentes —dijo Ania, perpleja.

—Claro que sí, y lo mismo les pasa a todas las mujeres de esta tienda, pero lo importante es no perder tiempo con estos temas. ¿Qué te parece este vestido rojo? Te quedaría de maravilla.

—Es sin mangas, y tengo los brazos como palillos.

—¿Sabéis lo que estaría muy bien? —preguntó Barbara, pensativa—. Encontrar a alguien que sepa coser y que pudiera poner unas bonitas mangas de encaje a este vestido rojo. Quedaría perfecto.

—¿Coser? Yo sé coser —dijo Ania.

Y en un momento habían encontrado una vieja blusa de encaje. Ania dijo que sería un juego de niños descoserla para hacer las mangas del vestido.

—A la terrible señora Walsh se le saldrán los ojos de las órbitas —dijo Fiona triunfalmente.

—No, no, no digas eso. Ha sido amable. Me ha invitado.

Ania no iba a darse por vencida. La tienda había sido una buena elección y había gastado tan poco que todavía le quedaba dinero para ir a la peluquería. Las cosas iban cada vez mejor.

Queridísima mamusia:

Es la una de la madrugada y estoy cosiendo mangas de encaje para un vestido rojo. Me gustaría estar contigo para que me enseñaras cómo aprovechar mejor el material que tengo.

¿Recuerdas a Carl, el chico que me ayuda a aprender inglés sobre el que te he escrito muchas veces? Su padre es paciente de la clínica. Bueno, pues sus padres llevan cuarenta años casados, celebran sus bodas de rubí y me han invitado a su casa, una gran mansión blanca junto a la costa. Estoy entusiasmada con la celebración. Ya te contaré cómo ha ido. Reza por mí para que no haga ninguna tontería.

El padre Flynn está arreglando la sala para la que hice cortinas y manteles. Cree que podríamos celebrar bodas. Vendrá un cura polaco a hacer el servicio y ofreceremos comida y diversión. Si algún día me caso con un irlandés, quizá podríamos celebrar allí la boda, y tú, la señora Z'ak y todos los demás podrías venir desde Polonia para bailar en el convite. Pero no creo que suceda pronto.

Te quiero mucho y pienso en ti cada día. Tu afectuosa hija,

ANIA

Cathy y Tom echaron un vistazo a la casa. Era tan espaciosa y elegante como parecía desde fuera, pero lo que les interesaba era resolver las cuestiones técnicas: dónde aparcar las furgonetas del catering para que no se vieran demasiado, dónde instalar la barra, si los invitados dispondrían de bebidas en la gran terraza y en qué habitación colocar el guardarropía. Revisaron los enchufes y los cuartos de baño.

La señora Walsh era una mujer de cara angulosa y dispuesta a quejarse en todo momento.

—¿Cuánto personal traerán?

Su marido estaba sentado en una silla y apoyado en un bastón. Estaba tan sonriente y entusiasmado que casi compensaba a su mujer.

—Estaremos los dos aquí, con una persona para el mostrador y un camarero, y le alegrará saber que disponemos de dos aprendices, unos chicos excelentes, que vendrán como refuerzo.

Cathy consiguió mostrarse tranquila y a la vez eficiente, pero Rosemary Walsh estaba decidida a encontrar defectos.

—Pensábamos que pagábamos por un servicio profesional —dijo en un tono todavía más quejumbroso.

—Por supuesto que les ofreceremos un servicio muy profesional, señora Walsh. Los gemelos Mitchell vendrán a observar. Se quedarán en segundo plano, se ocuparán de los abrigos y ayudarán con el aparcamiento. Muy a menudo al anfitrión le gusta disponer de ayuda para servir canapés al principio de la velada, para romper el hielo. Pensamos que le encantaría contar con dos personas extra sin coste adicional.

Rosemary Walsh sintió que estaban corrigiéndola, de forma muy amable, pero le molestó.

—Sí, bueno, es solo que esta va a ser la última gran fiesta que vamos a celebrar... —empezó a decir.

—Bueno, eso nunca se sabe. Están las bodas de oro, y también puede haber una boda en la familia o un bautizo. Siempre hay una razón para hacer una fiesta.

—Dudo que veamos nuestro cincuenta aniversario, señora Feather, y solo tenemos un hijo, de modo que la boda será en la casa de la novia... si encuentra novia. Así que centrémonos al máximo en la fiesta que tenemos entre manos.

—Por supuesto, y será un placer serles de ayuda en esta feliz ocasión —dijo Cathy Feather, aliviada.

Se preguntaba una y otra vez cómo era posible que aquel tipo de mujeres acabaran siempre con hombres amables, casas enormes y suficiente dinero para celebrar una fiesta con setenta personas. En los años que llevaba dedicándose al catering se le había pasado por la cabeza más de una vez.

Simon y Maud se probaron el uniforme: la camisa con el logo de Scarlet Feather y el elegante pantalón negro. Les dijeron que debían llevar las uñas muy limpias y que Maud tenía que recogerse el pelo. Se quedaron observando en la cocina mientras

empaquetaban los canapés. Repetían una y otra vez los ingredientes de cada uno.

—Esta es una cesta de hojaldre con espárragos y salsa holandesa —dijo Maud.

—Estos son pastelillos rellenos de roast beef con rábanos picantes y salsa de crema —dijo Simon.

—Suponed que alguien os pregunta qué lleva un Kir Royale —dijo Cathy.

Los gemelos se miraron entre sí con expresión de no saberlo.

—Le diría que voy a preguntarlo al mostrador —dijo Maud.

—Yo diría que los ingredientes son sorpresa —dijo Simon muy convencido.

—Es más prudente saber lo que lleva —sugirió Cathy—. Mirad esas botellas: esto es crema de cassis, y esta otra es un champán barato.

—Pero no tenemos que decir que es barato, ¿verdad? —preguntó Maud.

—Claro que no. Creo que lo haréis muy bien. Tom y yo deberemos tener cuidado con nuestro negocio cuando empecéis.

Los gemelos sonrieron por el cumplido.

El día de las bodas de rubí hizo un tiempo perfecto, un día caluroso con una ligera brisa procedente del mar.

—¿No elegimos bien hace tantos años, Rosemary? —preguntó Bobby Walsh entregando a su mujer un collar de rubíes.

—Sí, Bobby —dijo con voz dulce por una vez.

Carl llegó para llevarlos a comer algo ligero en un sitio elegante. El personal del catering parecía saber lo que hacía, aunque aquella mujer tenía demasiado carácter. La peluquera de Rosemary llegaría a las tres de la tarde. Todo iba como lo habían planificado.

Otras personas estaban también preparándose para la fiesta. Fiona y Declan hicieron un desfile de moda para Molly. Declan se había puesto una chaqueta muy elegante de color verde oscuro. Fiona estaba muy chic con su conjunto, un vestido de seda naranja y rojo, y una recatada chaqueta negra. Ania le había hecho una flor de seda para que se la prendiera en la chaqueta. Parecía un conjunto de diseño.

—Estos zapatos van a crucificarme, pero merece la pena —dijo.

—¿Por qué no te pones otros más cómodos? —preguntó Declan.

Ni su novia ni su madre se molestaron en contestar.

Luego llegó su taxi y salieron a recoger a Ania, que les había dicho que los esperaba en la esquina de su calle.

Cuando el taxi llegaba a la esquina, vieron una pequeña multitud despidiéndose de Ania: Johnny, un cura al que habían saludado rápidamente, la amiga de Ania, Lidia, y Tim, el guardia de seguridad.

Ania estaba despampanante con su pelo negro brillante, sus ojos saltarines y el vestido rojo, que le quedaba como un guante. Las mangas de encaje parecían salidas de un desfile de alta costura. Fiona pensó que aquella chica tenía tanto talento que no podía estar fregando suelos, y deseó que le fuera bien la noche y que la terrible Rosemary no le dijera algo imperdonable.

Nick y Linda iban a participar en un programa de radio la noche de la fiesta de los Walsh. Clara invitó a cenar a Hilary. Como los jóvenes enamorados estarían en el estudio de radio, las mujeres podían permitirse pasar la noche juntas sin levantar sospechas.

Encendieron la radio, buscaron la emisora y Clara preparó salmón a la plancha, que sirvió con judías verdes.

—Lavender estaría muy orgullosa de nosotras —dijo Hilary.

—Sí, claro, hasta que viera los bizcochos al ron en el frigorífico para el postre —comentó Clara.

Estaban tomando el café cuando sus hijos empezaron a hablar en la radio sobre grandes clásicos del jazz. Hablaban con naturalidad, sin afectación, compartían su entusiasmo y animaban a la gente a ir a clubes de jazz y a las tiendas de discos.

Linda habló cómodamente sobre las actuaciones en directo los jueves por la noche y comentó que Nick tocaría varios clásicos en la tienda la semana siguiente.

—Es una feliz coincidencia que os hayáis conocido —dijo el entrevistador.

—Habríamos acabado conociéndonos tarde o temprano —contestó Nick muy seguro.

Clara y Hilary se miraron pasmadas. ¿Se habrían conocido de todas formas? No se lo creían ni ellos.

Pero las dos mujeres volvieron a prometer que jamás desvelarían su secreto.

Aquella noche, mientras Brian Flynn, Johnny, Tim y Lidia se despedían con la mano de la elegante Ania, que se dirigía a la fiesta, sabían que uno de ellos propondría ir a tomar una cerveza. El que lo propuso fue el cura.

—Tengo que solucionar un tema —dijo.

No dudaron en seguirlo al Corrigans.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Tim.

—Yo. El problema siempre soy yo —respondió Brian Flynn en tono sombrío.

—Déjate de tonterías, Brian. No sueles ser la causa de los problemas, sino la solución —dijo Johnny saliendo en defensa de su amigo.

—Esta vez no. Estaba tan entusiasmado con la idea de celebrar bodas para financiar el centro que tiré hacia delante como un burro, pero hay todo tipo de problemas. Se necesita licencia para esto y permiso para lo otro. Es una pesadilla. De pronto aparece gente de la nada gritando «imposible» antes de que hayas dado el primer paso.

Brian sujetaba el vaso con gesto de perro apaleado, con el ceño fruncido por la decepción.

—¿No puedes alquilarlo de forma privada? ¿No podría funcionar así? —intentó ayudar Tim.

—No. Hay un libro entero de normas, y la oscura sombra del Ministerio de Sanidad amenazando. No podemos pedir que nadie venga a celebrar su boda si no está todo en regla.

—¿Recuerdas a tu amigo James, aquel tan tranquilo? —preguntó Lidia—. Cuando tuvimos aquel otro problema fue buenísimo. Sacó papel y lápiz y anotó todas las posibilidades.

—Supongo que podríamos hacer lo mismo —sugirió Johnny.

—Nosotros no servimos para eso, nos distraemos —dijo Tim.

Brian sacó su teléfono móvil.

—James, sé que la vida sería más fácil para ti si dejara de una vez la Iglesia, pero nos encantaría que vinieras a tomarte una cerveza con nosotros para que nos ayudaras a aclarar un poco las cosas.

—¿Otra acosadora? —preguntó James.

—No, nada que ver, pero necesitamos a alguien que lo analice desde fuera.

—¿Dónde siempre?

—Sí, al fondo.

—Llego en media hora —dijo James.

—Brindemos por Ania —dijo Lidia.

—Todo irá bien —dijo Johnny, que no entendía por qué Ania se había vestido tan elegante e iba a enfrentarse con la terrible Rosemary en su guarida.

Las primeras personas a las que vieron cuando entraron en la fiesta fueron Simon y Maud, immaculados con su uniforme de Scarlet Feather y con bandejas de canapés en las manos.

Maud se acercó como si nunca en su vida hubiera visto a Declan y a Fiona.

—¿Puedo ofrecerles un huevo de codorniz? Podéis aderezarlos con sal de apio.

—¿O quizá centros de alcachofa con salsa de queso? —añadió Simon.

Fiona quería reírse a carcajadas, pero sabía que cada uno tenía que desempeñar su papel.

—Muchas gracias. Todo tiene un aspecto estupendo —dijo Fiona.

Se las arregló para guiñarles un ojo y hacerles un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¿No es una casa enorme? —preguntó Ania suspirando.

—Demasiado grande para tres personas —contestó Fiona.

—Pero es el hogar de la familia.

Ania defendía a la familia de Carl. Llevaba en las manos el regalo, un platito de cristal rojo para la mermelada, envuelto con mucho gusto. Un regalo perfecto para la ocasión.

Fiona deseaba que Rosemary fuese amable y se lo agradeciera como era debido, pero no tenía demasiadas esperanzas. Había intentado convencer a Ania de que dejara su regalo en la sala con los demás paquetes, pero la chica estaba decidida a dárselo en mano.

—Esta casa es poco adecuada para Bobby. Está llena de escaleras y desniveles. Necesita un espacio plano, por Dios —no pudo evitar observar.

—Quizá algún día —dijo Ania.

—¿La señora Rosemary va a dejar este palacio? Nunca. Vamos a echar un vistazo, Ania.

—No quiero hacerme notar.

—Coge un huevo de codorniz, Ania. Pasará mucho tiempo antes de que volvamos a verlos. Luego saldremos a la terraza a disfrutar de la vista.

Declan se había quedado en una esquina charlando de rugby con un hombre. Carl estaba en el otro extremo de la sala. Las saludó con la mano, como queriendo decir que debía quedarse un rato donde estaba. Fiona acompañó a Ania a la gran terraza, en la que las estufas exteriores mitigaban la brisa nocturna procedente de la bahía.

Grupos de personas de mediana edad, muy bien vestidos y que se hacían oír, señalaban maravillados la vista que tenían ante ellos. Veían la iglesia y el centro de la ciudad. El puerto estaba al otro lado de la bahía, donde había atracado un yate de lujo. Qué lugar para vivir. Rosemary Walsh debía de estar contenta por la admiración y la envidia de aquellas personas.

—¿Ves aquel edificio? —preguntó Ania—. Yo les arreglo los maceteros. Voy con el señor Chen, y la semana pasada plantamos muchos helechos. Casi puedo verlos desde aquí. Tengo que decírselo.

Todos los demás se preguntaban cuánto costaría la casa de los Walsh y si les darían permiso para construir un bloque de pisos en su terreno, pero Ania se dedicaba a señalar con orgullo dónde trabajaba arreglando maceteros.

Fiona vio que Rosemary iba acercándose a ellas.

De pronto Fiona deseó estar a kilómetros de distancia. No podría soportar ver a aquella mujer despreciando a Ania, haciendo caso omiso de su bonito vestido y agradeciéndole a regañadientes su platillo de cristal rojo.

Fiona paseó por la sala. Ania estaba encantada observando la vista, pensando que Carl había crecido allí y la había tenido frente a él toda su vida.

Rosemary no había reconocido a la chica del llamativo vestido de diseño que contemplaba la puesta de sol desde la terraza. Debía de ser la hija de alguien. Se acercó, se dio cuenta de que era Ania y la observó estupefacta. Era la mujer de la limpieza polaca de la clínica.

—Hola, señora Walsh. Les felicito a Bobby y a usted. Les he traído un pequeño regalo por sus bodas de rubí.

Rosemary estaba tan impactada que se agarró a una mesita.

—Espero que les sea útil.

La cara de Ania no dejaba ver que se había gastado el sueldo de una semana en aquel regalo.

—Me alegro de que hayas venido, Ania —dijo la señora Walsh con voz ligeramente entrecortada.

Ania vio decepcionada cómo cogió el regalo y lo dejó en la mesa sin mostrar la menor intención de abrirlo. Seguramente Fiona tenía razón: debería haberlo dejado en la entrada con los demás regalos.

—Tiene una casa muy bonita, señora Walsh.

—Sí, gracias. Bueno, me alegro mucho de que hayas venido. Todos dicen que eres de gran ayuda.

—Me alegra saberlo —dijo Ania sintiendo que se sonrojaba de alegría.

—Así que te sugiero que vayas a echar una mano a la cocina —dijo Rosemary Walsh.

—¿A la cocina? —preguntó Ania, sorprendida.

—Sí, está al fondo, todo recto —contestó la señora Walsh empujándola hacia delante.

Ania no quería dejar el platillo de cristal en la mesa.

—Su regalo, señora Walsh... —dijo intentando cogerlo.

—Vete, querida, no los hagas esperar. Necesitan ayuda desesperadamente.

—¿Ayuda? —preguntó Ania, perpleja.

—Para fregar, querida. Date prisa.

No podía ser verdad. Tenía su invitación. Nadie podía pensar que había ido a fregar. ¿Era eso lo que había querido decir Carl cuando comentó que por supuesto que iría a la fiesta de sus padres? ¿Que no podría estar allí sin ella? ¿Quería decir que trabajaría en la cocina?

Sintió que no tenía más opción que hacer lo que le decía la señora Walsh.

En la cocina no había nadie. Todos los camareros estaban sirviendo el bufete. En la mesa había vasos sucios y bandejas de colores en las que habían servido los canapés.

Ania, con tristeza, llenó un fregadero de agua caliente y jabón y empezó a fregar los vasos. Estaba secándolos cuando entró una mujer muy alta.

—Hola, soy Cathy —dijo—. Y tú ¿quién eres?

—Ania —contestó en voz baja.

—¿Y qué haces fregando los platos?

—Ayudarte.

—No, no. Metemos toda la vajilla en bandejas de lavavajillas y las llevamos a la furgoneta. Se friegan en nuestro local.

—Pero la señora Walsh me ha dicho...

—La señora Walsh es una imbécil integral —dijo Cathy.

—¿Cómo?

—No importa.

En aquel momento entró en la cocina un hombre muy atractivo. Cathy habló con él muy enfadada.

—Tom, esta es Ania. Esa burra la ha mandado aquí para que fregara los platos.

Ania lamentaba haber causado problemas.

—Bueno, yo pensaba que era una invitada, pero en realidad tengo que ayudar —dijo.

Tom y Cathy intercambiaron miradas.

—Te devolveremos a la sala inmediatamente —declaró Cathy.

—No, por favor, por favor. No hagáis enfadar más a la señora Walsh. Bastante la he molestado yo al venir. Su hijo me invitó, pero debe de ser un malentendido.

—¿Dónde está su hijo? Voy a buscarlo —dijo Tom muy decidido.

—No, te lo suplico —dijo Ania—. De verdad, te lo suplico de rodillas. No haría más que empeorar las cosas. Dejad que me quede aquí. Puedo meter la vajilla en las bandejas si me explicáis cómo —dijo sujetando de la mano a Cathy.

—Pero ¿y su hijo? ¿Tu amigo? —preguntó Cathy.

—Pensaría que soy más tonta de lo que soy. No me importa quedarme a ayudaros y luego me marcharé.

Sus bonitas mangas de encaje estaban húmedas y llenas de jabón.

—Esto no está bien —dijo Tom.

—Algunas veces es lo que pasa, que las cosas no están bien —dijo Ania.

Tom y Cathy estaban supervisando el bufete de langosta y salmón, y preparándolo para trasladarlo a la sala principal. Los gemelos llevaban las bandejas. El camarero de la barra estaba abriendo dos tipos de vino, y la camarera preparaba los platos y los cubiertos.

La fiesta estaba muy animada.

No habría discursos ni pastel. Rosemary había dicho que esas cosas eran vulgares y de nuevos ricos. A Bobby le habría gustado decir a todo el mundo que habían sido muy felices, pero perdió la batalla. Era mucho más sofisticado dejar que la gente comprobara lo felices que eran, sin necesidad de proclamarlo.

Fiona buscaba a Ania, pero no la encontraba. Debía de haber ido al cuarto de baño o quizá estaba con Carl. Pero no, Carl estaba charlando con un grupo de gente. Se acercó a saludar a Fiona.

—¿Dónde está Ania? —preguntó.

—La he dejado en la terraza —contestó Fiona.

Se dirigieron juntos hacia allí a echar un vistazo, pero no había rastro de ella.

—Está guapísima. Parece una modelo —dijo Fiona.

—Es muy guapa, sí —dijo Carl moviendo la cabeza para averiguar dónde podía estar.

De repente Fiona vio el pequeño regalo en una mesa, sin abrir.

—Debe de haber estado aquí antes de que me marchara. Cogeré el regalo por si no ha podido dárselo a tu madre. Vamos a buscar a Declan y luego intentaremos encontrarla a ella.

Pero Ania no estaba por ningún sitio.

Al final Carl y Fiona entraron en la cocina.

—¿Puedo ayudarte?

Al principio a Cathy le había gustado bastante el chico, pero ahora solo sentía desprecio por él.

—Estaba buscando a una amiga —contestó Carl.

—¿A Ania?

—Sí, sí —respondió inmediatamente—. ¿Está bien?

—Creo que sí.

—Pero ¿dónde está? La he buscado por todas partes.

—Se ha ido a casa —dijo Tom.

—¿Se encontraba mal? ¿Le pasaba algo?

—No creo que se encontrara muy bien —dijo Cathy encogiendo los hombros—. Se ha destrozado el vestido fregando los platos.

—¿Por qué demonios ha fregado los platos? —preguntó Carl muy enfadado.

—Tu madre le ha pedido que nos ayudara, aunque no era necesario. Ha llegado un taxi con más hielo y la hemos mandado a casa.

—No, no, no puede haberse ido a casa. Seguro que mi madre no le ha pedido...

—Sí que se lo ha pedido —dijo Cathy—. Y Ania no ha querido que te llamáramos.

—¡Voy ahora mismo a la sala a pegar una paliza a Rosemary! —dijo Fiona—. Mira, Carl, ya sé que es tu madre, pero esta vez ha ido demasiado lejos.

Carl se había quedado petrificado.

—No es necesario. Lo haré yo mismo —dijo.

—¿Carl? —exclamó Fiona, nerviosa.

—No literalmente, tranquila.

—Todavía hay gente. Quizá deberías esperar un poco.

—Vete a casa, Fiona, y llévate a Declan. Di en voz alta que es muy tarde. Eso me ayudará.

—No olvides que tu padre...

—No lo olvidaré. Vete, Fiona, por favor.

Ella y Declan fueron hacia la sala y empezaron a despedirse de todo el mundo en voz alta hasta que al final los invitados que quedaban se dieron cuenta de que la fiesta había terminado.

Habían cargado ya las furgonetas de Scarlet Feather, que estaban a punto de marcharse. Maud y Simon saludaban con la mano desde el asiento delantero. El taxi de Declan estaba esperando.

—¿Lo han pasado bien? —preguntó el taxista.

—No, la verdad es que ha sido una mierda —contestó Fiona.

—Bueno, no puede tenerse todo —dijo el taxista encogiendo los hombros.

Una pareja elegante, que iba a una fiesta en una casa que costaba como mínimo tres millones de euros, y ni siquiera se divertía... Así era la vida en Irlanda en los últimos tiempos.

Ania estaba muy agradecida al amable personal del catering, que la había sacado por la puerta de atrás rápidamente y sin alboroto. Al parecer se había producido un malentendido. Ellos pensaban que los Walsh iban a ocuparse del hielo, pero los Walsh creían que iba a hacerlo Scarlet Feather. Cathy había solucionado el problema llamando a un taxi para que les llevara cuatro bolsas.

No había sido el único malentendido de la noche.

Ania, sentada en el asiento trasero del taxi, se preguntaba cómo había podido ser tan tonta. Carl se había limitado a ser amable al darle una invitación. En todo momento habían pensado en que fuera a ayudar. Le ardía la cara de vergüenza.

El taxi avanzó por su calle y ella se bajó.

—¿Está seguro de que no le debo nada? —preguntó temerosa.

—Sí, no se preocupe. Me pagan al final de cada mes.

Ania rezaba para que no la viera nadie. Todos en el restaurante sabían que había ido a aquella fiesta. Hacía solo un par de horas les había mostrado su vestido. Consiguió deslizarse por la puerta y subir la escalera sin que nadie la viera. El piso estaba a oscuras y en silencio. Ania se tumbó en la cama y dejó que fluyeran las lágrimas.

Sollozó hasta que le dolió el pecho. Luego se levantó y se quitó su vestido nuevo. Lo colgó en una percha, con las mangas totalmente destrozadas. Cuando se sintiera lo bastante fuerte, las quitaría, pero ahora tenía otras cosas que hacer.

Se puso unos vaqueros, un jersey y un anorak, sacó una cartera grande de plástico de debajo del colchón y se quedó mirando los fajos de euros con la mirada perdida.

El último invitado acababa de marcharse. Carl ayudó a su padre a levantarse del sillón. Observó la escalera, larga y curva. No sería fácil.

—Papá, ¿quieres dormir abajo en lugar de ir hasta arriba?

—Creo que me quedaré aquí, hijo.

Bobby Walsh tenía un sofá cama en su pequeño estudio, junto a la cocina. Parecía muy tentador.

—Te traeré el pijama y la bata.

Rosemary Walsh recorría la casa observando detenidamente por si habían quedado vasos o cubiertos en algún rincón. Revisó la cocina con mucha atención. El personal del catering había cumplido su palabra: todo estaba como antes de que llegaran. Habían empaquetado y etiquetado la comida que había sobrado y la habían metido en el frigorífico o en el congelador. Se sobresaltó cuando Carl se dirigió a ella.

—Mamá, ¿puedes venir a la sala, por favor? Quiero hablar contigo.

—¿No podemos hablar aquí?

—No. Papá está durmiendo en su estudio y no quiero que lo molestemos.

—No deberías animarlo a que optara por lo más fácil. Nunca mejorará si no hace un esfuerzo.

—Vamos a la sala, mamá.

Rosemary se encogió de hombros.

Carl se sentó en un taburete.

—No es muy cómodo.

—No me siento muy cómodo —dijo.

—¿Qué pasa, Carl? Estamos todos cansados. ¿No puedes esperar a mañana? La fiesta ha ido bien, ¿verdad?

Carl no respondió.

—Quiero decir que los de Scarlet Feather son caros, pero han cumplido. Y supongo que han sido educados con los invitados, aunque les falta un poco de tacto con los que de hecho les pagan.

—Entonces ¿han traído suficiente personal?

—Sí, han venido con dos chicos un poco raros que al parecer son aprendices. No hemos tenido que pagar por ellos, y ¿sabes?, resulta que eran familiares de los

Mitchell.

—Así que sobraban manos...

—Sí. Creo que ha ido muy bien, ¿no te parece?

—Entonces no era necesario que nadie más ayudara...

Rosemary no captaba lo que su hijo intentaba decirle.

—No. ¿Por qué?

—Me preguntaba por qué has pedido a Ania que fuera a la cocina y ayudara a freagar los platos.

—Oh, querido, ¿se ha quejado? Solo le he pedido que les echara una mano.

—¿Por qué se lo has pedido?

—Porque iba a sentirse más cómoda en la cocina, cariño. Carl, sé que crees que todo el mundo es igual, pero es una pobre chica de la limpieza polaca. Estará aquí un par de años para ganar unos euros y se volverá a su país. Eso es lo que es y ella es consciente de ello. Estaba encantada de echar una mano con los platos.

—Pero no has pedido a ninguno de tus invitados que ayudara en la cocina.

—Carl, por favor, sé sensato.

—Estoy siendo sensato. Era una invitada. Mi invitada. No he llegado a verla porque la has sacado de aquí y la has puesto a trabajar cuando acabas de admitir que había gente suficiente ocupándose de todo.

—Escucha, estaba fuera de lugar.

—No estaba fuera de lugar. Llevaba un bonito vestido, había ido a la peluquería y se había gastado más del sueldo de una semana para traerte un regalo.

—Oh, Dios, es verdad que me ha dado un paquete. ¿Dónde está? No sé adónde ha ido a parar.

—Y tu manera de agradecerse lo ha sido enviarla a la cocina para que se sintiera como en su casa.

—Vamos, Carl, he sido amable con ella.

—No, mamá, nunca has sido amable con nadie. Nunca has sido amable ni con papá ni conmigo, y especialmente con nadie a quien tuvieras la posibilidad de dar órdenes.

—Sé que le tienes cariño, Carl, pero no puede ser. Pertenece a otro mundo. Trabajan muy duro, lo sé, pero no son como nosotros.

—¡Cállate de una vez!

—Tengo razón. Tienes muchos amigos y podrías tener muchos más. Esa chica no es nada para ti.

—Le tengo mucho cariño. La verdad es que creo que estoy enamorado de ella.

—¡Crees! —se burló su madre.

—Sí, creo, porque no estoy seguro. No estoy seguro de lo que es el amor. Papá te ama de corazón, y no entiendo por qué, de modo que no he aprendido de él nada sobre el amor. Tú solo amas las posesiones, no amas a las personas, así que ¿qué puedo haber aprendido de ti?

Rosemary parecía asustada.

—No puedes amar a esa chica, Carl. Te da pena. Tienes que entenderlo. Sería un lastre para ti.

—¿En qué?

—En una vida social normal, como esta noche. No estaría a la altura ni aprendería nuestras maneras.

—¿Y tu manera de ayudarla a aprender eso que llamas «nuestras maneras» ha sido sacarla de tu fiesta, a la que estaba invitada? ¿Quieres prestar atención a lo que dices por una vez, mamá?

—No quería que nadie se sintiera molesto. Eso es todo.

Rosemary se atrincheró en sus argumentos.

—Yo me siento muy molesto, mamá, más de lo que me he sentido en toda mi vida.

—Carl, es absurdo. Vámonos a la cama.

—No volveré a dormir en esta casa —dijo.

—Mira, has bebido demasiado.

—No he bebido nada. He estado demasiado ocupado siendo amable con tus amigos, personas que son lo bastante viejas para recordar la época en que iban a Inglaterra y en los escaparates había letreros que decían «Negros no, irlandeses no». He hablado con un hombre cuya madre era criada en Boston, y la familia para la que trabajaba la echó porque no era lo suficientemente modesta. Se casó con el directivo de un banco y lo ayudó a ascender hasta que logró ser director.

—Es totalmente diferente.

—Es exactamente lo mismo, solo que en nuestro caso es peor. Tenemos de todo. Tenemos tantas cosas en este país que deberíamos estar encantados de que toda esa gente viniera a vivir con nosotros. Pero no. Son la última mierda, ¿verdad? Incluso para nosotros, que hasta hace cuatro días éramos también la última mierda.

Rosemary ardía de indignación.

—Para ti es fácil tener esos ideales tan elevados viviendo en una casa como esta. Has tenido de todo.

—Pues se acabó.

—Déjate de tonterías, Carl. Si te vas ahora, volverás mañana. Mejor nos lo evitamos.

—No volveré, mamá.

—Vamos, ¿dónde vas a vivir? Apenas ganas nada en esa escuela. ¿Cómo piensas mantenerte, por Dios?

—Gano el sueldo de un profesor. Ingreso una cuarta parte en una cuenta para ti y para papá. Lo hago desde que empecé a trabajar. Dejaré de hacerlo si no vivo aquí. Sobreviviré.

Rosemary miró a su hijo. Era evidente que hablaba en serio.

—¿Para qué crees que tu padre y yo estamos haciendo todo esto? —dijo señalando a su alrededor—. Es todo para ti, Carl. No nos lo devuelvas. ¿Qué más quieres?

—Podría haberte pedido que no echaras de esta casa a mis amigos, pero nunca pensé que se te pasaría por la cabeza hacer algo así —dijo.

—Carl, por favor...

—Lo siento por ti, mamá, de verdad.

Se levantó con la intención de marcharse.

—Muy bien. Vete a la cama. Nos iremos todos a la cama. Mañana veremos las cosas de otra manera.

—No sé cómo las verás tú mañana y no podría importarme menos —dijo Carl.

Cogió las llaves de su coche del cajón de la mesa y bajó la escalera.

Rosemary se acercó a la ventana y lo vio entrando en el coche que había insistido en comprarse con su dinero. Sacudió la cabeza. Podía ser muy pesado, pero al día siguiente todo habría acabado y estaría olvidado.

Ania vivía en una zona bulliciosa de la ciudad, y aunque era muy tarde, todavía había cafeterías y bares abiertos. La gente hablaba en muchas lenguas diferentes.

Carl ni siquiera había pensado qué iba a decir cuando encontrara a Ania. No era necesario ensayar para disculparse por su atroz madre y explicarle que se había ido de casa. Quizá incluso le dejaría quedarse con ella. Lo importante era encontrarla, abrazarla y acariciarle la cara y el pelo.

Sabía su dirección. No había estado en su casa, pero había comido un par de veces en el restaurante. Ania le había hablado de los diferentes tipos de salchichas y habían insistido en ofrecerle una degustación para que eligiera cuál prefería.

Entró en el restaurante.

—¿Creéis que Ania está en casa? —preguntó.

—No, ha ido a una fiesta muy lujosa. Iba vestida como una estrella de cine —dijo uno de los hermanos propietarios del restaurante.

—Se ha marchado. Me preguntaba si quizá...

—Aquí llega Lidia. Ella lo sabrá.

Lidia hablaba por el móvil. Parecía muy nerviosa.

—Pues claro que estoy preocupada, Tim. Solo ha dejado una nota diciendo que no montara un escándalo, que me llamaría. Pero lo peor es que se ha llevado el pasaporte.

Molly Carroll recibió una llamada telefónica a las ocho de la mañana diciéndole que había tres clientes esperando a la puerta de la lavandería y que nadie la había abierto.

—Pero Ania va a abrir a las siete —dijo Molly, preocupada.

—No ha llegado hoy, Molly.

De modo que Molly Carroll chasqueó la lengua contrariada, dejó el desayuno y corrió a abrir la lavandería. Dependían de los clientes que iban a primera hora de la mañana, dejaban una bolsa de ropa y pasaban a recogerla el mismo día por la tarde. Era raro que Ania no se hubiera presentado.

Hilary estaba escuchando los mensajes que habían dejado durante toda la noche en el contestador automático de la clínica. Casi todos eran disculpas. A una mujer le dolía el pecho y había llamado a urgencias, pero resultó que no era nada. Pedía disculpas por haber molestado a todo el mundo. Un hombre que se había equivocado de número explicaba que lamentaba haber faltado a la cita, pero que lo compensaría al cien por cien en otra ocasión. Y una llamada de Ania diciendo que estaba pasando por una crisis. Lo lamentaba mucho, por supuesto, y lo explicaría todo en unos días. Había metido las llaves de la clínica en un sobre, que había dejado en el restaurante de abajo de su casa. Johnny podría pasar a recogerlas.

¿Una crisis que iba a durar unos días? ¿Ania? Hilary se asustó mucho.

Lidia y Tim no habían pegado ojo. ¿Adónde habría ido Ania? No había dejado ninguna indicación.

—Conozco a todos sus amigos —dijo Lidia—. Les he preguntado, a todos, y no ha habido suerte.

—¿Y el padre Flynn?

—No sabe nada. Está preguntando a todos en el centro, pero todavía no sabe nada.

—No pudo ir al aeropuerto. Era demasiado tarde —dijo Tim, sobre todo para tranquilizar a Carl Walsh, que estaba volviéndose loco de preocupación y repetía que era culpa suya porque no había ido a recibirla y a darle la bienvenida cuando llegó a la fiesta. Lidia no había entendido todos los detalles de lo que había sucedido e intentaba tranquilizarlo.

—No puede haber sido culpa tuya. Estaba muy contenta de que la hubierais invitado. ¿Le gustó a tu madre su regalo?

—¡No me hables del regalo! —gritó Carl descompuesto—. Tiene que haber alguien en el que no hemos pensado.

Fiona fue a contarle a Declan la noticia de que Ania había desaparecido. Se sentaron y se comieron un pomelo que había dejado Molly. Era mejor que los dos huevos fritos, las salchichas y el pan frito que habría insistido en que desayunaran si hubiera estado

allí.

Habían hablado por teléfono con Lidia, Carl, Hilary y el padre Flynn. Existía la poco probable posibilidad de que Ania se pasara por la clínica cardiológica, aunque no lo creían. Se inquietaron cuando Hilary les contó lo del mensaje en el contestador automático.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Fiona.

—Le ha pedido a Lidia que no montara un escándalo —dijo Declan.

—Seguro que se disgustó mucho.

—Lo sé, Fiona, pero no tiene sentido que pidas a tus amigos que no monten un escándalo si no puedes confiar en que harán lo que les pides.

Fiona lo miró sorprendida.

—¿Qué médico vas a ser, Declan Carroll?

—Un médico que se toma en serio la voluntad de sus pacientes.

—¿Hasta qué punto?

—El tiempo lo dirá. El tiempo y saber que tendré a mi lado a una mujer buena e inteligente que me señalará el camino. ¿Qué vas a hacer el sábado? He pensado que podríamos ir a mirar anillos. Me preguntaba si te gustaría un ópalo.

—No gastes demasiado, Declan, por favor. Cualquier cosa está bien, de verdad. No necesito un anillo caro. Me basta con saber que me quieres.

—Es la piedra de tu horóscopo. Pensé que era importante. Ahora vamos a cuidar a nuestros enfermos, que es nuestro trabajo.

Parecía tan entregado que Fiona creyó desfallecer. ¿Qué había hecho para merecer tanto amor?

El padre Brian Flynn habló con una chica que había visto a Ania esperando el autobús del aeropuerto.

—Pero por la noche no hay aviones a Polonia —dijo.

—Creo que fue primero a Londres.

—Pero no habría aviones hasta esta mañana.

El padre Brian Flynn no podía creerse que a la sensata Ania se la hubiera tragado la tierra.

—No lo sé, padre.

—Claro que no lo sabes. Estoy preocupado. Eso es todo.

—Estaría más preocupado si la hubiera visto anoche. Parecía que hubiera presenciado algo terrible.

Bobby Walsh entró en la cocina a desayunar.

—¿No han dejado todo immaculado? —preguntó a su mujer mientras se preparaba un té y una tostada.

—Sí —contestó Rosemary bruscamente.

—¿Dónde está Carl?

—Se marchó ayer y no ha vuelto.

—¿Ha ido directamente a la escuela?

—Me temo que no. Han llamado preguntando por él.

Rosemary se terminó el café.

—¿Y dónde está? —preguntó Bobby, preocupado.

—Haciendo el idiota —dijo Rosemary.

Y salió de casa.

Bobby oyó el sonido del coche arrancando y alejándose. El coche parecía tan enfadado como ella.

De pronto Bobby Walsh se sintió muy solo en su enorme casa junto al mar.

Clara alzó la cabeza cuando Hilary entró con una taza de café.

—¿Dónde está Ania?

—Nadie lo sabe —respondió Hilary—. Ha dejado un mensaje extraño.

Estaban desconcertados. Cualquiera de la clínica podría haber llamado porque estaba enfermo, menos Ania. Mientras hubiera seguido respirando, habría llegado a rastras.

—¿Crees que se trata de un problema amoroso? —preguntó Clara.

—Bueno, ayer estaba resplandeciente. Iba a ir a las bodas de rubí de Bobby Walsh. Tiene mucho cariño a Carl, el hijo de Bobby.

—Espero que tuviera suerte con Rosemary.

—Estaba muy contenta con Rosemary. Al parecer le mandó una invitación, y Ania le compró un platito de cristal rojo.

—Quizá los Walsh saben dónde está.

—No me apetece llamarlos, Clara.

—Muy bien, cobarde, ya llamaré yo.

—Hola, Bobby. Soy Clara Casey, de la clínica cardiológica. No, nada que ver con tus pruebas. Todo está bien. No, es extraño, pero no tiene nada que ver. Me preguntaba si habíais visto a Ania. Es que ayer iba a ir a vuestra casa, a la fiesta de aniversario. ¿No? Vaya, creo que estuvo allí. No, claro, con tanta gente... ¿Y sabes si tu mujer la

vio? Ah, ¿ha salido? Bien... Perdona que te haya molestado, Bobby. Nos vemos la semana que viene, como siempre. Sí, de acuerdo, por supuesto que te llamaremos.

Hilary miró a Clara con expresión interrogante.

—Tendrían que canonizar en vida a este Bobby Walsh. Me ha dicho que lo siente mucho, pero que no vio a Ania anoche. Le habría encantado hablar con ella. Nadie le dijo que estaba allí. Me ha pedido que lo llamemos cuando aparezca.

—Si aparece —dijo Hilary.

Fiona pasaba por el mostrador cuando sonó el teléfono. Lo contestó distraídamente, con la cabeza todavía en el anillo de ópalo y en dónde demonios estaba Ania. Era Rosemary Walsh.

—¿Es usted Clara?

—No, señora Walsh, soy Fiona.

—En realidad quería hablar con Ania, la chica polaca.

Se rió para subrayar el carácter inesperado de su llamada.

—Estamos todos buscándola, señora Walsh.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rosemary Walsh en tono alarmado.

—No la hemos visto desde que usted la envió a la cocina anoche.

—Bueno... sí. Es una chica de lo más servicial y se ofreció a ayudar a fregar.

—No. Creo que usted le pidió que fuera a fregar. Ella pensaba que era una invitada.

—Pues ahora ya está todo aclarado.

—No, no lo está. No se ha pasado por el trabajo y se ha marchado de su casa. El padre Flynn ha estado buscándola y Carl está llamando por teléfono cada cinco minutos. Creo que para nada está aclarado.

—Le ruego que no me hable en ese tono, Fiona.

—No le hablo en ningún tono, señora Walsh. Simplemente estoy diciéndole que hemos llamado a la policía y que llegará enseguida.

Fiona se alegró de escuchar la respiración entrecortada de Rosemary Walsh. Lo de la policía no era cierto, pero merecía la pena habérselo dicho solo por oírla jadear.

Cuando el autobús de Ania entró en su pueblo, se bajó y entró en la tienda de la señora Z' ak.

—¡Qué sorpresa, Ania! ¿Lo sabe tu madre?

—No, señora Z' ak. ¿Puedo hacer una llamada rápida a Irlanda, por favor?

—Estaba segura de que tendrías un teléfono móvil, como todas las chicas.

—Son demasiado caros, señora Z' ak. Le pagaré la llamada.

La señora Z' ak observaba a Ania, que parecía hablar por teléfono en perfecto inglés. No entendía lo que estaba diciendo la chica, pero era evidente que hablaba con total fluidez. La pequeña Ania, que había temido alzar la mirada hasta que conoció al problemático Marek. Había que verla ahora. Hablaba una lengua extranjera como si fuera una profesora.

Ania habló con Clara.

—Siento mucho haber salido corriendo de forma tan inesperada. ¿Sabes? Cometí un gran error. Quizá Fiona te lo ha contado.

—Sí, Ania, pero no eres la única que ha cometido errores con Rosemary Walsh. Su vida es una larga historia de errores.

—Pero he molestado a todo el mundo. Carl debe de pensar que soy una idiota.

—Está muy preocupado por ti, Ania. Llama cada cinco minutos para preguntarnos si tenemos noticias. Quizá podrías telefonarle. Le tranquilizará mucho saber que estás bien.

—No, no puedo hacerlo. Por favor, Clara, pídele a Fiona que lo llame ella.

—¿Y cuándo les digo que vas a volver?

—Acabo de llegar, Clara, y todavía no he visto a mi madre. No lo sé.

—De acuerdo, Ania. No te preocupes tanto. Todos se alegrarán mucho de que estés sana y salva. Tienes muchos amigos aquí, y todos se preocupan por ti.

—Gracias, Clara. Lamento haber sido tan mala trabajadora.

—Eres la mejor trabajadora que tenemos. Has estado aquí meses. Siempre tendrás un puesto cuando lo necesites.

Dos grandes lágrimas rodaron por la cara de Ania. La señora Z' ak la miró por encima de las gafas. Seguramente la chica estaba embarazada. ¿Por qué había vuelto para entristecer a su madre con malas noticias?

Rápidamente corrió la voz de que Ania había vuelto a Polonia a descansar. Clara llamó primero a Carl y después a Frank Ennis, a la administración del hospital. Necesitarían sustituirla por un tiempo.

—¿Te informó adecuadamente de que iba a viajar a Polonia?

—Fue una emergencia —respondió Clara sin dar más explicaciones.

—Bueno, se supone que mi trabajo no consiste en encontrar a empleados debajo de las piedras —dijo.

—De acuerdo, ¿lo buscamos por nuestra cuenta entonces?

—No.

Frank no quería que nada volviera a escapársele.

—Bien, pues buscaremos a un sustituto temporal para Ania mañana.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ya te informaré —dijo Clara.

—En realidad no necesitamos sustituir a Ania. Ayudaremos entre todos —dijo Hilary.

—¿Dónde está tu solidaridad y tu sentido de la autoestima? —preguntó Clara, sorprendida—. Si Frank cree que podemos arreglárnoslas sin Ania, tendremos que arreglárnoslas sin ella para siempre. Lo hago para que no pierda su trabajo.

—¿Bobby?

—¿Estás en casa, Rosemary?

—Sí, claro. ¿Va todo bien?

—Han estado llamándome por teléfono todo el día, Rosemary. La chica de la clínica, Ania, ha desaparecido. Dicen que la última vez que la vieron fue aquí.

—Estoy segura de que no es verdad.

—¿Por qué no me dijiste que había venido, Rosemary? Le tengo mucho cariño.

—No eres el único —dijo su mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Tu hijo también ha estado lloriqueando por ella.

—No estoy lloriqueando por ella, Rosemary.

—No, no, claro, tú no. Lo siento... Tendría que haberle pagado, Bobby.

—¿Cómo dices? ¿Pagado por qué?

—Por trabajar en la cocina.

—Pensaba que era una invitada. Eso me ha dicho Clara, y Carl, y Fiona.

—¿Cuándo te lo han dicho? —preguntó Rosemary con mala cara y asustada.

—Por teléfono. Hoy.

—No habrá hecho ninguna tontería, ¿verdad? Nada serio, ¿no crees?

Rosemary parecía muy preocupada.

—¿Por qué iba a hacer una tontería?

Rosemary respiró aliviada. No le habían contado toda la historia.

—Los del continente son muy inestables —dijo.

Declan fue a una biblioteca a consultar las propiedades del ópalo. Se le atribuía cierta mala suerte, pero lo mismo sucedía con todas las piedras. Encontró una historia sobre el rey español Alfonso XII y María de las Mercedes, su esposa, que recibió un espléndido ópalo de la anterior novia del monarca y murió, y al parecer cuantas

mujeres heredaron aquel ópalo fallecieron. Declan, que era práctico, pensó que habrían muerto igualmente. En aquellos tiempos la gente no vivía tantos años. No pensaba contarle esas anécdotas a Fiona.

Fue a la joyería y comentó cuál era el importe máximo que podía gastarse. El joyero le dijo que prepararía varios modelos y que volviera el sábado.

La suplente a la que enviaron fue Amy Barry, la hija de Peter, el farmacéutico. Clara la miró con interés, y Amy alzó los ojos debajo de su negro flequillo.

—Ah, eres tú —dijo a Clara sin demasiado entusiasmo.

—Encantada de volver a verte —dijo Clara.

—Supongo que no vas a darme el trabajo, quiero decir sabiendo que he trabajado en una tienda de bondage. No tengo muchas posibilidades.

—¿Por qué no?

Clara parecía pensar que haber trabajado en una tienda de fetiches sexuales era una experiencia perfecta para trabajar en una clínica cardiológica.

—¿Por qué no te casaste con mi padre? —preguntó con interés—. Estaba loco por ti.

—Éramos demasiado mayores y teníamos hábitos diferentes. Habría sido difícil adaptarnos. ¿Cómo te va a ti con tu chico?

—Estupendamente, gracias. Sabes que siempre me caíste bien —dijo Amy, que no quería cambiar de tema.

—Tú también me caías bien —dijo Clara sonriendo.

—Pero no lo suficiente para darme trabajo.

Amy estaba dispuesta a pelear duro.

—Claro que puedes conseguir el trabajo, pero dime por qué has dejado los corsés y el bondage. Y has de saber que en cuanto vuelva Ania tendrás que marcharte.

—Los corsés y el bondage van de capa caída, y entiendo que tendré que marcharme porque se trata de un trabajo temporal —dijo Amy sonriendo de oreja a oreja.

—Bien. Puedes empezar ahora mismo.

—Fantástico. ¿Me das alguna indicación?

—Sí. Todos odiamos a Frank Ennis —dijo Clara—. Tienes que considerarlo el enemigo natural de esta clínica, y no te equivocarás.

Carl Walsh se instaló en la casa de Aidan y de Nora Dunne. La convivencia con ellos era muy cómoda y no le hacían preguntas. Si no entendían por qué un hombre cuyos padres tenían una mansión junto al mar había decidido dormir en el sofá de un piso diminuto como el suyo, nunca lo comentaron. En aquellas pequeñas habitaciones había mucho más cariño que en la fría vida de la mansión de su madre. A Carl le costaba creer que hubiera tantas diferencias en una misma ciudad.

Aidan y Nora estaban planeando una fiesta el domingo para celebrar el cumpleaños de Aidan. A Carl volvió a sorprenderle el poco dinero que tenían y cómo debían valorar cuidadosamente las cosas antes de comprarlas. Sintió repugnancia por la ostentosa fiesta de aniversario de sus padres. Ahora se daba cuenta de que su madre era una completa desconsiderada. Hasta aquel momento se había puesto una venda en los ojos y había pensado que su padre necesitaba vivir cómodamente, pero ahora se daba cuenta de que seguramente había sido incapaz de aceptar la realidad. Alguien tendría que haberle parado los pies a Rosemary Walsh hacía mucho tiempo.

—¿Vendrás a comer con nosotros, Carl? —preguntó Nora, siempre hospitalaria.

—No, gracias, Nora. No soy la mejor compañía últimamente, y en algún momento tendré que ir a mi casa a recoger mis cosas. Mejor que lo haga este fin de semana.

—Quizá podrías hacer las paces con tus padres.

Era la primera vez que Nora comentaba el tema.

—Siempre he estado en paz con mi padre —dijo Carl.

—Sí, pero las mujeres somos complicadas, tergiversamos las cosas, las entendemos mal...

—Tú no —se limitó a contestar.

—No, pero veo que estás disgustado y no quiero verte tan deprimido, Carl —dijo Nora, comprensiva.

—Estoy deprimido porque he sido un idiota. He conocido a una chica maravillosa y la he dejado marchar.

—¿Tú le gustabas?

—Eso creía, pero soy un tonto. Daría cualquier cosa por volver a aquella noche.

—¿Y dónde está ahora esa chica maravillosa? —quiso saber Nora.

—En un pueblo del sur de Polonia. No quiere hablar conmigo.

—¿Y cuándo volverá?

—No creen que vuelva.

—Estoy segura de que sí, Carl. Eres un buen chaval, y no es tan fácil encontrar a buenos chavales.

—No soy un buen chaval, Nora. Soy un payaso.

—Todos somos payasos de vez en cuando, créeme. Solo siento que ya estés ocupado. Tenía grandes esperanzas contigo y con la hija de Aidan. En fin...

Ania subió la colina apesadumbrada.

En realidad no creía lo que le había dicho Clara, que mucha gente la echaba de menos, pero ahora había vuelto a su casa con una bolsa llena de dinero para su madre. Había trabajado prácticamente todas las horas del día, pero merecería la pena en cuanto viera la cara de su madre al recibir su regalo.

Esperaba que su madre no llorara. Temía que si ella misma empezaba a llorar otra vez, nunca acabaría.

Fiona y Declan fueron a ver los anillos, y Fiona se los probó.

Uno tenía una forma bonita, otro reflejaba gran cantidad de colores desde todos los ángulos, pero al final eligieron uno con tres pequeños ópalos en hilera.

—Es el primero que le ha llamado la atención, y siempre es buena señal —dijo el joven joyero, que vendía piedras todo el día y sabía convencer a los clientes—. ¿Y cuándo será el gran día? —preguntó mientras pulía una vez más los ópalos.

—Antes del próximo milenio —contestó rápidamente Declan.

—A finales del verano —dijo Fiona.

—Muy bien, chica. Has conseguido que se comprometa a una fecha concreta —dijo el joven joyero muy contento.

Fueron a comer al Quentins y mostraron el anillo a Brenda, que los felicitó y los invitó a una botella de champán.

Luego llamaron a los padres de Fiona para decirles que ya habían comprado el anillo. Se alegraron mucho e invitaron a los Carroll a su casa aquella noche. Pedirían comida china a domicilio. Fiona escribió correos a Tom y a Elsa, que vivían en California, a David, en Inglaterra, y a Vonni, en Grecia.

Les dijo que era muy feliz y que quería que conocieran a Declan.

—¿Por qué has cambiado de idea sobre la fecha? —preguntó Declan.

—Creo que porque he visto lo que ha pasado con Carl y Ania, los pobres, y no quería llegar a una situación parecida.

—¿Dónde vive Carl? —preguntó Declan.

—No lo sé. Me sorprende que haya tardado tanto en darse cuenta de cómo es su madre.

—No se metía en problemas por su padre —dijo Declan.

—Siempre tienes una palabra amable —dijo Fiona con veneración mientras giraba el dedo para volver a admirar el anillo.

Querida Fiona:

Es estupendo que vayas a casarte. Felicidades, y por supuesto que me encantaría ir a tu boda. Será una buena oportunidad para tomarme unas vacaciones.

Cuando vendí el negocio de mi padre, mi madre se disgustó, pero ahora cree que fue lo mejor. Voy a abrir un negocio propio de importación de cerámica. Quizá encuentre maravillosa cerámica irlandesa cuando vaya. Tendrás que darme algunas indicaciones.

Será mágico volver a verte y compartir el día de tu boda. Espero que Vonni, Tom y Elsa vengán también.

Con cariño,

DAVID

Fiona:

Solo por ti volvería a pisar Irlanda. Juré que nunca regresaría, pero lo que me cuentas de Declan suena demasiado bien para perdérmelo. Le he pedido a Andreas que venga conmigo, pero dice que no. Ya verá las fotos.

Los maravillosos gemelos me han invitado a quedarme en su casa con Muttie y su mujer, Lizzie. ¿Te parece bien? También me han contado que están trabajando en una empresa de catering y que incluso esperan poder ocuparse de tu boda. Tú no lo sabías, pero he creído que debía comentártelo.

Ahora que he decidido ir estoy bastante nerviosa.

Gracias por mantenerte en contacto conmigo. Eres una buena amiga.

Con cariño,

VONNI

Querida Fiona:

No podemos ir por una increíble razón: ¡vamos a ser padres!

Elsa está embarazada y dará a luz justo esa semana. Durante años he pensado que nunca tendría hijos, pero nos sometimos a una inseminación artificial y estamos esperando una niña para el mismo día de tu boda. Nos gustaría estar allí, pero iremos a verte en cuanto nuestra princesita pueda viajar.

Las cosas no podrían ir mejor.

Aquel verano lo pasamos todos en grande. Me cuesta aceptar que no veremos a Andreas, a Vonni y a David. Por favor, haz muchas fotos y cuéntanos todo con detalles.

Con cariño de los dos,

TOM

Simon y Maud estaban aprendiendo que el catering era totalmente agotador.

—Creo que cuando tengamos veinticinco años ya estaremos quemados —dijo Simon.

—Cathy y Tom han sobrevivido —dijo Maud, que todavía no estaba dispuesta a rendirse.

—Sí, pero estaban locos el uno por el otro —refunfuñó Simon.

—Bueno, saldremos adelante.

—Pero nosotros no estamos enamorados —insistió Simon, preocupado.

—Simon, supón que tuviéramos socios de los que estuviéramos enamorados. ¿Eso mejoraría las cosas?

—Supongo que nos permitiría superar lo peor.

—Creo que deberíamos buscar clientes. Es lo que tendríamos que estar haciendo —dijo Maud con firmeza.

—¿Como quiénes?

—Como Fiona y Declan. Podríamos presentarles una selección de bufetes y darles precio.

—Pero ¿dónde lo haremos, Maud? No tenemos local.

—Podríamos buscarlo. Un club de tenis que no funcione, una vieja escuela. Algo tiene que haber, Simon.

—¿Y si encontramos un local? —preguntó Simon, angustiado.

—Elaboramos un menú —dijo Maud segura de sí misma.

—¿Brian?

—¿James?

—Ya has utilizado esa sala como cafetería, ¿verdad?

—Sí, ya lo sabes.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—¿Qué quieres decir?

—Si el Ministerio de Sanidad dice que está bien como cafetería, debería estar bien para celebrar bodas.

—¿Y el alcohol? —preguntó Brian.

—No vendes alcohol, Brian. No tienes licencia para vender licores.

—Eso es lo que quiero decir.

—¿Y no podrían traerlo ellos?

—No creo que funcione así —dijo el padre Brian.

—Funciona como quieras que funcione. ¿Cómo van a echarte la culpa si resulta que un grupo de polacos llegan con aguardiente?

—James, no funcionará.

—Mi consejo, y sé lo que digo, es intentarlo y fingir que no sabías nada en el caso de que te pillen.

Molly Carroll dijo que le habían gustado mucho los padres de Fiona. Maureen, Sean Ryan y las dos hermanas de Fiona habían recibido muy bien a Molly y a Paddy. Eran

personas sensatas y espontáneas.

Le pareció raro que no ofrecieran un asado a sus futuros familiares políticos, pero resultó que no se habían enterado del compromiso hasta última hora de aquella tarde. Y la comida china estuvo muy bien.

Estuvieron de acuerdo en mantenerse al margen y dejar que la joven pareja decidiera lo que quisiera. A saber qué tipo de ceremonia o convite tenían en mente...

Simon y Maud fueron a ver al padre Brian Flynn cuando se enteraron de que estaba buscando a alguien que preparara una fiesta de bautizo para unos eslovacos.

—Solo hacemos cocina mediterránea oriental —dijo Simon.

—No hay problema. Muchas berenjenas, pimientos rellenos, calabacines y aceite de oliva —añadió Maud.

—Hay un problema con el alcohol —dijo el padre Flynn.

—Bueno sobre ese tema lo sabemos todo, padre —dijo Simon en tono tranquilizador.

—A nuestra madre le pasaba lo mismo —añadió Maud dándole golpecitos en la mano.

—No me refiero a mí —dijo Brian Flynn, enfadado—. Hablo de la ley, de las normas para vender bebidas.

—Ah, ya veo —dijo Simon—. He creído que era usted el que tenía un problema. Así que tendrán que traerlo ellos, ¿verdad?

—Sí, según parece está permitido.

—Perfecto. Podemos servirles jarras de zumo, y lo que tengan en la mesa, o debajo, no es cosa nuestra.

—Sí. Podría funcionar, ¿no?

—Por lo que sabemos, así estaríamos cubiertos —dijo Maud, que era muy sensata para su edad.

Volviendo a casa desde el centro, Simon dijo de repente:

—Podríamos celebrar allí la boda de Fiona y de Declan. Hemos encontrado nuestro local.

—¿Sabes que tú y Fiona vais a casaros este año? —preguntó Simon a Declan muy nervioso.

—Sí, Simon, lo recuerdo.

—Es que me preguntaba si podrías decirme si va a ser una ceremonia religiosa o civil.

—Bueno, primero haremos la boda en la iglesia, para que los viejos se queden contentos.

—Sí, pero ¿qué tipo de iglesia? —preguntó Simon, impaciente.

Declan se preguntó si era una especie de fanático.

—Bueno, una iglesia normal y corriente, supongo. Ya sabes, alguna iglesia católica.

—Así que en realidad no tenéis previsto ningún sitio.

—No, todavía no. Simon, ¿puedo preguntarte a qué viene todo esto?

—Hemos pensado en un sitio estupendo para que os caséis.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué me he puesto nervioso?

—No tienes por qué. Es una iglesia normal, con su cura y todo lo demás.

—¿Y cuál es el inconveniente?

—No hay ninguno.

—Siempre hay alguno. Vamos, dímelo.

—Tenéis que llevar vosotros la bebida... en bolsas de papel.

—Es un bar clandestino —dijo Declan.

—Para nada —dijo Simon, indignado.

—Pues ¿qué es?

—Es una sala muy bonita, cerca del Liffey, junto a una iglesia. Es a donde van los nuevos irlandeses: polacos, letones, lituanos... Pensé que te encantaría.

—Y seguramente nos encante —dijo Declan—. No lo habrás reservado o algo así, ¿verdad?

—Más o menos —admitió Simon.

La madre de Ania había estado maravillosa. Dijo una y otra vez que era estupendo tener a Ania en casa. Se había llevado una sorpresa cuando su hija había entrado.

Pero no le pidió que se quedara. Su madre tenía más valor del que Ania recordaba. Nada había cambiado demasiado para ella, mientras que la vida entera de Ania era diferente.

Su madre le preguntó por Irlanda. ¿Y aquel hombre encantador, Carl, que le había enseñado inglés? ¿Estaba bien? Sí, estaba bien. ¿Y había estado bien la fiesta de los cuarenta años de casados de sus padres? Sí, bastante bien. No fantástica, pero bien.

Ania se sentó con su madre y sacó el dinero por el que tan duro había trabajado. Con él podría pagar todas las reformas en la casa, que la convertirían en un verdadero negocio y dejaría de ser un taller artesanal. Un cuñado de Ania se ocuparía del trabajo de albañilería. Podría comenzar en cualquier momento.

La luz del día fue debilitándose y empezó a oscurecer. La madre de Ania corrió las cortinas y encendió las lámparas. Ania se preguntaba por qué se había marchado de

allí. ¿Era su ajetreada vida en Dublín una especie de sueño? Estaba muy cansada. No había dormido desde que había salido huyendo de la casa de Carl. Había pasado la noche en vela esperando el primer avión a Londres y después el vuelo a Polonia.

Su madre vio que se quedaba dormida y le colocó una manta sobre las rodillas. Ania se durmió y soñó que Carl le había mandado un gran ramo de flores con una tarjeta que decía: «Te quiero, Ania. Vuelve conmigo».

Cuando se despertó, a las cuatro de la madrugada, se dio cuenta de que solo había sido un sueño y se puso muy triste. Se fue a la cama con lágrimas en los ojos.

—¿Estabas muy segura cuando te casaste con papá? —preguntó Linda a su madre.

—Demasiado, para como fue —dijo Clara.

—No, quiero decir que cómo te sentías cuando decidiste unir tu futuro al suyo.

—No lo planteamos así, Linda.

—Solo pido que seas sincera.

—De acuerdo. La verdad es que me encapriché de él. Me encapriché como una loca. Cuando me pidió que me casara con él, pensé en que así saldría de la casa de mi madre, que, como sabes, es bastante difícil. No se me ocurrió que alguien pudiera decir «Te quiero» y que no fuera cierto. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Pero ¿va todo bien?

—La verdad es que no. Nick y yo estamos planteándonos alquilar un piso juntos, pero estamos nerviosos. Quiero decir que los dos tenemos madres muy razonables. Me gustaría que tuvieras mejor relación con Hilary, por cierto.

—Me cae muy bien —dijo Clara.

—Sí, pero con mucha condescendencia. Nos preguntamos si irnos a vivir juntos podría sacar a la luz la debilidad de vuestra relación.

—Sois muy sensatos —dijo Clara.

—Pareces decepcionada por algo, Clara.

—No. He tenido otro día buenísimo en el trabajo. Ania ha vuelto a Polonia porque la madre de su chico pensó que había ido a su fiesta como criada. Frank Ennis no deja de fastidiarme la vida. La lunática hija de Peter Barry ha aparecido buscando trabajo, y se lo he dado. Fiona y Declan han decidido casarse en un centro para inmigrantes junto al Liffey. He cometido el error de pensar que volvía a casa para tomarme un buen plato de sopa y te encuentro con las botas y las espuelas puestas, y con la intención de discutir sobre el sentido de la vida. Pues no, no estoy decepcionada, como comprenderás.

—No eres la única, Clara —le dijo su hija Linda.

Un gran consuelo, sin duda.

Fiona y Barbara fueron a echar un vistazo al centro del padre Flynn.

—Es muy sencillo —dijo Barbara.

—Pero podemos hacer algo y podemos pagarlo. No vamos a celebrarlo en el palacio en el que Declan y yo nos levantamos entre algodones... Y además sabes que no es lo que quiero. Solo me pregunto si merecerá la pena para los que vienen de lejos, ya sabes, los primos del campo, David de Inglaterra, Vonni de Grecia...

—Lo único que quieren es verte feliz y hartarse de comer y de beber. ¿Crees que Vonni y David tendrán peor concepto de ti porque no todo sean brillos y oropeles? —insistió Barbara.

—Claro que no.

—Pues ya solo queda Declan. ¿Es aceptable para él?

—Barbara, ya conoces a Declan.

—Bien, pues lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que los gemelos no nos envenenan a todos. Vamos a reservarlo, que daremos una alegría al padre Flynn.

Cuando Rosemary volvió a casa, oyó voces en la cocina. Bobby estaba hablando con alguien. Por un momento le dio un vuelco el corazón pensando que podría ser Carl. Ese estúpido chico no podía seguir así para siempre. Sería amable y educada con él, y le mostraría que podía pasar por alto su mezquina conducta. Pero no era su hijo, sino aquella imperiosa Clara de la clínica cardiológica.

—¡Vaya, la reciben en la cocina, doctora Casey!

Rosemary parecía muy sorprendida. Lanzó a Bobby una mirada que venía a decir que ya hablarían más tarde.

—He pasado por aquí porque Bobby no ha venido a su cita esta mañana y estaba por esta zona.

—¿Y qué la trae por esta zona?

—La preocupación, señora Walsh. Estaba preocupada porque Bobby no ha ido a su cita. Llamé por teléfono, pero nadie respondió.

—¿Es cierto, Bobby?

—Sí, lo sé. Lo siento, cariño. No he podido contestar al teléfono porque me faltaba la respiración.

—Y también estoy buscando al jardinero chino que trabaja para varios edificios de los alrededores. Nuestra Ania, de la clínica, ha desaparecido. Me preguntaba si ese hombre podría aclararnos algo.

—¿Y ha sido así? —preguntó Rosemary.

—La verdad es que no ha dicho nada, aparte de que quería darle un dinero que le debía y comentarle que había mucho más trabajo si lo necesitaba.

—¿Y dónde está?

—En Polonia. Se disgustó por algo y al parecer se marchó al día siguiente de su fiesta.

—Rosemary le habría pagado, fuera cual fuera la tarifa. Estoy seguro —dijo Bobby de repente.

—¿Cómo dice?

Clara no entendió lo que decía.

—Cállate, Bobby —dijo Rosemary.

—No, no es justo que piensen que ha sido culpa tuya —dijo Bobby, que deseaba que todo se arreglase.

—No lo entiendo —dijo Clara—. ¿Te traerá Carl a la clínica mañana, Bobby?

—Carl se ha ido de casa —dijo Bobby.

—Bueno, ¿y un taxi?

—Puedo llevarlo yo —dijo Rosemary.

—Puedes venir mañana por la mañana, cuando quieras. Ya te haremos un hueco —dijo Clara y se marchó rápidamente.

Se detuvo y observó la vista, con los yates en el mar y el Howth Head al otro lado de la bahía. Aquella casa tenía todo lo que podía desearse, pero no había hecho muy felices a las tres personas que rondaban por allí. Un terrible desperdicio.

Fiona se dirigía a casa de sus padres en autobús. Esperaba que les entusiasmara la sala en la que iban a celebrar la boda. Lo bueno era que podrían disponer de ella en cualquier momento y que el padre Flynn había dicho que estaría encantado de casarlos.

Alguien había dejado un periódico de la tarde en el asiento, de modo que Fiona le echó un vistazo. Estaban los habituales cotilleos de famosos: estrellas de cine que estaban de visita en Irlanda y noticias de los equipos de fútbol ingleses. Luego vio un pequeño párrafo. Habían encontrado muerto a un joven en un piso ocupado de la ciudad, probablemente a consecuencia de una sobredosis. No lo habían identificado, y las autoridades policiales estaban impacientes por encontrar a alguien que lo conociera. Tenía entre veinticinco y treinta años, y era de complexión baja, y la única pista estaba en un reloj, que llevaba grabada una fecha y las palabras: «Con amor, Fiona».

¿Shane?

¿Muerto por sobredosis en un piso de Dublín?

Fiona creyó desfallecer. Se tambaleó hasta las puertas y bajó del autobús con el periódico en la mano. Había un número de contacto, pero debía pensar si quería verse envuelta en aquel asunto. No se acordaba de Shane desde hacía meses, incluso años. ¿Por qué recuperar todo aquello?

¿Por qué ver a la madre de él en esas circunstancias? Pero tampoco podía dejarlo correr.

Merecía que lo enterraran, que su madre o alguien lo identificara. Se sentó en un banco junto a la parada del autobús y consideró sus opciones. Podría telefonar a la policía y darle el nombre completo y la dirección de Shane. Podría encontrar a la madre de él y

advertirle. O podría no hacer nada. Si no se hubiera encontrado ese periódico, nunca se habría enterado.

Pero para Fiona estaba claro lo que tenía que hacer. Llamó al número que aparecía en el periódico.

«Creo que el cuerpo es el de un hombre llamado Shane O'Leary. Si llaman a la comisaría de un lugar llamado Ayia Ana, en Grecia, podrán darles el número de teléfono de la comisaría de Atenas que lo multó hace tres años. Allí tendrán sus huellas dactilares y sus datos. ¿Que quién soy? No soy nadie. De verdad, no es importante. Llamo solo por ayudarles a ustedes y quizá a su madre, si sigue viva. No, no tengo nada más que decir.»

Luego colgó y esperó el siguiente autobús.

Aquella noche, mientras se iba a la cama, Fiona se dio cuenta de que no sentía absolutamente nada por el difunto Shane. Apenas recordaba el tiempo que habían estado juntos ni por qué lo había querido tanto. Era imposible recordar por qué alguien podía amar tan locamente, de forma tan unilateral. Eso debía de querer decir que había estado loca durante parte de su vida.

El padre Flynn mostraba su sala con orgullo. Explicaba a una joven pareja polaca que su primera boda se celebraría a finales de agosto, una boda entre un joven médico y una enfermera de la clínica cardiológica que les habían dado permiso a ellos y a otras dos parejas para asistir y ver si les gustaba.

—Deben de ser muy generosos —comentó la pareja, sorprendida.

—Son buena gente, sí. Y los encargados del catering son maravillosos. Os encantarán.

—Será muy caro.

—No, creo que no. Organizaron un bufete estupendo para un bautizo eslovaco. Parrillada de verduras impronunciables, que nadie había visto antes, pero al final todo el mundo se quedó muy contento.

—Y quizá podríamos decorar un poco la sala. Las cortinas son bonitas, pero no hay muchos cuadros.

—Teníamos a una encantadora polaca, Ania, que trabajaba con nosotros, pero desgraciadamente ha vuelto a su país.

—Quizá es muy feliz allí —comentó la joven pareja.

—Quizá... —dijo el padre Flynn, al que Johnny, Declan y Fiona habían puesto al corriente de la historia.

Estuviera Ania donde estuviese, no creía que fuera muy feliz.

En realidad Ania estaba discutiendo con Lech, un cuñado suyo. Iban a reformar la tienda de su madre. Harían un gran escaparate en el que colocarían algunas prendas. Un amigo escribiría el rótulo.

—Has trabajado muy duro para ganar ese dinero, Ania.

—Se lo merece. La deshonré.

—Está todo en tu cabeza. No fuiste la única a la que Marek engañó. Ahora está en la cárcel. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.

Le sorprendió no sentir absolutamente nada al enterarse, ni alivio ni tristeza, tan solo indiferencia.

Lech había sacado la cinta métrica y dibujaba en su libreta. Ania lo observaba y rogaba que funcionara. Deseaba con todas sus fuerzas que las mujeres que querían un conjunto de primavera subieran la colina y consultaran con su madre. Entonces todo habría merecido la pena. Sí, incluso todos sus errores.

Ania vio que alguien subía la colina. Un hombre con una mochila. Se detuvo y miró a su alrededor. Ania volvió a mirar.

Era él.

Era Carl.

Amy dijo que le gustaba trabajar en la clínica. Había buen ambiente.

—Espero que esa Ania no vuelva. Espero que conozca a un rico polaco que tenga un montón de restaurantes, y así podré seguir trabajando aquí hasta que me muera —dijo a Clara.

—Yo no lo apostaría, Amy —dijo Clara—. Me han dicho que su chico ha ido a buscarla. En cualquier momento nos daremos la vuelta y estará ahí, en la puerta.

—La de estupideces que hace la gente por amor —dijo Amy.

—Ya lo sé. ¿Y no te parece bien? ¿Sigues con tu chico, Ben, el simpático embalsamador?

—Sí, parece que sí. Es curioso que lo recuerdes.

—Claro que lo recuerdo. Me caía muy bien.

—Supongo que tú y él os dedicáis más o menos a lo mismo. Tenéis mucho en común —comentó Amy.

Si a Clara le molestó que Amy considerara que se dedicaba a lo mismo que un embalsamador, no se le notó.

—¿Se lleva bien con él tu padre?

—Creo que no sabe de qué conversar con él. Siempre teme que Ben empiece a hablar de cadáveres, aunque nunca lo hace. Pero, bueno, mi padre últimamente está liado con esa amiga tuya.

—¿Amiga mía?

—Ya sabes, esa mujer de Lilac Court.

—¡Claire Cotter! ¡No me lo creo!

—¿Tan mala es? —preguntó Amy, impaciente.

—No, es maravillosa. La verdad es que es ideal para él.

Clara se sintió aliviada al descubrir que lo pensaba en serio.

—De acuerdo, si tú lo dices. La miraré con mejores ojos.

Fiona escuchaba a Bobby, que le decía que Carl se había tomado unos días libres en la escuela inesperadamente y que esperaba que el chico estuviera bien.

—Mira, Bobby, nunca he conocido a un chico mejor que Carl. Ojalá hubiera tenido a un profesor como él cuando iba al colegio.

—Seguramente se ha tomado un tiempo para pensar en su vida. Ya sabes, está en la edad en que debería tener su propio hogar. Como tú, Fiona.

Bobby admiró el anillo de ópalos.

—Como yo —dijo Fiona en un tono extrañamente tranquilo.

—¿Vamos a ir a comprar ropa para la boda? —propuso la madre de Fiona el jueves, el día en que las tiendas abrían hasta tarde.

—Iré y buscaré algo para ti, mamá.

—Es costumbre que la novia se vista también —dijo su madre.

—Ania me hará el vestido. Ya lo habíamos hablado.

—Pero ¿no está...?

—Sí, pero volverá —respondió Fiona.

Fiona recibió un mensaje de Ania, que había tomado prestado un teléfono móvil: «Mi madre y yo hemos pasado mucho tiempo pensando en tu vestido de novia. Sé lo que te quedará de maravilla. ¿Confías en nosotras? Serás la novia más guapa de Irlanda. Soy muy feliz. Te quiere, Ania».

Barbara iba a perder seis kilos para la boda.

Era realista, dijo mientras se comía un bocadillo de huevo con mantequilla y mayonesa, y dijo también que lo recomendable era perder un kilo por semana.

Molly Carroll y Maureen Ryan iban a ir a un lugar llamado El Gran Día, especializado en ropa para las madres de las novias.

Ahora eran buenas amigas y se habían instado entre sí a no ir a la ciudad, a no ser muy exigentes y no pasarse de la raya.

Sus maridos sabían que no era más que un grito de guerra para volverse completamente locas.

Hablaban de teñirse los zapatos, combinar el bolso y contar con un maquillador profesional aquel día.

Los gemelos estaban muy nerviosos. Pidieron ayuda a Cathy y a Tom.

—¿Por qué íbamos a ayudaros a montar un bolo de la competencia? —preguntó Tom en broma.

Cathy sabía que no había que bromear con Maud y con Simon.

—Por supuesto que iremos y echaremos un vistazo —dijo.

—En realidad no es una operación de la competencia... —empezó a decir Simon.

—No podríais pagaros a vosotros... —añadió Maud.

—El novio se ha gastado todo el dinero en un anillo de ópalos —dijo Simon en tono reprobador.

—Así que no les ha quedado demasiado para el catering, ya veis —quiso aclarar Maud.

—Mostradnos el sitio y os diremos lo que necesitáis —dijo Cathy con la voluntad de acabar con las complicaciones que aparecían cada vez que hablaban con Maud y Simon—. Mostradnos el local, chicos, y traed una libreta —dijo.

Vonni había reservado su billete a Irlanda. Se lo mostró a Andreas.

—Ven conmigo, amigo mío —le suplicó.

—No, no vas a casarte conmigo. ¿Por qué iba a recorrer medio mundo para acompañarte a una boda?

—Tendríamos que estar locos para casarnos. Te necesito, Andreas. Podría volver a caer en la bebida si no estás conmigo.

—No, no caerás. No bebías antes en Irlanda. ¿Por qué ibas a empezar ahora?

—Podría desquiciarme.

—No. Lo que te desquiciaba era mi país y mis compatriotas. Ahora estás recuperada.

—Nunca nos recuperamos del todo.

—Bueno, tú te has recuperado más que nadie —dijo Andreas dándole palmaditas en la mano.

A la madre de David Fine le sorprendió que su hijo fuera a una boda en Irlanda.

—¿Es la chica que vino cuando diagnosticaron a tu padre? —preguntó.

—Sí, mamá. Fiona.

—En aquellos momentos pensé que había algo entre vosotros.

—No, para nada. Estaba enamorada de un loco, pero por suerte lo superó —explicó David.

—Entonces no va a casarse con el loco.

—No, casarse era lo último que se le pasaba a él por la cabeza.

—¿Crees que será una boda católica?

—Casi seguro.

—Necesitarás que alguien te explique cuándo quedarte de pie, sentarte o arrodillarte.

—Haré lo que hagan los demás —dijo David quitándole importancia.

—¿Y crees que será una boda lujosa?

—No tengo ni idea. Se casa con un médico pelirrojo muy amable. Parece entusiasmada.

—Pues claro que está entusiasmada —dijo la madre de David—. ¿No va a casarse con un médico?

—Tendríamos que mandar flores a la boda —dijo Elsa.

—Imagínate. Vonni vuelve a Irlanda —dijo Tom.

—Ojalá pudiéramos ir. ¿Adónde te parece que enviemos las flores? —preguntó Elsa.

—Habla de una iglesia cerca del Liffey. Supongo que en la floristería lo sabrán —dijo Tom.

—O tenemos la dirección de su casa.

—Me alegro de que sea feliz —dijo Tom—. Parece que su novio es un buen chaval.

—Cualquiera en el mundo sería mejor chaval que Shane —dijo Elsa.

Bobby Walsh estaba más enterado de lo que estaba pasando de lo que pensaba la mayoría de la gente, pero no se enfrentó a Rosemary, sino que alquiló un piso para su hijo. Estaba más cerca del centro, por lo que sería más cómodo para Carl ir a la escuela en la que daba clases. Y también para Ania. Poco a poco se había hecho una idea de lo sucedido a partir de lo que decían unos y otros, y sobre todo de lo que no decían.

El que le había contado más cosas había sido Johnny, en la sala de gimnasia. Y la chica nueva que iba vestida tan rara, Amy, la que sustituía a Ania, le había contado que la joven polaca había vuelto a su casa furiosa porque una vieja carcamal había creído que era una empleada, cuando el hijo de los dueños la había invitado a la fiesta.

A Bobby le ardió la cara de vergüenza, pero no era el momento de enfrentarse a Rosemary.

Y Bobby sabía algo que nadie más sabía: que Carl y Ania volverían el sábado.

Ya había mandado un mensaje a Carl para contarle lo del piso. Estaba amueblado, de modo que podrían instalarse directamente en cuanto volvieran. Sería suyo durante un año, hasta que hubieran decidido adónde querían ir.

Entonces Bobby les compraría una casa. Iba a vender la enorme mansión junto al mar. Tenía demasiados escalones. El agente inmobiliario estaba buscando una vivienda de

lujo. Todavía no le había dicho nada a Rosemary, pero ya lo haría cuando llegara el momento.

Y el momento llegó el viernes.

Rosemary llegó a casa con caballa.

—He pensado que podríamos hacer la receta de esa maldita mujer —dijo.

—No es una maldita mujer. Se llama Lavender y es una persona muy amable y útil que está enseñándonos a comer como es debido.

—De acuerdo. Es una manera de hablar.

—Pues no es demasiado buena —dijo.

—No me busques las cosquillas, Bobby. He tenido un día muy duro.

—También yo.

—¿Has tenido un día duro? ¿Qué has hecho? Ni siquiera subes ya la escalera.

—Es verdad.

—Pues cuéntame tu día duro —dijo muy enfadada.

—Bueno, he echado un vistazo a cientos de pisos en el ordenador antes de elegir uno en alquiler para Carl. Y luego he tenido que describir esta casa con todo detalle para ponerla en venta.

—No estarás pensando en vender esta casa...

—Sí, es exactamente lo que voy a hacer.

—¿Sin consultármelo?

—Esperaba a que llegaras a casa, Rosemary, antes de dar el paso definitivo. Ahora ya te lo he dicho, así que puedo llamarlos.

—Bobby, ¿te has vuelto completamente loco? No puedes alquilar un piso para Carl. Ni siquiera sabemos dónde está.

—Yo sí lo sé, Rosemary. Está en Polonia.

—¿Dónde?

Rosemary se quedó pálida.

—En Polonia.

—Ha salido corriendo tras esa vagabunda. No me lo creo. Es imposible. Tiene que darse cuenta.

—No es una vagabunda. Es su novia.

—Bueno, quizá me precipité un poco.

Bobby se quedó en silencio.

—Y estoy dispuesta a admitirlo ante Carl cuando recupere el juicio.

Bobby siguió en silencio.

—¿Y de ahí esta estúpida pataleta?

—No es una estúpida pataleta —dijo despacio.

—¿Y por qué no me lo has consultado? —dijo mirándolo horrorizada.

—Porque ya no tienes nada que ver en esto —dijo Bobby Walsh.

—¿Por qué? —preguntó Rosemary en tono suplicante.

—A estas alturas deberías saber por qué —dijo su marido en tono triste.

Un par de días después Fiona vio en los periódicos que se había identificado el cuerpo del joven como Shane O'Leary. Al parecer el fallecido había tomado una dosis de drogas letal y lo había identificado su madre gracias a una llamada a la policía. Su padre había muerto hacía unos años en un accidente, trabajando en la construcción.

El señor O'Leary había estado viajando por Europa y su familia no sabía que había vuelto a Irlanda. Era el mayor de cuatro hermanos. Habían encontrado el cuerpo en un piso vacío de un edificio por restaurar. No se sabía cómo el fallecido había llegado allí.

Fiona leyó la breve noticia una y otra vez.

No sabía que Shane tuviera hermanos menores y tampoco le había contado nada sobre la muerte de su padre. Le dijo que se había marchado a Inglaterra y los había abandonado.

¿Qué habría pensado su madre cuando la policía llamó a su puerta?

Sus hermanos todavía debían de ser jóvenes, quizá incluso iban a la escuela. ¿Cómo habrían sentido la muerte de su hermano ausente?

Le sorprendía que ninguna de esas preguntas significara lo más mínimo para ella. No le importaban las respuestas. Era como si estuviera leyendo una noticia sobre un extraño, pero era el hombre con el que se había marchado de su casa para dar la vuelta al mundo, el hombre del que esperó un hijo con alegría.

Shane le pegó y Fiona perdió el bebé, pero aun así creyó que volvería con ella y que pasarían la vida juntos. ¿Había estado loca?

Aunque Fiona no sentía absolutamente nada por Shane O'Leary, se hacía muchas preguntas que necesitaba responder.

Preguntas sobre ella misma, como si era capaz de mantener una relación normal con un hombre cualquiera. Dio vueltas y más vueltas al anillo que llevaba en el dedo. Ya nada parecía real.

Esperaba que ni su madre ni Barbara vieran la noticia en el periódico. No quería hablar del tema, ni siquiera volver a pensar en él.

El padre Flynn decidió que no podía aceptar la idea de que su sala se convirtiera en un bar clandestino en el que entraba bebida bajo mano. O era lo bastante responsable

para organizar el evento o no lo era. Una boda era demasiado importante para permitir que quedaran interrogantes colgando.

Leyó las últimas resoluciones legales, que dejaban claro que debía solicitar una licencia. Eso garantizaría que sus actividades no quedaran al margen de la ley. Pero no todo el mundo estaba de acuerdo con él.

Johnny dijo que pagarían la mitad si compraban la bebida en un supermercado. James dijo que nunca se sabía cuando se trataba con esos tipos. Brian tendría que vérselas con la maldita burocracia.

El padre Brian intentó comentarlo con Fiona, pero se dio cuenta de que no le interesaba el tema. Parecía estar muy lejos y lo miraba sin verlo, sin prestar atención a lo que le estaba diciendo.

Molly y Maureen encontraron en El Gran Día prendas que les gustaron. El paseo había merecido la pena: personal muy agradable, y té y bocadillos a disposición de los clientes. Podrían haberse pasado el día allí, y lo cierto era que pasaron prácticamente todo el día. Y lo que compraron no fueron tonterías. Podrían ponerse esa ropa en cualquier otra ocasión, como un bautizo, quizá. Se rieron muy contentas.

El dueño de El Gran Día les dijo que estaban muy tranquilas en comparación con muchas madres de novias y novios, que ya le gustaría que fuera tan sencillo atender a todos sus clientes, así que Maureen y Molly compraron más y más, y dijeron que lo habían pasado como nunca.

Pero por más que lo intentaron, no lograron que Fiona mostrara interés por las prendas que habían comprado.

Parecía tener la cabeza a kilómetros de distancia.

Ania llegó a la clínica el lunes.

Observó rato largo rato a Amy, que repartía tazas de té.

—Debes de ser santa Ania, la chica polaca —dijo Amy por fin.

—Y tú eres Amy, la hija de Peter Barry —respondió Ania.

—Así que has vuelto. Tengo que marcharme, ¿no?

—No soy santa Ania. Sencillamente tengo suerte de que me acepten de nuevo.

—Venga ya. Están locos por ti.

—¿Te ha gustado trabajar aquí?

—Sí.

—Esta mañana he entrado por el hospital. Están buscando a gente para trabajar en urgencias tomando informes y notas para que las enfermeras puedan dedicarse a atender a los pacientes.

—¿Es parte del territorio de Frank Ennis?

—Sí, pero de alguna manera todo el hospital lo es.

—Pero ¿no es nuestro enemigo natural? —preguntó Amy.

Ania se rió.

—Creo que he vuelto en el momento oportuno. Ya casi lo controlabas todo.

Ania y Carl no podían creerse que Bobby les hubiera alquilado un piso.

—No podemos aceptarlo, papá —dijo Carl con lágrimas en los ojos.

—¿Y para qué he trabajado tan duro toda la vida, si no para ofrecerte un sitio en el que vivir? —preguntó Bobby sonriendo.

—Pero es demasiado, sobre todo porque vas a vender la casa y a comprar otra en otro sitio. No querrás tener que pagar también este piso.

—Podemos pagar el alquiler, Bobby —dijo Ania—. Aceptaré algunos trabajos más. No es difícil.

—No, niña. Sigue mandando lo que ganas a tu madre. Para eso viniste.

—Está muy contenta con todo, Bobby. Si vieras lo que están haciendo en su casa... Hasta mis hermanas están contentas conmigo, y eso que casi nunca lo están.

—¿Los has conocido a todos, Carl?

—Sí. Me recibieron muy bien. O al menos eso creo, porque no entendía una palabra de lo que decían.

—Sí que te recibieron muy bien, Carl.

Bobby carraspeó.

—Rosemary siente mucho el malentendido... —empezó a decir.

Vio que la cara de Carl se endurecía, pero Ania apoyó la mano en la suya.

—Por favor, dile que está todo olvidado. De alguna manera sirvió para algo, porque nos obligó a hacer lo que queríamos hacer.

—No estoy seguro de que Rosemary quiera cambiarse de casa, pero lo haremos. Ya se acostumbrará. Es muy generoso por tu parte, Ania, ver las cosas de manera tan positiva.

—Tengo muchas razones para ser positiva —dijo Ania.

—Carl, me preguntaba...

—No, papá, todavía no. Yo no tengo la encantadora alma positiva de Ania.

—Podrías dejarla crecer —dijo Ania.

—Sí, quizá algún día.

—O quizá pronto, Carl, para que tu padre pueda disfrutar de días más felices en estos tiempos tan ajetreados.

—Quizá —dijo Carl.

Pero no tenía intención de hablar con su madre.

Ania compró la tela para el vestido de novia de Fiona en un mercado. Era seda de color crema y amarillo. Quedaría muy bien.

Fiona parecía una estatua, levantaba los brazos para que Ania tomara medidas y para que sujetara con alfileres una especie de patrón para el vestido definitivo. Apenas decía nada. No preguntó a Ania por su viaje a Polonia, por el nuevo piso ni por lo que le había dicho Carl al llegar a la casa de su madre.

Normalmente Fiona quería enterarse de todo con detalles.

Ni siquiera habló de su boda. Todas las conversaciones que Ania iniciaba se desvanecían en el aire. Sí, era estupendo que los casase el padre Brian. Sí, el centro parecía perfecto para el convite. Sí, claro, acudirían muchos amigos del extranjero. Y sin duda las dos madres estaban pasándose bien.

Ania dejó la caja de alfileres en el suelo.

—Fiona, sé sincera conmigo. ¿Quieres que te haga el vestido otra persona?

—No, Ania, ¿cómo se te ocurre?

—Pues ¿qué te pasa?

Fiona la miró acongojada.

—No puedo casarme con Declan —dijo de repente—. No puedo valorar a los hombres como es debido. No puedo seguir adelante.

Y empezó a llorar a lágrima viva.

—¿Y qué dice Declan? —preguntó Ania.

—No lo sabe —sollozó Fiona.

—Pues tienes que decírselo.

—No puedo.

—Debes hacerlo. Estoy haciéndole un chaleco con la tela de tu vestido. Tiene que saberlo, Fiona, por el amor de Dios.

Carl había invitado a sus amigos Nora y Aidan Dunne a cenar en su nuevo piso. Ania había cocinado salmón y Carl le había llevado flores. La vida no podía ser mejor.

Los Dunne eran encantadores y se tenían mucho cariño. Se veía en la manera en que se escuchaban uno a otro y se cogían de la mano. Aidan era paciente de la clínica, de modo que Ania lo conocía, pero no tenía ni idea de lo interesantes que eran sus vidas. Se sentó y charló alegremente, como si estuviera acostumbrada a recibirlos en su casa desde siempre. A las nueve de la noche sonó un timbre.

Ania fue a contestar al interfono. ¿Quién sería a esas horas de la noche? Miró la pequeña pantalla. Era la madre de Carl.

—Disculpad que no haya llamado por teléfono, pero sé que Carl no quiere verme.

—No es eso, señora Walsh. Es solo que tenemos invitados a cenar.

—Solo será un minuto. Tengo algo que decirte. No es necesario molestar a Carl.

—Quizá no es un buen momento, señora Walsh.

Ania vio a Carl alzando los ojos al cielo.

—¡Dile que se vaya! —gritó.

Pero Ania era demasiado amable.

—Entre, señora Walsh, pero tiene que ser un momento. Espero que nos disculpe.

Abrió la puerta.

Ania volvió a la mesa.

—Le ofreceremos un vaso de vino.

—Lo que merece es una patada en el culo —dijo Carl.

Ania sonrió a sus invitados como disculpándose.

—Una larga historia —dijo.

—Estamos enterados —dijo Nora—. ¿Queréis que nos marchemos?

—No, por favor, no. Me llevaré a la madre de Carl a otra habitación y hablaré con ella.

—No tienes que hacerlo, Ania. Se portó muy mal.

—Tú fuiste educado con mi madre, aunque no entendías una palabra de lo que decía, así que yo seré educada con la tuya.

Ania llevó a Rosemary Walsh al dormitorio, en el que el vestido de Fiona colgaba de la pared.

—¿Y este vestido es...?

—Para Fiona.

—Ya veo.

Rosemary no intentó disimular su alivio.

—¿No quiere sentarse?

Ania se sentó en la cama.

—Una sola cama —dijo Rosemary Walsh.

—Exacto. Le traeré un vaso de vino —dijo Ania.

—No quiero vino, gracias. Quería que supieras que lo que te dije la noche de la fiesta no estuvo bien. No debería habértelo dicho. Carl te había invitado, y yo lo sabía. Actué muy mal.

—Tendría sus motivos.

—No. Si lo pienso ahora, no se me ocurre qué motivos podía tener.

Rosemary Walsh no sabía qué decir.

—No pasa nada, señora Walsh.

—Sí, sí que pasa. Quiero que le digas a mi marido que no puede vender nuestra casa, que vendrás a vivir con Carl y que le ayudarás a bañarse, a subir y bajar la escalera y a todo lo demás.

—Creo que eso tendría que hablarlo con Bobby y con Carl, no conmigo.

—Pero si tú dices que ayudarás, que lo cuidarás, ya sabes, entonces aceptarán.

—No lo creo. Bobby ha decidido buscar otra casa. Nos ha enseñado folletos y anuncios.

—Es solo porque cree que no va a poder contar con Carl —dijo Rosemary en tono casi suplicante.

—Creo que Carl es feliz aquí y que Bobby se alegra de que seamos felices aquí, señora Walsh, así que no voy a decir nada para que cambien las cosas.

Rosemary la observó un largo rato con expresión dura.

—Tienen razón. Eres inteligente y aguda. Me equivoqué. Pido disculpas también por lo que seguramente pareció una grosería.

—Fue un malentendido, señora Walsh. Ya está olvidado.

—Eres muy inteligente, ya lo veo, pero es demasiado tarde.

—No es demasiado tarde.

—Lo es. Ahora me voy, Ania.

—¿Está segura de que no quiere un vaso de vino?

—Estoy segura, gracias.

Se oían risas procedentes de la otra habitación.

—Carl nunca llevó amigos a casa a cenar cuando vivía con nosotros.

—Quizá necesitaba su propio espacio.

—Adiós, Ania.

—Adiós, señora Walsh.

Fiona quería decirle algo. Declan no necesitaba ser Einstein para darse cuenta. Hasta Dimples, el perro, parecía saberlo. Estaba tumbado tranquilamente observándose las patas y sin hacer ruido. Paddy, el padre de Declan, estaba en el bar con Muttie y sus amigos.

Molly, su madre, estaba hablando con Maureen, la madre de Fiona.

—¿Declan? —dijo Fiona.

—Algo va mal, ¿verdad?

—¿También a ti te lo parece? —preguntó ella con cierto alivio.

—Me parece que sin duda estás disgustada por algo.

—No puedo casarme contigo —dijo.

—Has conocido a otro —dijo sonriendo con indulgencia.

—Sabes que no es verdad.

—¿Es por mí entonces? ¿Te has cansado de mí?

—No es eso, Declan Carroll.

—Pues ¿qué es, cariño?

—Es una larga historia —dijo Fiona.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo Declan.

Y se cruzó de brazos para escuchar la historia más complicada e incoherente, de la que apenas entendió una palabra, excepto que debido a un error de criterio, de hecho algo peor, la ausencia de criterio, Fiona no iba a casarse con nadie.

Nunca.

Fiona pensaba que debían de haberse celebrado más bodas para no alterar los preparativos que por voluntad de casarse realmente. Lo entendía muy bien, porque estaba decepcionando a mucha gente con su decisión. Ni siquiera se atrevía a pensar en sus padres, los de Declan y sus hermanas, que ya no serían damas de honor. El enfado duraría una generación. Y estaban también todos los primos y tíos de ambas familias, que habían comprado ropa para la boda y que en algunos casos incluso habían enviado ya su regalo. Se indignarían.

Y Vonni iba a ir a Irlanda por primera vez en décadas. David viajaría desde Inglaterra por primera vez en su vida. Todo el personal de la clínica estaba entusiasmado y había ayudado lo que había podido. El padre Flynn, que iba a celebrar una boda por primera vez en su centro de Liffey, iba a sentirse como un idiota. Los gemelos, Maud y Simon, que habían dicho a casi todo Dublín que el convite sería el inicio de su carrera profesional, iban a quedarse destrozados. Ania, que volvía a estar feliz y sonriente y que había hecho un bonito vestido, ya no vería su creación en el altar.

Era fácil entender por qué a lo largo de los años otras mujeres lo habían dejado correr, para no ganarse la antipatía de medio planeta, pero las demás mujeres no habían entendido algo que para Fiona estaba muy claro.

El día en que había leído la noticia en el periódico que resumía la corta vida de Shane O'Leary y su sórdida muerte, Fiona se dio cuenta de que durante una etapa de su existencia había estado dispuesta a casarse con aquel hombre. Estaba esperando un hijo suyo. Se había quedado destrozada al abortar. Había deseado que le propusiera casarse con él, que vivieran junto al mar en Ayia Ana y que criaran allí a su hijo.

¿Cómo iba a ser capaz de tomar una determinación?

Se marcharía lejos de allí y de todas las personas a las que había defraudado. Se marcharía al extranjero para encontrarse a sí misma. Haría algo que mereciera la pena, en lugar de dejarse arrastrar por un proyecto loco que a aquellas alturas estaba ya totalmente fuera de control, con ópalos, banquetes y decisiones sobre quién iba a hacer un discurso.

¿Había entendido Declan de verdad, pero de verdad, que todo había acabado, que la boda no se celebraría? Se había quedado demasiado tranquilo y había dicho que por supuesto tenía que hacer lo que quisiera. Se quedaría con el corazón destrozado toda su vida y nunca se casaría. En algunos sentidos sería una enorme pérdida.

Pero si era lo que ella quería, así sucedería.

No, no quería ni oír hablar de devolver el anillo. Debía quedárselo y hacerse un broche o un collar. Y le pidió una semana de plazo antes de decirlo a los demás.

—¿Una semana? Pero la gente seguirá con sus planes, Declan. Tenemos que decirselo ahora.

—Te lo pido por mí. No estoy acostumbrado a hacer mis planes sin ti. Dame solo una semana —le pidió.

—¿No estarás tramando algo?

—No —contestó con tristeza—. Si estuviera tramando algo que pudiera funcionar, al

menos tendría algo, créeme.

—De acuerdo.

—Y no se lo diremos a nadie. Absolutamente a nadie.

—Pero seguirán haciendo preparativos.

—Que los hagan. Es solo una semana, y después se lo diremos. Vamos, júramelo.

—Te lo juro.

—Ni siquiera a Barbara.

—Ni siquiera a Barbara —aceptó.

—Buena chica —dijo.

Fiona se dio cuenta de que no había intentado discutir con ella, ni hacerle cambiar de opinión, ni decirle que estaba equivocada. Lo único que había pedido había sido una semana de gracia y que se quedara con los ópalos. Seguramente tenía claro que todo estaba perdido.

A Clara le sorprendió ver a Frank Ennis frente a su mesa.

—Un extraño e inesperado placer —dijo Clara.

Frank fue directamente al grano.

—¿Puedes dar referencias de Amy?

—Sí, ha trabajado bien. Si tuviéramos un puesto para ella, se lo daríamos.

—De acuerdo. Parece un poco rara.

—Es un error juzgar a las personas por su apariencia —dijo Clara sonriendo.

—Seguro. Así que la polaca errante ha vuelto...

—Sí, me alegra decirte que Ania ya ha superado su crisis. Todo el mundo ha estado encantado de volver a verla.

—Y al parecer tenéis una boda pronto —dijo Frank.

Clara se preguntó cómo demonios se había enterado.

—Pues sí. Declan y Fiona. Un gran día. Y tenemos muchos más amoríos. Ania está viviendo con el hijo de un paciente nuestro, y mi hija y el hijo de Hilary se han enamorado. Lo único que me falta es encontrar a un jovencito para mí, y podremos decir que hemos alcanzado todos los objetivos.

Frank estaba casi seguro de que estaba bromeando, pero no del todo.

—Creía que ya estabas servida con el farmacéutico del centro comercial.

—Frank, tus noticias están atrasadas. Peter es historia. De hecho está saliendo con la directora del Lilac Court, la residencia.

—¿En serio? —preguntó Frank Ennis, estupefacto.

—¿Y cómo te has enterado de la boda de Declan y Fiona? —preguntó Clara.

—Pues porque resulta que estoy invitado.

—¿Invitado?

Clara se quedó desconcertada. ¿Fiona y Declan habían invitado al enemigo a su boda? Imposible.

—Bueno, más o menos. Soy un acompañante —dijo—. La prima de Fiona, que es trabajadora social, está invitada, y en su invitación dice que puede llevar a un acompañante. Ese soy yo.

—Vaya, vaya...

Por una vez Clara se quedó sin palabras.

Fiona y Declan iban a llorar de risa.

—Así que tendrás que reservarme un baile, Clara —dijo Frank.

—No quisiera pisarle el terreno a la prima de Fiona —murmuró Clara diplomáticamente.

—No, no, nada de eso. No hay nada entre nosotros. Somos solo amigos. Creo que sencillamente pensó que sería un bonito día.

—Y lo será, Frank, lo será —dijo Clara.

—Y podrás contarme todos tus planes y adónde vas a ir después —dijo.

—¿Después?

—Cuando hayas cumplido tu año aquí.

Clara había olvidado que había firmado un contrato solo por un año, porque ella misma se había empeñado en que así fuera.

—Ah, sí, cuando haya cumplido mi año aquí —dijo distraídamente.

—Estoy seguro de que tienes planes para tu carrera profesional.

Frank estaba impaciente por enterarse.

—No me creerías si te dijera que no tengo ningún plan —le contestó sonriendo.

Tenía razón, pero Frank no la creyó.

Por favor...

Clara se sentó a su mesa cuando Frank se marchó. Había sido un año extraordinario.

La Barbie de Alan se había quedado embarazada. Alan pidió primero el divorcio y después quiso volver a casa. Adi y Gerry planeaban ir a salvar un bosque. Linda sufría un cambio de personalidad desde que había conocido al hijo de Hilary, Nick. Y estaba el episodio con Peter Barry, el farmacéutico, que había querido casarse con ella.

Pero por encima de todo estaba la clínica. Eso era lo que le sorprendía. Era más importante para ella que todos los demás cambios que habían tenido lugar. Estaban haciendo algo distinto, consiguiendo que los pacientes salieran del hospital. Les habían devuelto la confianza, habían dado nuevas esperanzas a personas con enfermedades cardíacas y las habían convertido en parte de la vida diaria.

Había merecido la pena. En ningún caso estaba dispuesta a marcharse.

Ania era la encargada de recolectar el dinero para el regalo de boda de Fiona y Declan. Al principio se había sentido un poco rara, porque era una situación difícil, pero desde el arrebato de Fiona no había pasado nada. No habían anunciado que la boda se cancelaba. Parecía seguir adelante. Todo iría bien.

No había sido difícil conseguir que todo el mundo aportara algo y que firmara la tarjeta. El problema era qué comprarles. No tenían lista de boda en una tienda. No disponían de pistas ni habían comentado en qué color pintarían el piso que iban a comprar. Y ya había reunido el dinero. Tenían suficiente para comprarles un buen regalo.

Ania sacó el tema de modo informal. ¿Merecía la pena gastar el dinero en cristal, o Declan prefería vasos sencillos? ¿La plata estaba pasada de moda o seguía gustando a los jóvenes? ¿Era posible comprar una obra de arte para otra persona?

Declan desdeñó el discreto trabajo detectivesco de Ania con risas.

—Ania, no queremos nada, y si la gente se empeña en regalarnos algo, basta con un CD, o un libro, o un jarrón. Por favor, Ania.

No le había resultado de demasiada ayuda.

Por otra parte, era mucho mejor que lo que le había dicho Fiona aquella mañana.

Ania había preguntado a Fiona si en su opinión las cacerolas de hierro fundido eran un buen regalo. Había intentado que pareciera que pensaba en cacerolas de hierro fundido en términos generales, como regalo para cualquiera.

A Fiona se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿Has tomado nota del dinero que te ha dado cada uno, Ania? —preguntó inesperadamente.

Ania no supo qué responder.

—Hummm... bueno... —dijo.

—Es que tendrías que saber cuánto devolver a cada uno si, por ejemplo, no se celebrara la boda.

—¡Fiona! —gritó Ania.

—No he dicho nada, nada de nada. Recuérdalo. Lo único que he dicho es que si estás recolectando dinero para algo, deberías anotar lo que te da cada uno.

Y Fiona se marchó con los ojos llorosos.

Ania se dio cuenta de que lo mejor era no hacer nada. Era duro cuando Carl le preguntaba qué ponerse para la boda, y cuando la madre de Fiona y la de Declan se

dedicaban a comentar sobre las flores de tela que Ania iba a hacer para que llevaran con sus conjuntos, y cuando Maud y Simon la llamaban por teléfono para hablar de la decoración de las mesas, y cuando Barbara se moría de hambre para poder ponerse un vestido azul marino de una talla demasiado pequeña.

Era posible que Fiona y Declan no se casaran. ¿Debía advertírselo a todos ellos? Ania no lograba quitarse de encima aquellos quebraderos de cabeza.

Brian Flynn entró en la clínica cardiológica para recoger a Johnny. Iban a hacer una de sus maratones, o paseos, como las llamaba el fisioterapeuta.

—¿Te vienes, Declan? —propuso Johnny—. Cogemos el tren hasta Bray, ida y vuelta por el paseo marítimo, y nos llenaremos los pulmones de aire fresco del mar.

—Parece muy sano —dijo Declan—. Esperad a que me ponga unas zapatillas de deporte.

—Y luego nos llenaremos la panza con cerveza fresca —añadió Brian.

—Como debe ser, perfecto —comentó Declan.

—Después podéis comentarme lo que debo hacer como padrino —añadió Johnny—. No estoy seguro...

—Pero ¿estás del todo seguro de que podemos correr todos esos kilómetros y subir esos picos? —refunfuñó Brian.

—Deja de quejarte, Brian. Sabes que es bueno para ti —dijo Declan, contento de que hubieran cambiado de tema.

—Pensaba que estarías hasta el cuello con los preparativos —dijo Brian esperando conseguir a un aliado para que Johnny bajara el ritmo.

—No, lo dejo todo en manos de las mujeres —dijo Declan.

No era necesario explicar a Brian y a Johnny que Fiona se negaba a verlo por las noches.

Fiona dijo que cumpliría su parte del trato y actuaría como si nada hubiera cambiado durante el día, pero que no tenía sentido salir con él por las noches y seguir dando vueltas a lo mismo. Había explicado su posición y pedido disculpas. ¿Qué más podía decir?

Fiona dijo que quería sacar a Dimples a dar un largo paseo. A Molly y a Paddy les pareció bien, porque Dimples estaba poniéndose muy gordo.

Fiona salió con el perro. Pasearon hasta el centro de la ciudad y pasaron por el Trinity College. Fiona recordó que con el colegio había ido de excursión a la vieja farmacia de Sweeney que aparece en el *Ulises* de James Joyce, que parecía no haber cambiado en absoluto en más de cien años. Y se detuvo en el hotel en el que James Joyce conoció a Nora Barnacle. Una historia de amor que no debería haber funcionado, pero que funcionó.

Fiona no sabía si podía entrar con un perro, pero no lo preguntó. Dimples parecía estar en su casa en cualquier parte, de modo que nadie los detuvo.

Se encontró a sí misma observando los viejos edificios, que estaban allí desde el reinado de Isabel I de Inglaterra. Vio las colas esperando para ver el *Libro de Kells*. Imaginaba a los monjes iluminándolo, casi setecientas páginas, en lugar de dedicarse a sus asuntos. Pero no hacían daño a nadie.

Fiona se preguntó si corría el peligro de volverse demasiado sosa y aburrida.

Salieron y pasearon por la plaza Merrion. Fiona mostraba los lugares más famosos al perro. La casa en la que vivió Oscar Wilde, la estatua de Wilde con su frase grabada, los arcos georgianos sobre las puertas de colores, las barras metálicas para limpiarse el barro de los zapatos y las diferentes aldabas. Lo había visto muchas veces antes, pero de alguna manera era diferente. Se dio cuenta de que estaba registrándolo en su mente.

La semana siguiente, cuando ella y Declan contaran que no iban a casarse, intentaría explicarlo, reparar todas las ilusiones destrozadas y todos los sueños rotos que pudiera, y después se marcharía muy lejos.

Esa noche estaba despidiéndose de Dublín.

Una pareja de ancianos se detuvo para admirar al perro.

—Se llama Dimples —dijo Fiona con tristeza.

—¿Y lo tienes desde hace mucho? —preguntaron jugando con las orejas de Dimples.

—No es mío. Es de mi novio.

Fiona miró el anillo de ópalos y se mordió el labio.

—Bueno, es lo mismo.

La mujer sacó una galleta del bolso y se la dio a Dimples. Al perro le encantó y levantó una gran pata para agradecerse.

—La verdad es que no —se le escapó a Fiona.

—¿Vais a vivir en un sitio en el que no permiten perros?

—No. No vamos a casarnos —respondió Fiona.

Y de pronto empezó a contarlo todo: que era una persona sin criterio, que no sería justo, que tenía que marcharse muy lejos.

La pareja se miró desconcertada.

—¿Y está todo el mundo disgustado? —preguntó por fin el hombre.

—Nadie lo sabe —dijo Fiona llorando—. Solo nosotros. Mi novio me hizo prometer que lo mantendríamos en secreto una semana. Es ridículo.

—¿Cuánto queda de esa semana? —preguntó con interés la mujer, que era estadounidense.

—Cuatro días y medio, pero nada ha cambiado.

—No, claro que no. Pero mira, es muy sencillo... ¿Crees que te quiere?

—Sí, sí, me quiere —contestó Fiona con el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Y tú lo quieres a él? Porque si no lo quieres, no debes casarte con él, pero si lo quieres...

Brian Flynn no se podía creer que tuvieran que dar dos vueltas más antes de tomarse una cerveza. Creyó que se moría allí mismo.

—Te reanimaremos —le dijo Johnny sin piedad.

—Es bueno para ti, Brian —dijo Declan, un auténtico Judas Iscariote que había resultado que también le gustaba el ejercicio.

Al final se tomaron la cerveza.

—Estás extrañamente tranquilo para ser un condenado —dijo Johnny a Declan.

—Es puro teatro —dijo Declan con sinceridad.

—¿Y cómo está Fiona?

—Sería fantástico entender a las mujeres...

—Normalmente son más centradas que nosotros. Sin duda cuando se trata de una boda.

—Sería mejor que echaras un vistazo a estas casas, Rosemary —pidió Bobby Walsh a su mujer.

—¿Para qué? ¿No has dicho que comprarías una en cualquier caso? ¿Para qué quieres mi consentimiento?

—Solo quiero una planta baja. Ya no puedo subir escaleras y nos quedan todavía muchos años.

—¿Arrastrando los pies en un edificio lleno de gente? No lo creo.

—¿Lo que importa no es que estemos juntos?

—Aquí estamos juntos —dijo.

—Aquí vivo en un estudio, Rosemary. No puedo subir la escalera hasta el piso de arriba. Vamos a elegir algo que te guste.

Rosemary no dijo nada. Se quedó donde estaba como una niña rebelde.

—Entonces tendré que elegir por ti. Me han hablado de un piso estupendo con un pequeño jardín. Es un bloque de treinta pisos que acaban de poner a la venta. Si damos permiso al agente inmobiliario para que venda esta casa, podremos elegir la nueva. Creo que la mejor es la planta baja de la esquina. Desde las ventanas se ve el mar, y la zona residencial tiene piscina.

—¿Qué zona es la que más te gusta?

Bobby nombró una zona selecta y vio que su mujer abría un poco los ojos. No tendría problemas en explicar el traslado a sus amigos esnobs. Si hacía las cosas como debía,

podía vender ya mismo.

—No perdemos nada por verlo —dijo Rosemary.

Hilary Hickey discutía con dos pintores que tenían que retocar algunas zonas deterioradas de la clínica. Lo sorprendente era que lo había pedido Frank Ennis. Pero todavía fue más raro ver a Rosemary Walsh llegar sola a la clínica. Aquel día Bobby no tenía visita. Esperaba que la señora Walsh no hubiese ido a crear problemas. Afortunadamente Ania había salido a comer, así que no tendría que enfrentarse con ella.

—Me preguntaba si alguien podría darme algún consejo sobre el estado de Bobby —empezó a decir Rosemary Walsh.

—Bueno, Clara está en el hospital ahora mismo.

—No, Clara no —dijo la señora Walsh.

—Está Declan.

—Sí, Declan.

Seguía hablando en tono imperioso, pero parecía hacer un esfuerzo por poner buena cara.

—Hola, doctor Declan, nos acercamos al gran día.

—Sí, señora Walsh. Espero verlos a usted y a Bobby.

—¿Y qué le gustaría que le regaláramos?

Rosemary pronunció la palabra «regaláramos» como si estuviera perdonándole la vida.

Declan sonrió ligeramente.

—Basta con que vengan, pero si insiste, entonces nos encantaría que nos regalaran un CD, buena música que signifique algo para usted y para Bobby, por ejemplo.

La señora Walsh lo fulminó con la mirada.

—Bueno, en realidad he venido para informarme sobre el corazón de Bobby. ¿Aumentarían sus expectativas de vida si nos fuéramos a vivir a una planta baja?

—Sabe que sí, señora Walsh. Lo hemos hablado muchas veces. Clara y yo les mostramos los resultados de sus pruebas. Tiene que hacer algo de ejercicio suave, nadar si es posible, pero no subir escaleras.

—Entonces supongo que tendré que hacerlo —dijo suspirando profundamente.

—¿Hacer qué?

—Dejar mi querida casa junto al mar y trasladarme a una lata de sardinas. Bobby ya ha echado el ojo a un piso —dijo, y explicó dónde se encontraba.

—Seguramente nadie lo llamaría lata de sardinas —dijo Declan—. A casi toda Irlanda le gustaría poder comprarse un piso en esa zona.

—Comparado con lo que he tenido hasta ahora... —respondió con frialdad. Y cambió bruscamente de tema—. ¿Podría Johnny pasarse por allí para hacer gimnasia con Bobby, para que se pusiera un poco en forma?

—No, Johnny trabaja en la clínica. Puede darles una lista de ejercicios o los datos de otros fisioterapeutas a los que podrían contratar.

—¿Quiere decir que no va a venir a la casa de un hombre enfermo?

—Johnny trabaja aquí como fisioterapeuta. Usted y Bobby tienen la suerte de poder pagar a uno particular. Y por supuesto Johnny puede darle ejercicios para usted, para que los realice con Bobby.

—¿Está pidiéndome que haga gimnasia?

De pronto Declan perdió la paciencia. Llevaba varios días aguantando la presión, haciendo teatro, fingiendo que todo iba bien, cuando sentía deseos de aullar a la luna. Vio todo lo que se iba a pique en la cara de aquella espantosa mujer.

—Mire, señora Walsh, si yo pensara que podría ayudar a Fiona haciendo gimnasia, cocinando para ella sin sal, sin grasas, si creyera que eso podría darle un solo día más de vida en este mundo, haría todo lo que pudiera. Haría el pino si pensara que eso iba a ayudarla. Y lo mismo haría Nora por Aidan Dunne, y la mujer de Lar, y muchos otros familiares que vienen a esta clínica. A usted no le apetece. Cada uno es como es.

—¿Está usted criticándome, doctor Carroll?

—No, señora Walsh. ¿Puede decirme ahora qué quería que le dijera exactamente cuando ha llegado?

Declan se volvió para que no lo viera temblando de rabia y de fastidio.

—Por favor, doctor Carroll... —empezó a decir.

—Dígame simplemente qué esperaba.

La señora Walsh se quedó tan impresionada por el tono de Declan que le contestó sinceramente.

—Supongo que esperaba que me dijera que no importaba, que Bobby no mejoraría viviera donde viviera, y así podríamos quedarnos en nuestra casa.

—¿Es eso lo que esperaba escuchar? —dijo Declan.

—Sí, ya que me lo ha preguntado...

—Ojalá reciba lo que merece, Rosemary Walsh —dijo volviéndose. Cerró los ojos e intentó controlar la respiración—. Ojalá reciba lo que merece en la vida.

Y se marchó. Estaba en mitad del pasillo cuando oyó el estrépito y los gritos.

Hilary ya estaba al teléfono pidiendo una ambulancia cuando Declan corrió hacia la sala.

Rosemary había pasado por delante de los andamios de los pintores y había dado un golpe. En lo alto del andamio había dos pintores trabajando, que cayeron al suelo entre botes de pintura, maderas y hierros. Cayeron encima de Rosemary Walsh.

Declan se arrodilló junto a ellos. ¿Era culpa suya? ¿Dónde demonios estaba Ania? Para una vez que de verdad necesitaban a alguien que hablara polaco...

—¡Ania! —gritó, desesperado.

Fiona apareció por la puerta y de un solo vistazo entendió lo que estaba pasando.

—Acaba de comprarse un móvil. Voy a llamarla —dijo Fiona.

En cuestión de segundos, Ania, que estaba en el bar del centro comercial, volvía corriendo a la clínica.

—¿Rosemary? —dijo Fiona.

—Está inconsciente, pero tiene pulso. Moveré a los hombres primero.

Ania llegó corriendo y se arrodilló a su lado. Declan hacía preguntas y Ania se las traducía rápidamente mientras les sujetaba las manos. Declan vio que empezaron a recuperar la confianza en cuanto les hablaron en su idioma.

—Diles que están bien —dijo.

—Ya se lo he dicho —dijo Ania.

Fiona propuso que Ania se quedara con los polacos hasta que llegara la ambulancia. Se arrodilló ella también junto a Declan.

—Respira —dijo refiriéndose a la señora Walsh.

—A duras penas —dijo Declan.

Observaron a Rosemary Walsh, que se había herido la cara con maderas que habían caído y que tenía las piernas en una posición muy rara. Debía de haberse roto la columna. Declan empezó a examinarla con las manos.

—Un brazo roto, una pierna rota. Parece que el cuello está bien, pero no quiero arriesgarme a moverla.

—¿Qué harías si no estuviera en camino la ambulancia? —preguntó Fiona.

—Lo que voy a hacer ahora. Empezaré a reanimarla.

—Pero...

—La respiración es muy débil. Podemos perderla —dijo.

Y ante Hilary, Lavender, Ania, Fiona y los dos chicos polacos, que no dejaban de quejarse, el doctor Declan Carroll empezó a hacer el boca a boca a Rosemary Walsh, sin duda la persona más desagradable que cualquiera de ellos había conocido jamás.

Los hombres de la ambulancia elogiaron el proceder de Declan. Dijeron, sacudiendo la cabeza, que si no hubiera sido por el joven médico... Trasladaron enseguida a la señora Walsh al hospital. Estaba gravemente herida, pero sobreviviría. Alguien debía avisar a su familia.

—Yo aviso a Carl —dijo Ania.

—Yo aviso a Bobby —dijo Declan.

Cuando regresó Clara, Hilary había hablado con la policía, a la que llamaron para que investigara el incidente, y le había contado que Rosemary Walsh se había dirigido directamente hacia el andamio y había provocado el accidente.

—¿Y por qué no vio el andamio? —preguntó el joven policía.

—Estaba muy nerviosa —contestó Hilary con mucha diplomacia.

—¿Dónde está Declan? —quiso saber Clara.

—Ha ido a casa de Bobby a avisarlo.

—¿Y por qué no ha ido Fiona con él? La he visto cuando llegaba.

—A mí no me preguntes, Clara. Me temo que las cosas no van del todo bien. Me da la impresión de que llevaremos nuestros nuevos vestidos en la boda de nuestros hijos antes de lucirlos en el gran día de Declan y Fiona.

—Sí, creo que tienes razón. Es una lástima, porque hacen muy buena pareja. Y supongo que eso significa que perderemos a Fiona.

—¿Por qué? —preguntó Hilary—. En cualquier caso Declan tendrá que marcharse. Su período aquí casi ha concluido.

—Fiona no querrá andar por aquí si lo suyo ha terminado. Se irá a otra parte.

—Me pregunto qué está pasando —dijo Hilary.

—Algo que no tiene la menor importancia. Suele ser así. Nunca lo sabremos —dijo Clara suspirando.

—Bobby, soy Declan Carroll.

—Declan, qué alegría verte. ¿Cómo has entrado?

Bobby estaba en su pequeño estudio.

—Entrando... Me sentaré aquí, a tu lado.

Declan había cogido las llaves del bolso de Rosemary.

—¿Se ha dejado Rosemary la puerta abierta? Es raro en ella —dijo Bobby preocupado.

—No, no —intentó calmarlo Declan.

—Te prepararé una taza de té.

Bobby era siempre un anfitrión educado.

—Deja que lo prepare yo. Hago un té buenísimo.

Preparó una taza para cada uno con mucho azúcar.

—La verdad es que no tomo azúcar —dijo Bobby.

—Hoy lo tomarás, Bobby. Rosemary ha sufrido un accidente. Ahora está bien, pero va a tener que pasar un tiempo ingresada. Ania y Carl quieren que te traslades a su casa. He venido a buscarte.

Bobby se quedó pálido. Tenía muchas preguntas que hacer.

—Créeme, Bobby, se pondrá bien. Te llevaré a verla. Bébete el té, por favor.

—¡Pobre Rosemary...! ¿Dónde ha ocurrido? ¿Iba conduciendo?

—No, nada que ver. Iba andando por un pasillo, tropezó con un andamio y le cayeron encima una gran plancha de madera, latas de pintura y dos hombres que estaban pintando.

—¿Y está herida de gravedad?

—Tiene muchos rasguños, y se ha roto una pierna y un brazo.

—¡No!

—Pero está todo bajo control. El cirujano que va a operarla mañana es muy bueno.

—Rosemary estará aterrorizada de tener que entrar en un quirófano.

—Está sedada, muy tranquila.

—¿Sabe que has venido a verme?

—Se lo he dicho, pero quizá no se ha enterado —dijo Declan—. Bobby, dime lo que tengo que hacer. Te prepararé una bolsa, y nos reuniremos con Carl y con Ania en el hospital.

—¿Va a ir Carl al hospital? ¿A verla?

—Sí, por supuesto.

—Oh, se pondrá muy contenta. Han tenido un malentendido tonto, ya sabes.

—Está todo olvidado —dijo Declan sonriendo.

En aquellos momentos Declan no sabía lo que estaba peleando Ania para que Carl fuera a ver a su madre. Carl se resistía con todas sus fuerzas.

Fiona estaba sentada en un bar con vistas a la hermosa bahía de Dublín. Declan solía decir que tenían mucha suerte por vivir en Dublín, una ciudad grande y animada, con el mar a diez minutos y las montañas a veinte en dirección contraria. Fiona cayó en la cuenta de que estaba pensando en lo que Declan solía decir. A partir de la semana siguiente sería el pasado. Vio de reojo una sombra que se acercaba a su mesa.

—Barbara, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Hubo un tiempo en que me decías: «Barbara, qué alegría. Siéntate y tómate algo».

—Estamos a veinte kilómetros de Dublín. No estás aquí por casualidad.

—Tienes razón. No es por casualidad. Te he seguido.

—¿Qué?

—Sí, te he seguido. No te pasas por casa, no hablas en el trabajo, no estás en casa de tus padres, no estás en casa de los Carroll... ¿No tengo derecho a saber adónde va mi amiga y qué es lo que le pasa?

—No me pasa nada.

—Venga ya.

—En serio, Barbara, lo que has hecho no está bien. Eres peor que cualquiera de ellos. ¿No puedes entender que solo necesito estar un tiempo a solas?

—No, no puedo.

—Pues deberías... Es lo que se le pide a un amigo, que te apoye y te entienda, no que se dedique a hacer de detective y a seguirte hasta en un tren.

—Cuéntamelo, Fiona.

—No, no puedo.

—¿Por qué no? Siempre nos lo hemos contado todo. Te conté la primera vez que me fui a la cama con un tipo y se quedó tan consternado con los corchetes de seguridad de mi ropa interior que casi se le quitaron las ganas. Y tú me escuchaste y me entendiste.

—Lo sé, pero esto es diferente.

—Y me contaste lo de Shane y lo entendí. ¿Por qué no voy a entenderte ahora?

—Tiene que ver con Shane. Todo esto es culpa del maldito Shane.

—Pero está muerto, Fiona. Tienes que saber que está muerto.

—¿Cómo te has enterado?

—Lo vi en el periódico.

—¿Y no me dijiste nada?

—Esperé a que tú me dijeras algo, pero no lo hiciste, así que pensé que preferías no hablar del tema.

—No sentí nada por él cuando me enteré. Fui yo la que lo identifiqué a la policía.

—¿Fuiste a ver su cadáver? ¡Dios mío! —exclamó Barbara, muy impactada.

—No, llamé a la policía.

—¿Y qué sentiste?

—Nada. Por él nada. No me importaba si estaba vivo o muerto.

El dulce rostro de Barbara mostraba que estaba muy afectada.

—Siéntate, Barbara, por Dios, y tómate un café irlandés.

—Hace semanas que no me tomo un café irlandés. Recuerda que el vestido azul marino es de una talla más pequeña.

—Olvídate del maldito vestido azul marino. No voy a casarme.

—Entonces tomaré un brandy doble —dijo Barbara.

—¿Mamá?

—¿Eres tú, Carl?

—Sí, mamá. Vas a ponerte bien.

—Lo siento, Carl.

—No tienes por qué. Ha sido un accidente.

—Sí. Lo que siento es no haberme muerto en ese momento y haberos dejado tranquilos de una vez.

—Mamá, vas a ponerte bien, y todos estamos muy contentos de que no fuera grave.

—Siento lo que dije.

—Todos decimos cosas que no pensamos —dijo dándole palmaditas en el brazo.

—No quería ofenderte.

—Ni yo tampoco a ti, mamá.

Rosemary cerró los ojos y Carl salió de la habitación.

Al otro lado de la puerta su padre estaba sentado en una silla de ruedas que empujaba Ania.

—Gracias, hijo —dijo Bobby con lágrimas en los ojos.

—No, papá, es la verdad. Todos decimos cosas que no pensamos —dijo Carl.

Pero su expresión era fría. Todos ellos sabían que Rosemary Walsh sí había dicho exactamente lo que pensaba.

Declan estaba limpiándose los zapatos en la cocina de Saint Jarlath's Crescent.

—Mamá, ¿quieres que te limpie los zapatos? Estoy limpiando los míos.

—No, Declan, pero ¿podrías hacerme un favor?

—Dime.

—¿Podrías decirme qué os pasa a Fiona y a ti?

—¿Qué quieres decir con eso de qué nos pasa?

—Volvió la otra noche con Dimples. Había paseado unos veinte kilómetros por Dublín y llegó con los ojos hinchados de llorar.

—¿Y le preguntaste por qué?

—No quise hacerlo. Pensé que quizá os habíais peleado.

—Pues no —se limitó a contestar Declan.

—Si la hubieras visto... Me devolvió a Dimples y se marchó. Caminaba encorvada, como si le doliera algo.

Declan dejó de limpiar los zapatos.

—El lunes se resolverá todo —dijo como un autómata.

—Ay, Declan, si hay algo que resolver, ¿por qué esperar hasta el lunes, por Dios?
—preguntó Molly Carroll.

—Fue lo que acordamos.

En Dun Laoghaire, gente corriente con vidas corrientes disfrutaba de las noches veraniegas junto al mar. Daban largas y saludables caminatas por el paseo marítimo. Algunos entraban en yates y navegaban por la bahía, y otros tomaban asiento en pequeños restaurantes.

Solo Barbara y Fiona permanecían ajenas al apacible ambiente veraniego.

—Repítemelo —dijo Barbara—. No sientes nada por Shane. Quieres a Declan, pero no puedes casarte con él porque no confías en tu criterio. ¿Es eso?

—Bueno, es una manera de contarlo.

—Llevo media hora escuchándote, Fiona, y voy por el segundo brandy doble. No entiendo lo que dices. He intentado resumirlo. ¿Tengo razón o no?

—En general sí.

—Entonces estás completamente loca —dijo Barbara.

—¿Por qué? Tomé una mala decisión. Podría volver a hacerlo. ¿Es tan difícil de entender?

—A ver, ¿por dónde empiezo? —preguntó Barbara—. Podría empezar diciendo que Shane era un llorón perdedor, un drogadicto que te pegaba, que hurgó en lo más hondo hasta encontrar tu lado de víctima. Ese era Shane. Declan es Declan. Está loco por ti, es divertido, bueno, amable e inteligente. Hasta que lo conociste nunca habías sido tan feliz y tan positiva. Podrías asumir cualquier trabajo, porque él refuerza tu confianza en ti misma. Mira, ¿por qué estoy diciéndote todo esto, por qué intento vendértelo? Espero que no se entere de nada.

—Intenté contárselo, pero me dijo que el pasado era pasado. Creo que no me entendió. Me hizo prometerle que no diría nada hasta el lunes.

—Porque es normal, por eso. ¿Quién va a entender tus desvaríos? —Barbara pidió la cuenta—. ¡Habla con él ahora mismo!

—No. Dijo el lunes. Eso fue lo que acordamos.

Barbara cogió el móvil de Fiona.

—Hola, Declan, soy Barbara. Fiona y yo estamos en un bar de Dun Laoghaire. ¿Puedes venir?

Fiona parecía una niña culpable.

—Es importante que sepas que no me lo ha dicho ella —siguió diciendo Barbara—. Lo he adivinado yo. Sigue insistiendo en no hacer nada hasta el lunes. ¡El lunes! Por Dios, Declan, el lunes podemos estar todos muertos. ¿Puedes venir cuanto antes? Intentaré retenerla hasta que llegues.

Barbara observó cómo Declan y Fiona se unían a los grupos de gente corriente que paseaban al atardecer. Sabía que ninguno de los dos veía el mar ni los pequeños barcos que se balanceaban arriba y abajo. No eran conscientes de los demás, del vendedor de globos, de los niños que se comían enormes cucuruchos... Caminaban juntos y parecían estar hablando. Barbara suspiró.

Todo iría bien. Al encontrarse, se habían limitado a mirarse sin decir nada. Era buena señal.

Y bueno, Barbara haría parte del camino de vuelta a casa andando. Tenía que quemar las trescientas calorías extras que se había bebido. Después de todo, parecía que iba a necesitar el vestido azul marino.

—Me tiemblan un poco las piernas —dijo Fiona—. ¿Nos sentamos?

Declan se dirigió a un banco de piedra, se sentó y cogió a Fiona de la mano.

—Sabes lo que está pasando, ¿verdad? —preguntó Fiona tras una pausa.

—Para ser sincero, no.

—Pero te lo conté, te lo expliqué durante horas.

—No terminé de entenderlo.

—¿Qué pensaste que era? —preguntó.

—Nervios —contestó Declan.

Se quedaron un momento en silencio.

—No estoy nerviosa —dijo Fiona por fin.

—Me alegro, porque yo tampoco, así que estoy seguro de que la boda será estupenda.

—No podemos casarnos —dijo en tono tranquilo.

—¿Por qué exactamente?

—Porque una vez hice una elección muy estúpida y me enamoré. Mi idea era casarme y viajar por el mundo. Tengo miedo de estar haciendo lo mismo.

—Pero nosotros no vamos a viajar por el mundo. Vamos a vivir aquí. Se supone que íbamos a dar la fianza para un piso esta semana.

—No, Declan, han pasado demasiadas cosas.

—¿Y todo eso ha pasado desde que decidimos casarnos?

—De alguna manera sí. Shane ha muerto.

—¿Shane?

—El tipo con el que me fui a Grecia. Recuerda que intenté contarte...

—Y yo te dije que lo que había sucedido en nuestro pasado no era importante.

—Pero lo es, Declan, porque lo arrastramos.

—Bueno, pues entonces tengo poco que arrastrar. Apenas he tenido pasado.

—Yo tenía a Shane.

—¿El tipo del que te encaprichaste hace tiempo? ¿Te has deprimido porque ha muerto?

—Te juro que no podría importarme menos.

Declan estaba a punto de darse por vencido. Era imposible entenderlo.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? Nos llevamos bien. Queremos las mismas cosas, o eso pensaba. ¿Dónde está el parecido?

—Podría estar tomando una decisión equivocada otra vez. Quizá dentro de unos años tampoco tú me importes nada. Soy así. No puedo evitar ser idiota.

—Lograr que sigas queriéndome es cosa mía —dijo Declan.

—Ojalá fuera todo tan simple. Soy una estúpida, una descerebrada incapaz de tomar decisiones. Es mejor que no vuelva a tomar ninguna.

—Tienes que ayudarme, Fiona. Estoy intentando entenderlo, concentrarme en lo que me dices, pero no lo consigo.

—Pues volveré a contarte toda la historia —dijo Fiona.

—Cuéntamela despacio esta vez, por favor.

—De acuerdo —dijo Fiona sonriendo—. Si voy demasiado deprisa, dímelo.

Y las aguas volvieron a su cauce. Nadie se enteró de lo que pasó junto al mar, de lo que dijeron, de lo que no dijeron y de lo que dejaron atrás.

La ropa para la boda era muy alegre. El chaleco estaba terminado. Decoraron la sala. Brian Flynn consiguió la licencia para servir alcohol. Los gemelos llevaron succulentos menús a la casa de los Carroll para que todos decidieran lo que les gustaba y lo que no. Las dos madres llevaron los zapatos a que se los ensancharan. Ania consiguió sacarle a Fiona que si supuestamente ella fuera la novia de una supuesta boda, le encantaría que le regalaran vasos de cristal tallado, o una bandeja, y Ania corrió a comprar las dos cosas, porque había reunido dinero suficiente para ambas.

Declan propuso a Fiona que se enterara de dónde estaba la tumba de Shane.

—No se merece tanto —dijo Fiona.

—Lo quisiste durante un tiempo. Se merece que te despidas de él —dijo Declan.

La madre de Shane no tenía ni idea de quién era.

—Estuvo con tantas chicas... —dijo al teléfono—. Y total, ¿para qué?

Pero le dijo a Fiona dónde estaba la tumba, y Declan fue con ella a visitarla. Todavía no tenía lápida. Una simple cruz y el número de la parcela. Fiona dejó flores.

—Siento que no tuvieras una vida mejor —dijo.

—Descansa en paz —dijo Declan.

Y lo extraño fue que Fiona se sintió mejor cuando salieron del cementerio, en armonía.

Rosemary Walsh estaba muy magullada y maltrecha, pero iba recuperándose.

Bobby la visitaba cada día. Ania se ofreció a lavarle los camisones, pero Carl se negó rotundamente.

—Vas a ser su nuera, no su chacha —le dijo.

—Pero una buena nuera estaría dispuesta a cuidar de una mujer enferma.

—Mi padre puede llevar los camisones a la lavandería.

—No es tanto trabajo... —dijo Ania.

—Para mí es demasiado —respondió Carl.

Carl iba a ver a su madre una vez por semana y ayudaba a su padre a organizar el traslado.

En una de sus visitas al hospital llevó un inventario de lo que había en la casa junto a la bahía: muebles, cuadros, cristalería, objetos de decoración...

—Puedes quedarte con una quinta parte, más o menos, mamá —dijo.

Rosemary empezó a quejarse inmediatamente.

—Papá dice que le da igual lo que llevarse, pero que para ti los bienes materiales son importantes. Te has pasado años acumulándolos. Bueno, dime qué quieres y me ocuparé de que lo trasladen.

—Pero no es seguro que realmente queramos trasladarnos. Podríamos alquilar algo.

—Papá ya lo ha comprado, y no puedes volver a nuestra antigua casa. Tampoco tú podrías subir la escalera.

Se dirigía a ella como si sus heridas no le interesaran lo más mínimo.

—¿Vas a odiarme siempre, Carl? —preguntó Rosemary.

—Claro que no, mamá. No te odio en absoluto —dijo en tono neutro y sin la más mínima convicción.

Frank Ennis fue a comentar el accidente con Clara.

—¿Vamos a demandar a la señora Walsh? —preguntó.

—Creo que no, Frank. Podría haberse roto todos los huesos, y su marido tiene serios

problemas de corazón, así que difícilmente la ayudaría.

—Pero tiró abajo el andamio.

—Ya lo sé, pero no lo hizo a propósito.

—Esa no es la cuestión. Deben de tener muchos seguros.

—También nosotros.

—Pero nosotros no tenemos la culpa. Había incluso un cartel advirtiéndolo. Lo he comprobado.

—Déjalo, Frank. Estamos cubiertos. También yo lo he comprobado.

—Siempre tienes que ser la defensora de causas perdidas —dijo Frank sacudiendo la cabeza.

—Pues sí —aceptó Clara.

—¿Qué vas a ponerte para la boda? —preguntó de repente.

—Un vestido verde musgo con un sombrero negro con cintas de color verde musgo también.

—Suenan bien —dijo Frank.

—No está mal, es verdad. ¿Y tú, Frank? ¿Qué vas a ponerte?

—Bueno, la invitación dice «Ropa elegante, pero informal». Ojalá supiera qué quiere decir eso.

—Creo que quiere decir que no vayamos con vaqueros —dijo Clara.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dijo Frank, muy serio—. Pero me preguntaba si tengo que ir con blazer.

—¿Blazer? ¿Con botones dorados y todo eso?

—No, con botones normales —respondió.

Frank parecía muy inseguro.

A su pesar, Clara se conmovió y decidió ser amable.

—¿Y un pantalón claro? —le sugirió.

—Exacto. Pensaba en un pantalón gris claro, camisa con el cuello abierto y pañuelo.

—Por Dios, Frank, tendrás que quitártelas de encima a bastonazos... —dijo.

Vonni llegó tres días antes de la boda.

Parecía mayor de lo que Fiona esperaba, o acaso así era Vonni cuando estaba en territorio desconocido. Si hubiera estado en Ayia Ana con todos sus conocidos, saludando a todo el mundo y ocupándose de su trabajo, seguramente habría sido distinto. Estaba en una Irlanda que había cambiado totalmente, en una capital que hacía décadas que no veía. Sus únicos amigos eran Fiona, Maud y Simon. Parecía

perpleja, como Fiona jamás la había visto.

Fiona se había ocupado de que Vonni se quedara en casa de Muttie y su mujer, Lizzie, donde vivían los gemelos. Se había emocionado al descubrir las ganas que tenían los chicos de volver a verla y mostrarle la ciudad. Y estaban orgullosos de que estuviera presente en su primer encargo profesional.

Maud y Simon fueron al aeropuerto a recogerla y no dejaron de hablar en todo el camino de vuelta a Saint Jarlath's Crescent, donde Vonni encontró a Muttie y a Lizzie, luego a Declan y a sus padres, y por último a Fiona, que había planeado llevarse a Vonni a comer para que pudieran ponerse al corriente.

Fueron al Quentins, al primer turno, y Vonni casi se desmaya al ver los precios. Aquella nueva Irlanda era carísima comparada con la que ella había dejado. Hablaron mucho rato y con cariño de Tom, Elsa y el bebé. ¿Quién iba a imaginarlo? Y de David, que ahora se llevaba bien con su madre y hacía por fin lo que quería hacer con su vida. Les sorprendía que no lo hubiera cazado alguna mujer. Sería un buen partido.

Hablaron de Andreas, de su hermano Yorghis y del negocio de Adoni, el hijo de Andreas, que marchaba muy bien. Iba a casarse con Maria, con quien trabajaba muy a gusto.

—¡La Maria a la que David enseñó a conducir! —exclamó Fiona.

—La misma —respondió Vonni.

Y Fiona abordó el peligroso tema del hijo de Vonni. Su amiga la miró con expresión ausente. Todo seguía igual.

—No quiero entrometerme. Solo me preguntaba si había alguna novedad...

—Nada importante, no.

Dejaron el asunto y Vonni preguntó con delicadeza por Shane.

—¿Volvió a Irlanda?

Fiona no contestó.

—Perdona —dijo Vonni—. No tendría que haberlo nombrado.

—No, no hay problema. Sí, volvió a Irlanda. A morir.

—Por Dios... —dijo Vonni.

—Sí. Murió en una sucia habitación por sobredosis de drogas.

—Vaya forma de perder la vida, siendo tan joven —dijo Vonni.

—Sí, supongo.

—¿No te ha afectado?

—No. La verdad es que me sorprende que no me haya afectado lo más mínimo.

—Aquella etapa de tu vida se acabó, por eso ya no puede hacerte daño.

—Ahora lo sé. Declan me convenció.

—¿Le contaste lo de Shane?

—Sí. Declan es muy bueno.

—Tienes mucha suerte, Fiona. Es especial, como me contaste por carta cuando lo conociste. Vais a ser muy felices.

—No lo merezco.

—Claro que lo mereces. Tienes agallas cuando las necesitas, pero eres amable. No te dediques a menospreciarte. Ese ha sido también uno de mis fallos.

—¿Estás mejor ahora?

—Creo que sí. He dejado de culparme de que mi hermana no me quiera. Ya no es culpa mía.

—¿No vas a ir a verla mientras estés aquí?

—No. Creo que no tenemos nada que decirnos.

—Podría ir contigo mañana en tren si quieres —se ofreció Fiona.

—¿Dos días antes de tu boda? Tienes un millón de cosas que hacer, Fiona.

—Pues resulta que no. Podemos comer con ella y volver por la tarde.

—No, Fiona, de verdad. Es un viaje demasiado largo para encontrarse con dos viejas mirándose con mala cara. Lo dejaremos correr. Me limitaré a seguir mandándole una postal en Navidad y en su cumpleaños.

—¿Y ella?

—Ya no. Solía mandarme postales desde otras ciudades, para que me enterara de que había estado en Roma y en Nueva York, pero ahora ya ni se molesta.

Vonni se había resignado. Fiona cambió de tema.

—Bueno, pues entonces te llevaremos a dar una vuelta por Dublín. Podemos coger ese autobús donde subes y bajas.

—Corrígeme si me equivoco, Fiona, pero ¿no puedes subirte y bajarte de todos los autobuses?

—Sí, pero hablo de un autobús turístico. Podemos pasarnos el día dando vueltas en él, o bajar, dar una vuelta y subir en el siguiente. Es una manera estupenda de ver Dublín. Voy a proponérselo también a David. Podríamos ir los tres juntos, y los gemelos, si es que pueden tomarse unas horas libres.

—Fiona, ¿cuánto cobra la gente en este país para poder pagar estos precios? Mira lo que piden por un café...

—¿Por qué crees que nos vamos todos a Ayia Ana?

Fiona se rió y acarició la vieja mano arrugada de su amiga.

Cuando llegó David, al día siguiente, Fiona fue a buscarlo y lo llevó al piso que

compartía con Barbara.

—¿No le importará?

—No. Esta es mi habitación. En las últimas semanas he ido de un lado para otro, la casa de Declan, la de mis padres, aquí... Se alegrará de tener compañía.

David volvió a abrazarla.

—Me alegra mucho verte feliz después de... después de todo.

—Yo también me alegro de verte, David. Voy a llevarte ahora mismo a dar una vuelta por Dublín en un autobús turístico. Vonni nos espera en la parada, y los gemelos, pero ya te contaré quiénes son.

—Es como un sueño, Fiona. Y todavía brilla el sol, como cuando nos despedimos de los demás en la cafetería de Ayia Ana —dijo sacando una libreta y un lápiz para el paseo.

Fiona había olvidado lo mucho que le gustaba David. ¿No era fantástico que hubiera ido para asistir a su boda?

Los dos días previos a la ceremonia todos estuvieron muy ocupados. Paddy Carroll, Muttie Scarlet y sus amigos invitaron a Vonni a tomarse una copa con ellos en el bar. Vonni explicó que no bebía debido a excesos anteriores, y todos asintieron muy serios, como si fueran responsables de que las cosas no hubieran sido de otra manera.

Barbara llevó a David a una exposición de cerámica en la que conoció a muchos artesanos que lo invitaron a diferentes lugares de Irlanda.

Adi, la hija de Clara, se había marchado a Sudamérica con Gerry a salvar bosques. En cuanto a Linda, había conseguido que un programa de televisión transmitiera el concierto del saxofonista de jazz Nick Hickey en la tienda de discos. Clara y Hilary habían estado entre el público, muy orgullosas de los dos.

Peter Barry y su nueva amiga, Claire Cotter, enviaron como regalo media docena de servilletas de lino y habían tomado dos clases de baile para no parecer patos en la pista.

El padre Brian Flynn invitó a su amigo polaco, el padre Tomasz, a asistir a la boda con la esperanza de que le enviara a más gente y también de que se alejara un poco del pozo de Santa Ana, al que ya estaba muy apegado.

Los gemelos se habían preparado tanto que estaban seguros de que todo iría bien. Ya se habían relajado.

Lavender vio el menú de la boda y dijo a sus pacientes que si se limitaban al salmón ahumado y a las ensaladas, la cosa no sería tan grave.

Johnny dijo que no había mejor ejercicio que bailar y mostró a varios de sus pacientes más rígidos cómo estar más ágiles. Tuvo que pedir prestada una corbata para officiar de padrino.

Tim, el guardia de seguridad, que fue a la boda con Lidia, pensó para sus adentros que la sala corría peligro de incendiarse y que aquellos gemelos seguramente acabarían prendiéndole fuego, así que sin decir nada a nadie instaló más extintores y mantas

ignífugas, por si acaso.

Ania entregó el vestido de novia a los padres de Fiona, el chaleco a Declan y las decoraciones para las paredes al padre Flynn.

Había hecho una flor verde musgo de seda para Clara, ramilletes para las dos madres y flores para el ojal para Johnny y Carl.

—¿Qué vas a ponerte tú? —le preguntó Carl.

—No lo he pensado —contestó Ania.

—¿Recuerdas el vestido que te pusiste para la fiesta de mis padres?

—Sí —contestó dubitativa.

—No lo vi como es debido.

—Ahora no hay mucho que ver. Hay que quitarle las mangas. Se ha estropeado un poco.

—¿No puedes hacerle otras mangas? —preguntó.

—Tendría que comprar encaje.

—Pues vamos a comprar encaje.

—¿Quieres decir encaje nuevo, en una tienda? —preguntó abrumada por aquella extravagancia.

—Exactamente eso quiero decir —respondió Carl con cariño.

Frank Ennis se probó su ropa. Temía parecer un viejo marinero loco. Quizá el blazer no era buena idea. Ojalá hubiera rechazado la invitación y hubiese dicho que desgraciadamente tenía otro compromiso. Iba a sentirse muy incómodo y fuera de lugar.

Lar, Judy y la señora Kitty Reilly estaban preparándose. Kitty Reilly había descubierto el pozo de Santa Ana, en Rossmore, y rezaba para que se convirtiera en el nuevo Lourdes o en otra Fátima. Sus hijos estaban muy impresionados de que la hubieran invitado a la boda de un joven médico. Eso era clase. Pero les impresionó menos el lugar donde se celebraba: una iglesia de inmigrantes en un barrio de Dublín y una sala en la que se serviría comida extranjera.

La familia Walsh se reuniría. Carl empujaría la silla de ruedas de su madre y Ania la de Bobby. Ania conocía la iglesia y la sala, y también dónde tenían que sentarse exactamente.

Ya habían hecho el traslado. Rosemary iría a vivir al nuevo piso en un par de semanas. Le habían permitido salir del hospital solo para la boda.

Había cambiado mucho. En lugar de despreciar las sugerencias, las agradecía.

Ania había dicho que quizá querría ponerse algo elegante para la boda y que Bobby debía preguntarle qué ropa quería. Rosemary dijo que Bobby era muy amable y que le gustaría que le llevara una falda larga de color crema y una blusa de terciopelo marrón. Montó un alboroto por el regalo que debían enviar hasta que Carl suplicó a Ania que le preguntara a Fiona qué querían y se lo dijera antes de que todos se volvieran locos.

Fiona dijo que a ella y a Declan les encantaría una cesta de picnic para poder llevársela a la montaña o a la playa. Rosemary llamó a las mejores tiendas y encargó el último grito en cestas de picnic.

Fiona y Declan la observaron estupefactos cuando llegó. Ellos se habían referido a una bolsa que mantuviera fría la cerveza, pero aquello era una cesta enorme con correas de piel, hebillas de latón, cubiertos, platos, vasos e incluso servilletas. Estaban impacientes por salir de excursión para estrenarla.

La mañana del día de la boda, Barbara y David se habían hecho ya muy amigos. Habían ido juntos al teatro, habían paseado junto al Liffey y habían tomado el tren hasta el mar, donde Barbara le señaló las casas de algunos cantantes y actores famosos.

A David le interesaba todo... Barbara incluida.

Ella le contó su miedo a que la cremallera de su vestido estallara.

—¿Por qué no te lo arreglo? —propuso David.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Puedo darle unas puntadas para que te resulte fácil respirar. Incluso bailar.

—¿Bailar? David, si consigo llegar a esa sala, no me moveré en todo el día.

—Espera a ver mi obra maestra —dijo David—. Bailarás hasta el amanecer.

Las dos madres se felicitaban la una a la otra por haberlo conseguido.

—Creo que lo que funcionó fue tu charla con Declan —dijo Maureen.

—No, tú hiciste entrar en razón a Fiona —dijo Molly, impaciente por reconocerle sus méritos.

—No creo que yo hiciera demasiado, Molly. Fiona siempre nos ha dado mucho miedo.

—Es la chica más dulce y amable que he conocido en mi vida —dijo Molly Carroll.

La madre de Fiona pensó, y no por primera vez, en las diferentes caras que mostramos a personas diferentes.

Aquel día, cuando Fiona se despertó, encontró a sus hermanas de pie junto a su cama.

—Te hemos traído huevos revueltos y tostadas —dijo Ciara.

—Y zumo de naranja natural —añadió Sinead.

—Muchas gracias. Os echaré de menos —dijo Fiona.

—Nunca habíamos hecho algo así —dijo Ciara, muy nerviosa.

—No, no es verdad, pero gracias igualmente. ¿A qué hora llega Barbara?

—Está abajo tomando café con mamá. Está guapísima.

—¿Está ya vestida?

—Sí, está estupenda. Dice que te tomes tu tiempo, que te duches, y luego subirá a ayudarte.

—Si sigo comiendo, tendrá que arreglarme el vestido.

—Eso es lo que tu amigo ha hecho con ella, al parecer. David. Le ha arreglado el vestido. Barbara estaba contándoselo a mamá.

Fiona sacudió la cabeza. Sus dos hermanas estaban chaladas. Nunca se enteraban de nada.

Frente a la iglesia había una multitud cuando Fiona y su padre llegaron. El padre Flynn había animado a todo el mundo a asistir a la boda. Había incluso fotógrafos y periodistas preguntando de dónde eran la novia y el novio. Se quedaron decepcionados al enterarse de que ambos eran de Dublín. Esperaban algo más exótico, quizá incluso la boda de un famoso.

—Gracias por todo, papá —dijo Fiona a la puerta de la iglesia.

—No te imaginas lo felices que somos hoy tu madre y yo. Como cuando pensamos...

—Se detuvo.

—No pensemos en esas cosas, papá. Hoy no —dijo Fiona.

—¿Cómo demonios has conseguido tranquilizarte tanto de repente? —le susurró Barbara.

—¿Cómo te has metido en ese vestido? —le susurró Fiona a su vez.

—David me lo ha arreglado esta mañana. Es un encanto. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Te lo dije —contestó Fiona—. Por eso te pedí que se quedara contigo.

—¡Mujeres! —exclamó el padre de Fiona—. Se acabó. Está sonando la música. Tenemos que entrar.

Y mientras los rayos del sol se filtraban por las ventanas de lo que antaño había sido una fábrica de galletas, Fiona oyó que empezaba la música. Aunque su vida hubiera dependido de ello, no habría podido identificar lo que estaban tocando, a pesar de que ella misma lo había elegido. Vio a todo el mundo ponerse en pie y al padre Brian haciéndoles una seña desde el altar.

En marcha.

Declan, que estaba en el altar, se volvió. Mientras Fiona se dirigía despacio hacia él pensó que era la chica más guapa del mundo. Estaba deslumbrante con su vestido de seda india y su ramo de rosas blancas y amarillas. El vestido era sencillo y clásico, daba protagonismo a la tela. Parecía de un diseñador, aunque Declan sabía que lo había hecho Ania con la ayuda de su madre.

La iglesia estaba llena de gente, pero Fiona no miró a su alrededor ni una sola vez. Se dirigió hacia Declan con una radiante sonrisa en el rostro. En unos minutos sería su mujer.

Declan estaba tan asombrado que cerró los ojos un par de segundos.

A Hilary no le importó que la vieran llorar. Ni siquiera se molestó en secarse las mejillas.

Clara sintió que estaba a punto de escapársele una lágrima, y para su sorpresa Frank Ennis le pasó un pañuelo.

Seguramente hubo cincuenta escenas similares en la iglesia, pero Fiona y Declan no las vieron.

No podían apartar la mirada el uno del otro.

El padre Flynn había pedido un solo favor: que los discursos fueran breves. Una persona muy sensata le había dicho que era preciso recordar una norma: nunca se es demasiado breve ni demasiado halagador. Se lo dijo al padre de Fiona, que era el que podría extenderse más, y se lo comentó también a Johnny, que, como padrino, seguramente creería necesario hacer bromas atrevidas, pero algo en el rostro del padre Flynn le hizo perder el guión original.

El fotógrafo, Mouth Mangan, era tan bueno como rápido. Solucionó el tema sin complicaciones. El padre Flynn se quedó con su tarjeta por si volvía a necesitar sus servicios.

La sala era una maravilla. Las enormes mesas del bufete tenían un aspecto inmejorable, y una legión de amigos de Simon y Maud hacían lo que dieron en llamar prácticas, es decir, repartían bebida y ayudaban a servir los platos.

Miraran hacia donde miraran, Declan y Fiona veían a amigos. Fiona se sentía tan feliz que incluso pudo ser amable con Rosemary Walsh.

—Le agradezco de nuevo la bonita cesta de picnic —dijo—. Ha sido un regalo muy generoso.

—Bueno, bueno, fuiste tú la que pediste algo tan raro. Bobby y yo pensamos que lo único que podíamos hacer era intentar conseguirte una cesta de primera.

—Y lo consiguieron, señora Walsh. Es fantástica. ¿Puedo presentarle a alguien? ¿A mi madre? ¿A la madre de Declan?

—No creo, querida. ¿Quién es aquella mujer con la cara arrugada y la falda de colores? La que parece una gitana.

—Es Vonni. Ha venido expresamente desde Grecia.

—¿Y es gitana?

—Para nada. Tiene una tienda de artesanía.

—¿Es griega?

—Irlandesa.

—¡Cielos! Parece interesante.

—La traeré para que la conozca —dijo Fiona.

Se dirigió a Vonni, la sujetó del brazo y le susurró:

—Hay solo una sola persona realmente mala, y dice que le gustaría conocerte. Es la que se portó fatal con Ania. ¿Recuerdas que te lo conté?

—Llévame con ella —dijo Vonni con los ojos brillantes.

—Suave, Vonni —le advirtió Fiona.

—Como la seda —prometió Vonni.

Todos dijeron que los discursos habían sido estupendos: breves y cariñosos. ¿Qué más se podía pedir?

La comida estaba deliciosa, y Fiona hizo un brindis por los encargados del catering, para los que era su primer evento. Solo faltaban el pastel y el baile.

Vonni casi logró que Rosemary Walsh se levantara de la silla de ruedas con sus alabanzas a los nuevos irlandeses, que habían llegado justo cuando los celtas los necesitaban. Rosemary jamás había escuchado un argumento tan convincente y se descubrió a sí misma tartamudeando que estaba totalmente de acuerdo.

Linda y Nick dijeron a sus madres que no querían eclipsar el día de Fiona, pero que pensaban que podrían casarse en aquella iglesia y hacer el convite en la misma sala.

—¿Vais a casaros? —exclamaron al unísono Hilary y Clara con la boca muy abierta de sorpresa y alegría.

Esperaban que sus hijos estuvieran juntos, pero ¿casarse? Era más de lo que se habían atrevido a soñar.

Ania no perdía de vista la silla de ruedas para poder echar una mano en caso de necesidad.

—¿Ania?

—¿Sí, señora Walsh?

—Quiero pedirte algo.

—Dígame.

—Es un poco violento.

—¿Quiere ir al baño, señora Walsh? No me cuesta nada llevarla —dijo Ania, siempre dispuesta a ayudar.

—No, no, no es eso. Es sobre lo que os dije a ti y a Carl. Quiero pedirte disculpas.

—Ha pasado mucho tiempo, mucho. Está ya olvidado.

—Carl no lo ha olvidado. Me mira con frialdad y con dureza. Es mi único hijo. Si os

casáis, serás mi única nuera, y tus hijos, mis únicos nietos. No puedo soportar pensar que lo he perdido todo por mis estúpidos comentarios.

—No, no, créame, señora Walsh.

—¿Podrías llamarme Rosemary?

—No, sería difícil. Mire, Carl debe tomarse su tiempo para hacer las paces con usted. ¿Y yo? Yo ya las he hecho. Siempre seré amiga suya. Quiero a su hijo. Espero hacerlo feliz, pero no deseo obligarlo a nada. ¿Lo he expresado bien?

—Perfectamente, Ania. Eres muy inteligente, y yo no soy más que una ciega.

—Usted lo que necesita es un poco de pastel de boda. Le traeré un trozo —dijo Ania.

Rosemary la observó cruzando la sala con su elegante vestido y charlando con unos y otros. Cayó en la cuenta de que hacía solo unas semanas ella hacía lo mismo en sus bodas de rubí.

Y había que ver cómo estaba ahora.

Tom y Cathy Feather llegaron en el momento del pastel para ver cómo les había ido a sus protegidos. Parecía que todo había sido un éxito espectacular. También habían seguido todas sus indicaciones con la comida sobrante, que habían metido en bolsas de plástico en el refrigerador.

Empezó el baile. La novia y el novio bailaron la canción «True Love».

Luego los padres de los novios. El padrino fue a pedirle un baile a la madrina, pero ya estaba bailando con David, de modo que Johnny se lo pidió a Ciara, la hermana de Fiona. Y el tío de Declan sacó a bailar a Hilary. Carl y Ania estaban en la pista. Linda y Nick bailaban muy juntos y planeaban su boda. Tim y Lidia bailaban también, y asimismo hacían sus planes. Iban a comprar y a reformar una casa en la costa. Bobby se acercó y cogió de la mano a Rosemary.

—Es lo que tengo para ti, Rosemary, amor verdadero para siempre. Es lo que siento —dijo.

—Gracias, querido Bobby —dijo.

Hacía mucho tiempo que no lo llamaba «querido Bobby».

Clara alzó la mirada mientras Frank Ennis se acercaba a ella. La ropa que había elegido le sentaba muy bien.

—Me prometiste un baile —dijo Frank.

—Encantada de que lo recuerdes.

—Eres la mujer más elegante de la sala —dijo mientras bailaba con ella.

Era más ágil y menos torpe de lo que Clara había imaginado.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal. ¿Qué ha pasado con la mujer a la que se supone que tenías que escoltar?

—Tiene un lío con una botella de vino —dijo Frank.

—Bien, entonces no me siento culpable —dijo Clara sonriendo.

—¿Estás divorciada oficialmente? —le preguntó haciéndola girar en la pista.

—Sí, lo estaré dentro de poco —contestó Clara.

—Bien —dijo.

—¿Qué tiene eso que ver con la junta directiva del hospital?

—Nada. Lo pregunto por mí. No volveré a verte en el trabajo, pero me gustaría verte fuera.

—¿Por qué no volverás a verme en el trabajo?

—El mes que viene se cumple tu año —dijo Frank Ennis.

—Ostras, Frank, no voy a marcharme. Queda mucho por hacer, muchas batallas en las que luchar y que ganar. Tú lo sabes y yo lo sé.

Frank no dijo nada. La rodeó con sus brazos y la acercó más a su cuerpo mientras toda la clínica cardiológica, los familiares y los amigos bailaban al ritmo de «Hey Jude».

El día de San Valentín

—¿Vais a hacer algo en la clínica para San Valentín? —preguntó Linda durante el desayuno.

—No, no estamos para ese tipo de corazones —contestó Clara, como si estuviera hablando a una niña de tres años—. Para lo que estamos es para que no dejen de latir y bombeen sangre, ya sabes. El corazón no es un cojín rojo de raso con un Cupido regordete lanzando flechas.

—Pero nunca has dejado pasar una ocasión —dijo Linda—. Pensaba que se te ocurriría algo para haceros un poco de publicidad, pero no sé.

—Quizá tengas razón —aceptó su madre—. Podría ser lo que necesitamos.

Clara lo comentó primero con Hilary.

—¿No es un poco de mal gusto? —preguntó Hilary.

—Puede ser —admitió Clara—, pero ¿no podríamos organizar algo para recaudar dinero? Ya sabes, «Regala a tu ser querido un corazón feliz: llévalo a pasear, prepárale una comida ligera y sin sal...». Algo así.

—Sería quitarle la gracia al día de San Valentín —dijo Hilary pensativa—. Ni ramos de flores, ni champán, ni trufas de chocolate. Dudo mucho que cuaje.

—Podríamos pedir a los niños que hicieran unos pósters, y Lavender podría preparar algunas recetas para San Valentín.

—¿Qué importa lo que te diga? —suspiró Hilary—. Por tu tono ya veo que lo haremos igualmente.

—Vamos, Hilary, alégrate un poco. Ni tú ni yo tenemos nada mejor que hacer el día de San Valentín.

—Yo seguro que no, Clara, pero en tu caso no lo tengo tan claro —dijo Hilary, y desapareció entre sus archivos.

Los gemelos Simon y Maud notaban los efectos de la crisis económica. Aquellos días había muy poca demanda de servicios de catering. Suspiraban apesadumbrados pensando en las fiestas que habían organizado, en las que no podían faltar los entrantes a base de huevos de codorniz y gambas. Ahora la gente compraba vino barato, hacía lasaña y se reía con pesar de cómo había cambiado su poder adquisitivo. Las grandes bodas, las primeras comuniones y las fiestas para celebrar la mayoría de edad eran cosa del pasado. No era el momento de abrir otro negocio de catering.

Simon tenía un amigo que iba a marcharse a trabajar a Australia, que parecía ofrecer infinitas posibilidades y adonde podías ir a trabajar por un año. Los gemelos se lo estaban planteando seriamente.

A Muttie y a Lizzie no les gustó nada la idea.

—Está muy lejos —dijo Muttie.

—Podrías venir a vernos —sugirió Maud.

—Hasta Estados Unidos sería más sencillo. Está solo a siete horas —comentó Lizzie.

—Pero en Estados Unidos no tenemos ningún contacto —contestó Simon.

Muttie y Lizzie sacudieron la cabeza, de modo que Simon y Maud no volvieron a hablar del tema, pero aun así prepararon su currículum, algo que mostrar a los que buscaran empleados cuando llegaran a Sydney. Tenían fotos del banquete de boda de Declan y Fiona, y en una de ellas aparecía una tarjeta que decía: «Catering por Maud y Simon Mitchell». Tenían fotos suyas con delantal en la taberna de Ayia Ana, con Andreas, con sus botas con cordones y los brazos sobre sus hombros. Tenían cartas de recomendación de Scarlet Feather, considerada «la mejor empresa de catering de Irlanda». Tenían un certificado del restaurante Quentins diciendo que eran trabajadores excelentes, que aprendían muy rápido y que ambos eran muy amables con los clientes.

Tenían también una carta del padre Flynn diciendo se habían adaptado perfectamente a las necesidades de diferentes grupos étnicos y que habían organizado muchos eventos para croatas, turcos e italianos, y que los que habían pagado por ellos se habían quedado muy satisfechos.

Con todo ello hicieron un currículum que los australianos tendrían que estar locos para rechazar.

Declan y Fiona Carroll habían ahorrado lo suficiente para dar la entrada de un piso, pero cinco meses después de su boda todavía no habían encontrado ninguno. Siempre tenían mucho que hacer. Declan se dedicaba a buscar un equipo médico al que unirse. En uno había pasado un tiempo y estaban contentos con él, pero estaba a muchos kilómetros de distancia, y a Fiona le resultaría difícil ir a la clínica cardiológica cada día. Fiona estaba muy ocupada en la clínica, porque a Clara se le había ocurrido una sorprendente idea para conseguir fondos el día de San Valentín.

En cualquier caso, Molly y Paddy Carroll no tenían ninguna prisa por que se marcharan. Se habían organizado perfectamente. Fiona y Declan tenían su dormitorio, con dos butacas y un televisor. Solían comprar comida para llevar a casa, y otras noches cocinaban juntos mientras Molly y Paddy estaban en la sala de estar. Los domingos comían ternera o cordero asado todos juntos.

Fiona decía asombrada que medio mundo no soportaba a su suegra, pero que la suya era un encanto. Le gustaba mucho planchar, así que dos veces por semana encontraban las camisas de Declan y las blusas de Fiona colgadas cuidadosamente en su puerta. Fiona decía a todo el que la escuchaba que ninguna recién casada podía estar tan bien.

Tenía mucha suerte en comparación con Ania, que tenía por suegra a aquella terrible Rosemary, e incluso Linda Casey y Nick Hickey tenían sus problemas. Sus madres los presionaban para que se casaran como era debido y formaran una familia. Molly y Paddy no habían hablado de niños ni una sola vez. Fiona se preguntaba si deberían renunciar a la idea de tener un espacio para ellos y quedarse donde estaban.

Bobby y Rosemary Walsh se habían instalado en su nuevo piso. Rosemary era ahora presidenta de la asociación de vecinos y hablaba con autoridad en las reuniones, cuando tenían que discutir si plantaban arbustos y ampliaban la zona de aparcamiento.

Una vez al mes Carl y Ania iban a tomar algo con ellos. Rosemary siempre le encontraba a Ania algo que hacer.

—Sé buena chica y llena la tetera, Ania. Gracias, querida.

Una vez por semana Bobby iba a cenar a casa de Carl y de Ania. En estas ocasiones Rosemary nunca iba con él ni le preguntaba nada sobre ellos aparte de «¿Qué han hecho para cenar?». Bobby le contestaba amablemente que habían cenado pollo a las finas hierbas o brochetas de pescado. Rosemary siempre resoplaba, como si, hicieran lo que hiciesen, nunca fuera la comida adecuada.

Pero un día abordó otro tema.

—¿Tenían alguna novedad, o algún plan, o algo así?

—Estaban buscando vuelos a Polonia para la Navidad —contestó Bobby.

—No, quiero decir planes a largo plazo, sobre su futuro.

—Bueno, Ania sigue trabajando más horas que un reloj, y Carl tiene mucho trabajo en la escuela. Varios poetas van a dar charlas a los niños, y al parecer funciona muy bien.

Rosemary suspiró al ver lo mucho que le costaba que Bobby contestara a una pregunta tan sencilla.

—Quiero decir si ya está embarazada —dijo bruscamente.

Bobby la miró un segundo y se limitó a contestar:

—No tengo ni idea, y si lo está, ya nos lo dirán cuando lo crean oportuno.

—O podríamos leerlo en el periódico, en la sección de anuncios de nacimientos —dijo Rosemary con amargura.

—Rosemary, eso es una estupidez, de verdad. ¿No vienen a comer cada mes? Puedes preguntárselo tú misma.

—Sabes que no lo haré —contestó—. ¿No te das cuenta de que Carl me fulminaría con la mirada? Bueno, ¿qué puedo esperar? Ni siquiera nos invitaron a su boda.

—No invitaron a nadie a su boda, Rosemary. Fueron solo cuatro personas. Aidan y la signora fueron sus únicos testigos.

—¿Qué clase de boda es esa?

—La boda que ellos quisieron.

—Y tampoco nadie por parte de ella, y no dejan de hablar de esa maravillosa familia polaca... ¿Dónde estaban el día de la boda?

—No los invitaron, como a nosotros —suspiró Bobby.

—Me siento como una tonta ante mis amigos —dijo Rosemary.

—Es absurdo. ¿Por qué no organizamos una partida de bridge la semana que viene? Ocho personas y después cenaremos.

—Odias el bridge, Bobby.

—Es verdad que juego fatal, pero me gusta verte contenta —dijo sonriendo.

—Podría hacer pollo al estragón, pero tendría que pasar mucho rato sin jugar al bridge.

—¿Por qué no encargamos un catering? Que nos sirvan la cena, y así podrás concentrarte en el juego.

Funcionó. Rosemary volvía a estar contenta.

El padre Flynn estaba buscando piso. Habían «comprado para un cliente» el edificio en el que vivía. En aquellos días de crisis no era probable que el cliente fuera a construir casas o pisos de lujo en el centro de la ciudad, pero en cualquier caso tenía que marcharse.

A Johnny no le costó encontrar alojamiento. Se mudó enseguida con una chica polaca que le había presentado Ania. Un cura católico no podía hacer algo así. Brian Flynn se rascó el pelo pelirrojo, en el que aparecían ya mechones grises. Ahora era más bien un pelo canoso. Consideró las diversas posibilidades.

Podía irse a vivir encima del local. El centro tenía una especie de buhardilla, con dos habitaciones y un cuarto de baño, en la que seguramente alguna vez había vivido alguien. Pero eso significaría estar siempre de servicio. A cualquiera que tuviera un problema le bastaría con subir la escalera y pedirle que explicara algo a un jefe, o a la policía, o que fuera al aeropuerto a buscar a alguien, o que diera una clase de inglés a alguien que no sabía ni una palabra en esa lengua.

No, prefería encontrar un sitio para él. El problema es que todo era muy caro, y no era un chico joven que pudiera compartir piso con compañeros. La gente preferiría compartir piso con una barracuda que con un cura.

Le quedaban solo tres semanas para seguir en su piso, y después se encontraría en la calle.

No podía pedirle al obispo que lo metiera en alguna residencia de curas ancianos en sus últimos días. El padre Flynn todavía no estaba en esa situación, y dudaba que lo estuviera alguna vez. No, se trataba de preguntar a personas que pudieran saber algo.

Quizá Ania supiera de algún sitio, porque sabía más de la ciudad que muchos que habían nacido en Dublín, pero le dijo que todas las casas en las que limpiaba eran unifamiliares, demasiado grandes y caras para el padre Brian.

Ania le dijo que Adi, la hija de Clara Casey, estaba en Sudamérica. Quizá Clara podría alquilarle su habitación, pero pasaría a ser uno más de la familia. Quizá al padre Brian no le gustaría apalancarse allí.

—¡Apalancarme! —exclamó riéndose al oír la palabra.

—Ya sé, hablo cada día mejor, ¿verdad? —dijo Ania orgullosa.

—Pero tienes razón. No quiero apalancarme, Ania. Quiero acomodarme, acurrucarme, hacer mi nido.

—Lo que quiere es un piso pequeño, padre. Preguntaré a todo el mundo.

Y cumplió su palabra.

Preguntó en el bar en el que trabajaba sirviendo cervezas y en las casas elegantes en las que limpiaba para gente muy ocupada. Preguntó a las personas que iban dos noches por semana a su casa, donde ofrecía sus servicios como modista. Solo dos noches por semana, porque eran las noches en que Carl hacía teatro con el grupo de la escuela Mountainview.

Preguntó por la clínica y leyó los anuncios de «SE ALQUILA» y «SE VENDE», pero no encontró nada adecuado para el cura, y era extraño, porque no había en Irlanda un hombre menos exigente y más dispuesto a instalarse en cualquier sitio. Todo el mundo le buscaba piso.

Incluso Declan pensó en ello en los dos autobuses que lo llevaban de vuelta a casa desde el lejano centro médico en el que trabajaba. El padre Flynn era el tipo de persona que daba buen nombre al clero, y era absurdo que se quedara sin casa.

Fiona le había dicho que volvería tarde a casa, de modo que decidió irse a tomar una cerveza con su padre y Dimples. Paddy Carroll se alegró mucho al verlo llegar e inmediatamente le indicó con la mano que se acercara.

—Escucha, Declan, eres precisamente el hombre que necesitamos. A Muttie le duele el pecho y no quiere ir al médico.

—No es muy inteligente por tu parte, Muttie —dijo Declan con una sonrisa cansada.

El día había sido muy largo, y ahora le pedían que diagnosticara y tratara a los amigos de su padre en el bar.

—Mira, no me importa hablar contigo, Declan, pero si fuera a un médico de verdad, me diría que dejara de fumar y todo eso. No merecería la pena vivir así. ¿Para qué levantarse de la cama?

Declan pasó por alto la insinuación de que él no era un médico de verdad. Muttie no había querido ofenderlo. Conocía a Declan desde que era un bebé.

—Muttie, siempre tienes una razón para levantarte, como tu Lizzie, como tu Cathy, y tu nieto, Thomas Muttence, como los fantásticos gemelos a los que tienes en casa, como los caballos, y además ¿quién haría compañía a mi padre si te quedaras todo el día en la cama?

Muttie sacudió la cabeza con expresión de duda, como si todo aquello no tuviera demasiado valor.

—¿Por qué no vas a ver a Hat Hanley? Si quieres, iré contigo y le explicaré un par de cosas, como si fuera tu intérprete.

—¿No sabemos de sobra lo que va a decirme?

No había manera de convencerlo.

—Seguramente te mandará a que te hagan pruebas, nada más —intentó tranquilizarlo Declan.

—Y sabemos lo que dirán las pruebas.

Declan miró su reloj.

—Déjate de historias, Muttie, y vamos ahora mismo. Luego volveremos y nos

tomaremos una buena cerveza.

—Precisamente hoy no estoy preparado para ir al médico.

—Mañana lo estarás menos. Vamos. Te invitaré a una cerveza cuando volvamos.

Muttie decía que no con las manos, y como no sabía qué añadir, puso una última objeción.

—¿No es de locos ir a un médico que se llama Hat?

1

—Lo llaman así porque siempre lleva sombrero, y sabes que lo sé —dijo Declan.

—Y Hat estuvo genial con Molly aquella vez —añadió Paddy Carroll.

Declan lanzó a su padre una mirada de agradecimiento. En aquel caso toda ayuda era bienvenida.

—¿No tendríamos que haber pedido hora?

—Para nada. Hat tiene la consulta abierta hasta muy tarde y atiende a todo el que llega a la sala de espera.

No tenía más excusas. Muttie salió del bar detrás de Declan con los hombros caídos y la cara triste. Se palpó los bolsillos en busca de un cigarrillo, que encendería en cuanto saliera al aire libre.

De camino a la consulta del médico se encontraron con los gemelos. Maud y Simon estaban muy contentos.

—Acaban de hacernos un encargo —dijo Maud entusiasmada.

—Un catering para una partida de bridge —añadió Simon.

—Ocho personas, como máximo doce. Imagínate a toda esa gente sentada durante horas y horas jugando a las cartas... —dijo Maud perpleja.

—Y ni siquiera al póquer, que al menos podrían ganar una fortuna —comentó Simon, también confundido.

—Quizá significa que podríais olvidaros de ir a Australia.

—Muttie, recuerda que siempre dices que una golondrina...

—... no hace verano.

Seguían haciendo las frases a medias.

—¿Yo he dicho eso? Creía que solía decir: «Mira la parte positiva». Ese es mi lema.

—¿Vuelves a casa, Muttie? Podrías probar un par de cosas.

Simon estaba impaciente por probar algunas ideas para la partida de bridge.

—No, tengo algo que hacer con Declan, y luego volveremos al bar. Esta noche nada de experimentos —contestó Muttie.

Cuando los gemelos se hubieron marchado, Muttie dijo a Declan:

—Espero que la sala de espera de Hat no esté llena hasta los topes.

Había cuatro personas esperando.

No tenía escapatoria.

Clara, Hilary y Ania se reunieron para planificar el evento del día de San Valentín. Fiona había telefoneado diciendo que no podría asistir, que algo había sucedido. Ya lo explicaría después.

Como siempre, el mayor obstáculo era Frank Ennis. Temía que celebrar San Valentín pareciera frívolo y que los alejara de la seriedad de su trabajo en la clínica. Se exponían a que los acusaran de la más descarada comercialidad. El mundo estaba lleno de montajistas y oportunistas que se apuntaban al carro del consumismo y que podrían degradar el serio trabajo que se llevaba a cabo en el hospital Saint Brigid's. Frank estaba totalmente en contra de esa idea.

—¿Por qué no le susurras algo al oído cuando salgas con él? —preguntó Hilary a Clara.

—Dejé muy claro a Frank que cuando saliera con él no debía mencionar ni el hospital ni nuestra clínica cardiológica, ni siquiera aludir al tema directa o indirectamente —contestó Clara con firmeza.

—¿Y te hace caso?

—Sí, normalmente sí. Una vez lo olvidó y empezó a decirme que nuestro aparcamiento era muy grande y que quizá podría quedarse con una parte para el hospital.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Hilary muy interesada.

—Dejé el cuchillo y el tenedor en la mesa y salí del Quentins. Corrió detrás de mí, pero ya me había metido en un taxi. Nunca más volvió a hacerlo.

Clara sonrió al recordarlo.

—Pero quizá si lo engatusaras para que aceptara lo de San Valentín... —sugirió Hilary.

—Podrías decirle que vendría a la fiesta en calidad de tu acompañante —añadió Ania.

Era una lástima que estuviera saliendo con ella y no poder utilizarlo.

Pero Clara se mantuvo firme.

—No. Tengo que ser justa. Si no le permito que me hable de la clínica, tampoco yo puedo hacerlo.

—Y cuando salís juntos, ¿te dice que le gustas? —preguntó Ania, que se moría por enterarse de todos los detalles y de si la relación avanzaba.

—No. También eso está prohibido —contestó Clara.

—Madre mía, Clara, menudo carácter —dijo Hilary, no del todo convencida de que fuera bueno.

Sin embargo, Clara se lo tomó como un cumplido.

—Bueno, esperemos que tenga el suficiente carácter para poner todo esto en marcha. Hoy tenemos que solucionar tres cosas. El concurso de una comida romántica sana. Lavender será el jurado, y el premio es un tratamiento en un spa. Además tenemos que buscar el paseo más romántico de Irlanda. Tenemos que contar con organizaciones turísticas y gente del campo. Por último, tenemos que decidir lo que haremos nosotros. Podríamos hacer ejercicios cardiovasculares, pero no sé.

—Lo único que yo sé es que la gente no va a dejar sus cenas grasientas y su rosa para hacer ejercicios cardiovasculares la noche de San Valentín —dijo Hilary.

—Tienes razón, pero ¿qué podría hacerlos venir? Ania, tú eres joven y romántica. ¿Qué lograría que fueras a una clínica cardiológica en lugar de ir a un restaurante lleno de gente?

—Que actuara un maravilloso cantante romántico —contestó Ania—. Alguien que cantara al amor. Y podríamos traer a un cómico que explicara lo que queremos contar, pero de manera humorística. Y quizá bailarines llenos de energía, ya sabes, que bailaran danzas irlandesas. Eso haría que la gente quisiera estar en forma.

Ania había empezado a animarse.

—Y quizá un poeta que recitara un poema diciendo que la salud es el mejor regalo —añadió Hilary, que no quería quedarse atrás.

Clara se tapó los oídos con las manos.

—Organizaremos un concierto —dijo aterrada—. Es como una de esas películas americanas pasadas de moda en las que un montón de niños dicen: «Hagamos un espectáculo aquí mismo».

—Buena idea —dijo Hilary.

—Ahora Frank Ennis confirmará que estamos locas —dijo Clara.

—Entro contigo, Muttie —dijo Declan en un tono que no permitía discusión.

—Pensaba que las conversaciones de una persona con su médico eran privadas —empezó a decir Muttie.

—Estoy de acuerdo, Muttie, pero en este momento yo soy tu médico —le aclaró Declan.

Hat se alegró de verlo.

—Hace un momento estaba hablando de ti —le dijo.

—Espero que bien... —comentó Declan.

—Claro que sí, muy bien. Tienes a muchos seguidores que hablan maravillas de ti, Declan.

—Me alegra saberlo, Hat. He venido con Muttie. He tenido que convencerlo para que viniera a verte, ya sabes.

Hat sabía exactamente lo que Declan quería decir.

Lo examinó un momento, como si fuera totalmente normal que un paciente fuera a una consulta médica con otro médico cualificado.

Declan se acercó a la ventana y observó St. Jarlath's Crescent. Desde la ventana de Hat se veía su casa. Se imaginó que Hat tuviera un puesto vacante en su consulta. ¿No sería estupendo trabajar allí? Pero no tenía sentido soñar despierto. Se obligó a sí mismo a volver junto a Muttie y el doctor Hat.

Hat trataba a Muttie de maravilla. Le dijo que todos los médicos eran tontos histéricos que necesitaban controlarlo todo.

—Se trata solo de cubrirnos las espaldas —le explicó.

Muttie lo entendió perfectamente y tranquilizó a Hat diciéndole que pasaba en todos los ámbitos de la vida.

Aceptó como un corderito ir a hacerse una radiografía y a ver a un especialista, que seguramente le pediría un escáner. Suspirando aburrido, Hat le explicó que todo aquello eran cosas de la medicina moderna.

—Parece cansado, doctor —dijo Muttie, que daba la impresión de haber olvidado sus lamentaciones. Al fin y al cabo, todavía no le había dicho nada sobre el tabaco.

—Estoy cansado, señor Scarlet, muy cansado. Hace un momento le decía aquí mismo a la joven Fiona que no tardaré mucho en jubilarme.

—Lo lamento, Hat —dijo Declan automáticamente.

Hat había hablado con Fiona. Allí, en aquella consulta. A Declan le costaba respirar.

—No, ya tengo ganas. Te digo una cosa, Declan: tu mujer me ha insistido mucho para que vengas a trabajar aquí. Me ha dicho que tratas a la gente de maravilla y que has estudiado mucho. Me ha dicho que nunca te cansas de cuidar a los pacientes y que sería estupendo que no tuvieras que perder tanto tiempo en viajes para ir al trabajo y volver a casa por las noches, que bastara con ir a pie hasta el otro extremo de la calle.

—¿Eso te ha dicho?

—Bueno, según ella, eres una mezcla entre la madre Teresa y Alexander Fleming, y dice que eres todo sentido común, como el doctor Phil. Chico, no ha ahorrado adjetivos para definirte.

—Pero ¿te ha dicho por qué...?

Hat fingió no entender la pregunta.

—Me ha dicho que no tenía nada que ver con el hecho de que te quisiera. También te admira.

—¿En serio? No sabía que había estado aquí.

—Pues ya lo sabes, y quizá podrías pasarte por aquí el sábado por la mañana para conocer a los compañeros. No tienes nada que perder.

—Depende —dijo Declan.

—¿De qué? —preguntó Hat sorprendido.

—De cómo la encuentre cuando vuelva a casa.

Ya en la puerta, Muttie le dijo:

—No tienes que volver al bar conmigo para invitarme a una cerveza, Declan.

—Te lo he prometido, Muttie.

—Y yo te libero de la promesa. Vete a casa con tu mujercita, que está impaciente por hablar contigo y contártelo todo.

—¿Y si es algo malo, Muttie?

—No es malo, tonto. Vete a casa, Declan, y corriendo, si tienes fuerzas.

Y Declan corrió.

Cuando llegó a la puerta, tenía la cara tan roja como el pelo.

—¿Dónde están mi padre y mi madre? —preguntó.

—Les he pedido que se marcharan —dijo Fiona.

—¿Por qué?

Declan estaba demacrado y nervioso. Se sentó en una silla de la cocina con un aspecto espantoso.

—Porque quería estar a solas contigo cuando te dijera que vamos a tener un niño.

Declan gritó y se inclinó hacia delante para rodear a Fiona por la cintura. Apoyó la cara en ella y lloró como si nada pudiera calmarlo.

Fiona le acarició el pelo.

—Seguro que te habías dado cuenta —le dijo.

—No, no me había enterado. Pensaba que estabas... Pensaba que tenías...

—¿Estás contento?

—Estoy encantado —contestó, y entre sus lágrimas Fiona pudo ver su habitual sonrisa.

—Dime la verdad, Declan. ¿Eres médico y no lo sabías?

—No me lo puedo creer, Fiona —dijo—. Bueno, ¿no es maravilloso?

Había dejado de llorar y empezaba a mostrar su entusiasmo.

—A Clara no va a gustarle que coja la baja maternal —dijo Fiona.

—Conociéndote, estarás fresca como una lechuga en veinte minutos y subirás a la clínica con el bebé en brazos.

Llamaron a la puerta.

—¿Ya podemos entrar? —preguntaron Paddy y Molly.

Les dijeron que entraran.

—¿Le has contado la buena noticia? —preguntó Paddy Carroll.

—¿Lo sabéis? —exclamó Declan.

—No se lo he dicho yo, de verdad —dijo Fiona.

—Claro que no. No ha sido necesario. Lo llevas escrito en la frente —dijo Molly.

Y comentó con Paddy si era mejor una taza de té o algo un poco más fuerte para celebrarlo.

* * *

Sobre la autora

Maeve Binchy nació y se crió en Dublín. Licenciada en historia por el University College Dublin, ejerció de profesora en varias escuelas para chicas, mientras en los veranos escribía artículos de viaje. En 1969 se incorporó al *Irish Times*. Es autora de diversas obras de teatro y un telefilme. Entre sus novelas destacan: *Círculo de amigos*, *El lago de cristal*, *Ecos del corazón*, *Tara Road: una casa en Irlanda*, *La pluma escarlata*, *Los bosques de Whitethorn* y *Bajo el cielo de Dublín*.

Título original: *Heart and Soul*

Edición en formato digital: febrero de 2012

© 2008, 2010, Maeve Binchy

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Helena Trías Bello, por la traducción

Diseño de la cubierta: Ester Heredia / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: © Jill Bataglia / Arcangel Images

ISBN: 978-84-9989-773-8

notes

Notas a pie de página

¹*Hat* significa «sombbrero». (N. De la T.)